MONTY JAY

MI JUEGO
MIS REGLAS
MI MÁSCARA

LAS VERDADES

que quemamos



SIREN BOOKS

MONTY JAY



HOLLOW BOYS 2

Traducción de
Ana María Rubio Jiménez

SIREN BOOKS

Primera edición: marzo 2026
© *The Truths We Burn* by Monty Jay, 2022
This edition is published by arrangement with THE SEYMOUR AGENCY
© de la traducción: Ana María Rubio Jiménez, 2026
© de la corrección: Isabel Panadero
© diseño de cubierta: Opulent Designs
© de la presente edición: Editorial Siren Books, S.L., 2026
info@sirenbooks.es
https://sirenbooks.es/

ISBN: 979-13-87864-27-9
THEMA: FRV

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos; www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Aviso de contenido:

Violencia gráfica, sexo explícito, drogas, autolesiones, mención de abuso a menores, trata de personas, menciones de suicidio, pensamientos suicidas, tortura, sangre, gore.

A todas las Sage Donahue del mundo.
Ni se os ocurra pedir disculpas por haber tenido que forjaros un escudo para sobrevivir. Habéis resurgido de entre las llamas. No os inclinéis ante nadie.

«¡Abandonad toda esperanza, aquellos que os adentréis en este lugar!».

—Dante Alighieri

ACTO I
El lucero del alba

La mayoría piensa que Lucifer fue expulsado del reino de los cielos por su rebelión.

Yo creo que el ángel predilecto de Dios cayó del cielo siguiendo los dictados de su corazón.

Cautivado, obsesionado por la única mujer que nunca podría ser suya.

La única mujer que existía.

Lilith, la primera esposa de Adán.

Observaba furioso desde arriba cómo su compañero la menospreciaba y se negaba a tratarla como a su igual, a pesar de que ambos habían sido creados a partir del mismo polvo de la tierra.

La ira hirvió en su interior al ver que Dios la había convertido en un demonio como castigo por rebelarse contra su marido.

Y, entonces, cayó de los cielos.

Con la misma ferocidad con la que un rayo impacta contra la tierra.

Para erigir un reino en el inframundo, esculpir un trono a partir de las cenizas del infierno y convertirse en rey.

Allí construiría un hogar para Lilith. Un lugar donde sería más que su igual.

Un lugar donde podría tratarla como a su reina.

1
Génesis

EL PASADO

ROOK

Masoquismo. «Complacencia en sentirse humillado o maltratado».

Siempre me ha gustado esa palabra: complacencia. Parece poética y todo. Me sorprende que el diccionario sepa salirse de lo tradicional.

Algunos dirían que la dominación es la clave y, aunque a mí no me va mucho ese rollo ni en la cama ni en el día a día, nunca me negaría a unos buenos arañazos y mordiscos. Por lo menos en mi opinión, la dominación no importa tanto como el dolor.

Podríamos llamarlo sadomasoquismo. Eso es lo que me gusta. Me encanta el dolor. Para mí es la puta panacea, el remedio para cualquier mal, la vía de escape definitiva.

No hay nada que equipare a ese dolor que se queda conmigo un tiempo tras hacerme algún moratón. A veces me gusta presionarlos cuando todavía no han perdido su característico color azul violáceo, solo para no olvidar cómo llegaron ahí. Me encanta esa ola de dolor que se extiende bajo mi piel, recordándome todo aquello por lo que merezco ser castigado. Todos debemos pagar por nuestros pecados, incluso en la tierra.

El infierno va a ser pan comido. Prácticamente ya vivo en él.

—Todo esto es culpa tuya, Rook. —Esas palabras me queman como si tuviera brasas bajo las plantas de los pies—. El señor examina al justo, pero su alma aborrece al impío y al que ama la violencia.

—Entonces, ¿no debería aborrecerte a ti tanto como me

aborrece a mí? —replico.

Se supone que un hijo debe hacer que su padre se sienta orgulloso; sin embargo, yo solo soy su castigo en vida. El abogado puritano que se cree moralmente superior a todo el mundo desaparece en cuanto cruza el umbral de esta puta casa. Lleva la corbata suelta y el pelo despeinado de pasearse de un lado a otro. Aunque he salido de la cocina con la intención de poner la mayor distancia entre nosotros, sigo notando cómo el aliento le apesta a *whisky*.

—¡Ni se te ocurra huir de mí, pedazo de desgraciado!

A veces ni siquiera busco el dolor físico; me basta con el verbal. Disfruto de cómo me corroe por dentro hasta ponerme la piel de gallina. Solo así consigo sentirme normal. Y nada me ha parecido normal desde que tenía siete años.

Antes de que mi propio padre me repudiara.

De pronto, me atrae hacia él, tirándome del pelo con tanta fuerza que empiezo a notar pinchazos en el cuero cabelludo. Joder, debería cortarme esta pelambrera.

El versículo de la Biblia que ha citado antes me ha dejado el alma en carne viva. La violencia que no se ejerce en nombre de Dios es deleznable, pero puedes pegarle a tu hijo sin problema, siempre y cuando te ampares en las palabras de algún profeta, que para algo son sagradas.

Si nos rigiéramos por lo que escribió Dante, a mí me tocaría pasar la eternidad en el río de sangre hirviendo del séptimo círculo del Infierno, mientras que mi padre estaría condenado a caminar eternamente alrededor de la sexta fosa de Malebolge.

¿Habría algo de verdad en todo aquello? ¿Se considerarían peores los pecados en el inframundo? ¿Se infligirían distintos castigos según la gravedad del crimen cometido contra la humanidad?

—¿En serio me vas a tirar del puto pelo? ¿Qué somos ahora? ¿Unas niñas en el patio del colegio?

Mis palabras alimentan aún más la ira que bulle en su interior. Es entonces cuando me da un empujón y caigo al suelo. Podría defenderme o hacer algo más que apoyar las palmas para

amortiguar la caída y evitar darme en la cabeza, pero me quedo quieto.

Me propina una patada en las costillas con su zapato estilo *wingtip* y el contacto me arranca un gruñido repentino. Me pongo bocarriba y me quedo mirando al techo con una sonrisita, preguntándome si ahora mismo Dios se estará riendo igual que yo, feliz de ver cómo castigan al diablo en la tierra.

Dejo que mi risa vacía y débil llene la habitación.

Es increíble lo que puede llegar a parecerte gracioso cuando has visto o pasado por las mismas cosas que yo. Las comedias de Seth Rogen y Will Ferrell ya no me hacen ni cosquillas.

—La edad no perdona —digo con la voz entrecortada—. Esas patadas ya no son lo que eran. A ver si vas al gimnasio.

—¡Ah! —grita a pleno pulmón a la vez que se abalanza sobre mí, colocando las rodillas a cada lado de mi pecho y lanzándome un puñetazo en la cara.

Saboreo la sangre que brota de mi labio partido; su sabor metálico me calienta el paladar.

—Debería matarte y ya está. Eres tú el que tendría que estar muerto. ¡Tú y nada más que tú!

Cuando me agarra de la parte delantera de la camiseta para levantarme el tronco del suelo y vuelve a estamparme con fuerza contra él, una punzada me atraviesa el cráneo. Mierda, menudo dolor de cabeza me espera después de esto.

Me alza y me estrella contra la dura superficie una y otra vez. Todo a mi alrededor empieza a dar vueltas y percibo destellos de luces por el rabillo del ojo. Otro traumatismo que se añade a la creciente lista de daños causados por el hombre que me engendró.

—¡Pues hazlo! ¡Mátame! —lo desafío a voces entre la neblina de confusión que me empaña la mente, sintiendo hasta el último ápice de mi desgracia, ahogándome en ella, permitiendo que penetre en cada célula de mi ser.

Al dejar de golpearme, lo oigo respirar con dificultad y dirijo la mirada al hombre que me enseñó a lanzar una pelota de béisbol y que solía ponerme sobre sus hombros para que nadie me tapara las vistas. Un hombre que antes me miraba con el amor que un padre le

profesa a su hijo. Sin embargo, lo único que veo ahora son unos ojos inyectados en sangre por culpa de la miseria y el tormento con el que le obsequié al acabar con esa parte de él que creía en la felicidad, en el bien y en la bondad.

Así es como expío mis pecados.

Esa mirada es la que hace que el dolor resulte tan placentero. La que me recuerda que me lo merezco.

—Te odio —masculla, con tanta furia que la saliva se le escapa de la boca y acaba impactándome en la cara—. No eres más que el diablo. Acabarás pagando por todo esto y por toda tu maldad.

Ya tardaba en llamarme por mi querido apodo. El que más le gusta usar conmigo.

Diablo.

El mismísimo demonio.

Lucifer.

De niño, antes de que me negara su cobijo y me arrojara a las llamas del infierno, era un ángel. Cuando mi madre estaba viva y todos éramos felices, no me importaba ir a la iglesia. Ahora seguro que empiezo a arder nada más cruzar el umbral.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro, echando suficientes chispas como para mantener la ciudad de Nueva York con electricidad durante un puñetero apocalipsis. Respiramos hondo, maldiciendo la historia que jamás podremos borrar de nuestra memoria.

He convertido a don Lógico en una bestia impulsiva, una versión más madura de mí mismo, y nos he atrapado a ambos en una especie de purgatorio personal.

Lo he echado a perder.

Y me hace pagar por ello cada día. Con sus manos, sus palabras, sus creencias.

El sonido estridente de un claxon parece devolverle la cordura. Trago saliva, intentando paliar la sequedad que me raspa la garganta.

—Por fin tenemos algo en común.

Me quito sus manos de encima mientras se aparta de mí, dejándome allí tumbado, sin ofrecerme ni siquiera una mano para

levantarme. Tampoco es que esperase su ayuda, pero no me pasa desapercibido el gesto.

A pesar de que solo tengo diecisiete años, le saco unos cuantos centímetros al ponerme de pie a su lado. Los suficientes para tener que bajar la vista para mirarlo y que el pelo me caiga sobre los ojos.

—La próxima vez por lo menos ten los cojones de terminar lo que has empezado.

Los hombros le suben y le bajan con cada bocanada de aire mientras regresa poco a poco a la realidad. Se encamina con pasos furiosos hacia la cocina y, una vez allí, le da un buen trago al vaso de *whisky* que había dejado en la mesa.

Lo más irónico de todo es que también coge su Biblia de la encimera de al lado.

—¿Te crees que Dios va a ayudarte si sigues empinando el codo de esa manera? No lo veo muy defensor de la gula en sus escritos.

Puede que sea un cabronazo, pero al menos no soy un hipócrita.

—No te atrevas a cuestionar mi fe, hijo —dice, ignorándome por completo—. Y no quiero volver a verte con esos cuatro descarriados. No te haces ni una idea de los hilos que he tenido que mover para librarte de los cargos por haber quemado el sauce, Rook. Ese incendio ha sido la gota que ha colmado el vaso.

Me río por lo bajo, cojo mi sudadera del respaldo del sofá y me la meto por la cabeza.

—Por mí, que les den a las gotas y al vaso —respondo, girándome para encararlo mientras sigo andando de espaldas con los brazos extendidos en actitud despreocupada—. No vas a poder alejarme de ellos nunca. Es imposible. Igual que yo no voy a poder impedir que te ventiles esa botella esta noche. Que no se te olvide que soy el diablo. Siempre me salgo con la mía.

No me molesto en negarle lo del árbol. Sabe de sobra que he sido yo. Todo el puto mundo lo sabe, pero lo mejor es que, sin pruebas ni testigos, no pueden hacer nada al respecto.

Soy consciente de lo que ve el resto cada vez que me paseo por el pueblo: un pirómano empedernido. No es ningún secreto. Ni para la policía ni para mis profesores.

Todos, sin excepción, me llaman el anticristo. Surgido de las entrañas de Satanás. El infierno desatado en la tierra o, en este caso, el tormento de Ponderosa Springs.

Me encanta que se aferren a sus rosarios en cuanto paso por su lado y que susurren tres avemarías porque consideran un pecado el simple hecho de atreverse a mirarme.

Me encanta que sepan todos los destrozos que he causado y, aun así, no puedan hacer nada para detenerme. Ni ahora ni nunca.

No pueden conmigo.

Con nosotros.

Además, me importa una mierda el árbol ese.

Mi padre me dirige una mirada sin vida, cargada de desprecio.

—Me das asco.

Aprieta el puño alrededor del cuello de la botella de *whisky* y se la lleva consigo hacia la sala de estar sin mediar más palabra.

Abro la puerta de golpe, salgo de la casa pegando un portazo y sigo andando sin detenerme hasta llegar al coche de Alistair. Las ventanas tintadas me impiden ver su cara de amargado, pero ya sé que me aguarda su perenne ceño fruncido tras el cristal, aunque esté de buen humor.

Me deslizo en el asiento del copiloto y me echo sobre el reposacabezas, dejando escapar un suspiro profundo. Permanecemos en silencio unos instantes y siento los ojos de Alistair clavados en el lateral de mi cara.

—¿Puedo ayudarte en algo, Caldwell? —pregunto, sin apartar la vista del frente.

—Sí. Tienes sangre en la puta barbilla. Límpiate esa mierda.

Abre la guantera y me tira un par de servilletas blancas en el regazo.

Las cojo obedientemente y, cuando me las paso por la barbilla, se manchan de rojo casi al instante. Mañana, el corte se habrá convertido en una mera molestia y, en unos días, probablemente me arranque la costra solo para volver a sentir un poco de dolor.

A no ser que mi padre vuelva a pegarme y me abra la herida de nuevo, claro.

Me sirven ambos casos.

—Entrenamos juntos día sí, día no. Eres más que capaz de devolverle una puta hostia.

—No es nada —respondo, frotándome más fuerte para asegurarme de que no queda ni rastro de sangre.

Sacude la cabeza ante mi respuesta y arranca el coche rumbo a la Cima, donde hemos quedado con los chicos. El verano está llegando a su fin, lo que significa que cada vez falta menos para empezar el último año de instituto, y no me apetece nada reencontrarme con nuestros compañeros de clase.

Me paso la mayor parte del tiempo rodeado de las mismas cuatro personas; no me gustaría alterar mi rutina.

Hurgo en el bolsillo de mi pantalón en busca del paquete de Marlboro y saco un cigarro.

—Ya sé que no es nada. Soy más que consciente de que puedes encajar un puñetazo, Rook. Es cuestión de principios, joder. ¿Cómo vas a quedarte quieto mientras tu padre te muele a palos?

Aprieto los puños alrededor de la servilleta hasta convertirla en una bola y la arrojo al suelo del coche; luego, me echo hacia atrás en mi asiento y cierro los ojos. Por costumbre, me paso el Zippo entre los dedos y le doy un par de vueltas antes de chasquear la piedra para provocar la llama.

—¿Qué tal si dejas que yo me ocupe de mi padre? Estoy bien. En un año nos habremos ido a la universidad y estaremos lejos, muy lejos de aquí. —Hago una pausa para llenarme los pulmones de humo—. Llevo aguantándolo desde que era un crío, así que no pasa nada por seguir así un año más. Olvídalo ya, *bro*.

Un gruñido de exasperación inunda el coche. Acto seguido, Alistair pisa a fondo el acelerador, ni siquiera me inmuto al ver cómo va subiendo el velocímetro. Si nos estrellamos y morimos, pues ya está.

Todo el mundo va a acabar tarde o temprano en el mismo sitio, a dos metros bajo tierra. Da igual cómo lleguemos.

En el fondo, todos nosotros nos sentimos igual. Bueno, excepto el tortolito de Silas.

Thatcher, Alistair y yo ansiamos tanto escapar de esta prisión que no nos importaría abrirnos paso con nuestras propias manos

entre el alambre de espino que nos separa de la libertad, aunque nos dejemos la vida en ello. Necesitamos salir de este pueblucho. Cada uno tiene sus razones para hacerlo, pero todas se reducen al pasado que nos persigue y al ataúd de recuerdos en el que pretende asfixiarnos este lugar. Para impedir que continuemos con nuestras vidas. Para que no olvidemos nunca aquello que nos atormenta.

—Me toca los cojones que me llames «*bro*».

Suelto una risita, subiéndome la capucha de la sudadera.

—Ya, bueno, a mí tampoco me hace gracia que seas un amargado de mierda, pero ¿qué le vamos a hacer?

—Lo que tú digas, listillo.

La música ahoga nuestras voces mientras las ruedas van quemando el asfalto. Alistair tiene problemas para controlar la ira, así que me toca escuchar metal puro y duro hasta que lleguemos a nuestro destino. No me importa que ponga alguna canción que otra de vez en cuando, pero después del séptimo solo de guitarra ya no siento los oídos. A pesar de que somos como uña y carne, nuestros gustos musicales no podrían ser más distintos.

Centro la vista en la sucesión de pinos que se difuminan al otro lado de la ventana a medida que nos alejamos más y más del pueblo. Giramos a la derecha, justo antes de la entrada al siguiente pueblucho de mierda, y nos metemos por un sendero de tierra oculto entre las imponentes hileras de árboles.

Con el sol poniéndose en el horizonte, localizo los coches de Thatcher y Silas, ya aparcados. Paramos al lado y nos bajamos para ir a pie el resto del camino hasta el borde del acantilado.

La Cima es una pequeña porción de tierra situada en la costa, con vistas a las olas teñidas de un azul profundo de Black Sands Cove, una playita donde los lugareños pasan la mayor parte de los meses de verano. Nuestro sitio está apartado del resto de la gente y nos permite ver a quienes se encuentran debajo. Como no nos gusta mucho estar en casa, nos tiramos prácticamente todo el tiempo aquí.

Cualquier lugar alejado de nuestros padres nos parece un paraíso. Nos basta y nos sobra con hacernos compañía los unos a los otros.

—¡RVD! Menos mal que has llegado, Thatcher está a puntito de calcinarse las cejas.

Esa voz, tan dulce y suave comparada con la nuestra, solo puede pertenecer a Rosemary Donahue, la única niña rica con los suficientes ovarios como para juntarse con nosotros y la única persona del mundo que me llama por mis iniciales. Además, es la única chica que conozco dispuesta a mancillar su reputación por el chico que ama. Se infiltró en nuestro grupo de buenas a primeras y, antes de que pudiéramos darnos cuenta, ya estábamos tratándola como a una hermana.

La veo sobre el regazo de Silas, en una silla al lado de unos montones de leña apilados de forma circular. El viento le enreda los mechones caobas dándole a su novio en la cara, pero sé que a él le da igual.

—Tu falta de confianza en mí me hiere el ego, Rosie —responde Thatcher con una lata de líquido para encendedores en la mano.

—Y una mierda —suelta Silas entre risas—. Ese ego tan gigantesco que tienes está hecho a prueba de balas.

A Thatcher se le dan bien muchas cosas: usar su labia para librarse de la condena tras una matanza, ganarse la confianza de los demás, asestar alguna que otra puñalada…, pero encender un fuego requiere demasiado caos para un maniático del orden como él.

—Siéntate, Thatch. No vaya a ser que te despeines.

Cuando procedo a quitarle el combustible de las manos, recibo una peineta como regalo, pero me obedece y se dirige hacia su asiento. Una vez me pongo el cigarro entre los labios, empiezo a esparcir el líquido en círculos alrededor de la leña y, como remate final, dibujo una espiral en el centro para asegurarme de que todos los trozos de madera estén bien empapados.

Un nudo de emoción se me forma en el estómago al pensar en lo que sucederá en cuestión de segundos.

El fuego es la clave de mi existencia. Cada vez que enciendo una cerilla y veo el destello de su llama me quedo hipnotizado. No puedo evitarlo. Cuando no estoy pensando en él o contemplándolo, me visita en sueños.

Ese hormigueo que empuja a los demás a matar, a obsesionarse

con la limpieza o a echar la llave de la puerta ocho veces antes de irse a la cama es el que siento yo si paso mucho tiempo alejado de su calor.

El fuego forma parte de mi carne, de mis huesos, de mi hogar. Me ayuda a encontrar la calma.

Dejar que me peguen para castigarme a mí mismo puede resultar humillante, pero controlar uno de los elementos más impredecibles de la naturaleza me otorga una fuente de poder descomunal.

Me siento feliz cada vez que veo algo arder; una calidez me invade el pecho y me recorre desde la cabeza hasta los pies. Las llamas me recuerdan a un tiempo en el que mi vida aún no se había sumido en el caos más absoluto. Y pienso pasarme el resto de mis días en busca de ese subidón.

La piromanía es mi veneno y mi antídoto.

Arrojo el cigarrillo sobre el montón de leña y contemplo cómo las ascuas entran en contacto con el líquido inflamable, provocando la chispa que lo inicia todo. Un zumbido se apodera de mi cabeza a medida que las llamas se esparcen y van ganando altura.

Un mar de un tono naranja oscuro baña cada trozo de madera. El sudor me perla la piel cuando sus olas de fuego se alzan hasta llegarme al pecho. Podría correrme solo con mirarlas e imaginar el destrozo que causarían en el pueblo y su gente. En este momento, me siento como si fuese la única persona capaz de contener el potencial destructivo que alberga su calor.

Me siento entre Alistair y Thatcher, echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos por un segundo mientras escucho a los demás hablar.

—¿Vais a ir al baile de bienvenida para recaudar fondos antes de que empiecen las clases? —pregunta Rosemary en un tono inocente, como si no supiera la respuesta.

—Tal vez —contesta Alistair—. Puede que no vayamos de la forma que tú querrías que fuésemos, pero no lo descartamos.

Esbozo una sonrisita al pensar en lo que tenemos planeado para esa dichosa recaudación de fondos.

—Bueno, no hagáis nada demasiado ilegal, ¿de acuerdo? No me apetece sacar a mi novio de la cárcel.

—Para eso tendrían que pillarnos —comenta Thatcher.

—A lo mejor puedes venirte con nosotros esta vez, Rose —añado, claramente de broma, porque el ultraprotector de su novio es también mi mejor amigo y sé que no lo permitiría—. Seguro que te lo pasas bien.

Incluso por encima del chisporroteo del fuego, percibo cómo Silas se aferra aún más a su cintura y rechina los dientes.

—Por encima de mi cadáver. No pienso involucrarla en las mierdas que hacemos en Ponderosa Springs al caer la noche —replica Silas.

—¿Al caer la noche? ¿Ahora es cuando hacemos un corrillo alrededor de la hoguera y empezamos a contar historias de fantasmas?

—Vete a la mierda, Rook. Ya sabes a lo que me refiero. No quiero que se meta en ningún lío.

—Sé defenderme solita, ¿sabes? Y, como dice Rook, seguro que me lo paso bien, cariño —le discute Rose.

Silas va a matarme cuando nos quedemos a solas por haberme atrevido a sacar el tema, así que, para lo que me queda en el convento…

—¿Ves? Deja que la muchacha viva un poco, Silas.

—¿Por qué éramos amigos tú y yo? Se me ha olvidado.

Las carcajadas de cuatro de las personas más importantes de mi vida resuenan en mitad de la noche. Ese sonido tan común y humano me resulta de lo más extraño. Nos hace parecer un grupo de amigos normal y corriente. La gente jamás se imaginaría las cosas que hemos hecho ni las que somos capaces de hacer.

Somos malas personas a las que se nos da increíblemente bien llevar a cabo actividades de dudosa moralidad.

Dejo escapar un suspiro y entrelazo las manos detrás de la nuca.

—Porque me necesitas —respondo—. ¿Qué sería de nosotros si no nos tuviéramos los unos a los otros?

Esa pregunta cala hondo en los cuatro. A pesar de que todos guardamos secretos inconfesables que nos llevaremos a la tumba, nos entendemos de una forma que nadie más comprendería.

Hay una oscuridad, un hambre que habita dentro de cada uno de nosotros.

Por separado, solo somos unos críos marcados por la tragedia desde la cuna.

Juntos, somos puro caos.

2
Y... ¡acción!

SAGE

—Te has enterado de lo que ha hecho, ¿no? Por eso tenemos otro director este año. ¡Se lo estaba follando para conseguir todo lo que quería! —dice Mary, alzando los brazos en el aire con un puchero en los labios y dejando caer sobre el suelo de mi habitación la barra de pegamento que sostenía en las manos—. Y yo tengo que estar aquí hincando mis preciosos codos, cursando todas las asignaturas avanzadas que me dejan y dirigiendo dos clubes, por no hablar de que también estoy en el equipo de animadoras. ¡Debería ser la puñetera presidenta del cuerpo estudiantil!

Llevo dos semanas seguidas escuchándola quejarse de que Stacy amañó los votos del año pasado y se acostó con el director (aunque ayer me pareció escuchar que mencionaba a un profesor). Su voz está empezando a volverse tan insoportable como el sonido de las uñas arañando una pizarra y, si no voy con cuidado, pronto me reventará los tímpanos.

—No es para tanto, Mary —responde Liz, con la coleta balanceándose tras ella mientras centra toda su atención en el partido de fútbol que están emitiendo en la tele, en mitad de la crisis existencial de nuestra amiga—. No se va a acabar el mundo porque no seas la presidenta del cuerpo estudiantil.

—Madre mía, no me puedo creer que me digas eso precisamente tú, Lizzy, la chica que se pasó tres días llorando después de ganar un campeonato estatal porque no había marcado ningún gol.

La eterna competición por ver quién es más inmadura de las

dos. Esta conversación va de culo, cuesta abajo y sin frenos. Estoy harta de que repita lo mismo una y otra vez. Si sigue así de obsesionada con el tema, va a convertirlo en toda su personalidad este año.

—¿Puedes calmarte un segundo? —intervengo, mirándolas a ambas al mismo tiempo que estallo la pompa de mi chicle con sabor afrutado—. Eres una puta Turgid, por el amor de Dios. Te limpias ese culo bronceado que tienes con billetes de cien dólares. Deja de quejarte.

Las verdades incómodas no le gustan a nadie, pero te preparan para la vida que te espera en un pueblo como este. A estas alturas, ya deberían saber cómo van las cosas.

Soy consciente de que Mary ahora mismo está haciendo girar los engranajes de su cabeza a toda velocidad para responderme con algún comentario sarcástico, pero al final mantendrá el pico cerrado, aunque se muera por abrirlo. Porque, por muy cruel que sea ella, sabe que yo puedo ser mil veces peor.

Al fin y al cabo, soy Sage Donahue. Nací destinada a convertirme en la zorra forrada de dinero, la capitana del equipo y la niña bonita.

La devorahombres.

Una mujer desalmada.

He encarnado todos los roles necesarios para sobrevivir tranquilamente a las exigencias de Ponderosa Springs.

Lizzy Flannigan y Mary Turgid son el par de amigas ideal para el mundo en el que vivo. Superficiales hasta la médula, sí, pero perfectas para proyectar cierta imagen de cara a los demás.

La mayoría de niñas buscan amigas que tengan gustos similares para jugar con las mismas muñecas o compartir vestiditos, pero cuando te educan para prestar atención a la forma en la que te perciben los demás, te arrimas a aquellas que tienen más que perder.

Mi madre me enseñó desde pequeña que la imagen es lo más importante. La reputación que te labres es la que conseguirá llevarte lejos o estrellarte por el camino, así que debes hacer lo que estimes necesario para triunfar, sin importar las consecuencias.

Debes sonreír pase lo que pase. Da igual cuánto te duela; a nadie le interesa.

Ni siquiera a la mujer que te trajo al mundo.

Con el tiempo, he perfeccionado el arte de esconder mi verdadero yo a todas las personas que me rodean. Solo les permito ver lo que yo quiero que vean, pero me gano su confianza lo suficiente para que se sientan seguras conmigo y me confiesen sus trapos sucios. Conozco los secretos y las vergüenzas más deshonrosas de casi todos los que habitan este pueblo. Saben que, si me traicionan, no dudaría en sacar a la luz aquello que tanto se empeñan en ocultar.

En el primer año de instituto, Lizzy acudió a mí llorando a moco tendido y me soltó que su padre era un borracho empedernido que pasaba más tiempo del normal en sus viajes de negocios porque se aseguraba de parar en todos los clubes de mala muerte que se encontraba en el camino de vuelta a casa. Tenía la cara roja cuando me lo dijo y estaba enfadadísima con su madre por quedarse sentada esperándolo sin mediar palabra, a pesar de que era más que consciente de las indiscreciones de su marido.

Esa noche, juró que no permitiría jamás que un hombre le faltara el respeto y que no se casaría con alguien que la pisoteara de esa manera. En mi opinión, no creo que le cueste cumplir esa promesa, porque, además, da la casualidad de que también sé que a Lizzy no le van los hombres para nada. Durante una fiesta de pijamas en la que nos habíamos pasado con la bebida, mientras Mary estaba sopa, Liz se vio con ganas de compartir más secretos conmigo y fue entonces cuando me enteré. La respetaba por ser capaz de admitirlo, pero odiaba que tuviera que ocultarlo para evitar que la crucificaran en el pueblo.

Y en cuanto a Mary… Ay, Mary.

Es tan inteligente que probablemente llegue a ser neurocientífica algún día. Eso si consigue pasar el control de drogas, claro, porque, hasta donde tengo entendido, está mal visto consumir anfetaminas sin receta.

Lleva toda la vida preocupándose por sus notas y valora más su inteligencia que cualquier otro atributo de sí misma. Pobre de aquel

que se atreva a cuestionarla. El primer año de instituto sacó un notable en un examen de matemáticas y, aunque algunos considerarían esa calificación como un regalo, para ella y sus padres era casi como una expulsión.

Por eso, cuando le empezó a costar mantener los párpados abiertos tras las largas sesiones de estudio, recurrió a los estimulantes. Ahora, en los ratos libres, desaparece para ir al encuentro de los camellos sospechosos que negocian bajo las gradas del campo de fútbol americano.

Todos llevamos nuestra propia carga y tenemos una hoja afilada suspendida sobre nuestra cabeza que va descendiendo poco a poco cada vez que damos un paso en falso. Esa es la razón por la que nunca intentarían destronarme: les aterroriza que cuente lo que sé. Porque la Sage con la que están familiarizadas es despiadada y haría lo que fuera con tal de obtener lo que desea.

Saber los secretos y verdades de todo el mundo me da cierto poder. Sobre todo, si ninguna de esas personas conoce los míos. Cuantos más secretos guardo de los demás, menos probable es que indaguen en aquellos que pienso llevarme conmigo a la tumba.

—Sí, tienes razón —contesta al fin con un suspiro, seguido de una sonrisa forzada—. Me he puesto un poco nerviosa. No hay que darle más importancia. —Recoge la barra de pegamento del suelo y sigue pegando letras de plástico sobre un fino trozo de cartón blanco mientras idea en silencio algún plan para matarme—. Total, qué más da si no entro en Hollow Heights.

No puedo evitar reírme ante su dramatismo.

—Pues te aceptarán en otra universidad de la Ivy League. No es la única del mundo, Mary.

—Tú sabes tan bien como yo que es la única universidad en la que podrías estudiar para barrendera y aun así salir ganando un sueldo de seis cifras. Entrar allí determina el éxito que tendrás en la vida.

Una fuerza superior a mí me empuja a poner los ojos en blanco al escuchar su respuesta. Todo se reduce al dinero, dinero y más dinero.

Ese es el pasatiempo favorito de la gente de por aquí. Lo único

que les importa.

Comen, cagan y respiran dinero.

Es la solución a todos sus problemas; la moneda que les permite comprar el silencio.

—Ya, ya. No hay quien os quite Hollow Heights de la boca. ¿Es que nadie quiere un poquito de sol? No entiendo cómo podéis pelearos por vivir en un sitio tan gris y lluvioso —digo en un tono evidente de queja a la vez que me levanto rodando de mi cama para dirigirme al cuarto de baño que tengo justo al lado.

Me enrollo unos cuantos rizos sueltos alrededor del dedo y luego abro el cajón, saco mi bálsamo favorito y me lo aplico a toquecitos sobre los labios. Aunque falta poco para que se haga de noche, mi maquillaje sigue intacto. El rabillo negro intenso del ojo me da ese aire adormilado y sensual tan característico de Marilyn Monroe y el pintalabios rojo mate le brinda una pizca de calidez a mi tono de piel. Todo forma parte de la pulida máscara con la que me enfrento al resto del mundo.

Para las chicas, que me mire al espejo es solo un acto más de vanidad, pero, en realidad, lo hago para asegurarme de que no haya ninguna grieta en mi máscara.

—No me seas zorra. A ti se te quemaría ese culo pálido que tienes nada más poner un pie fuera de Oregón —bromea Lizzy, sacándome una sonrisa que se refleja a mi lado en el espejo.

—¿Y qué pasa? —respondo, volviéndome hacia ellas con una mano en la cintura—. Al fin y al cabo, el rojo es mi color —termino de decir, añadiendo un guiño por si acaso.

Las tres proferimos al mismo tiempo una carcajada falsa y claramente forzada, cuyo sonido retumba en lo más profundo de mi ser de un modo que me hace preguntarme si de verdad estaré tan vacía por dentro como la gente cree.

De repente, nos llega desde fuera el fuerte rugido de los motores de unos coches deportivos de alta gama. El ruido se cuela por las puertas francesas del balcón de mi cuarto con tal intensidad que hasta Liz aparta la vista de la pantalla de plasma de la pared.

A Mary se le iluminan los ojos.

—Ya ha llegado tu gemela malvada —sentencia entre risitas.

Acto seguido, se levanta y sale escopeteada hacia el balcón. Abre las puertas lo justo para enterarse de lo que está pasando abajo a la vez que echa un vistazo a través de los cristales.

—Y se ha traído a sus amiguitos —canturrea.

Me saco el móvil del bolsillo para comprobar la hora.

—Anda, qué formalitos son cuando quieren. Esta noche la han traído antes del toque de queda.

Nunca falla. Siempre me toca la moral.

Su presencia es un recordatorio constante de todas las cosas a las que me he visto obligada a renunciar. Si Rosemary se mueve con total libertad por ahí es porque yo soy la hermana a la que miran con lupa. La única que tiene que esforzarse por mantenerse cuerda y no venirse abajo.

Liz se dirige a la ventana para colocarse junto a Mary y, como yo también soy una chismosa de cuidado por mucho que me pese admitirlo, la sigo. Ojeo por encima de los hombros de ambas el patio delantero de mi casa, donde ahora hay aparcados en fila tres vehículos carísimos, justo enfrente de la fachada.

—Madre mía —susurra Mary cuando vemos a mi hermana salir del asiento del copiloto. Acto seguido, Silas rodea el capó de su Dodge Challenger y le pasa un brazo por el hombro para acompañarla hasta la misma puerta—. Debería ser ilegal que esté tan bueno —gimotea, admirando la piel dorada de Silas Hawthorne; suele llamar la atención a cualquier hora del día, pero ese tono bronceado con una camiseta blanca y, encima, a la luz de la luna, te deja sin aliento.

—A ese hombre lo que le hace falta es una señal de advertencia —comenta Lizzy, lanzándome una mirada furtiva, como si quisiera asegurarse de que no voy a airear su secreto.

—Más bien una camisa de fuerza —murmuro enfadada, echándome el pelo hacia atrás.

Esta escena se repite cada vez que vienen a soltar a Rosemary. Siempre aparecen los cuatro, como una manada de perros hambrientos en busca de sobras. Aun así, mis amigas no pueden evitar comerse con la mirada a los criminales buenorros y trastocados de Ponderosa Springs desde la seguridad de los cristales

de mi balcón.

Por supuesto, no nos verían ni muertas hablando con ellos en persona, no solo por su comportamiento temerario, sino porque el hecho de que te pillen codeándote con ese grupito echa por tierra tu reputación para los restos. Es una buena forma de cavar tu propia tumba y convertirte en un paria en cuestión de segundos.

No son los típicos chicos que les presentas a mami y papi, sino los que miras desde una distancia prudente y no tocas nunca, del mismo modo que contemplas con admiración a cualquier animal salvaje en su hábitat natural y luego lo dejas en paz. No te lo llevas a casa y lo adoptas como mascota.

Aun así, a mi gemela no parece importarle que a esos cuatro se les crucen los cables y lleguen a clavarle las garras. Todo el mundo, excepto ella, sabe que hay ciertas criaturas que no pueden ser domesticadas.

Apenas alcanzamos a oír la conversación que están manteniendo en la puerta, pero llevan unos diez minutos allí abajo y estoy empezando a aburrirme. Por mucho que Rose intente explicármelo, jamás entenderé por qué lo ha escogido a él.

Bueno, en realidad, sí que lo entiendo.

Es la clase de chico con el que se supone que no debe estar, y mi hermana siempre procura hacer lo contrario de lo que se espera de ella. Por eso vivo en un infierno. Mis padres la dieron por perdida hace mucho tiempo, así que decidieron que no valía la pena tratar de convertirla en alguien de provecho y volcaron toda su atención en mí.

Yo soy su proyecto estrella.

El pitido de un claxon me saca de golpe de mis pensamientos, como si me hubieran azotado con un látigo. Incluso de lejos y a oscuras, distingo el pelo rubio platino de Thatcher. Cualquier chica mataría por tener ese color.

—Rosie, querida, si prometo traértelo sano y salvo, ¿nos devuelves a nuestro amigo para que podamos proseguir con los planes de esta noche? —Su voz, clara y nítida, corta el viento como un bisturí la carne.

Oigo la risa suave y sincera de mi hermana, idéntica a la mía,

aunque el sonido me resulta extraño; lleva tanto tiempo sin brotar de mi garganta que ya casi he dejado de estar familiarizada con él.

—Vi en un documental de crímenes que la psicopatía es hereditaria —dice Lizzy mientras lo observamos.

—No existe ningún gen psicópata. La ciencia no ha podido demostrarlo. Todo depende del entorno en el que crezcas y de ciertos patrones mentales, pero no se transmite de padres a hijos —responde Mary.

—¿Y en qué entorno te crees que se ha criado? ¿En uno repleto de abrazos y noches de juegos de mesa? —suelto—. Todo el mundo sabe que Thatcher Pierson no tardará en seguir los pasos de su amado padre. Solo falta esperar a que alguien lo pille brillando bajo el sol.

Ambas se ríen a carcajadas con mi comentario porque saben que tengo razón. Más allá del trauma, no creo que los asesinos en serie les transmitan nada a sus hijos. Aun así, sé lo que se siente al crecer en un ambiente en el que se te considera poco más que un monstruo. Al final, te rindes y te acabas convirtiendo en uno.

Alguien baja la ventanilla del coche que se encuentra justo detrás del de Silas y entonces veo a Alistair Caldwell en el asiento del conductor.

—Es una pena que odie tanto el mundo que lo rodea. Habría sido un novio florero espectacular —comento sacudiendo la cabeza.

Quiero decir, su familia es dueña de la mayor parte del pueblo. Habríamos hecho muy buena pareja si no estuviera tan jodido de la cabeza.

—¿Es que Easton Sinclair no te parece suficiente? ¿No te has dado cuenta de la cantidad de chicas que lo rondan como moscas con la esperanza de poder quitártelo?

—¿Hablas por ti, Mary? —Alzo una ceja bien perfilada en su dirección y ella aparta la cara de inmediato, sonrojada, intentando dar con alguna forma de recular y negarlo.

No se me escapa el hecho de que lleva babeando por Easton desde preescolar. En cuanto cortemos, sé que estará ahí para recoger las migajas con las piernas abiertas, pero tampoco es que me importe; Easton ocupa el mismo puesto que ellas.

Solo me sirven para mantener cierta imagen hasta que me gradúe.

—Es broma —añado con una sonrisita.

Entonces, como el torbellino que es, Rook Van Doren desliza su delgado cuerpo por la ventanilla del copiloto del coche de Alistair y se sienta en el marco con una sonrisa de oreja a oreja, sosteniendo una cerilla entre sus labios rosados.

—¡Oh, Romeo, Romeo! ¿Dónde está mi Romeo? —recita a modo de queja—. Ya os veréis mañana. Esta noche tenemos unos asuntos turbios de los que encargarnos.

Su voz burlona resuena en el aire mientras tamborilea con los dedos en el techo del coche. Pongo los ojos en blanco al escucharlo; ni siquiera ha citado bien a Shakespeare. Y la frase no viene a cuento. Es incapaz de tomarse algo en serio.

—Eso, gilipollas. Así seguro que la dejas mucho más tranquila —responde Silas.

—Lo siento, ¿prefieres que le mienta? No vamos a hornear pastelitos precisamente.

El resplandor anaranjado de las farolas se refleja sobre su pálida piel y le brinda calidez a su rostro, como si estuviera rodeado de vibrantes llamas artificiales. Aunque pueda parecer modesto por esa cara de niño bueno, su pelo alborotado y su mirada pícara me recuerdan a los caballos de espíritu salvaje y carácter indomable. He oído de pasada al menos a cinco chicas suspirando de envidia por las largas pestañas que enmarcan el fuego infernal de sus ojos.

Nunca los he visto de cerca, pero así los define todo el mundo.

Si fueran los de cualquier otro, serían simplemente de color avellana; en cambio, los suyos te abrasan por dentro.

Algo que siempre he admirado de Rook, y que al mismo tiempo me saca de quicio, es su capacidad para ser tan impredecible. Nunca sabes qué esperarte de él: una sonrisa, un cóctel molotov, una puñalada en la espalda… Por mucho que intentes anticiparte a sus actos, es el único del grupo que siempre logra descolocarte. Todos saben que Thatcher tiene una mente brillante, pero también un aire siniestro; de hecho, a nadie le sorprendería que un día lo pillasen haciendo de Hannibal en el sótano de su casa.

Y quien no se haya dado cuenta todavía de los problemas de ira de Alistair, solo tiene que salir de la puta cueva en la que esté viviendo y echarle un vistazo. Rezuma ira por cada poro de su piel.

Ah, y, por supuesto, todos son conscientes de que Silas es el calladito. El esquizofrénico que no habla mucho porque ya tiene bastante con las voces de su cabeza. El único cuya coraza mi hermana ha sido capaz de atravesar.

Sin embargo, Rook es la viva imagen de ese elemento de la naturaleza con el que tanto le gusta identificarse. Se deja llevar por impulsos y hace lo que le parece correcto en ese momento. Actúa siempre sin pensar.

Admiro que tenga los cojones de hacerlo, pero también me parece una estupidez. Esa locura solo es disfrutable si cuentas con el dinero y el poder suficientes para librarte de las consecuencias; de lo contrario, solo acabará costándote la vida.

El psicópata.

El vengativo.

El esquizofrénico.

Y el diablo.

Los Hollow Boys.

Me alejo de la ventana, enfadada y harta del fisgoneo.

—Voy a por algo de beber. Intentad no mojaros mucho las bragas en mi ausencia.

Tras bajar las escaleras y pasar por el salón, oigo el eco de la voz refinada de mi madre, así que empiezo a caminar despacio para que no se percate de mi presencia y me detengo justo antes de llegar al marco de la puerta de la cocina.

—Ya no sé qué hacer con ella, Sherry. ¡Es que no tiene remedio! Siempre ha sido muy rebelde desde que era una niña, pero ¿acostarse con Silas Hawthorne? Era lo que le faltaba. Dios mío, no me puedo ni imaginar lo que pensará la gente al vernos aparecer por la iglesia. Sale con un chico al que llaman el anticristo. —La escucho lloriquear por teléfono.

Empiezo a notarme un zumbido en los oídos a medida que sigue hablando.

—Hemos intentado castigarla, pero se escapa. Uf, y el peso…

¡Deberías ver lo gorda que se ha puesto desde que lo conoció! Es horrible.

De pronto, siento una perturbación en el aire, como si se aproximara una tormenta. En el fondo, ya sé qué rumbo va a tomar esta conversación. Si me hubiera hecho caso y se hubiera alejado de él, no estaría pasando todo esto. Nuestra madre no estaría hablando de esa forma de su propia hija y yo podría respirar con total normalidad en vez de temblar como si el agua estuviera a punto de llegarme al cuello.

—Sage ha salido bien. A ver, por lo menos tenemos una hija que se preocupa por la imagen de esta familia. Espero que no meta la pata.

Oigo sus pasos alejarse, lo que me indica que se dirige al otro lado de la casa, hacia el estudio.

El corazón me martillea en el pecho. Tengo los puños tan apretados que me estoy clavando las uñas en las palmas de las manos. Cada vez que Rose la caga y se pasa las normas por el arco del triunfo, me siento como si me hundieran poco a poco la cabeza en el agua.

Me falta poco para ahogarme. Lo sé.

Cuando pasan cosas terribles, algunas personas se convierten en flores delicadas y se limitan a esperar a que un príncipe azul las rescate. Otras, en cambio, sacan la espada y se enfrentan a las adversidades.

Se forjan a sí mismas en hierro y construyen capas de armadura a su alrededor para proteger lo que les queda. Se vuelven frías.

Crueles.

La rabia se apodera de ellas.

Envidian a quienes son capaces de reconstruirse a sí mismos sin recurrir a las esquirlas amargas de su pasado.

Cuando la puerta principal se abre, veo aparecer su pelo caoba teñido varios tonos más oscuro que el mío, echado hacia atrás por el viento. Sería capaz de iluminar una habitación entera con su sonrisa, y aunque eso debería alegrarme, en realidad consigue el efecto contrario.

—Vaya, qué sorpresa —la saludo, cruzándome de brazos—.

Creía que el basurero solo pasaba por aquí los martes.

Rosemary alza la vista hasta que sus ojos se encuentran con los míos. La enorme sudadera de su novio cubre casi por completo su diminuta figura. La sonrisa se le borra de la cara de inmediato y suelta un suspiro.

—Guárdate el veneno de víbora para tus amigas —responde, y se sube la capucha dirigiéndose a la cocina para evitarme, pero la sigo.

Sé que debería irme antes de decir algo que empeore las cosas, pero no puedo evitarlo.

—Anda, ¿el esquizofrénico te está enseñando a sacar las garras o te has levantado hoy peleona?

—No lo llames así —contesta, cerrando de golpe la puerta del frigorífico—. ¿Por qué les tienes tanta manía? No te han hecho nada nunca.

Mi lengua se convierte en una daga rápida, afilada y letal en cuestión de segundos.

¿Que por qué les tengo manía? ¿Yo?

—Son escoria, Rose. ¡Están mancillando el nombre de esta familia! —grito en respuesta.

—¿Tanto te ha metido mamá la mano por el culo que ahora eres su marioneta o qué te pasa? Si no te conociera mejor, hasta pensaría que estás celosa.

—¿Celosa? ¿De qué? ¿De tu pandilla de imbéciles mentalmente inestables? Por favor —digo, riéndome con sarcasmo.

¿De qué voy a estar celosa yo? Si no me falta de nada.

—De unos amigos fieles y una relación de verdad. Tú te pasas el día con novios de mentirijilla y gente falsa que no dudaría en apuñalarte por la espalda. Y todo porque tienes demasiado miedo de decepcionar a mamá —me suelta, negando con la cabeza.

—¿Sabes qué? A lo mejor no les tendría tanta manía si dejaras de abrirte de piernas por los bichos raros de Ponderosa Springs. Por Dios, ¿no te das cuenta de cómo te mira la gente? ¡Pareces un circo andante! —respondo con desprecio.

Se estremece y da un paso hacia atrás como si la hubiera abofeteado, con los ojos cargados de tristeza. Me digo a mí misma

que se merece sufrir un poco, porque mientras yo lucho cada día por no ahogarme en esta miserable vida, ella no parece tener ni una sola preocupación, así que no le va a pasar nada por que no le regale los oídos.

De pronto, Rose acorta la distancia que nos separa.

—No, Sage. A lo mejor si tú dejaras de darle tanta importancia a lo que la gente piensa de ti, no tendrías esa cara de zorra amargada.

Dicho eso, pasa por mi lado golpeándome el hombro y me deja sola en la cocina, con el corazón a punto de estallar mientras voy recuperando la calma tras perder los estribos. Me apoyo contra la pared; las piernas me flaquean, pero me niego a caerme.

Ahora mismo me siento como si un torrente de agua helada me cubriera hasta la nariz y tuviera que impedir que me entrase en la boca. No voy a dejar que esto me supere.

Inhalo y exhalo profundamente por la nariz hasta que mi pulso se ralentiza y el nivel del agua comienza a descender.

«Soy Sage Donahue».

«No me falta de nada».

«No pienso ahogarme».

«Saldré de esta».

Me repito una y otra vez.

3
El club de los inadaptados

Rook

—Tienes una puntería de mierda —comenta Silas, mirando cómo humea mi puro Swisher Sweets con sabor tropical.

Me lo coloco en la boca y lo sostengo ahí mientras apunto al marcador de los partidos de fútbol americano con la pistola de paintball. Nos encontramos a unos metros de distancia, tumbados sobre un césped artificial que me está pinchando el culo a través de la tela de los vaqueros.

—Yo he dicho que contaras conmigo para vandalizar lo que fuera, no que se me diera bien —respondo.

Le doy una calada al puro y dejo que el fétido humo de la maría que lleva dentro me inunde los pulmones, aportándome ese subidón de felicidad que necesito de vez en cuando.

No trato de anestesiarme, sino de controlar mis impulsos. Así consigo apaciguar durante unas horas esa inquietud que me incita a hacer volar a los demás por los aires.

Siempre que veo a un tío siendo un capullo o simplemente andando por la calle con una sonrisita de superioridad en la cara, me lo imagino empapado de gasolina y en llamas. Para mí, es algo normal. Lo que me resulta raro es que nadie más piense como yo.

La maría me ayuda a refrenar esos instintos homicidas.

Además, por un momento, el humo logra llenar el vacío que siento en el pecho.

Disparo las bolas de pintura verde lima para darle unas últimas pinceladas al marcador, que ya está completamente empapado. Apenas se ve lo que hay debajo de las capas de pintura verde y

amarilla. Con la pretemporada de fútbol empezada, no les va a hacer nada de gracia.

—Es como un rito de paso, ¿no? La última broma que le gastamos al equipo de fútbol —digo entre toses.

A pesar de que me noto la cabeza ligera, soy plenamente consciente de cada rincón de mi cuerpo. El aire cálido del verano va enfriándose cada vez más a medida que se acerca el otoño.

—Odio este lugar, tío, pero es el último año que estaremos todos juntos. El fin de una era.

Silas se mantiene distante, sin mostrar sus emociones; no porque no las tenga, sino porque no le gusta exteriorizarlas. No suele reaccionar a las cosas del mismo modo que los demás y, aunque sé de sobra que quiere a Rose y se preocupa por nosotros, también sé que le cuesta relacionarse con otras personas y entenderlas.

Él es diferente; ve el mundo desde un prisma distinto al del resto del mundo. Se muestra siempre tan frío y serio que a veces da la impresión de que todo le da igual, incluso cuando está con Rose y ella le dedica una sonrisa. Como mucho, alza levemente las comisuras en respuesta, pero nunca parece realmente feliz. A menos que te fijes en sus ojos.

Creo que así fue cómo consiguió Rosemary abrirse paso en su corazón. Ella pudo leer en sus ojos lo que su rostro jamás expresaría. Vio su verdadera esencia y trató de comprenderla.

La verdad es que es imposible saber las batallas que libra Silas en su mente, pero, aunque nunca podamos identificarnos con lo que le pasa, siempre intentaré protegerlo. Por mucho que me odie por ir tras él recordándole que tiene que tomarse las pastillas.

Porque él siempre me protege a mí.

Al menos, eso es lo que yo creo.

—Existen los coches —dice mientras el sonido de los disparos me resuena en los oídos y contemplo la pintura explotando contra el cartel—. Los aviones, los trenes, los metros… Hay muchas formas de viajar, Rook. No vamos a dejar de vernos; lo único que cambiará es que tendremos que buscarnos un trabajo y tú ya no podrás prenderle fuego a ningún edificio.

Suelto una carcajada y siento cómo va intensificándose el sonido en mi estómago a medida que la maría empieza a hacerme efecto. Tiene razón. Estoy dándole demasiadas vueltas por culpa del porro, pero, aun así, la idea no deja de inquietarme.

La palabra «familia» perdió todo su significado el día que murió mi madre. Y volvió a cobrar sentido en un club de campo mientras intentaba encender unos petardos.

Siempre he tenido claro que quería largarme de Ponderosa Springs; sin embargo, alejarme de ellos es harina de otro costal.

—¿Y sigues con la idea de quedarte? ¿No puedo convencerte de lo contrario? —pregunto, aunque sé que, a diferencia de mí, él no tiene motivos para irse.

—No. Rose quiere ir a Hollow Heights, así que estaré aquí con ella hasta que se gradúe —responde con firmeza; su voz irradia tal serenidad que hasta un desconocido que pasara por nuestro lado sabría que va totalmente en serio al escucharlo.

—¿A tus padres les parece bien que te quedes?

—Llevan intentando que me vaya desde que me diagnosticaron esquizofrenia —dice con un suspiro—. Lo hacen por mi bien. No quieren ver cómo me ridiculizan aquí, pero no pienso abandonar a Rose, así que saben que es imposible que cambie de idea. Además, así me será más fácil hacer las prácticas en la empresa de mi padre en Portland.

Es el único de nosotros que puede estar orgulloso de contar con unos buenos padres. Me atrevería a decir incluso que son excelentes. Scott y Zoe tienen éxito, felicidad y tres hijos a los que quieren como se esperaría de cualquier progenitor.

Es curioso cómo alguien puede anhelar la destrucción y el caos aun estando rodeado de un entorno estable, ¿no?

Le doy otra calada al puro para acabármelo y tiro la colilla sobre el césped artificial con la esperanza de que lo deje bien chamuscado.

—¿Hemos acabado ya de ponernos nostálgicos? Me duele la cabeza y tengo que ir a recoger a Rose.

—¿Dónde está? —pregunto, asintiendo con la cabeza para darle a entender que podemos irnos.

—En la cafetería de Tilly estudiando, pero ha aparecido por allí

el novio de su hermana con su grupito de amigos y no me gusta que esté cerca de ellos.

—¿Que voy a tener la oportunidad de reventarle la cara a Easton y encima comerme una hamburguesa? ¿Dónde firmo? —contesto a la vez que me pongo de pie y estiro los brazos por encima de la cabeza.

—Recogemos a Rose y nos vamos. Nada de peleas —gruñe, acompasando su paso al mío.

—Nada de peleas. Entendido —suelto con una sonrisita mientras hurgo en mi bolsillo trasero.

Acto seguido, saco uno de mis cigarrillos Lucky Strike y me lo coloco entre los dientes.

No iba a ser yo quien empezara. Nunca era yo.

Pero, si me provocaban, no pensaba quedarme de brazos cruzados.

La cafetería de Tilly está a pocos minutos en coche del instituto. Cuando voy en moto tardo unos seis minutos a lo sumo en pisar el asfalto del aparcamiento, iluminado por las luces de neón del letrero.

Tras quitarme el casco, me retiro el pelo de los ojos y paso la pierna por encima de la moto para ponerme de pie en el suelo mientras Silas aparca junto a mí. La cafetería está a reventar, aunque no me extraña, teniendo en cuenta que es sábado y que aquí es donde se reúnen todos los tíos que se bañan en Axe y las chicas que necesitan un buen chismorreo tanto como el respirar.

Siento lástima por Rose. Nadie se merece una hermana gemela tan ególatra y odiosa. Y como Rose odia conducir, la mayoría de veces tiene que ir con ella, aunque no quiera.

Supongo que sus padres creen que, si la obligan a rodearse de la gente «adecuada», acabará dándose cuenta ella sola de la mala influencia que somos y se cansará de salir con nosotros al ver cómo podría ser su vida si se juntara con personas íntegras en vez de con unos chicos que tan solo ensucian el buen nombre de Ponderosa Springs.

En todos nuestros años de vida lo único que hemos hecho es dañar la imagen de este pueblo y su gente. Nos hemos apoderado de su jerarquía y la hemos derruido hasta los cimientos.

Los Donahue temen que su preciosa niñita se haya entregado por completo al lado oscuro. Y no les faltan razones para alarmarse, porque no van a recuperarla.

Silas abre la puerta de cristal y pone un pie en el suelo de cuadros blancos y negros. En cuanto cruzamos el umbral, todas las voces enmudecen y la cafetería abarrotada se sume de pronto en un silencio sepulcral.

Somos como repudiados entrando en un lugar donde no nos quieren. Todo el mundo nos mira igual que si acabásemos de irrumpir en una iglesia o en algún otro lugar de culto y estuvieran esperando a ver cómo nuestros pies descarriados arden al pisar suelo sagrado.

Agarro a Silas del hombro.

—¿Qué pasa? ¿Tengo algo en la cara?

Mi voz resuena en el espacio y les crepita en los oídos. Algunos se quedan mirándonos claramente impactados; otros apartan la mirada por miedo a que podamos absorberles el alma o algo peor. Las mujeres se aferran a sus bolsos, los hombres entrecierran los ojos, las chicas aprietan los muslos y los chicos intentan hacerse los duros.

Silas empieza a caminar con determinación hacia su chica, que se encuentra apretujada en una pequeña mesa, sin compañía. No bromeaba cuando dijo que quería recogerla y largarse; odia estar rodeado de tanta gente. Aunque nunca lo haya expresado en voz alta, lo noto en su forma de desenvolverse en este tipo de sitios.

Lo sigo y contemplo cómo Rose alza su dulce mirada hasta encontrarse con los ojos de su novio. En ese instante, todo el mundo parece desvanecerse para ambos: ella relaja los hombros y él se deja llevar por la oleada de alivio que le recorre el cuerpo.

No son celos lo que siento al verlos. Rose no me atrae de esa manera y no me cuesta admitir cuándo un tío me resulta atractivo, pero Silas no es precisamente mi tipo.

Aun así, muy de vez en cuando, me pregunto qué se sentiría al tener a alguien que me mirase así. Como si no fuera una carga, un error andante, un monstruo o el mismísimo Lucifer, sino un simple ser humano.

Rose recoge sus cosas a toda prisa y, cuando se levanta, me fijo en la gente que hay alrededor. Los miembros del equipo de fútbol están apiñados en las mesas de al lado, algunos sentados sobre el respaldo de los asientos acolchados, con el brazo por encima de sus ligues de turno.

Lo único que tenemos en común es el dinero. Por lo demás, somos polos completamente opuestos.

Si Ponderosa Springs tuviera un barrio marginal donde reubicar a los que no encajan con sus estándares, nos habrían desterrado allí sin dudarlo. Mientras tanto, nos miran desde sus lujosos balcones y sus jardines recién podados, como si nuestra ropa no costara lo mismo o nuestras familias no fueran igual de ricas.

No les importa de dónde provenimos porque nuestra fortuna está manchada por el peligro, el alboroto y la violencia.

Somos esa clase de personas sobre la que te advierten tus padres cuando creces; el hombre del saco que se esconde debajo de tu cama; meras abominaciones en un pueblo estancado en la tradición, donde todo el mundo interpreta un papel.

Y nadie encarna su rol tan bien como el príncipe de los prepotentes y la princesita que se sienta a su lado.

—Hola, chicos, ¿nos vamos? —murmura Rose, colgándose la mochila al hombro mientras Silas la atrae hacia su pecho, aferrándose a ella con fuerza.

—Hola, querida Rosie —la saludo, extendiendo la mano para alborotarle el pelo—. ¿Te apuntas a armar un poco de jaleo por ahí?

Es coña, por supuesto. Las bromas son solo un mecanismo más para ocultar ese vacío que siento en el pecho. Estoy tan hueco por dentro que el sonido de las risas retumba en las paredes de mi interior, pero nadie es consciente de ello.

De pronto, se oye una ligera tos, seguida de una simple palabra.

—Escoria.

Es una voz baja y amortiguada que le arranca unas cuantas risitas al grupo.

Muevo de un lado a otro la cerilla que sostengo entre los dientes al mismo tiempo que le dedico una sonrisa.

—Perdón, no te he escuchado bien con esa polla que tienes

metida en la boca, ¿puedes repetirlo un poco más alto, Sinclair? —digo, dejando atrás a mis amigos para acercarme a su lado de la mesa.

Easton es igual de pretencioso que unas chanclas de Gucci.

Llevo odiándolo desde que lo conocí. Y los chicos también. Se cree superior a todos y se regodea en la admiración que le profesa el resto, como si fuera un ser de luz.

Lo único que le falta es multiplicar los panes y los peces.

Su padre es el decano de una universidad carísima que se hunde cada vez más en la miseria, al igual que el terreno blando y húmedo sobre el que está construida. No tiene mucho de lo que presumir, pero, como la mayoría de la gente por aquí, Easton sabe cómo ganarse la confianza de su público.

Sonríe a los periódicos, gana todos los partidos de fútbol que juega y actúa como si fuera el puto amo; sin embargo, ni siquiera las siete maravillas del mundo se libran de las grietas con el paso del tiempo. Esa fachada de perfección está más que resquebrajada.

—Rook —dice Rose, agarrándome del brazo y haciendo lo que mejor se le da: calmar las aguas.

Me río para restarle importancia.

—No, Rosie, no pasa nada —respondo, colocando las manos en la mesa y mirando a Easton desde arriba—. Solo estoy charlando tranquilamente con mi colega Sinclair. ¿A que sí?

Clavo los ojos en él, retándolo a devolverme la mirada para que sea testigo de lo que ve todo el mundo reflejado en mis iris: las entrañas del infierno donde lo asaré vivo si se mete conmigo o con mi familia de nuevo.

Pero, como el buen cobarde que es, mira a todos lados menos a mí.

—He dicho… —Se aclara la garganta y sonríe, a pesar de lo incómodo de la situación—. Que os lo paséis bien —termina de decir como si nada.

Ambos sabemos lo que ha dicho.

Ha tenido la valentía de atreverse a abrir la boca, pero admito que demuestra más inteligencia de la que esperaba al no repetírmelo a la cara.

—Así me gusta, campeón. —Le doy una palmada en la espalda con la suficiente fuerza como para provocar que se incline ligeramente hacia delante y, al ver que no contesta, decido hacerle caso a Rose y dejarlo.

—Qué vergüenza —comenta una voz más suave y elegante—. ¿Cómo se te ocurre pasearte en público con esta panda de chalados? En serio, Rose, no puedes ser más patética.

Al oírla, tenso la mandíbula, apretando con fuerza la cerilla que tengo en la boca.

—Te refieres a ti misma y a tu catálogo de Zara-pastrosos, ¿no?

La llama azul de sus iris se enzarza en una batalla silenciosa con los míos. Permanece imperturbable, sin apartarme la mirada ni por un segundo.

Sage Donahue.

«Qué bien me lo pasaría jugando contigo a mi antojo».

Suelta una risita sarcástica ante mis palabras.

—Já, esa es buena, sobre todo viniendo de un tío que parece tener la misma comprensión lectora que un niño de primaria —responde, haciendo danzar sus uñas pintadas de azul claro alrededor de un vaso alto lleno hasta los topes de batido de fresa—. No entiendo por qué mi hermana insiste tanto en defenderos a los cuatro. ¿Es pura ingenuidad o es que simplemente os gusta arruinarle la vida?

Rose y Sage son gemelas y, por lo tanto, comparten rasgos, como el color del pelo o las pecas. Aun así, Rose las tiene concentradas alrededor de la nariz, mientras que las de Sage le salpican el rostro de manera desordenada. Una intenta pasar desapercibida a toda costa y la otra hace todo lo posible por destacar.

No suelo enfrentarme cara a cara con la niña bonita de Ponderosa Springs, la chica que consigue todo lo que quiere con su piquito de oro. Ya nos conocíamos, por supuesto; es un pueblo demasiado pequeño y, además, mi mejor amigo sale con su hermana.

Pero siempre intentamos evitarnos.

—A lo mejor a ella no le da tanto miedo salir de su burbuja y

disfrutar de la vida. Puede que no le guste fingir como a ti. El lado oscuro te permite cruzar límites que jamás te plantearías a la luz del día.

Sigo con la mirada sus labios pintados de rojo y me fijo en cómo envuelven la pajita de su vaso, manchando el color blanco. Da un par de sorbos y luego se echa hacia atrás para contestarme.

—¿Pretendes ofenderme?

—No —digo mientras me encojo de hombros, con una sonrisita torcida y la voz cargada de sarcasmo—. Todos los gemelos tienen una oveja. No hay por qué avergonzarse. Me alegra que lo lleves con tanto orgullo, Sage.

—¿Una oveja?

—Sí, ya sabes, ese que cumple con las expectativas de los demás. El sumiso. El débil —pronuncio cada palabra despacio, ladeando la cabeza ligeramente para estudiar su reacción—. La versión descafeinada de su mitad.

Sage Donahue es capaz de fulminar a cualquiera articulando una sola frase con esos labios rojos. No hay nadie que la cuestione; todos los que la rodean se postran a sus pies y la siguen como borregos.

Easton Sinclair cree que lleva la voz cantante, pero en realidad es ella la que mueve los hilos.

Se me ensancha la sonrisa al ver cómo la ira le enciende los ojos.

Está echando chispas por lo que acabo de decirle y luchando con todas sus fuerzas por mantener intacta su apariencia tranquila e imperturbable, pero su piel blanca como la nieve no puede evitar fundirse bajo el fuego hiriente de mis palabras.

La misma energía incontrolable que siento al provocar un incendio me recorre todo el cuerpo, pero esta vez la oleada de poder que me arrasa es aún mayor porque soy consciente de que he hecho que le ardan las entrañas.

—¿Y esa soy yo? ¿La oveja? —inquiere, arqueando una ceja y echándose esa cortina de pelo rubio fresa por detrás de los hombros.

—El que se pica, ajos come, princesa.

Su máscara empieza a resquebrajarse ante mi comentario. Siento las llamas de su interior retorciéndose hasta propagarse de manera descontrolada por cada fibra de su ser. Entonces, abre la boca, dispuesta a soltar todas y cada una de las palabras crueles que se le ocurran.

Me preparo para presenciar cómo estalla el volcán y vuelca toda su lava sobre mí, pero su novio decide arruinarme la diversión interviniendo para hacerse el héroe.

—Bueno, ya está bien, imbécil —dice Easton poniéndose de pie para enfrentarse a mí, aunque yo sigo apoyado sobre la mesa; no me molesto ni siquiera en enderezarme.

Me limito a echar un vistazo hacia atrás por encima del hombro y a recorrer su figura con los ojos de arriba abajo mientras me paso la lengua por el interior de la mejilla.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué vas a hacer al respecto, soplapollas?

Puede que intente contratar a alguien con el dinero de papi para que me pegue una paliza, pero él nunca se ensuciará las manos por miedo a dañar su reputación. Es un cobarde de mierda y, además, sabe que lo mandaría al otro barrio.

—Rook, delante de Rose no —me advierte Silas a mi espalda.

—Eso, ya lo has oído, perrito faldero. Vete con tu líder y su puta —suelta Easton, provocando que a Sage se le escape un grito ahogado y lo agarre del antebrazo para atraerlo de nuevo hacia su asiento.

Esta vez no soy yo el que se mueve, sino Silas, que avanza hasta colocarse de pie a mi lado. Hay ciertos temas que es mejor no sacar cuando hablas conmigo o mis amigos. A cada uno le molesta una cosa distinta, pero todos reaccionamos de una forma parecida cuando nos tocan los cojones.

—Ten cuidado con lo que dices.

Al parecer, Easton tiene hoy los huevos llenos de testosterona, porque, lejos de callarse, se atreve a abrir la boca de nuevo.

—*Tin quididi quin li qui dicis* —lo imita, poniendo los ojos en blanco—. ¿Te crees que eres un tipo duro porque te paseas por ahí con tu música de emo a todo volumen y vestido de negro? Lo único que dais es pena. No sois más que una panda de bichos raros. Nadie

os tiene miedo.

—Chicos, por favor, solo quiero irme —susurra Rose, tirándonos del brazo a ambos.

La cerilla que tengo en la boca se parte cuando me percato de que Easton sigue dispuesto a cavarse su propia tumba.

—El hijo de un asesino en serie, el mocoso malcriado, el esquizofrénico y el tío con una madre muerta que, por lo visto, le rezaba a Satanás. Enhorabuena, os habéis montado vosotros solos el circo de los horrores de Ponderosa Springs.

Nunca se me ha dado bien controlar el hambre, la lujuria, la rabia o los impulsos.

Siento unas uñas que se me clavan en la piel del brazo y me empujan hacia atrás, pero solo puedo pensar en la imagen de Easton Sinclair achicharrándose vivo y rogándome que apague las llamas que lo envuelven.

—Aquí no —me murmura Silas en el oído—. Más tarde.

Lo último que me apetece es hacer la vista gorda. No quiero dar mi brazo a torcer ni largarme de aquí dejándolo con esa asquerosa mueca de superioridad en la cara.

Pero sé lo que va a pasarle, porque siempre devolvemos el golpe, así que oculto mi ira tras una sonrisa.

—Si alguna vez quieres comprobar las cositas que sueltas por esa boca de gallito, ya sabes dónde encontrarme, Easton.

Acto seguido, me vuelvo hacia Sage, ignorando por completo al saco de mierda que tiene por novio.

—En cuanto a ti —empiezo a decir—. No ha estado mal, muñeca. A ver si repetimos.

Le guiño un ojo por si acaso. A continuación, arrojo a un lado la cerilla que sostenía entre los dientes, le saco la cereza del batido y me la meto en la boca.

Mastico la dulce fruta mientras observo cómo su mandíbula afilada se tensa al mirarme. La he llevado tan al límite que casi consigo hacer añicos su máscara, y mentiría si dijera que no me muero de ganas de ver qué ocurre cuando eso pase. Sus ojos se deslizan durante un instante hacia mis labios y contemplan el jugo que se me resbala por las comisuras.

Se me pasan por la mente un montón de ideas impulsivas, problemáticas e imprudentes. Sé que debería olvidarme de ella y dejarla en paz. Es la única chica con la que no debería tener nada, pero eso solo hace que me atraiga aún más.

Sage es como una manzana envenenada. Por muy irresistible que parezca, es capaz de matarte con un solo bocado. Aun así, me muero de ganas de hincarle el diente.

Nunca he sido de los que les dan muchas vueltas a las cosas. Me rijo únicamente por impulsos y, ahora mismo, lo único que me apetece es demostrarle todo lo que se está perdiendo.

—Espero ansioso el día en el que vengas a mí en busca de un poco de acción, princesa. Vamos a pasarlo muy bien tú y yo juntos.

El impacto de su piel contra la mía resuena en toda la estancia, dejándome la mejilla en carne viva por la bofetada que acaba de darme. Un hambre voraz me invade el pecho al notar el rastro de sus uñas grabado sobre mi piel dolorida.

Me paso la lengua por el interior de la mejilla, sonriendo con arrogancia.

—Por encima de mi cadáver, pirómano de mierda —escupe.

Sip, voy a disfrutar de lo lindo viendo a su noviecito arder de rabia a mis pies mientras le quito a su chica en las putas narices.

4
Terrores nocturnos

Sage

En el instituto, solía cabrearme cuando la gente me preguntaba gilipolleces sobre eso de tener una hermana gemela. Por increíble que parezca, no, nunca he podido leerle la mente.

No dejaban de referirse a nosotras como «las gemelas», incluso cuando no estábamos juntas, en cuyo caso, además, siempre nos preguntaban: «¿Dónde está la otra?».

No empezaron a tratarnos como dos personas independientes hasta que llegamos al instituto. Entonces, ella siguió su propio camino y yo me propuse escalar hasta la cima de la jerarquía social. Nos distanciamos tanto que, de cara a los demás, pasamos de ser «las gemelas» a convertirnos en Rosemary y Sage, a secas.

Sin embargo, en momentos como este, en los que la luna se alza en lo alto del cielo y la oscuridad se apodera de cada rincón de mi cuarto, echo de menos su cercanía, pasearnos juntas en público y que parezcamos las dos mitades de un todo a ojos del resto.

Los suaves gimoteos de Rose me han vuelto a despertar, puntuales como un reloj. Le pasa casi todas las noches, así que no me sorprende ver que son las tres y treinta y cuatro de la madrugada en el resplandor verde de mi reloj. Dejo escapar un suspiro y me incorporo en la cama, estirando los brazos. Al ponerme de pie, se cae al suelo el guion de *El crisol*. Cruzo mi habitación sin encender la luz, guiándome únicamente por la memoria muscular, abro la puerta y me dirijo a la habitación que se encuentra justo al lado de la mía.

Una vez oí a alguien decir que las habitaciones son el reflejo del

alma de quien vive en ellas y, si eso es cierto, la gente no se equivoca al pensar que mi hermana y yo somos como el día y la noche: la suya está repleta de pósteres de grupos de música, tiestos con plantas, montones de ropa negra y una luz que proyecta estrellas en el techo, mientras que la mía es completamente rosa, está ordenada e iluminada con luz natural y tiene una alfombra mullidita de color blanco en el suelo.

Esa parte de mí que intento mantener enterrada en lo más profundo de mi ser se niega a aceptar que nos hayamos distanciado tanto la una de la otra.

Su voz me recuerda de golpe la razón por la que he entrado en su habitación.

Camino hacia su cama despacio y me deslizo dentro junto a ella. La suavidad de sus sábanas de algodón me envuelve de inmediato, junto con el olor a tabaco y a colonia que impregna la cama y que proviene de la sudadera de Silas que lleva puesta.

Le paso la yema de los dedos por el ceño fruncido, intentando relajarle los músculos de la frente, y los deslizo hasta su nariz para despertarla con delicadeza y hacerle saber que los monstruos que la atormentan no son reales.

Se mueve bajo mi tacto, entre el sueño y la vigilia.

—Es solo una pesadilla, Ro, no pasa nada —susurro, esperando a que se dé cuenta de que puede salir de ella cuando quiera.

Tras varios minutos acariciándole la cara con el dedo, abre los ojos y vuelve a la realidad poco a poco.

—¿Te he…? —empieza a decir, pero se detiene para bostezar—. ¿Te he despertado?

Niego con la cabeza.

—No, estaba yendo al baño y te he escuchado dando vueltas en la cama —miento.

Agarra la parte superior del edredón y lo sube hasta cubrirnos a ambas la cabeza. A cobijo bajo la oscuridad de sus mantas, me transporto de inmediato a un tiempo en el que éramos más pequeñas y nos negábamos a dormir en camas separadas. Cuando aún creía en un mundo lleno de posibilidades; un mundo que sigue existiendo, solo que no aquí, en este pueblo. Por la noche, en cuanto

nuestros padres se quedaban dormidos, nos metíamos debajo de las mantas y nos contábamos historias o hablábamos de nuestros sueños.

Debajo de estas mantas, puedo quitarme la máscara y permitirme ser esa niña otra vez, sin mirar constantemente hacia atrás para comprobar quién me está observando, sin insultar a los demás para quedar por encima de ellos. Ahora mismo no tengo nada que temer.

—¿Con qué estabas soñando?

—Era lo mismo de siempre. Había pasillos oscuros y voces extrañas.

A veces me da envidia lo amable y comunicativa que es Rose, pero en otras ocasiones me odio a mí misma por dejarme llevar por los celos que me carcomen e intentar arrebatarle esa parte de sí misma.

Porque ella aún es capaz de preocuparse por las personas que la rodean y verles el lado bueno a todas, mientras que a mí me ha tocado cargar con la peor parte y me hundo en un pozo sin fondo.

—Siento haber sido tan cruel el otro día en la cocina y en la cafetería —susurro, metiéndome las manos debajo de la cabeza y mirándola.

El brillo de las estrellas de su habitación se cuela a través de los agujeritos de las mantas, brindándonos una luz tenue.

Rose esboza una sonrisa y siento un leve pinchazo en el pecho al reafirmar el gran corazón que tiene mi hermana. Me ha perdonado, así sin más. Eso es lo que más me preocupa de su relación con Silas. ¿Y si él o uno de sus amiguitos le hace daño? ¿Y si ella se lo permite? Porque cuando Rosemary quiere a alguien, lo hace con tal intensidad que no le importa cómo la traten.

Nuestros padres son el ejemplo perfecto de ello.

—No pasa nada, Sage —responde—. Sé que es porque sientes que tienes que ser cruel para poder salir sana y salva de este sitio. Es solo que… No lo entiendo. Antes eras feliz y libre, pero cambiaste de la noche a la mañana. ¿Por qué no quieres contarme qué te ha pasado?

—¿Podemos dejar el tema? No hay palabras para expresar lo

poco que me apetece hablar de mí ahora mismo.

—Echo de menos hablar de ti. De tu antigua tú. Ya sabes, esa a la que no le importaba que no la nombraran reina del baile ni lo que pensaran los demás. Esa que iba paseándose por todos lados con guiones desgastados y fingía ser Meryl Streep recibiendo un Óscar. ¿Te acuerdas de ella?

Me acuerdo, y, algún día, volveré a ser esa chica. En cuanto me vaya de este lugar, recuperaré a mi antigua yo y todo será de nuevo como antes. Lo que mi hermana no entiende es que, si me permito ser ella aquí, en este desecho tóxico convertido en pueblo, acabaré muerta en vida; me ahogaré en el pozo de miseria del que beben todos los rincones de este sitio.

—No queda nada de ella, ¿vale? Déjalo ya, joder, Rose —respondo, con una agresividad innecesaria y que, en realidad, no va dirigida a ella, sino a aquellos que me convirtieron en lo que soy.

En estos instantes en los que la rabia me desborda, me odio aún más por desear que hubiera sido ella la que lo pasara mal y así poder ser yo la que viva sin preocupaciones y con la ilusión intacta.

Esos pensamientos me impiden pegar ojo por la noche y hacen que me dé más asco todavía a mí misma, porque no podría soportar la idea de que mi hermana aguantara lo que tuve que aguantar yo.

—Hablemos mejor de ti. ¿Cómo estás? ¿Qué tal te va? He visto que tu obra por fin va cobrando forma.

Y cuando digo «cobrar forma» en realidad me refiero a «no tengo ni idea de lo que estás intentando crear, pero cuenta con mi apoyo de todas formas». Rosemary siente debilidad por las esculturas hechas de vidrio roto. En realidad, con que haya cristales le basta para crear cualquier cosa; el problema es que la mayoría de las veces no logro descifrar qué leches se supone que está haciendo.

—Pues… —empieza a decir—. No me va mal. Las esculturas avanzan bien. Aunque últimamente no dejo de discutir con Silas.

Levanto las cejas, alarmada.

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

—Tranquila. No ha hecho nada malo —responde, soltando un suspiro—. De verdad, parece que solo buscas excusas para odiarlo.

—Bueno, tampoco es que él me lo ponga difícil.

—Nos hemos peleado porque no quiero que vaya a Hollow Heights. Sus amigos se marchan a la costa este y no veo justo que él se quede aquí solo por mí. Ya sabes que a mamá y a papá les daría un infarto si se me ocurriera ir a otra universidad, pero él no tiene por qué vivir con las mismas limitaciones que yo.

Soy muy consciente de cómo reaccionarían nuestros padres. De hecho, van a terminar de perder la cabeza cuando se enteren de que no pienso ir a esa porquería de universidad, ni aunque me paguen ellos la matrícula. Estoy dispuesta a vivir debajo de un puente con tal de no poner un pie en ese sitio.

—¿No os habéis planteado mantener una relación a distancia? —pregunto, intentando reprimir el impulso de decirle: «Mándalo a la mierda», porque sé lo enamorada que está de él y no quiero verla sufrir, nunca, ni siquiera cuando soy yo la que le hace daño.

—Teniendo la posibilidad de quedarse aquí y estar juntos sin más, no quiere ni intentarlo, pero me da miedo que acabe odiándome con los años. ¿Y si cortamos? Entonces pensará que perdió la oportunidad de irse por nada —contesta, con la voz quebrada de dolor, y a pesar de la poca luz, distingo claramente las lágrimas que se le deslizan por las mejillas—. Lo amo, Sage. Lo amo tanto que me duele hasta respirar. No podría soportar que me odiara.

Sin pensármelo dos veces, extiendo la mano para secarle las lágrimas con el pulgar.

—Venga, anímate. Somos demasiado guapas para llorar por un chico.

Deja escapar una risa teñida de melancolía.

—No tiene gracia. Me sorprende que no me digas que lo deje.

Me muerdo el labio inferior.

—Bueeeeno… —respondo, arrastrando cada sílaba.

—¡Sage! —me reprende, riéndose aún más fuerte—. Aunque no te lo creas, soy muy feliz con Silas.

Me aguanto las ganas de poner los ojos en blanco. Lleva repitiéndome lo mismo desde que lo conoció en el instituto; no se cansa nunca de intentar convencerme de lo inofensivo que es y de lo dulce que puede llegar a ser. De hecho, está tan cegada por sus

supuestas virtudes que pasa por alto todos los destrozos que causan él y sus amiguitos.

—No me preocupa tu felicidad, sino tu seguridad.

—¿Seguro que no es por mi reputación?

Chasqueo la lengua.

—Tu reputación va ligada a tu seguridad. ¿Qué vas a hacer cuando Silas se meta con la persona equivocada? ¿O cuando el bocazas de Rook consiga sacar de sus casillas a alguien?

En mi mente veo destellos de la cara de Rook fulminando a Easton con una mirada tan cargada de furia que, por un segundo, tuve miedo de que se prendiera fuego a sí mismo. Sus ojos verdes se habían convertido en un incendio forestal, como si reflejaran las copas de unos imponentes pinos siendo devoradas por la ferocidad de las llamas.

Nunca había presenciado nada parecido.

A Rosemary se le dibuja una sonrisita en los labios.

—Creo que le gustas.

Me echo hacia atrás, sorprendida ante su declaración.

—Pero si he estado a punto de clavarle una uña en el ojo. Casi echo a perder una manicura preciosa por culpa de uno de los Hollow Boys. Nos ha faltado tirarnos de los pelos, Ro. ¿Estás ciega o has decidido olvidarte de esa parte?

No sé a qué viene este calor que me sube por las mejillas, y me molesta.

Rook Van Doren no tiene derecho a hacer que me ruborice ni que me enfade. No pienso permitir que vea más allá de lo que yo decida mostrarle. No va a traspasar mi coraza.

—Para él es lo mismo. RVD no distingue entre peleas y coqueteos.

No debería importarme. Paso de ese tío.

Si sigo escuchando a Rose hablar de él es solo porque me parece la oportunidad perfecta para reunir más secretos y descubrir los trapos sucios de unos chicos que resultan un misterio para todo el mundo. Son esa clase de personas sobre las que conviene guardar información comprometedora con el fin de tener algún poder sobre ellas.

—Voy a pasar por alto que acabas de referirte a él por sus iniciales. En cuanto a lo otro: no tiene ningún sentido. Ya no estamos en la guardería para ir por ahí con la cancioncita de «los que se pelean se desean».

Se gira para ponerse bocarriba y suelta un suspiro.

—Es el que menos conozco de los cuatro. Sé que su madre murió y que se lleva fatal con su padre. Pero lo que sí te puedo asegurar, por lo que he visto todos estos años, es que le gusta prender fuego a las cosas y que sus emociones brillan igual que los incendios que tanto disfruta provocando. Rook Van Doren no gasta energía en lo que no le interesa. Si le llamas la atención, te lo hace saber a toda costa. —Se detiene brevemente para mirarme—. Y yo diría que tú le has llamado la atención.

—Bueno, pues más le vale ir buscándose otra fuente de entretenimiento, porque no pienso volver a hablar con él en la vida.

Un silencio cómodo se instala entre nosotras, el simple hecho de estar juntas nos brinda calma a ambas por igual. Debajo de esta manta, no pasa nada por permitirme pensar en cómo será mi futuro después de que me gradúe este año.

«Último curso, Sage. Aguanta esta farsa un curso más y podrás ponerle el broche de oro a la mejor interpretación de tu vida».

5
Recoges lo que siembras

Rook

El desfile de bienvenida, ese maravilloso evento en el que el pueblo entero sale a la calle para ver cómo los estudiantes del instituto se pasean en carrozas excesivamente recargadas.

Cualquiera que forme parte del instituto o de sus actividades tiene un sitio reservado encima de las carrozas: equipos enteros de distintos deportes, dueños y trabajadores de negocios locales, integrantes de clubes escolares o asistentes al desfile sin más. Todos saludan desde sus posiciones al pasar.

Me pregunto si serán conscientes de lo ridículos que parecen.

No le veo la gracia a quedarme sentadito a un lado de la calle viendo cómo un grupo de adolescentes saluda con la mano y sonríe. No hace falta salir de casa para dejarles claro a los demás que ya has alcanzado tu máxima meta en la vida y que después del instituto vas a ser un mierdas. Lo único que consiguen estos desfiles es inflar aún más los egos ya de por sí colosales de mis compañeros y alimentar su obsesión por su propia imagen, pero bueno, quién soy yo para juzgar.

La canción que estoy escuchando ahora mismo me rebota con fuerza en los tímpanos a través de los auriculares y me cala hasta los huesos. Aprieto los dedos alrededor del acelerador y la moto sale disparada hacia delante, acompañada por el quejido agudo del motor.

El viento me levanta la sudadera negra mientras contemplo el mundo exterior teñido de un marrón claro debido a la visera de color negro mate que llevo puesta, cuyo uso, en teoría, está prohibido en

la carretera, pero dudo que haya algún coche de policía capaz de alcanzarme a esta velocidad.

En moto, me siento más libre que nunca. Ni siquiera cuando estoy drogado puedo dejar la mente en blanco; sin embargo, en la carretera, no existen las preocupaciones. Es la experiencia más cercana a volar con alas propias.

La aguja del velocímetro marca más de ochenta y cinco, y va subiendo a medida que avanzo. Un cosquilleo me recorre el cuerpo al ser consciente de que el más mínimo giro en la dirección equivocada podría hacer que me fundiese con el asfalto.

Lo curioso del miedo es que, en el fondo, solo se le teme a la muerte. En realidad, no te asusta la experiencia en sí, sino lo que viene después. Así que el miedo no me detiene, ni a mí ni a los míos, porque ya estamos muertos por dentro. Llevamos toda la vida desafiando a la Parca y no podría importarnos menos que el mundo se olvidara de nuestra existencia.

Somos unos yonquis de la adrenalina en su máxima expresión.

En mi caso, no dudaría ni un segundo en hacerme daño o en exponerme ante cualquier situación que provoque que se me disparen los niveles de epinefrina en la sangre. Ese subidón me enciende por dentro, como si todo mi cuerpo estuviera en llamas, y no hay nada que me haga sentir así.

Al tomar una curva, me inclino hacia un lado y emerjo entre los pinos elevados que conducen a Ponderosa Springs. El pueblo entero se encuentra ahora en la zona oriental de este pantano de mierda.

El desfile acaba justo al anochecer, lo que significa que todavía nos queda media hora para llevar a cabo lo que tenemos planeado y largarnos antes de que alguien se percate de nuestra presencia.

En ese sentido, nos asemejamos bastante a los fantasmas: aunque sientas nuestra presencia, no hay nada que demuestre que realmente estamos ahí. Incluso podría decirse que nos parecemos a los demonios que se esconden dentro de tu armario y solo dan la cara cuando les conviene ser vistos.

Atravieso las calles vacías en dirección al ayuntamiento, conduciendo por encima de los restos de confeti, globos y envoltorios de caramelo tirados sobre el asfalto, por lo que intuyo

que el desfile ya ha pasado por aquí.

La moto derrapa en cuanto freno delante del edificio que antes era una iglesia católica y que ahora sirve de ayuntamiento. Ha existido desde siempre, pero lo han remodelado para resistir el paso de los años. Aquí era donde mi padre se pasaba la mitad del tiempo trabajando.

Apago el motor, bajo la pata de cabra con la punta del pie y piso el suelo con cuidado. Tras quitarme el casco y apoyarlo en el asiento de la moto, saco un cigarrillo y me siento en los escalones de cemento que bajan desde la fuente que se encuentra enfrente del edificio.

Al coger el móvil del bolsillo, veo un mensaje de Silas.

Voy por la farmacia.

Es de hace tres minutos, así que tenemos unos veinte antes de que el pueblo entero vuelva a reunirse donde estoy sentado. El desfile empieza y termina en el mismo lugar todos los años.

Casi me he acabado el cigarro cuando distingo las luces de un Range Rover avanzando en mi dirección. Sin poder evitarlo, empiezo a mover la pierna y a tamborilear los dedos ante la expectación.

Bienvenidos a las puertas del infierno. El espectáculo está a punto de comenzar.

—Odio los desfiles de bienvenida —dice Alistair, saliendo del asiento delantero de un coche que no es el suyo.

El maniático del control que lleva dentro no ha querido dejarnos a Silas y a mí al mando. Además, funcionamos como una manada: lo que le pasa a uno, nos afecta a todos.

No puedo evitar reírme de lo ridículas que me parecen las palabras escritas en blanco sobre las ventanas: «*Quarterback* 1», «¡Al campeonato estatal!», «Sinclair V».

Nunca he entendido por qué la gente se obsesiona tanto con los deportes del instituto.

—¿Hay algo que no odies? —responde Thatcher, emergiendo del asiento del copiloto.

Lo conozco desde hace mucho tiempo y sé que es cruel, gracioso, que toca el piano y que le encanta sacar de quicio a los demás. Aun así, hay partes de él, mucho más oscuras que las mías,

que siguen siendo un misterio. Cada vez que guarda silencio, la tierra tiembla a su alrededor. El día que abrace la sangre que le corre por las venas, el mundo sufrirá las consecuencias de haberlo obligado a convertirse en aquello que más temían.

Hasta a mí me dan escalofríos solo de pensarlo.

—Pegarle a la gente —le suelta Alistair con una sonrisita de suficiencia, chocando el hombro con el de Thatch a la vez que ambos se encaminan hacia mí.

Su misión era robarle el coche a Easton y reunirse conmigo aquí mientras Silas vigila el tráfico.

—Mentira —intervengo yo, tirando la colilla al suelo—. Odias los desfiles de bienvenida del pueblo; los nuestros son otra cosa.

—¿Tienes tabaco?

Me llevo la mano al bolsillo y le lanzo el paquete a Alistair; la chaqueta de cuero se le levanta cuando lo atrapa en el aire. Ahora es cuando yo entro en acción: abro la mochila negra, provista de todo lo necesario para que te metan en la cárcel por un delito de incendio intencionado, y saco las dos botellas de *whisky* que he rescatado del contenedor de basura de mi propia casa.

—¿Y el mechero?

Levanto la cabeza para mirar a mi querido amigo pelinegro, Alistair.

—¿Quieres que me lo fume yo también por ti? —bromeo, arrojándole el Zippo—. Ni se te ocurra robármelo. Es mi favorito.

Examina la parte delantera del mechero con una ceja arqueada, se enciende el cigarro y me lo lanza de vuelta.

—De toda tu gigantesca colección de Zippos, ¿tu favorito es justo el que tiene tus iniciales grabadas? ¿En serio? Joder, no te hace falta abuela.

Pongo los ojos en blanco y procedo a verter alcohol isopropílico dentro de las botellas de *whisky*.

—Mira quién habla, el que va por ahí estampando sus iniciales en la cara de los demás.

Nos reímos a la vez mientras yo sigo con mis labores de pirómano: empapo unos trapos en alcohol y los meto en las botellas, dejando que sobresalgan un par de centímetros.

—Qué orgulloso estoy de nuestro pequeño friki de la química —dice Thatcher, alborotándome el pelo, y tengo que reprimir con todas mis fuerzas las ganas de molerlo a palos.

—Esto no tiene nada que ver con la química, pedazo de gilipollas. Está todo en Google. Hasta un niño de cuatro años podría hacerlo.

—Pues hay que darse prisa. Ya mismo estarán de vuelta y no quiero perderme la cara de Easton cuando aparezca por aquí.

Asiento con la cabeza y acato sus órdenes. Cojo ambas botellas, saco las cerillas, enciendo una y observo cómo el brillo naranja va apoderándose de la cabeza del fósforo, avanzando hacia el palillo. La sangre empieza a hervirme en las venas a medida que acerco la llama a los trapos que asoman por el cuello de las botellas. Me fijo en cómo comienzan a arder, con la esperanza de que, al ver su coche, Sinclair se acuerde de cada palabra que se atrevió a escupirme en la cafetería.

La próxima vez, se lo pensará dos veces antes de abrir la boca y meterse con mis amigos o con Rose.

Esto es solo una advertencia.

De momento, me conformaré con prenderle fuego a algo suyo, pero si no aprende la lección, el siguiente será él.

Con movimientos ágiles, impulso el brazo hacia atrás y lanzo una botella tras otra por las ventanas del Range Rover. La primera aterriza en el asiento trasero y la segunda, en el delantero. En cuestión de segundos, comenzará el verdadero espectáculo.

De pronto, dos estallidos secos cortan el aire, como si fueran un par de latigazos impactando sobre piel mojada, y las botellas de cristal revientan dentro del coche, sumergiéndolo en un fuego devastador.

—Ahora es cuando empieza lo bueno, chicos.

La boca se me hace agua conforme vamos subiendo por la colina que hay pasando el ayuntamiento, un pequeño montículo desde donde podemos contemplar sin ser descubiertos el caos que está a punto de desatarse.

Muevo el pie con impaciencia mientras saco otro cigarro del bolsillo y lo enciendo sin apartar la vista de la escena del crimen.

Entonces, observamos cómo el pueblo entero pasa desfilando por delante del coche en llamas de su jugador estrella.

Todo el vehículo está cubierto por una densa nube de humo.

Se me eriza la piel al ver las llamas girar y retorcerse en una danza hipnótica. En su reflejo distingo todos los pecados que he cometido; las brasas que flotan en el aire me recuerdan a los pequeños fragmentos que quedan de mi alma.

De pequeño, a veces oía las sirenas de los camiones de bomberos pasando al lado de mi casa y salía corriendo tras ellos como alma que lleva el diablo para poder ver qué fuego intentaban apagar con tanta prisa.

Solo conseguí alcanzarlos en tres ocasiones, pero siempre me reconcomía la envidia por no haber sido yo el causante de aquellos incendios. Era un sentimiento superior a mí. Una enfermedad que me recorría las venas e infectaba cada célula de mi ser, pero me aferraba a ella como si fuese una parte más de mí.

Esbozo una sonrisita desde nuestra posición privilegiada en las alturas, con el corazón martilleándome en el pecho y las palmas empapadas de sudor, al fijarme en el miedo que se apodera de sus rostros. A Easton se le ha ido la olla por completo y la gente trata de apagar el fuego desesperadamente.

Todo el mundo ha sucumbido a la locura.

Los padres van corriendo a por sus hijos; los estudiantes estallan en gritos; los jugadores del equipo de fútbol agitan sus chaquetas para tratar de sofocar las llamas.

Y, entre todo el tumulto, está ella.

Una belleza letal enfundada en un ajustado uniforme de animadora que le envuelve el cuerpo de una forma tan natural que parece fundirse con su propia piel. La camiseta de manga larga que lleva puesta le aprieta sus pechos firmes y deja al descubierto el *piercing* del ombligo, cuyo diamante capta los últimos destellos del atardecer. Su atuendo verde bosque contrasta con el rojo vibrante de sus rizos, haciendo que destaque aún más en la distancia.

Me muerdo el labio inferior, muriéndome de ganas por saber qué se esconde bajo esa falda.

Su aparente perfección es solo una trampa de la naturaleza.

Todos saben que hay que mantenerse alejado de la belleza que habita en los entornos salvajes: desde las ranas de colores llamativos y las medusas bioluminiscentes, hasta las orugas exóticas que parecen tan amigables que te dan ganas de acariciarlas. Todos los seres extravagantes de la naturaleza están diseñados para llamarte la atención y avisarte así del peligro que esconden.

Otras criaturas saben mantenerse alejadas de las bellezas letales de este mundo. Los humanos, en cambio, sentimos la necesidad de ignorar tales advertencias y de tocar todo aquello a lo que no deberíamos ni acercarnos.

Siempre dicen que hay ciertas cosas que es mejor admirar desde una distancia prudente, como el fuego; sin embargo, a mí nunca se me ha dado bien hacerles caso a los demás.

6
En primera fila

SAGE

—¡Putos anormales de mierda!

El sujeto al que escogí como novio se pone a gritar como un descosido mientras le propina una patada a la llanta de su Range Rover calcinado. A decir verdad, nunca me ha gustado ese coche, así que me parece que ahora ha ganado bastante, pero se ve que mi novio no opina lo mismo. Está que echa chispas, nunca mejor dicho.

El caos y la confusión se han apoderado de la bulliciosa multitud que se había reunido para ver a sus adorados estudiantes de instituto antes del gran partido de mañana contra el equipo rival. Los niños buscan a sus padres entre chillidos desesperados y los estudiantes salen pitando de aquí.

A pesar de que solo es un coche en llamas, todo el mundo sabe quiénes son los responsables y absolutamente nadie quiere quedarse a averiguar si tienen alguna sorpresa más preparada.

Mis amigos, por llamarlos de alguna forma, me han dejado tirada en cuanto han olido el peligro y, teniendo en cuenta que el vehículo que me ha traído hasta aquí ha sido el blanco de la ira del famoso grupito, voy a tener que buscarme otra forma de volver a casa.

Incluso con la gente que pasa corriendo como un rayo por mi lado y los espectadores que no paran de cuchichear sobre lo sucedido, me quedo aturdida por un segundo contemplando cómo las llamas anaranjadas engullen el coche. En el fondo, algo me dice que este incendio es una advertencia.

Un mensaje que no debería tomarse a la ligera.

—No uses ese lenguaje en público, hijo.

La voz de Stephen Sinclair suena autoritaria, como siempre. Siendo el decano de una de las universidades más prestigiosas que existen, donde, además, se han formado a algunos de los adultos más exitosos del mundo, no le queda más remedio que tener mano dura con su heredero.

Salir con Easton me ha brindado popularidad y estatus, pero, en realidad, nuestra relación es pura fachada. Solo parece esforzarse delante de los demás.

Siempre se acobarda en situaciones en las que debería dar la cara y, por si fuera poco, no hay nada que lo haga sobresalir por encima del resto. No me despierta ningún tipo de interés ni deseo.

Vale, sí, puede que físicamente sea un regalo para la vista, pero nunca ha hecho que se me acelere el corazón ni que sienta un cosquilleo entre los muslos, por lo que cortar con él después de la graduación será pan comido.

Hasta entonces, seguiré permitiendo que me pasee por todos lados como si fuera un pomerania dentro de un bolso de Prada.

—Papá, es que el pu… —empieza a decir Easton, pero se detiene en cuanto se percata de que Stephen lo está fulminando con la mirada.

Sus ojos albergan la promesa de acabar con él en ese mismo instante si se atreve a pronunciar una palabrota más.

La gente continúa revoloteando alrededor, observándolos desde una distancia prudente, pero lo suficientemente cerca como para enterarse de cualquier drama. Su padre es consciente de ello; siempre está pendiente de las miradas indiscretas y los oídos curiosos.

—¡Me ha destrozado el coche! Y no finjas que no sabes quién ha sido. Esta vez no pienso dejar que se vaya de rositas gracias a su padre —le espeta con furia.

El niño bueno que lleva corbata a los partidos de los domingos se ha esfumado.

Un silencio tan cortante como un cuchillo parece cernirse sobre el cuello de Easton durante un segundo.

Stephen se lleva el móvil a la oreja y lo sostiene contra ella con

una sonrisa forzada, como si estuviera acostumbrado a hacerlo, mientras sacude el polvo de la chaqueta de su hijo con la otra mano y apoya los dedos sobre la tela.

—Deja que yo me encargue del coche y del responsable. Y ni se te ocurra tomarte la justicia por tu mano, ¿me has entendido? —le advierte con voz seria, apretándole el hombro bajo su agarre.

De pronto, su gesto se transforma en una sonrisa genuina, como si no hubiera pasado nada, y se vuelve hacia la multitud.

—Además, tenemos un partido de fútbol que ganar mañana por la noche, ¿o no? —continúa en un tono más alto.

La gente empieza a aplaudir y vitorear, relegando el incendio al olvido.

A este lugar se le da de lujo barrer la mierda debajo de la alfombra entre sonrisas falsas.

El equipo de fútbol se acerca a mi novio y lo alza en hombros como si fuera un cordero expiatorio, inflando aún más su ego y reavivando su ya de por sí enorme complejo de superioridad.

El sol ya casi se ha puesto por completo y el uniforme empieza a picarme. Me apetece un montón tumbarme con una tarrina de helado y reverme *Dieciséis velas*.

Saco mi móvil del bolso, decidida a llamar a mi padre, ya que no voy a poder convencer a Rose de que conduzca hasta aquí y mi madre está hoy en un balneario.

—Ey, ¿qué haces? —pregunta Easton, acercándose a mí entre risitas mientras sus amigos lo empujan en mi dirección.

—Pues, a ver, teniendo en cuenta que tu coche está más calcinado que los intentos de comida de mi madre, voy a necesitar que alguien me lleve a casa, así que estoy escribiéndole a mi padre para que me recoja —respondo, agitando el móvil frente a él y dedicándole una breve sonrisa.

—¿Puedes dejar de comportarte como una niñata malcriada? —contesta—. Creía que las novias estaban para consolar a sus novios. ¿No me dijiste que ibas a venir a la fiesta?

—Se te ha incendiado el coche, no se te ha muerto el perro —replico en un tono cortante; va listo si cree que voy a quedarme calladita aguantando sus tonterías—. No, Easton, te dije que no

podía ir. Tengo deberes que hacer y estoy agotada.

—Venga ya, nena —insiste entre lloriqueos, agarrándome de la cintura para acercarme a él—. Vamos a pasárnoslo bien. ¿O es que piensas dejarme tirado en la última fiesta de bienvenida antes de que empecemos la universidad? —continúa, acariciándome el cuello de arriba abajo con la nariz.

—Te lo pasarás bien tú —matizo, poniéndole la mano en el pecho para alejarlo un poco—. A mí siempre me toca asegurarme de que llegas a tiempo al baño antes de potar por ahí y, encima, luego tengo que llevarte a casa. No me apetece el plan esta noche. Ya te escribiré más tarde.

De pronto, me agarra con más fuerza, como una pitón dispuesta a devorar a su presa, y el azul de sus ojos se oscurece unos cuantos tonos.

Esa es la realidad que esconden los lugares como este: todo el mundo lleva una máscara puesta, solo que algunas son más visibles que otras.

Lo que más odio de él y lo que más me cuesta soportar no es el hecho de que no pare de hablar de sí mismo ni que aguante tres minutos cuando lo hacemos, sino que los gritos de su padre saquen a relucir lo peor de él y se convierta automáticamente en el hombre que le han obligado a ser.

Hasta donde yo sé, Stephen nunca le ha pegado, pero es capaz de manejarlo a su antojo con una simple palabra, haciendo que su hijo se sienta débil e inferior a su lado.

Así que, como Easton se niega a plantarle cara, la toma con todos los que lo rodean cuando no puede salirse con la suya, y yo soy la que casi siempre se lleva la peor parte.

—¿Que no te apetece? —repite, bajando la voz para que el resto no se entere—. A ver si te queda clara una cosa, Sage: soy el *quarterback* del equipo de fútbol, la joven promesa de Ponderosa Springs, el ojito derecho de todo el mundo en este pueblo. Puedo hacer añicos esa imagen de niña buena a la que tanto te aferras en un abrir y cerrar de ojos. Si a mí se me antoja que mi novia aparezca conmigo en la fiesta, entonces no hay nada más que discutir. —Empiezo a rechinar las muelas mientras sigue hablando—.

¿Por qué no te limitas a hacer lo que mejor se te da? Agárrate a mi brazo, sonríe y ponte guapa, ¿entendido?

Esas palabras desatan una serie de recuerdos que había enterrado en lo más profundo de mi ser.

«Siéntate recta, sonríe y ponte guapa, Sage». Las escucho en mi mente, deslizándose por mi cuello y arrastrándose por debajo de mi piel como si fueran gusanos. Estoy infestada de miles de momentos dolorosos que se reproducen sin cesar para impedir que me olvide del tormento de aquellos días.

Echo un vistazo a los ojos curiosos que nos rodean, consciente de que no puedo montar ningún numerito. Si se me ocurriera hacerlo, no me cabe duda de que el rumor se extendería como la pólvora y, en menos de dos horas, todo el mundo estaría al tanto de nuestra discusión. Incluso aprovecharían para montar un escándalo digno del titular de un periódico.

«¡Noticia de última hora! Easton Sinclair, el jugador estrella del equipo de fútbol, y la niña bonita de Ponderosa Springs han roto su relación».

Dado que no quiero que salten más chispas de las necesarias, hago lo que mejor se me da, como bien ha dicho Easton, y procedo a interpretar mi papel de novia ejemplar.

Esbozo la sonrisa más dulce y seductora que soy capaz de fingir e inclino mi cuerpo hacia el suyo, hasta que el aroma de su perfume me inunda las fosas nasales. Acto seguido, le deslizo los dedos con delicadeza por el torso y le dejo la mano apoyada en el pecho.

Entonces, me sirvo de mis zapatillas de deporte para ponerme cómodamente de puntillas y le acerco los labios a la oreja, envolviéndole el cuello con la calidez de mi aliento.

Desde fuera, parece un gesto sincero y lleno de ternura, de esos que son propios de dos adolescentes enamorados. Podría jurar que incluso he escuchado a una pareja pasar por nuestro lado murmurando lo adorables que somos.

—Te doy tres segundos para quitarme las manos de encima, Easton Sinclair; si no, vas a enterarte de lo que es que te arruinen la vida de verdad. No subestimes el daño que puedo hacerte con una sonrisa tan bonita como esta.

El tono amenazante de mi voz choca totalmente con la imagen inocente de dos tortolitos que perciben los demás. Mis palabras suenan frías y crueles. Solo rezuman resentimiento.

La sonrisa se me ensancha al ver que me suelta y deja caer los brazos a los lados ante mi advertencia.

Diría que es la decisión más sensata que ha tomado en todo el día.

—Sage, perdóname —murmura, no porque lo sienta de verdad, sino porque sabe que no me estoy tirando ningún farol.

Inclino el rostro hacia él y le planto un beso casto y fugaz en la mejilla para dar por terminada la conversación.

Aunque mi padre todavía no me ha contestado, decido poner tierra de por medio.

—¡Te escribo después, cariño!

Necesito alejarme de aquí, de él y de toda esta farsa. A pesar de que mi casa se encuentra a bastantes kilómetros de la calle principal del pueblo, me apetece caminar y empaparme del aire fresco, el silencio y la soledad.

Me abro paso entre la gente, saludando con la mano a quienes se cruzan con mi mirada, y observo lo poco que queda de la fiesta, los adornos caídos y la basura que habrán recogido cuando amanezca.

Tras celebraciones como esta, hay veces que, si pasas por la calle principal en el momento adecuado, te sientes como si estuvieras en algún lugar postapocalíptico.

Desierto. Aislado. Sepultado en el olvido.

Hace años que este pueblo dejó de ser un hogar y se fue convirtiendo poco a poco en lo que es ahora: el fantasma solitario y afligido de todo lo que pudo ser y nunca fue.

Lo peor es que no se trata del típico espíritu que te atormenta, como uno pensaría. No se esconde entre las sombras debajo de tu cama ni escribe mensajes en los espejos empañados, sino que está más vivo que nunca porque nos negamos a soltarlo, a seguir adelante y a olvidarnos de él.

De pronto, me retumba en los oídos un sonido que se asemeja al de un cortacésped. El rugido va haciéndose cada vez más y más

fuerte, hasta que mi curiosidad me impulsa a girarme justo a tiempo para presenciar cómo una moto gris pasa zumbando por mi lado. El conductor aparta la vista de la carretera y posa la mirada en mí con descaro mientras permanezco de pie en el arcén.

Aunque el casco mate me impide verle los ojos, sé perfectamente de quién es el rostro que se oculta debajo. Estoy a punto de hacerle una peineta, pero me detengo al percatarme de que sus luces de freno empiezan a brillar de un rojo tan intenso como el de las brasas.

Nunca he sido devota de ninguna religión, a pesar de que voy a misa todos los domingos, pero en este preciso instante le rezaría a cualquier dios con tal de que Rook Van Doren siguiese conduciendo y pasase de largo.

Por desgracia, parece que no hay ninguna divinidad dispuesta a mostrarme ni un ápice de misericordia.

—Me he enterado de lo que le ha pasado al coche de tu novio —dice en un tono arrogante a la vez que se quita el casco y unos mechones de pelo liso le caen sobre la cara—. Una pena, la verdad. Nadie debería atreverse a tocar el vehículo de un hombre.

La sonrisilla de suficiencia que se le dibuja en la cara me despierta una furia irracional que me revuelve las entrañas y me irrita igual que una mosca que no deja de revolotear por encima de la comida.

Intento no fijarme en la forma en la que se le tensan los muslos así, sentado a horcajadas, ni en lo grandes y fuertes que parecen al aferrarse a la moto. Sé que estoy sucumbiendo a la tentación, pero la carne es débil y es difícil ignorar lo bueno que está cuando ni siquiera la sudadera gruesa que lleva puesta es capaz de ocultar sus atributos.

—¿Que te has enterado? —replico, cruzándome de brazos—. Por favor, córtate un poco.

Si se cree que me voy a tragar que es inocente, está muy equivocado. Tengo un radar infalible para detectar las mentiras de la gente.

—Ha debido de cabrear mucho a alguien. Aunque tampoco es que me sorprenda, con esa bocaza que tiene. Seguro que se ha

metido con la persona equivocada.

—Déjate de mierdas, Van Doren. Ambos sabemos que tú y los chalados de tus amigos habéis tenido algo que ver en todo esto. No hace falta que te inventes historias.

La cerilla se le mueve entre los labios, acompañando su sonrisa pícara.

—No sé de qué estás hablando. Ni siquiera sabía que hoy era el desfile de bienvenida.

Me muerdo el interior de la mejilla y me echo los rizos por detrás del hombro mientras me acerco a su moto.

—¿Os pone cachondos? ¿Por eso lo hacéis? —suelto con la intención de pincharlo y comprobar cuánto tarda en estallar, me muero por ver qué límite tengo que cruzar para entrar en la lista negra de uno de los infames Hollow Boys—. Una vez leí que los psicópatas solo consiguen excitarse infligiéndoles daño a los demás. Tengo curiosidad: ¿os vais todos juntitos a una de vuestras mansiones tenebrosas y os la cascáis los unos a los otros pensando en todas las mierdas retorcidas que hacéis?

Por un momento, su fachada se quiebra y percibo un sutil espasmo que le sacude la mano con cada palabra que sale de mi boca. También se le tensa brevemente la mandíbula, lo que me indica que he metido el dedo justo en la llaga.

Si antes no me aguantaba, a partir de ahora está claro que me he colocado en su punto de mira.

Sigo con los ojos cómo su lengua se desliza por la fila delantera de sus dientes. Entonces, pasa la pierna por encima de la moto con agilidad y se pone de pie.

—Cuidado, princesa —dice, levantando el casco y apuntando en mi dirección antes de volver a bajarlo para acercarse a mí—. No veo a tus amiguitos ni a tu novio por aquí para defenderte. Estás completamente sola, de noche y cerca del bosque. No me parece que sea el lugar ideal para alguien como tú.

Por la forma en la que sus ojos entrecerrados se clavan en mí, atento a cada uno de mis movimientos mientras la tierra cruje bajo sus pisadas, sé que, si intentara salir corriendo, me atraparía antes de que pudiera siquiera darme la vuelta.

De todos modos, no pienso huir.

Ni de él, ni de nadie.

—No necesito que me protejan. Puedo enfrentarme a ti yo solita.

—Ah, ¿sí? —responde, inclinando la cabeza hacia un lado con condescendencia—. ¿Crees que una niña buena como tú puede enfrentarse a mí? —Su mirada va bajando lentamente por mi cuerpo con cada palabra—. Apuesto a que nunca le has hecho daño ni a una mosca ni te has salido del camino que te han trazado. ¿Cómo vas a defenderte de alguien tan perturbado como yo?

Trago saliva cuando se detiene en seco delante de mí. Si diese un paso más, nuestras rodillas se rozarían; sin embargo, aunque ha alzado un dedo y se dispone a acariciarme, me niego a retroceder. Pero el tacto áspero de su piel al deslizarme la punta de ese dedo por la mandíbula es la que hace que me aparte de golpe.

—No me toques.

Hace caso omiso a mis palabras, pero no me sorprende.

—A ver, tú eres la profesional, ¿no? Dices que has leído sobre mí —sigue hablando, tratando de herirme con sus palabras, aunque es su tacto el que parece quemarme como si tuviera brasas ardientes por dedos—. Cuéntame, ¿qué has aprendido sobre los pirómanos sádicos y malhumorados a los que la gente suele llamar diablos? ¿Te han enseñado esos libros que lees lo que soy capaz de hacerte? ¿Lo que me gusta?

Con las yemas de los dedos, traza un camino desde mi mandíbula hasta mi cuello, recorriendo las venas y los músculos que conforman mi garganta. Se detiene justo encima de mi clavícula y parece tomarme el pulso con el pulgar. Su olor me consume lentamente por dentro, como si le prendiera fuego a cada célula de mi ser.

Es la primera vez que estoy tan cerca de uno de ellos, y ahora entiendo por qué todo el mundo prefiere mantener las distancias: en cuanto te tocan, ya no hay vuelta atrás. Se apoderan de tu mente, tu alma, tu cuerpo. Todo en ti les pertenece.

—¿Me estás amenazando? —contraataco, con una firmeza de la que me enorgullezco, teniendo en cuenta que me cuesta respirar

con normalidad.

Aun así, he reunido el valor necesario para rozarme el labio superior con la lengua mientras clavo mis ojos en los suyos. Eso suele intimidar a los demás lo suficiente como para que se aparten de mi camino; sin embargo, él permanece quieto en su sitio, negándose a ceder.

Se saca la cerilla de la boca, me da un golpecito en el labio inferior con la punta escarlata y, a continuación, la enciende entre el pulgar y el índice. La llama se alza con furia justo delante de mí, tan cerca que puedo sentir el calor que emana.

Su rostro centellea en la oscuridad, luciendo con orgullo el resplandor naranja que le adorna la piel.

—No, sería una pérdida de tiempo.

De pronto, noto cómo Rook me enrosca los dedos alrededor del cuello con fuerza, como si fueran enredaderas aferrándose a la base de un árbol, y me doy cuenta de la gravedad del asunto.

No es esa clase de estrangulamiento fetichista que busca excitar al otro como parte de un juego erótico consensuado; me está apretando la tráquea con la clara intención de ahogarme.

Si otro hombre se atreviera a tocarme de esta manera, ya estaría muerto; sin embargo, la sensación que me produce su tacto me parece distinta a cualquiera que haya experimentado, como si con su agarre estuviera reduciendo a cenizas todas y cada una de las huellas que otros dejaron antes de él y despertando algo completamente nuevo en mí.

Entonces, me acerca la cerilla a la cara, con una mirada abrasadora y rebosante de hostilidad.

—Pero si sigues hablando de cosas de las que no sabes una mierda, puede que lo haga.

La boca se me queda seca mientras intento zafarme de su agarre, pero solo consigo que cierre los dedos aún más en torno a mi garganta, dejándome sin aire a medida que va apretando poco a poco.

No pensará prenderme fuego de verdad, ¿no?

—Y te aseguro, princesa, que nadie se enfrenta a mí sin quemarse.

Dicho eso, me suelta y da unos pasos atrás con una sonrisa en los labios. Luego, sin mostrar ni un ápice de miedo, saca la lengua y la presiona contra la cerilla encendida. El chisporroteo de la llama apagándose contra la carne me saca de mi ensimismamiento.

Me aterroriza y me fascina a partes iguales el hecho de que ni siquiera se inmute, como si se apagara las cerillas en la boca todos los días.

Justo en ese momento, me percato del coche que se dirige hacia nosotros, aunque estoy segura de que él lo había oído mucho antes de que apareciera en nuestro camino y por eso no ha continuado con sus planes homicidas.

—Ya sabes dónde encontrarme cuando te aburras de tu burbuja de cristal, Sage —pronuncia en un tono de burla mientras vuelve a montarse en la moto.

—Que te den, gilipollas —logro escupir por encima del rugido del motor al arrancar.

Sin mediar más palabra, me da la espalda y comienza a alejarse hasta fundirse con la oscuridad de la carretera, de modo que no puedo evitar preguntarme si me lo habré imaginado todo.

Me llevo los dedos al cuello y presiono las zonas que acaba de tocar, sintiendo aún su rastro sobre mi piel.

No voy a negar que me he asustado, pero no era solo miedo, también algo parecido a la libertad.

Como si existiera un espacio que separa a la persona que se espera que sea y aquella que quiero ser y él me hubiera empujado a ese lugar incierto e impredecible donde no tengo que cumplir con las expectativas de los demás, ofreciéndome una vía de escape.

Un hormigueo me recorre el cuerpo de la cabeza hasta los pies.

Lo sigo notando en todas partes.

Y, tal y como sucede con el fuego, su huella perdura hasta mucho después de haberse ido.

7
El jardín del Edén

Rook

Llevo un mes entero sin cruzarme con Sage Donahue.

He sembrado la semilla de la curiosidad en esa cabecita y sé que, cuando llegue el momento, cederá y vendrá corriendo en busca de la chispa que le falta a su vida.

No hay que ser muy listo para darse cuenta de que, debajo de toda esa fachada, se esconde una chica que se muere por salir a la luz. La veo en la envidia que le rebosa por cada poro de la piel cada vez que habla con Rose. Se nota que ansía la libertad que posee su hermana, pero, por alguna razón que no logro descifrar, le aterroriza luchar por ella.

Voy de camino a clase, con el labio palpitándome por el corte que me han hecho hoy de buena mañana, cuando oigo una voz retumbar en la zona de las taquillas. Todo el mundo se encuentra ya en sus respectivas aulas, así que los pasillos están desiertos. Solo quedamos esa voz y yo.

Normalmente, seguiría andando, entraría en clase, aguantaría las miradas curiosas de siempre y dejaría que transcurriera el día como si no hubiera pasado nada. Sin embargo, hay algo en ese tono, suave pero firme, que me resulta familiar y hace que agudice mis sentidos.

Sigo el sonido hasta el final del pasillo y apoyo la mano con cuidado sobre la puerta del auditorio para abrirla sin llamar mucho la atención; tiene tantos años que la hija de puta cruje solo con mirarla.

Dentro, varias filas de asientos vacíos tapizados en tela roja

ocupan el teatro. Los focos que suelen encenderse cuando va a representarse alguna obra están todos apagados, salvo uno que proviene del balcón e ilumina la madera oscura del escenario, dejando el resto sumido en las sombras.

Y, de pie bajo la luz, se encuentra ella. Completamente sola. Lleva la típica falda de colegiala a cuadros que resalta esas piernas de vértigo.

Me deslizo con cautela en uno de los asientos de la última fila, me recuesto y me saco el porro que me acabo de liar de detrás de la oreja. Utilizo mi mechero para encenderlo, procurando que mis movimientos no molesten a la pequeña artista revelación que tengo delante.

—¡Por Dios! ¡Ya casi había olvidado lo fuerte que eres, John Proctor! —exclama, derrochando seguridad en sí misma, con los ojos bien abiertos y la mirada un tanto perdida, igual que la de una mujer desbordada por el deseo.

Decir que es buena actriz sería quedarme corto, porque jamás me habría imaginado a Sage Donahue tan enamorada. Se detiene un segundo, como si esperara la réplica de su compañero imaginario, y luego continúa con su parte.

—Nada, solo está medio tonta —responde, y, acto seguido, procede a soltar una puta risita nerviosa que parece tan real que me cuesta creer que esté brotando de su garganta.

El humo se me escapa de entre los labios mientras observo cómo se mueve por el escenario con la misma elegancia con la que un cisne se desliza sobre el agua, como si ese fuera su medio natural.

Me quedo tan embelesado contemplándola que casi se me olvida lo que me dijo la última vez que hablamos y lo poco que me faltó para enseñarle lo que pasa cuando alguien me toca los huevos de verdad.

—¡Bah, habladurías! —dice, agitando la mano en el aire al mismo tiempo que se acerca a un interlocutor ficticio; la picardía que destila su lenguaje corporal me saca una sonrisa—. Anoche estábamos bailando en el bosque y mi tío nos sorprendió. Ella se asustó. Eso es todo.

A continuación, murmura las partes que le tocan a ella y a su compañero, paseándose de un lado a otro bajo el haz de luz proveniente del foco, como si algo estuviera bullendo en su interior.

No suelo prestarle atención a aquello que no me interesa lo más mínimo, pero la autenticidad que rebosa sobre el escenario me ha descolocado por completo.

—¡Está ensuciando mi nombre en el pueblo! —escupe cada palabra como si fueran insultos—. ¡Anda diciendo mentiras de mí! ¡Es una mujer fría y llorona, y tú…! —Se interrumpe, con el ceño fruncido y la tristeza quebrándole la voz—. ¡Tú te sometes a ella!

Odio el teatro; de hecho, creo que es la segunda vez que piso este auditorio, pero ahora mismo no me movería de aquí por nada del mundo.

De pronto, sacude la cabeza con vehemencia, como si su compañero hubiera dicho algo intolerable. Me inclino hacia delante en mi asiento y entrecierro los ojos al captar las lágrimas que brillan sobre la palidez de su rostro.

—¡Quiero a John Proctor, el que interrumpió mi sueño y abrió los ojos de mi corazón! Yo no sabía lo hipócrita que era Salem, ni me daba cuenta de las mentiras que me enseñaban todas esas mujeres beatas y sus aliados esposos —suelta con voz temblorosa, como si se sintiera realmente devastada por la traición—. ¡Me amaste, John Proctor! —prosigue tras dar unos pasos hacia el borde del escenario, con una súplica muda brillando en su mirada—. ¡Y, aunque sea un pecado, aún me amas!

Inhalo una bocanada de humo que amenaza con hacerme toser, pero me contengo. Sujeto el porro entre los labios y alzo las manos.

—¡Bravo! —grito, aplaudiendo despacio, y el sonido de mis palmas chocando rompe el silencio en el que se había sumido el auditorio—. Menuda actuación. Los pelos de punta.

Se queda de piedra al darse cuenta de que la única persona sobre la que no tiene ningún tipo de control la ha pillado abriéndose en canal y dejando a un lado su careta de abeja reina. Me levanto y bajo con pasos firmes y pesados los escalones del pasillo que conduce al escenario.

—¿Qué obra era esa? —pregunto, apoyando las manos en el

suelo de madera del escenario para impulsarme hacia arriba, y una vez estoy a su altura, permanezco de pie entre las sombras mientras ella sigue mirándome boquiabierta bajo el foco de luz—. ¿Romeo y Julieta?

Tarda un momento en asimilar lo que está sucediendo. La chica frágil que parecía estar disfrutando del escenario se esfuma de pronto y construye una coraza a su alrededor. Todos sacamos nuestro lado más aterrador cuando sentimos la necesidad de proteger a nuestro verdadero yo o a aquellos que más nos importan.

Reconozco la máscara tras la que se esconde, y estoy harto de que la siga usando conmigo. Quiero ver el dolor que la atenaza, las cicatrices que oculta y los monstruos que la devoran por dentro. Necesito conocerla a ella de verdad; la vida es demasiado corta para centrarse en las apariencias.

—¿Qué estás haciendo aquí, Rook? —me increpa, cerrando el libro que sostiene entre las manos y agitándolo en el aire para disipar el humo—. ¡No puedes fumar en el auditorio! Es un peligro. Podría saltar una chispa y acabar incendiando algo.

—Venga, Sage, no lo niegues más. Sabes que la chispa soy yo —bromeo, aunque no le hace tanta gracia como esperaba.

Vaya, se ve que tengo un público difícil.

—Si alguien te pregunta, tú no me has visto aquí —murmura, metiéndose un mechón de pelo detrás de la oreja y poniendo rumbo a la salida.

—Ah, ah, ah —empiezo a decir—. ¿A dónde vas tan rápido? Primero quiero saber qué estabas haciendo —le ordeno, interponiéndome en su camino para impedir que se marche.

—Operando a corazón abierto, no te jode —contesta sin inmutarse—. ¿Tú qué crees, gilipollas?

Chasqueo la lengua, le doy otra calada al porro y procedo a apagarlo contra mis vaqueros.

—No te tenía por una friki del teatro.

—Cállate. Ni se te ocurra llamarme así —gruñe, apuntándome con sus uñas pintadas de rojo oscuro—. Como vayas contándolo por ahí, pienso hacer que te arrepientas toda la vida, pirómano de mierda.

Ese reto me provoca un subidón de testosterona. No quepo en mí de la emoción. ¿Acaba de amenazarme? ¿Acaso se piensa que puede manejarme a su antojo como al resto? ¿Que soy de los que se dejan intimidar con palabras?

Al parecer, no sabe con quién está hablando.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué vas a hacerme, FT?

FT. Friki del teatro. No está nada mal. Me ha brindado en una bandeja de plata el anzuelo que me hacía falta para tenerla comiendo de mi mano.

Se queda en silencio, intentando dar con algo que me asuste lo suficiente para mantenerme callado. Me divierte observar cómo se devana los sesos buscando cualquier arma que pueda usar contra mí.

—Ese es el problema. No tienes ni rumores ni secretos con los que chantajearme. Y, en un lugar como este, sin ese poder no eres nadie.

Es cierto. ¿Cómo piensa asustar a un tío que no le teme a nada?

Le he arrebatado su única ventaja. Sage siempre controla la información que da de sí misma, pero conoce los secretos de los demás. Así es como los mantiene a raya.

Sin embargo, en este momento, soy yo quien maneja los hilos.

—Rook, escúchame…

—Anda, ¿ahora soy Rook? ¿Qué ha pasado con el pirómano de mierda?

Debajo de toda la frustración que se apodera de ella, distingo un ápice de miedo.

La ansiedad hace que se le enrojezca la piel y que sus pecas color canela parezcan aún más oscuras. El mes pasado le puse una cerilla encendida cerca del cuello mientras le agarraba firmemente la garganta con la otra mano. Podría haber ejercido la fuerza suficiente como para estrangularla, pero ni siquiera parpadeó. Ese día, no mostró ni una pizca de miedo, sino emoción.

Son dos sentimientos muy distintos. Aquella vez, lo noté en la forma en la que le martilleaba el corazón bajo mi palma y en cómo abría los ojos de par en par. Sé distinguir el miedo de la excitación.

Por eso puedo afirmar que, en este preciso instante, teme que

le cuente a la gente lo mucho que disfruta del teatro, algo que, hasta ahora, desconocía que fuese personal.

—Deja de comportarte como un imbécil. ¿Te crees que me gusta pedirte favores? —escupe, frotándose los ojos con los dedos, y deja escapar un suspiro—. Pero… —continúa—, por favor, no se lo digas a nadie, ¿vale? No quiero que se entere todo el mundo.

Guardo silencio por un momento y ladeo la cabeza, debatiéndome entre seguir presionándola o concederle una pequeña victoria.

Sus ojos se suavizan, tal y como lo hicieron mientras representaba la obra sobre el escenario, y su color pierde intensidad, aunque sigue ardiendo con fuerza, al igual que el fuego azul. El problema es que no sé distinguir si su expresión es sincera o solo forma parte de otro papel.

Sea como sea, no pienso irme sin sonsacarle algo que me sirva como moneda de cambio.

—Prometo mantener la boca cerrada con una condición —propongo, acercándome a ella.

La fragancia de su perfume mezclada con el olor de la marihuana que me impregna la ropa da lugar a un nuevo aroma febril que hace que el colocón sea todavía más intenso.

Al escucharme, se toca el labio superior con la lengua.

—¿Qué quieres?

Me inclino hasta que mi rostro queda a la altura del suyo y nos miramos fijamente.

—Dime la verdad. ¿Por qué te importa tanto?

—¿El qué? —contesta, evadiendo la pregunta.

—No te hagas la tonta, Sage, no te pega nada. ¿Por qué te importa tanto que la gente se entere de que te gusta el teatro? No es algo que cause rechazo ni que vaya a ensuciar tu reputación, así que no lo entiendo. ¿Por qué te importa tanto?

Mis ojos se posan en su cuerpo y en el blanco fantasmal que han adoptado sus nudillos de tanto apretar los puños. Aun así, se mantiene firme y no aparta la mirada ni un solo segundo, como si así pudiera evitar que atravesase su fachada.

—Porque cuando les muestras a los demás pedacitos de tu

verdadero ser, utilizan esa información para destrozarte y hacer añicos cualquier esperanza que hayas tenido con la misma facilidad con la que aplastan a una mosca entre los dedos. Una vez que Ponderosa Springs se entera de tus secretos, te mantiene cautiva para siempre y no hay forma de escapar de sus garras, por eso no pienso dejar que me atrape a mí también.

Mentiría si dijera que no me ha impresionado su respuesta.

Su confesión me hace preguntarme si Sage ya habrá experimentado en sus propias carnes la crueldad de este pueblo, si la niña bonita que todo el mundo conoce esconde un mundo interior mucho más complejo y oscuro de lo que aparenta.

—¿Qué te ha pasado? —suelto sin pensar en voz alta.

—Lo suficiente para saber lo que me conviene.

De pronto, suena el timbre y todo ese derroche de sinceridad del que he sido testigo desaparece en cuanto los estudiantes empiezan a llenar los pasillos. Recoge su mochila del suelo del escenario y, sin mediar palabra, pasa por mi lado para bajar los escalones.

Ahora entiendo por qué me sostuvo la mirada con desafío y no mostró ni un ápice de miedo cuando la amenacé aquel día a un lado de la carretera.

Solo hay dos tipos de personas que pueden asomarse a los abismos del infierno sin quebrarse: las que viven en él y las que ya han conseguido huir de sus entrañas.

8
Cuando la gota colma el vaso

Sage

Supe que algo iba mal en cuanto entré en la casa de los Sinclair. De hecho, creo que empecé a presentirlo en el instante en el que mis padres me dijeron que íbamos a cenar allí.

Nos invitaban siempre a las fiestas de Navidad y a los cumpleaños. Una vez, incluso nos ofrecieron su jardín para celebrar uno de los almuerzos de la campaña de mi padre. Pero nunca nos habían llamado solo para cenar.

Easton está sentado a mi izquierda, su padre preside la mesa y su madre se encuentra enfrente de su hijo, al lado de mis padres. No se oye nada más que el ligero rumor de los cubiertos golpeando los platos mientras todos comen en un silencio que consideran apacible.

En un momento dado, noto que Easton desliza la mano por debajo de la mesa y me apoya la mano en el muslo para darme un cariñoso apretón al mismo tiempo que se reclina en la silla de madera.

—Bueno, Sage, he oído que te han nominado otra vez como reina del baile de bienvenida, ¿no? ¿Cuántos van ya? ¿Cuatro años seguidos? —me pregunta Stephen directamente, provocando que se me tense la espalda al escuchar mi nombre en sus labios.

Da igual que esté manteniendo una conversación informal, su voz siempre guarda ese aire autoritario.

Asiento con cortesía.

—Sí, señor. Los cuatro años de instituto.

—Está siendo humilde, papá. La corona es suya. Sage ha salido

elegida todos los años. No hay nadie que la supere —interviene Easton, chocando mi hombro con el suyo.

—Existen las personas modestas, hijo. No todo el mundo necesita presumir de sus logros. Ya se te podría pegar a ti algo de ella —le contesta con tono socarrón, alzando su copa de vino para dar un sorbo del líquido rojo oscuro.

A su padre se le da tan bien disfrazar de humor su condescendencia hacia los demás que todos a su alrededor acaban siempre riéndole las gracias.

Aunque mi novio no sea precisamente santo de mi devoción, sé lo que es sentirse como un prisionero en tu propia casa y que aquellos que más deberían mirar por ti no dejen de menospreciarte.

Me acerco a él y le coloco en su sitio con cariño un mechón de pelo rubio y liso que tenía suelto.

—Con todos mis respetos, discrepo con usted, señor Sinclair. Su hijo es el que me ha enseñado a mí más cosas de las que puede imaginarse a lo largo de los años. No sería quien soy hoy si no fuera por él.

No he dicho ninguna mentira: me enseñó a ver lo que podía ser y lo que no. De hecho, es culpa suya que sepa exactamente cómo tener a los demás comiendo de mi mano.

—Eres un encanto, cielo. Qué orgullosa estoy de mi niño —responde Lena.

Lena Sinclair, su madre, es una mujer de una belleza despampanante. Los años la han tratado como a un buen vino. El corte *pixie* que lleva hace que los mechones rubios le caigan sobre el rostro de un modo envidiable, resaltando las líneas angulosas de su estructura ósea. A diferencia de ella, yo tengo el rostro más redondeado y nunca he logrado disimular la amplitud de mi frente ni aun habiendo aprendido a usar maquillaje para perfilarme los rasgos.

Tampoco es que yo sea la única que se ha dado cuenta de la belleza excepcional de Lena.

El secreto más deshonroso de la familia Sinclair es que Wayne Caldwell disfrutó a su antojo de esa belleza todos los sábados en el club de campo durante dos años enteros antes de que alguien se

diera cuenta.

Easton me mataría si me atreviese a pronunciar una sola palabra relacionada con ese asunto porque, si Alistair Caldwell se enterase, armaría un escándalo y no descansaría hasta destruir por completo la reputación de Easton. A pesar de que todo el mundo les pondría buena cara para mantener las apariencias, ambos se convertirían irremediablemente en la comidilla del pueblo durante años.

Yo me enteré porque Easton se pilló una buena borrachera en una fiesta que dieron el primer año de instituto y se le escapó cuando se puso a quejarse de lo repulsivos que le parecían los Hollow Boys.

Ese es uno de los secretos más inconfesables que guardo bajo la manga, y mi querido novio sabe de sobra que, si se pasa de la raya conmigo, no dudaré en ir ventilándoselo a todo el mundo.

—Ya no soy un niño, mamá.

—Lo sé, tesoro, es que…

—Hablando de ser un hombre, creo que ya va siendo hora, ¿no, Easton?

Sabía que había gato encerrado en cuanto crucé el umbral de esta casa, pero parece ser que ese mal presentimiento solo se debía a que yo era la única a la que no le habían contado lo que estaba a punto de pasar.

—¿Hora de qué? —pregunto en voz baja, dándole un sorbo a mi vaso de agua mientras observo cómo todas las miradas se clavan en mí.

La estancia se sume en un silencio tan incómodo que no puedo evitar moverme en la silla. Poniéndome en lo peor, dejo mi vaso sobre la mesa.

—¿Me he perdido algo o…? —insisto, riéndome para intentar rebajar la tensión que se ha apoderado del ambiente por culpa de sus miraditas descaradas.

Al oír el chirrido de la silla que hay junto a mí deslizándose sobre el suelo, me quedo petrificada en mi sitio, como cuando la víctima de una peli *slasher* es consciente de que el asesino se encuentra justo detrás de ella y, aun así, se niega a darse la vuelta.

Fijo la vista en mi padre, que intenta mirar a todos lados menos a mí.

—¿Sage? —dice Easton, carraspeando para llamarme la atención.

El brillo que ilumina los ojos de mi madre va apagándose poco a poco cuando ve que me resisto a volverme hacia él. Los oídos se me llenan de líquido y un zumbido ahoga todos los sonidos a mi alrededor. Me siento como si los pulmones se me estuvieran inundando de agua y apenas pudiera reprimir las ganas de toser para expulsar la presión que me comprime el pecho con tanta intensidad que parece que se me ha caído un camión encima.

Me doy la vuelta con una lentitud dolorosa, al igual que un reloj roto esforzándose por hacer girar sus manecillas una última vez, y me encuentro al novio con el que solo salgo para mantener mi imagen con una rodilla hincada en el suelo, sosteniendo un diamante colosal cuyos destellos van a acabar provocándome un ataque epiléptico. Al verlo, noto cómo me arrolla una ola de agua tras otra, empujándome hacia lo más profundo del océano.

El agua oscura y turbia me engulle y va alejándome cada vez más de la luz. Estoy ahogándome delante de todos ellos, pero a ninguno parece importarle lo suficiente como para sacarme de nuevo a la superficie y permitirme coger una mísera bocanada de aire.

—¿Sage? —repite—. ¿Me has oído?

No sé qué es peor, si el silencio o la seguridad que destila. No percibo ni una sola gota de sudor perlándole la frente; ni siquiera le tiembla el pulso. No creo que se le haya pasado por la mente la posibilidad de que pueda decirle que no.

—¿Estás proponiéndome matrimonio? —pregunto con el escaso aire que me queda en los pulmones.

—Bueno, tengo el anillo y me he arrodillado, así que… —Asiente con la cabeza, esbozando una sonrisa.

Mis modales han sido impecables durante toda la noche. Me he esforzado por mantener la compostura y actuar tal y como se espera de alguien como yo para salir sana y salva de la cena, pero esto es demasiado hasta para mí.

—Tenemos dieciocho años, East. Ni siquiera hemos acabado el instituto. No creo que este sea… —aprieto los dientes y se me escapa una risita nerviosa— el momento idóneo para casarnos.

—Venga ya, nena —responde, haciendo caso omiso a mi visible incomodidad—. Llevamos juntos desde que empezamos el instituto. No es para tanto.

Entonces, me coge la mano y se la acerca al pecho para deslizarme el anillo en el dedo, pero la retiro de golpe, como si su tacto me quemara.

—Mamá, papá, no puedo.

Al fijarme en sus rostros, descubro la verdad brillando en sus semblantes igual que un letrero de neón.

—Vosotros sabíais que esto iba a pasar, ¿no? —digo, dirigiéndome a ellos, aunque desvío la mirada hacia los padres de Easton; su madre parece inquieta y su padre, molesto por mi falta de entusiasmo—. No puedo seguir con esto ahora mismo. No puedo. Lo siento.

Clavo las palmas en la mesa del comedor para empujar mi silla hacia atrás mientras noto cómo la bilis me trepa por la garganta. Las piernas me tiemblan tanto que casi me caigo al levantarme, pero no pienso quedarme aquí. Tengo que echar a andar.

Esto no puede estar pasando. ¿Me lo habré buscado yo solita por interpretar tan bien mi papel? Todavía queda un año entero de instituto. No contaba con que esto ocurriera tan pronto.

No me habría supuesto ningún problema decirle que no en la graduación, pero ahora mismo no tiene sentido que rechace su propuesta. ¿Por qué iba a hacerlo? Todo el mundo se piensa que estamos coladitos el uno por el otro, de modo que lo lógico sería alegrarme.

Mis tacones ahogan el ruido de las sillas moviéndose y las voces agitadas, pero no logran sobreponerse a las palabras que pronuncia Stephen, con las que termina de rematar la noche.

—Será mejor que averigües cómo resolver todo esto, Frank. Tenemos un trato, que no se te olvide. A ti te conviene mucho más que a mí.

Abro la puerta de la entrada, aliviada de haber venido hasta

aquí en mi propio coche. El aire fresco de fuera hace que me sienta aún peor. Estoy desesperada por salir a la superficie, pero todo el mundo parece empeñarse en mantenerme bajo el agua.

—Sage, detente.

La voz de mi padre consigue clavarme en el sitio, como si estuviera agarrándome de la nuca y ahogándome él mismo con sus propias manos.

El crujido de la grava resuena bajo mis pies al darme la vuelta.

—¡Me lo habéis ocultado! Habíais planeado todo esto sin consultármelo —lo reprendo—. De mamá me lo esperaba, pero ¿de ti? ¡Tú siempre has ido con la verdad por delante conmigo!

Tampoco es que mantengamos una relación de padre e hija envidiable. Como mucho, hablamos de su trabajo y del instituto, pero el caso es que nunca me había mentido.

Ni una sola vez.

Me había dicho la verdad en todo momento, aunque doliese.

—Estamos en bancarrota —confiesa, pasándose una mano por las canas y deslizándola hasta la cara en señal de frustración—. No nos queda nada. Absolutamente nada.

Frunzo el ceño.

—¿Y eso qué tiene que ver con que me forcéis a comprometerme con dieciocho años como si se me fuera a pasar el arroz?

—¡Nos hemos quedado sin dinero, Sage! —grita más alto de la cuenta, pero procede a bajar el tono al darse cuenta de que podrían estar escuchándolo desde dentro de la casa—. No tenemos nada. Si no fuera por Stephen, ni siquiera podríamos seguir pagando la hipoteca. Lleva años financiando mi carrera como alcalde, pero ahora estamos usando ese dinero para sobrevivir. Accedió a continuar sufragando todos nuestros gastos con la única condición de que te casaras con Easton.

—¿Qué? ¿Por qué? No lo entiendo. Si yo dijera que no, a Easton le saldrían pretendientes hasta debajo de las piedras.

—Stephen sabe lo que le conviene a Easton y quiere que esté con alguien… —responde, alargando la frase como si estuviera intentando encontrar las palabras adecuadas.

—Con alguien que crea que puede controlar —termino por él, sacudiendo la cabeza sin dar crédito a lo que está sucediendo.

—No, no es eso…

—¿Cuánto tiempo lleva cerrado este trato? —lo interrumpo.

He sido yo la que ha salido perdiendo. Todas las personas que había dentro de esa casa lo sabían de antemano y, aun así, decidieron dejarme de lado, indefensa y sin voz. Lo habían planeado todo a mis espaldas sin importarles lo que yo tuviera que decir al respecto.

—¡¿Cuánto tiempo?! —repito, elevando el tono de voz al no obtener ninguna respuesta por su parte.

—Cuatro… Cuatro años. ¡Tu madre y yo pensamos que el destino había querido que vosotros dos acabaseis juntos y que no habría ningún problema, Sage! Sois jóvenes y estáis enamorados. ¿Qué tiene de malo prometerse y casarse con alguien a quien amas?

Clavo los ojos en los suyos, en ese mismo tono de azul que se arremolina alrededor de mis propios iris. Cuanto más lo miro, más me cuesta creer que me haya engendrado alguien como él. Esas dos personas a las que llamo padres han sido las mismas que me han traído a este mundo para venderme al mejor postor. Incluso yo, siendo tan joven, tengo claro que jamás le haría algo así a mis hijos. Por más que intenten justificar o enmascarar sus actos, esta no es más que otra de las puñaladas traperas que me han asestado a lo largo de mi vida.

—¡¿Pero a ti qué te pasa en la cabeza?! —grito—. ¡Tengo derecho a decidir por mí misma! ¿Y si Easton me pegara? ¿Y si no quisiera casarme con él? ¿Y si no estuviera enamorada? Aun así, me obligarías a caminar hasta el altar, ¿no?

Siento el rímel corriéndome por las mejillas junto con las lágrimas que me rebosan de los ojos. Me estoy derrumbando ante ellos, y lo peor de todo es que les da igual.

Mi padre permanece de pie ante mí, mirándome sin mostrar ni un ápice de arrepentimiento o dolor. Lo único que veo en su rostro es frustración porque he dejado de regalarle los oídos y de interpretar mi papel de hija perfecta.

—No te importa lo que yo quiera, ¿verdad? —digo entre toses,

alejándome de él con pasos torpes para llegar hasta mi coche.

—Sí que me importa, Sage. Mi único deseo es que tengas una buena vida. Easton puede dártela, pero…

Las olas se alzan cada vez más y siento cómo las criaturas de las profundidades me roen las piernas hasta saciarse y empiezan a avanzar hacia arriba. Cuando te estás ahogando, lo más normal es que tu instinto te impulse a patalear, a saltar, a hacer cualquier cosa por alcanzar la superficie cuanto antes; sin embargo, en esta ocasión, yo me quedo quieta, dejando que todo a mi alrededor me consuma.

—Si dices que no, obligaré a Rose, y sabes que no se negará. Ella es mucho más compasiva y menos calculadora que tú, así que cederá con tal de no verte infeliz porque te quiere. Y si tú la quisieras del mismo modo, no dejarías que tu hermana pasara por esto. Ambos somos conscientes de que Rose no lograría adaptarse a ese estilo de vida, pero tú prosperarías en él, Sage —comenta, de una forma tan calmada que da la impresión de haber ensayado este mismo discurso delante del espejo, como si ese hubiera sido su plan desde el principio.

Me arde todo el cuerpo.

Los oídos, los pulmones, la piel.

A pesar de encontrarme al aire libre, siento que me falta el oxígeno.

Me apresuro a agarrar el tirador de mi coche. No tengo ni idea de a dónde ir, pero está claro que necesito salir de aquí. Abro la puerta, me meto dentro e introduzco la llave en el contacto. Acto seguido, le lanzo una última mirada a mi padre y cierro de un portazo.

—¡Te odio! —grito—. Te odio por atreverte a usar contra mí lo único que me importa de verdad en este maldito pueblo de mierda. Te odio con todas mis fuerzas —escupo, furiosa.

Piso a fondo el acelerador y el velocímetro va subiendo mientras dejo una nube de polvo y grava a mi paso, sin importarme si acabo volcando o estrellándome contra un árbol.

La muerte no me parece tan indeseable en este momento.

Me tiro del cuello de la camisa, me desabrocho unos cuantos

botones y me araño la garganta mientras intento recuperar el aliento. Me siento como si la realidad me hubiera atravesado el pecho como un puñal con la punta roma. Los pinchazos que noto en los pies casi logran distraerme de los latidos que se han apoderado de mi cabeza.

Llevo sufriendo crisis como estas desde que empecé el instituto. Una vez incluso busqué los síntomas en el ordenador de clase porque creía que estaba embarazada, pero resultó que eran ataques de pánico.

Al principio pensé que no podía ser eso ni de coña. Sin embargo, seguí experimentándolos a menudo y no me quedó más remedio que aceptar la realidad. A estas alturas, ya estoy acostumbrada a ellos, pero nunca me había dado uno tan fuerte. Esta vez es como si hubiera algo dentro de mí destrozándome para poder salir y dejando solo jirones de piel rota y tripas esparcidas en el proceso, como un animal atropellado a un lado de la puñetera carretera.

Estoy volviéndome loca. No hay otra explicación.

¿Por qué si no he conducido hasta este sitio? Si me encontrara en mis cabales, no me habría metido por el camino oculto ni habría acabado aparcando en un campo abierto donde hay al menos otros sesenta coches.

Se me ha ido la olla por completo. Por eso me he presentado aquí buscándolo.

«Ya sabes dónde encontrarme cuando te aburras de tu burbuja de cristal, Sage».

Cuando empiezo a subir por la colina de césped, hundiendo los tacones en el barro con cada paso, me queda muy claro que mi cordura en este momento brilla por su ausencia. Puedo sentir las miradas de la gente posándose en mí y sus murmullos retumbándome en la cabeza con la misma intensidad que el rugido de los motores. Todos se estarán preguntando qué coño hago yo en el Cementerio.

El Cementerio es una pista de carreras abandonada en las afueras de Ponderosa Springs, un lugar en el que no tienen cabida las chicas como yo. Todo lo que ocurre aquí es ilegal, clandestino y

turbio. En el centro de la pista, la gente echa carreras sobre el asfalto roto y se enzarzan en peleas hasta acabar hechos trizas y ensangrentados. Las drogas se venden como caramelos y el humo de los cigarros sustituye al oxígeno.

Si buscas meterte en líos, este es el sitio ideal para hacerlo.

El viento me azota la piel al atravesar la desvencijada valla metálica que impide a los espectadores colarse en la pista. Recorro con la mirada los boxes donde los coches y las motos esperan a que llegue su turno para empezar a correr. Sé que tiene que estar por aquí. Viene todos los fines de semana. Nunca falta a una carrera y nunca pierde. Solo un sordo podría ignorar los rumores que circulan sobre su reputación en la pista.

Lo localizo sin esfuerzo. Lleva la capucha subida y el humo se le escapa de los labios. Está completamente solo y perdido en su mundo. La gente parece observarlo incluso cuando trata de pasar desapercibido. Es difícil no fijarse en él.

Sin importarme las reglas ni dónde se supone que debo estar, cruzo la pista en línea recta hacia donde se encuentra él, a pesar de que hay un grupo de coches tomando una curva a toda velocidad y se dirigen en mi dirección.

—¡No puedes estar aquí, niña! —me grita alguien, pero hago caso omiso a todas las advertencias y mantengo toda mi atención centrada en él.

Continúo andando sin miedo y con la certeza de que, en cuanto ponga un pie en el reino de los condenados de Rook Van Doren, no habrá vuelta atrás.

Ahora mismo, solo soy un ángel buscando a Lucifer para alcanzar la libertad.

—¡Van Doren! —lo llamo a voces por encima del rugido de los motores mientras me aparto de la pista para esquivar el tráfico que viene directo hacia mí.

Rook tenía razón cuando me dijo que me aburriría de mi burbuja de cristal. Estoy a dos telediarios de morirme por la falta de emoción que hay en mi vida. Me cansa estar siempre rodeada de los mismos hombres, con sus trajes impecables y sus conversaciones de negocios; los mismos cotilleos en los almuerzos, las mismas caras,

las mismas mentiras. Todo me parece la misma mierda reciclada.

Estoy harta.

Y me da miedo porque esa será precisamente mi vida. No solo durante lo que queda de año, sino para siempre. Me quedaré atrapada en el círculo vicioso de Ponderosa Springs, y todo porque mis padres están en bancarrota y no soporto la idea de que mi hermana se vea obligada a pagar por ello.

Pero, en este instante, aún tengo las riendas.

Y Rook es de todo menos aburrido.

Sus ojos siguen el rastro de la voz que grita su nombre hasta posarse en su objetivo. En mí.

Dios, me dan ganas de estrangularlo con mis propias manos solo para borrarle esa sonrisita de suficiencia de la cara. Pero, por mucho que deteste esa mirada de «sabía que vendrías a buscarme», como si nunca hubiera dudado de que acabaría acudiendo a él, detesto aún más esta sensación de asfixia.

—¿Qué cojones estás haciendo aquí…? —Se interrumpe de golpe para bajarse de la moto y encontrarse conmigo a mitad de camino.

Noto su mirada clavada en mí, fijándose en el rastro de rímel que me recorre las mejillas y en mis ojos vidriosos. Entonces, su lenguaje corporal cambia de inmediato; la arrogancia y seguridad que destilaba se transforman en pura tensión contenida.

—¿Qué te ha hecho?

Cuando se acerca más a mí para examinarme el rostro, puedo apreciar con detalle esos ojos que tanto miedo infunden en los demás.

Hay algo casi poético en la forma en la que reluce el verde puro en los bordes de sus iris, similar al de la hierba recién brotada, pero, según se va acercando al centro, estalla en un remolino ardiente de ámbar que lo devora todo hasta fundirse en una pupila de un negro impenetrable.

Eso fue lo que vio Lucifer cuando lo expulsaron del reino de los cielos: el verde de la vida lo condujo hacia las llamas del infierno. La historia que dio origen al catastrófico apodo de Rook parece estar cada vez más entrelazada con él.

Sé que se refiere a Easton, pero lo último que me apetece ahora mismo es hablar de él, de modo que intento quitarle hierro al asunto con una sonrisa forzada mientras me seco la cara.

—No, no, no es lo que estás pensando, es que…

—¿Por qué coño has venido entonces?

La dureza de su voz me pilla desprevenida. Con apenas unas palabras, ha logrado echar por tierra mi intento de ocultar el dolor y ha roto en mil pedazos mi fachada.

¿Qué he hecho? ¿Por qué parece estar enfadado conmigo? ¿Habrá sido un error acudir a él?

Suelto un suspiro y me encojo de hombros.

—Supongo que quería un cambio de aires, no sé —respondo con una sonrisita amistosa, esperando que se dé por satisfecho y no siga indagando en las razones que me han traído hasta aquí.

No me apetece tener que explicarle por qué, de entre todas las personas que hay en este pueblo, he decidido refugiarme en su compañía.

—Dime la verdad —exige, tal y como hizo en el teatro, cuando se negó a dejar que me fuera sin entregarle antes una parte de mí que nadie más conocía.

—¿La verdad? Creo que hace demasiado tiempo que no se la digo a nadie —confieso, sabiendo que no cederá hasta que sea sincera con él.

Mi corazón golpea con fuerza los barrotes de su jaula, como un animal salvaje cansado de estar atrapado entre los muros de mi propio pecho, dispuesto a sacar las garras para enseñarle al mundo su verdadera naturaleza.

Rook se limita a mirarme como si esperara una respuesta y le da otra calada a su cigarro en silencio, así que opto por decirle lo que tanto ansía escuchar.

La verdad.

—Porque te necesito. —Mis palabras se pierden en una ráfaga de viento, ahogadas por el rugido de los motores a mi espalda, pero mi cuerpo parece impulsarse hacia la superficie y emerger del agua en busca de aire mientras continúo—: Necesito que me ayudes a quitarme la máscara. Eres la única persona que conozco que no

teme mostrarse tal y como es ante el resto del mundo y que sabe verlo todo con una pasión que es fuego puro. Este lugar me está matando en vida y convirtiéndome en una persona que no reconozco. Enséñame lo que es el caos y la violencia. —Sacudo la cabeza, ansiosa por sentir esa liberación—. Muéstrame todas tus verdades, Rook. Y yo te mostraré las mías.

De pronto, sus ojos empiezan a brillar con la misma intensidad que las llamas del infierno, resaltando el hipnotizante verde de sus iris.

—¿Quieres quitarte la máscara? —contesta, cogiendo su casco y acercándomelo hasta que su tacto frío me presiona el abdomen—. Pues llévame al lugar que más odies en este mundo y te enseñaré a hacer que se ahogue en las cenizas de la chica a la que dejaron arder viva.

Rook

He visto muchas mierdas estando colocado, pero la imagen de Sage Donahue saliendo de una licorería con una botella de vodka sabor fresa en la mano se lleva la palma.

Se ha desmaquillado en el baño de una gasolinera, así que ya no queda ni rastro de los ojos de mapache con los que se había presentado ante mí y puedo apreciar cada una de sus pecas de color canela. El resplandor de las luces artificiales se le refleja en la piel, revelando una Sage completamente nueva. Una que nunca había visto en todo el tiempo que llevo viviendo en Ponderosa Springs.

«Un dulce veneno, Rook».

Es una criatura concebida para embaucar y conducir al resto a una muerte segura. Eso explicaría cómo ha conseguido comprar alcohol sin haber cumplido aún la edad legal. No creo que le hayan pedido el carné siquiera. Se habrá metido al tío en el bolsillo con esos preciosos labios rosados.

«Cuidado», me recuerdo a mí mismo.

Teniendo en cuenta que se ha pegado a mi oreja y que no para

de rogarme en voz baja que acelere cada vez más, no tardaremos mucho en llegar a la casa del lago de su familia.

Aun así, dado que no logro concentrarme en nada más que en la carretera y en la forma en la que ha colocado sus brazos a mi alrededor, el tiempo parece avanzar muy despacio. Va sentada en la parte trasera de mi moto, agarrándose a mí con tanta fuerza que noto sus uñas clavándose en mi sudadera. La presión que está ejerciendo contra mi abdomen tonificado me hace salivar ante la idea de todo el dolor que podría infligirme.

Cuando nos adentramos por el sendero privado que conduce a la casa del lago, presiento lo que está a punto de suceder. Me ha traído hasta aquí por algo, pero lo que de verdad me interesa saber es por qué ha escogido este lugar y qué significado tiene para ella.

Sage se baja de la moto de un salto, me pide que vaya preparando las cosas y menciona no sé qué del baño. Acto seguido, desaparece en el interior, dejando la puerta abierta para que yo pueda entrar detrás de ella.

Activo el piloto automático y comienzo a seguir los mismos pasos de siempre; la emoción hace que me tiemblen las manos. Con precisión quirúrgica, abro mi mochila y procedo a sacar la garrafa de gasolina, el líquido para encendedores y las cerillas de marca blanca. Nunca se me ocurriría malgastar mis Lucky Strikes en estas incursiones.

El casoplón de dos plantas parece ideal para unas vacaciones familiares. La verdad es que es una pena que todos los muebles caros, la vajilla y las fotos meticulosamente colocadas vayan a fundirse entre las llamas dentro de media hora.

Siento debilidad por los lugares repletos de fantasmas del pasado. Me encanta ver cómo todos esos recuerdos que impregnan el ambiente se alzan hacia el cielo en una bruma anaranjada hasta acabar reducidos a cenizas que se hunden en la tierra.

La mejor forma de enterrar tu pasado es prenderle fuego.

El móvil me vibra en el bolsillo de la sudadera justo cuando estoy a punto de rociar el suelo de la cocina con combustible.

¿Dónde estás?

El mensaje es de Alistair. Mi primer impulso es responderle algo gracioso, como: «Haciendo que una niña rica pase la mejor noche de su vida», pero me detengo antes de escribir nada y dejo los dedos suspendidos sobre el teclado.

Supongo que habrá tenido un día de mierda en casa y necesitará un poco de terapia. En cualquier otra ocasión, habría aceptado sin dudarlo y habría acudido a su sótano, donde suele entrenar, para que se desquitara conmigo a golpes.

La mayoría de grupos de amigos comparten alguna afición que los une, pero la nuestra se rige por otras reglas.

Alistair necesita estrellarle el puño a alguien de vez en cuando para liberarse por un instante de toda la ira que lo corroe por dentro, alimentada por una familia que siempre lo ha tratado como «el otro».

Él necesita infligir dolor, y yo sentirlo. Esa es nuestra dinámica. Nuestro modo de relacionarnos. Entendemos nuestras necesidades, sin cuestionar la oscuridad y el tormento que se esconden en ellas. Haríamos lo que fuera el uno por el otro.

Así que decido responderle que he salido a dar una vuelta con la moto y no volveré hasta tarde, que ya nos veremos mañana.

Nunca le he mentido, ni a él ni a ninguno de los chicos, pero quiero tantear la situación antes de contarles nada.

La verdad es que no me fío de esta chica, pero sí me fío de la versión de ella que se ha presentado ante mí en la pista, esa que parecía abatida y desconsolada, y de la que vi sobre el escenario, de modo que, hasta que consiga averiguar cuál es la verdadera Sage Donahue, este será mi secreto.

Encima, no estamos empezando con muy buen pie que digamos, teniendo en cuenta que me había dicho que iba al baño y la he pillado lanzando los zapatos en el jardín y bajando hacia el muelle que se adentra en el lago.

Ya está faltando a la verdad que me prometió con tanta desesperación.

Dejo la garrafa sobre la encimera y salgo por la puerta corredera de cristal para seguirla. Me la encuentro sentada justo en

el borde de la pasarela de madera, con los pies colgando y la botella de vodka abierta junto a ella. Salvo por el brillo de la luna que ilumina las aguas opacas del lago en calma, el resto del paisaje se encuentra sumido en la negrura de la noche.

—La gracia de todo esto era que tú prendieras el fuego. Lo sabes, ¿no? Yo solo soy el artífice en las sombras.

Se lleva la botella a los labios y le da un trago al líquido maloliente que contiene. Sonrío al ver que suelta una ligera tos y le tiembla todo el cuerpo ante la quemazón del alcohol.

—En las pelis se lo pimplan de un trago como si nada —dice entre toses, limpiándose la boca con el dorso de la mano.

—Ya, bueno, en las pelis se toman luego un vaso de agua —gruño mientras siento el culo junto a la botella que ha vuelto a dejar sobre la plataforma de madera—. Y si ves a alguien bebiendo vodka de esa manera sin nada para suavizarlo, ten por seguro que lidia con heridas que queman más que el alcohol.

Contemplo todas las casas vacías, con sus ventanas sin vida y los porches traseros apagados que se hallan al otro lado del lago.

—Solíamos venir aquí a pasar las vacaciones de verano cuando era pequeña. Rose y yo nos tumbábamos en este mismo muelle después de tirarnos el día remando en canoa y nos poníamos a adivinar las formas de las nubes. Nos quedábamos aquí echadas durante tanto tiempo que siempre acabábamos con la piel achicharrada. ¿Quién iba a decirnos que el sol podía atravesar las nubes de esa manera? —dice riéndose mientras agarra otra vez la botella por el cuello y se la sitúa entre las piernas.

Hacía mucho tiempo que no escuchaba a alguien hablar sobre momentos felices de su infancia. En mi caso, incluso se me ha olvidado lo que es tener buenos recuerdos; de hecho, no me reconozco en mi propia niñez.

A veces me acuerdo de mi madre podando los rosales, del sabor de la limonada que hacía después de haberme pasado todo el día correteando por el jardín o del olor del pan recién horneado que emanaba de la cocina y el sonido de las risas. Me acuerdo de todos esos instantes, pero es como si los hubiera vivido otra persona y yo tan solo fuese un espíritu que rondaba por la casa, observando a

una versión más pequeña de mí mismo sin poder experimentar esa felicidad de primera mano.

Ahora ni siquiera me parecen recuerdos reales, sino espejismos que mi mente ha creado a modo de defensa para poder soportar el infierno en el que se ha convertido mi casa.

—Un día, cuando entramos en casa riéndonos, embotadas por el sol y rebosantes de felicidad, mi madre se quedó mirándonos como si hubiéramos cometido un delito de los gordos. —Extiende el brazo y señala la lúgubre masa de agua frente a ella con el ceño fruncido—. Nos dijo: «Pero ¿qué habéis hecho, niñas? ¡Hay mujeres que pagan millones para quitarse las arrugas y la piel flácida que se les queda por culpa del sol! Con lo tersa que tenéis la vuestra… Rosie estará bronceada mañana, pero, Sage, ¡tú mejor que nadie deberías saber que vas a parecer una gamba durante semanas!».

—Entonces, yo tenía razón. Tu madre es una hija de puta.

—Pues sí. Siempre lo ha sido —responde entre risas, asintiendo —. Esa fue la primera vez que recuerdo haber sentido celos de mi hermana. Hasta ese momento, nunca había permitido que un sentimiento tan desagradable hiciera que me enfadara con alguien a quien siempre he admirado.

La dejo hablar con total libertad, atendiendo a cada una de sus palabras mientras se abre en canal y va ahogando sus penas en alcohol.

—Esos celos no hicieron más que aumentar con los años. Después de lo que pasó aquí, de todo lo que consintieron que él me hiciera cada vez que se acababan las fiestas y la casa se quedaba a oscuras, me volví cruel y rencorosa. Le puse a mi hermana chicle en el pelo cuando se fue a la cama. Le llené las zapatillas de barro. Le dije cosas horribles mientras no dejaba de preguntarme por qué solo me tocaba a mí. Por qué pasaba de largo por su habitación y se metía en la mía.

La voz se le quiebra por todas las lágrimas que se niega a derramar para no mostrarse tan vulnerable ante mí.

—Entré de lleno en un círculo vicioso que me llevó a odiarme a mí misma. En vez de desear que nunca nos hubiera pasado nada de aquello a ninguna de las dos, me ponía furiosa la idea de que Rose

no tuviera que sufrir igual que yo. Me carcomía la envidia al verla tan feliz en su ignorancia. Dios, ¿qué dice eso de mí? Soy una persona despreciable.

Agarro con fuerza el Zippo que llevo en el bolsillo de la sudadera solo de pensar en el hecho de que obligaron a una niña inocente a odiar a su otra mitad y, encima, abusaron de ella cuando ni siquiera tenía edad suficiente para comprender lo que estaba ocurriendo. Aunque yo no soy el más indicado para hablar de buenas acciones o decencia humana, hasta a mí me parece repugnante todo lo que me está contando. Sus padres son unos seres abominables por permitir que aquello sucediera y por no haber estrangulado a ese hijo de puta con sus propias manos.

Sage está completamente sola e indefensa.

—Quiero a mi hermana con todo mi corazón, Rook, y sé que me he portado fatal con ella. Ojalá pudiera volver al pasado y cambiar las cosas. Haría cualquier cosa con tal de protegerla de todo lo malo, de nuestros propios padres, de mí…

—No te compares con ellos —la interrumpo, dirigiendo la vista hacia ella—. Eras solo una niña.

Clava sus ojos en los míos, con el cabello alborotado y enredado tras el trayecto en moto.

—Pero ya no lo soy.

—Aun así, todavía estás a tiempo de alejarte de ellos y arreglar las cosas. Rose te quiere y te defiende con uñas y dientes. No todo está perdido —respondo.

Nunca las hemos visto pelearse en persona, excepto en la cafetería, pero cada vez que Alistair hace algún comentario mordaz sobre lo perra que es Sage, a Rose le falta tiempo para saltarle al cuello.

Al fin y al cabo, por más heridas sin sanar que compartan, siguen siendo gemelas.

—No sabría ser de otra forma. Al menos, no en Ponderosa. Aquí me siento como si me estuviera ahogando constantemente en este lago, sin dejar de pedir ayuda a gritos a ras de la superficie, pero todo el mundo a mi alrededor se limitara a sentarse en el muelle para disfrutar del espectáculo.

La tensión me corroe por dentro de las ganas de reducir a escombros esta puta casa junto con todos los recuerdos podridos que hay encerrados en su interior y así poder brindarle una mínima parte de la venganza que merece por todas las atrocidades que cometieron contra ella.

Tal vez entonces se vea capaz de nadar hasta la superficie.

Cuando se pone de pie tras soltar un suspiro, empieza a tambalearse en un intento por recuperar el equilibrio. Me levanto de mi sitio a toda prisa y la sujeto por la cintura para impedir que termine ahogándose de verdad en el lago.

—Ten cuidado. El alcohol no contribuye precisamente a convertirnos en los seres más habilidosos del planeta. Te lo recuerdo por si acaso.

La suavidad de su cuerpo contrasta de forma extraña con la firmeza de mi agarre. No se parece a nada que haya tocado antes. He tenido a otras mujeres en mis manos, por supuesto, pero todas me han usado como un trofeo, para ir diciendo por ahí que se han follado a un Hollow Boy.

Sin embargo, a Sage puedo sentirla de verdad bajo mis manos. Percibo con facilidad el aroma a fresas que emana de su aliento y cuento las pecas que le adornan las mejillas. Para ser una chica a la que todo el mundo considera tan artificial como una muñeca de plástico… Joder, a mí me parece bastante real.

—Llevo sin hablar tanto sobre mí misma o mi pasado desde… Bueno, en realidad, creo que no lo he hecho nunca —dice entre risas —. Me siento como si estuviera en un confesionario. Igual todavía estás a tiempo de recibir la llamada de Dios y convertirte en sacerdote, Van Doren.

—Pues tengo malas noticias para ti, friki del teatro. —De repente, comienzan a temblarme las manos, aunque por una razón completamente distinta, y la agarro con más fuerza—. Estás confesándole tus verdades a Lucifer. Quién sabe lo que haré con ellas.

Tiene los ojos tan azules que juraría que emiten luz propia. Me muerdo el labio inferior para silenciar las obscenidades que se me pasan por la mente al verla inclinar un poco la cabeza, dejando el

cuello al descubierto, con el viento alborotándole el pelo.

Me encantaría llenarle ese trocito de piel de moratones, dejarle la huella de mi mano, sentir cómo le tiembla todo su interior al hacerla mía y solo mía. Haría que se corriera mientras me suplica que pare a gritos porque el placer es tan intenso que la está consumiendo.

—Crees a toda esa gente que te llama diablo, ¿verdad? —pregunta, intentando cambiar las tornas; buena jugada.

—Cuando te repiten algo tantas veces, aunque no sea verdad, acabas creyéndotelo. —Alzo la mano para ponerle un mechón de pelo detrás de la oreja—. No te equivoques, Sage. Yo no soy buena persona. Harías bien en recordarlo.

Si espera encontrarse un caballero de brillante armadura o un hombro sobre el que llorar, va a llevarse una gran decepción. Puedo ser su justiciero, su aliado en la venganza e incluso aquel que le enseñe el lado más placentero del dolor…, pero no seré el príncipe azul de su cuento de hadas.

9
El fuego que nunca se apaga

SAGE

No puedo sacármelo de la cabeza.

Me he quemado el dedo con la tostadora por andar pensando en su tacto mientras preparaba el desayuno.

Cada vez que cierro los ojos en la ducha veo su rostro; sobre todo, esa mandíbula cuadrada y esa mirada lánguida y vidriosa que para el resto carece de vida pero que, en mi opinión, esconde mucho más.

Cuando Easton me deslizó aquel anillo de diamantes en el dedo, me lo imaginé a él arrancándomelo con una mueca de asco.

Debería estar ideando un plan para librarme de este matrimonio concertado del que ni siquiera se me había informado y sobre el que no tengo ni voz ni voto porque no puedo permitir que se lo endosen a Rose.

El único favor que me han concedido Easton y su familia es mantener nuestro compromiso en secreto hasta después de la graduación, de modo que, aunque hemos sellado el acuerdo, esperaremos para anunciarlo y así podré ganar algo de tiempo.

Hace dos noches, me picaban los dedos por las ganas de tocarle el pelo a Rook, clavar mis uñas entre esos irresistibles mechones castaños y tirar un poco de ellos, solo para ver si le gustaba.

No debería estar pensando en él de esta forma, y menos cuando no puedo prometerle un futuro conmigo. Joder, nunca voy a poder prometerle nada con este pedrusco en el dedo.

Pensar en él no va a traerme nada bueno, lo sé, pero es lo único que me queda.

Soñar despierta es todo cuanto puedo permitirme.

En la vida real, debo seguir ignorándolo, lo cual no es muy difícil, teniendo en cuenta que no le he dado mi número, pero en el instituto… Dios, me resulta imposible esquivarlo. Cada vez que siento su presencia en los pasillos, me meto a toda prisa en el aula más cercana, echo a correr en dirección contraria o me escondo detrás de las puertas. Intento evitar a toda costa que me vea porque no quiero decirle la verdad.

Los gritos de alegría resuenan al otro lado de la puerta cerrada de la sala de cine que tenemos en casa. Dejo caer la cabeza sobre uno de los asientos reclinables y la presiono con fuerza contra el cuero negro con la esperanza de poder fundirme con él.

Lo último que me apetece esta noche es ser la anfitriona de una fiesta de Halloween.

Por suerte, Lizzie y Mary se bastan solas para hacer que nadie se percate de mi ausencia. Yo ni siquiera tenía ganas de organizar esta fiesta, pero, cuando mis amigas se enteraron de que mis padres estarían fuera con Easton y su padre, me rogaron que la celebráramos en mi casa.

He permanecido entre la multitud el tiempo justo para salir en los montones de fotos que acabarán inundando tanto Facebook como Instagram y luego me he refugiado en esta sala que se encuentra en la parte trasera de la casa. Aquí apenas se escucha el ruido de la fiesta; además, si me buscan, sé que nadie va a adivinar dónde estoy.

Mi guion maltrecho de *Sueño de una noche de verano* pide socorro a gritos, pero he hojeado sus páginas tantas veces que, a estas alturas, no puedo hacer gran cosa para salvarlas.

Esta sí que es una buena forma de pasar Halloween.

De pronto, las luces de la sala empiezan a parpadear y percibo los chasquidos del interruptor resonando por toda la estancia, como si alguien estuviera jugueteando con él. Desconcertada, miro hacia la puerta con los ojos entrecerrados, preguntándome quién habrá venido hasta aquí.

—Me has estado evitando, FT.

Casi se me escapa un grito al escuchar su voz. Por un momento,

una parte de mí se plantea la posibilidad de que solo sea producto de mi imaginación, alimentada por el deseo que despierta en mí, hasta que lo veo apoyado en el marco de la puerta.

No estoy segura de cuándo empecé a sentirme atraída por las gorras puestas del revés y las camisetas de Thrasher, pero, al parecer, ahora me ponen. Aunque creo que, más que la ropa, lo que me gusta es la actitud con la que él la lleva.

Unos cuantos mechones de pelo le asoman por debajo de la gorra y sus brazos expuestos lucen unas venas tan impresionantes que harían suspirar a cualquier enfermera.

—¿Qué estás haciendo aquí? —susurro, levantándome de un salto para asegurarme de que nadie lo ha visto entrar en esta sala.

Casi se me olvida que voy disfrazada, pero entonces me fijo en que me está comiendo con los ojos y vuelvo a ser consciente de mi atuendo.

—Silas se ha ido por ahí a follarse a tu hermana y no he quedado con Thatch y Alistair hasta dentro de un par de horas, de modo que aún me queda tiempo libre. No quería perderme tu fiesta. Me sentí un poco dolido al no haber recibido ninguna invitación —responde, ladeando la cabeza a modo de burla.

—No puedes estar aquí. No pueden vernos juntos —insisto, con la esperanza de que pille la indirecta y no me lo ponga difícil.

«Vete, vete, vete», ruego en silencio. «Vete antes de que sea demasiado tarde».

—Ah, ¿no? ¿Por qué?

Me resulta imposible no fijarme en cómo se desliza la cerilla entre el rojo oscuro de sus labios.

—Ya sabes por qué, Rook. Mira. —Me quito el tocado de la cabeza—. La otra noche estaba muy mal y me pasé con la bebida. Dije cosas que no…

—Nop —me interrumpe, despegándose del marco de la puerta —. No tires por ahí.

—¿Por dónde? ¿Por el camino de la verdad? ¿No era eso lo que querías? No puedo dejar que me vean contigo… No tienes ni idea del daño que causaría. Lo echaría todo a perder.

—Ni se te ocurra sentarte ahí tan tranquila y hacer como que no

acudiste a mí llorando y destrozada la otra noche. No fuiste a tu novio ni a tus amigas ni a tu puta hermana: viniste a buscarme a mí. No tienes derecho a fingir que no me prometiste todas tus verdades. No puedes volver a ponerte la máscara después de haberme mostrado lo que se esconde debajo.

Noto cómo el corazón se me sube a la garganta y me obstruye las vías respiratorias con sus violentos latidos. Sé que tiene razón, pero… Dios, si Easton o su padre se enteraran serían capaces de desatar el infierno en la tierra.

—Eso da igual. ¡Soy consciente de lo que he hecho! Y te aseguro que no va a volver a pasar. Si alguien lo descubriera y se lo contara a Easton… Las cosas podrían acabar muy mal.

Esboza una sonrisa de oreja a oreja, como si lo estuviera retando a poner a prueba a Easton. No me cabe duda de que se enfrentaría a él sin pensárselo dos veces, solo por el mero placer de hacerlo.

—¿En serio crees que le tengo miedo a tu juguetito con esos náuticos que me lleva?

—¡Ese no es el tema, Rook!

—Si tan claro tienes que no va a volver a pasar, entonces dime por qué no me dejaste reducir a cenizas la casa del lago. ¿Por qué te echaste atrás? Venga, FT. Repíteme eso que me dijiste antes de que nos fuéramos.

Jaque mate.

Me ha pillado. Ya sabe la respuesta. Y yo sé perfectamente que se acuerda de lo que le dije. De hecho, en aquel momento me miró como si no fuese a olvidarlo nunca.

—N-no me acuerdo. Estaba borracha.

Nunca nadie había descubierto una mentira mía, pero todas las habilidades que he ido adquiriendo a lo largo de estos años parecen esfumarse cuando estoy frente a él.

—Sí que te acuerdas. —Se acerca a mí sin apartarme la vista de encima y me coge unos mechones de pelo—. ¿Cómo era? Algo de que no podías hacerlo porque ahora nos pertenecía a ambos. Ah, sí, y que era tu confesionario. Al menos, eso fue lo que dijiste justo antes de potarme en los zapatos.

Las mejillas empiezan a arderme de la vergüenza. Cada vez que estoy a su lado, resurge en mi interior una oleada de emociones que creía enterradas desde hace años, y odio que él lo sepa.

—Te quedas ensayando en las sombras incluso en una fiesta. No te pareces en nada a la niñita ricachona y aburrida por la que te tenía. Ya he visto quién eres de verdad, Sage.

«Y tú eres el chico que se piensa que es el diablo y que no merece ni una pizca de felicidad», pienso, pero no lo digo en voz alta. Aunque no me lo haya confesado con esas mismas palabras, puedo leerlas en su rostro.

Me paso una mano por el pelo, frustrada y molesta con la situación.

—Cierra la puñetera puerta por lo menos —murmuro, haciéndome a un lado para cerrarla yo misma, envolviéndonos en la tenue luz de la sala.

Se desploma en el asiento donde yo me había sentado antes, como si estuviera en su casa, y se pone a hojear mi guion.

—Bueno, ¿y de qué se supone que vas? ¿De la mujer de Hugh Hefner?

Echo un vistazo a mi disfraz. Si bien admito que el vestido de cuero negro ajustado y las medias de rejilla a juego me dan un inconfundible aire de conejita *Playboy*, el crucifijo que llevo en el cuello y el tocado que me acabo de quitar dejan bastante claro de qué voy.

—De monja. Liz va de demonio y Mary, de ángel.

—¿Y no hay ningún sacerdote cerca para mantenerte a raya? —pregunta, con una ceja arqueada y una media sonrisa dibujada en los labios, desviando la mirada del guion.

—Iba a ser Easton, pero está de viaje con su padre —contesto, y procedo a pasar frente a él para sentarme en el sillón de al lado, asegurándome de dejar suficiente espacio entre ambos.

—¿Por qué no me sorprende que le tocara a él hacer de alguien que se cree moralmente superior?

Suelto un resoplido, intentando aguantarme la risa, aunque ese gesto basta para darle a entender que estoy de acuerdo sin necesidad de pronunciar palabra.

—Déjame adivinar… Tú vas de gilipollas, ¿a que sí? —le suelto, alzando la ceja como él, y me detengo un segundo a observar su atuendo de arriba abajo.

Se pasa la lengua por los dientes de arriba con picardía. Entonces, levanta el dedo índice de ambas manos, se los lleva a la cabeza y los mueve en el aire.

—Nací con cuernos, FT, que no se te olvide.

Intento no quedarme mirándolo demasiado cuando se saca la cerilla de la boca y coge el porro que guarda detrás de la oreja. Como por arte de magia, enciende la punta roja de la cerilla con los dedos, una técnica que seguro que ha practicado sin cesar durante años entre las paredes de su habitación hasta dominarla.

El humo se escapa lentamente de la punta encendida mientras le da una larga calada. Me fijo en el resplandor anaranjado que resalta en la penumbra y en cómo se le expande el pecho a medida que se le van llenando los pulmones.

El intenso olor a maría me inunda los sentidos por completo. Siempre me han advertido de lo mal que huele, pero a mí me parece justo lo contrario. Tiene un perfume floral con notas cítricas que me provoca un cosquilleo en la nariz y me hace salivar ante la expectativa de un manjar imaginario.

Unas nubes densas de humo se derraman de su boca al exhalar, y la neblina blanca que conforman va elevándose lentamente hasta el techo de la sala.

—¿Has fumado alguna vez? ¿O te limitas a beber vodka de fresa? —Su voz suena más grave y áspera; sin embargo, se desliza con suavidad sobre mi piel.

—Nunca lo he probado, pero no me opongo a hacerlo. Es solo que no se me ha presentado la oportunidad.

Se gira despacio hacia mí, con el porro entre los labios, y dobla un dedo para llamarme.

—Ven aquí.

Estoy a punto de cometer el mayor pecado de mi vida. Me siento como Eva cuando la serpiente la tentó a comer del fruto prohibido en el jardín del Edén, aunque no sabría decir si Rook es la serpiente o la fruta… O tal vez ambos.

Tenía mis razones para evitarlo. Sabía que no nos convenía estar cerca el uno del otro. He bajado la guardia y he dejado caer todos mis muros, así que ahora no puedo defenderme ni de él ni de esos ojos vidriosos que parecen atraerme irremediablemente. Sabía que estar a su lado me haría sentir igual de bien que en la casa del lago y provocaría que no quisiera ser la Sage que todos ven, sino simplemente yo misma.

Culpo a mis hormonas, a mi curiosidad y a la deidad que se haya atrevido a bendecir a Rook Van Doren con la cara de un ángel y el cuerpo de un dios.

El cuero chirría cuando me deslizo en mi asiento hacia él, hasta que nuestras rodillas chocan. No podía haber estado más equivocada al pensar que la distancia que había interpuesto entre nosotros era suficiente; en cuanto me encuentro a su alcance, me rodea desde atrás con un brazo, me alza y me sienta en su regazo.

—¿Qué coño haces? —me quejo, apoyándole las manos contra el pecho con la clara intención de separarme de su cuerpo, pero sigue aferrándose firmemente a mi cintura y tirando de mí hacia abajo para que no pueda apartar el culo de su regazo.

—Siéntate —me ordena—. Cuando sople, abre esos labios tan bonitos que tienes, ¿entendido, muñeca?

Las caderas se me relajan al darme cuenta de que ha aflojado su agarre. Entonces, empieza a recorrerme el cuerpo con la mano y siento las puntas de sus dedos raspándome las medias de red a medida que van deslizándose hacia arriba. Luego, los noto acariciándome el costado y subiendo sigilosamente. Mantengo la mirada fija en la suya mientras se abre camino entre mi pelo para agarrarme la nuca.

Da una calada, retiene el humo en el pecho y aprovecha su posición para acercarme más a su rostro. Me muevo lentamente hacia él, como si fuera un fragmento de polvo suspendido en un reloj de arena.

Capto un destello de la cicatriz que le adorna el labio superior y no puedo evitar pasarme la lengua por el mismo sitio al verla.

Cuando frunce los labios para expulsar un hilo de humo, mi boca se abre sola por instinto, tal y como ha pedido. Nos quedamos

flotando el uno sobre el otro, tan cerca que casi puedo imaginarme cómo sería un beso suyo. Soy plenamente consciente de su calidez y de la anchura de su cuerpo bajo mis caderas.

Mientras tanto, no dejamos de mirarnos el uno al otro.

Con cada movimiento y cada estremecimiento, nos respiramos mutuamente.

A pesar de que el humo empieza a llenarme la boca y a quemarme los pulmones, sigo inhalando hasta que ya no queda más. Lo retengo todo dentro y, cuando noto que he llegado a mi límite, libero una nube que se arremolina alrededor de su rostro como un velo.

Siento el impulso casi incontrolable de apartarme y toser, pero los labios de Rook continúan pegados a los míos y su mano me mantiene firme en el sitio, como si supiera que intentaría alejarme de él. Espera unos segundos antes de llevarse el porro a los labios otra vez con movimientos perezosos.

Había visto cómo se pasaban el humo al fumar en las películas y también una vez en una fiesta, pero nunca me habría imaginado que un acto tan simple y que suele verse como algo asqueroso pudiera estar cargado de tanta tensión y ser así de electrizante.

Permanecemos sentados, repitiendo el mismo proceso una y otra vez.

No recuerdo haber experimentado nunca una paz similar a esta. Solo puedo concentrarme en su tacto, su aroma, su físico. He abrazado su mundo, y lo último que me apetece es volver al mío.

He estado toda mi vida rodeada de personas con las que me he obligado a relacionarme y que nunca han llegado a conocerme de verdad. Mi existencia se había reducido a un mundo superficial, como si fuera una Barbie atrapada en su caja de plástico.

Hasta que él se interpuso en mi camino y llegamos a este instante.

No lograría encontrar las palabras para describir esta sensación, ni aunque dedicara una década entera a buscarlas.

A pesar de todo el caos que desata y de lo que la gente ha dicho y seguirá diciendo de él, Rook Van Doren representa la verdadera esencia de la vida. Esa fuerza sustancial y nebulosa que

no puede neutralizarse ni extinguirse jamás.

—El fuego que nunca se apaga —susurro, casi sin darme cuenta.

Me noto la cabeza ligera, como si vibrara en otra onda. Todo se ha amplificado: la música de la fiesta, la forma en la que se mueven los muslos de Rook debajo de mí y el olor de la maría.

Coloca el porro a medio fumar de pie sobre el portavasos, con la brasa aún encendida.

—¿Eres de esas personas que se ponen filosóficas cuando se colocan? —dice mientras eleva una comisura del labio, regalándome una sonrisa mordaz.

—No, no —respondo, sacudiendo la cabeza y viendo cómo el pelo se me desliza hacia delante con el movimiento—. Es una frase de Homero. En *La Ilíada* escribió sobre los gases naturales que brotan de las grietas de piedra caliza en las montañas cercanas al Olimpo. Los llamó «el fuego que nunca se apaga». Creo que te define.

Me aparto de él, echo la cabeza hacia atrás y empiezo a balancearme con las manos aún apoyadas sobre su pecho, sumergiéndome en una experiencia que escapa a mi control. Me siento como si estuviera surcando el cielo por encima de las nubes.

La piel me hormiguea igual que si se encontrara empapada en picapica. De pronto, noto una presión en las caderas y bajo los ojos hasta las manos de Rook, que tiran de mí y me mantienen clavada en el sitio. Desde donde estoy, puedo apreciar el efecto que tiene en él esta postura.

Un latido punzante se propaga hasta lo más profundo de mi ser al percibir el calor de su erección presionada contra mí. Siento el aleteo de las mariposas revoloteando en mi estómago y el corazón latiéndome desbocado en el pecho.

El deseo que se ha apoderado de mí se va intensificando y ansía más placer, de modo que, pese a su firme agarre, comienzo a mecer las caderas hacia delante y hacia atrás.

Lo hago una vez. Y otra.

—Sage —gruñe entre dientes—, o paras de moverte o vamos a tener problemas.

En una situación normal, habría parado. Me habría obligado a poner los pies en la tierra porque estaba claro que solo íbamos a empeorar las cosas.

Pero el poder que ejerce sobre mí no tiene nada de normal, así que vuelvo a frotarme contra él y trazo el contorno de sus labios con la punta de la lengua. Ese mínimo roce basta para que se me acelere el pulso ante la idea de saborearlos.

—Me muero por besarte ahora mismo —murmuro en un tono grave y cargado de deseo; sin pensarlo, le agarro la camiseta con unos dedos ágiles y veloces.

—Pues bésame.

—No estamos hechos el uno para el otro. Lo nuestro solo puede acabar en tragedia. No tendremos un final feliz —respondo, aferrándome a la poca fuerza de voluntad que me queda.

Me estremezco al notar la aspereza de sus palmas deslizándose por mis muslos y su dedo índice rozando el borde de mi vestido. Ni siquiera me había dado cuenta de lo mucho que se me había subido el vestido, dejándome el culo prácticamente al aire.

—Puedo demostrarte lo bien que encajamos.

—No podemos… ¡Ah! —suelto un grito ahogado cuando él se da cuenta de lo expuesta que me encuentro.

No quería que se me marcaran las bragas en el vestido, así que no me las puse, y ahora estoy sintiendo cómo me restriega el pulgar de arriba abajo por la zona, esparciendo mi humedad.

—No podemos decírselo a nadie —termino la frase, clavándole las uñas en la camiseta y alzando las caderas en busca de su tacto.

—Pues será nuestro pequeño y oscuro secreto —susurra contra mí mientras me muerde el labio inferior con sus dientes.

Me dejo llevar sin resistirme. El calor me va recorriendo todo el cuerpo, alimentado por la necesidad de sentir algo más que sus hábiles dedos. La garganta se me cierra en cuanto noto cómo presiona con el pulgar mi punto más sensible, trazando círculos perezosos que hacen que se me erice la piel de placer.

Deslizo las manos firmemente por sus hombros hasta rodearle el cuello.

—¿Y tú serás capaz? ¿De mantener la boca cerrada y ser mi

pequeño y oscuro secreto?

Me sujeta con fuerza por la nuca y funde sus labios con los míos para sellar nuestro trato, sin importar cuánto dure. La sensación de su lengua aterciopelada enredándose con la mía me arranca un gemido. El calor que me invade es tan intenso que me da la impresión de estar pegada a una estufa. Me esfuerzo por mover la boca al ritmo de la suya y corresponder a su hambre con la misma ferocidad.

«Mal, mal, mal. Vas a hacerte daño a ti misma y vas a herirlo a él. Sabes que no hay luz al final de este túnel. No puedes escapar del control de tus padres sin que te arrebaten a Rose».

Soy una puta egoísta por entregarme al momento y olvidarme de todo lo demás, pero me siento tan… bien.

Se separa de mis labios con determinación y clava en mí unos ojos cargados de deseo. El brillo de sus labios rosados no hace más que aumentar mi apetito.

—¿Quieres que sigamos?

Y esa es precisamente la razón por la que no puedo mantener mi corazón a salvo de él y por la que no soy capaz de separar lo físico de lo emocional. Podría hacerme a la idea de que solo se trata de sexo, pero me lo pone muy difícil cuando me pregunta cosas como esa. ¿Por qué Rook es el único hombre que me ha hecho esa pregunta? A pesar de que es más que consciente de lo mucho que lo deseo por cómo reacciona mi cuerpo a su tacto, sigue necesitando escucharlo de mi boca.

¿Cómo puede ser que a él se le considere un villano pero ni un solo hombre de los que se retratan a sí mismos como héroes me haya pedido permiso nunca? Solo se han dedicado a robar cada vez más y más pedacitos de mi ser, hasta no dejar ni rastro de la antigua Sage.

Aunque Rook no se da cuenta, con cada comentario sarcástico me devuelve una de esas partes de mí que pensé que jamás recuperaría.

—Dios, sí, por favor —contesto con un hilo de voz sin pensármelo.

—Siempre supe que tenías un lado oscuro, Sage, pero nunca

me habría imaginado que no llevaras bragas —murmura contra mis labios—. ¿Quién me iba a decir que eras tan puta?

Todo rastro de feminismo desaparece de mi cuerpo en cuanto gruñe ese apelativo tan obsceno, provocando que los muslos me tiemblen de la expectación.

Llevo mucho tiempo familiarizada con la represión sexual, pero esto no se le parece en nada; se asemeja más a un despertar.

Separo un poco las piernas para que pueda ver bien lo húmeda que estoy.

—No quería que se me marcaran en el vestido —respondo.

—Mmm —susurra a la vez que va dejando una estela de besos a lo largo del valle de mis pechos.

Luego, desliza brevemente la lengua bajo el cuero a modo de advertencia, envuelve uno de mis pezones endurecidos con la boca y siento un mordisco punzante a través de la tela.

—Admítelo. Estabas deseando que alguien te encontrara aquí, sola, con ese coñito rosado al aire, y viera lo desprotegida que estás. Te gusta, ¿verdad?

La habitación empieza a darme vueltas; todos mis sentidos están concentrados en él. Me agarra el culo con fuerza y lo usa como punto de apoyo para frotar contra mi sexo la erección que esconde bajo los pantalones. La fricción me va consumiendo mientras las mariposas se apoderan de mi estómago.

Dios, nunca me había sentido así de bien.

Bajo las manos hasta su entrepierna, hambrienta de algo más que simples preliminares, y le desabrocho el botón y la cremallera con dedos ágiles. Acto seguido, me cuelo entre la tela y noto su dureza. Sé que lo desea tanto como yo, pero se niega a ayudarme a quitárselos, o al menos a bajarlos lo suficiente para quedarse igual de expuesto que yo.

—Rook, ¿una ayudita? —le pido en un gemido.

Odio que mi voz suene tan desesperada.

—No pienso hacer una mierda hasta que me digas lo que quiero escuchar.

En vez de ceder a mis ruegos, sigue devorándome el cuello y el pecho con la boca. El aire frío me pone los vellos de punta al

acariciar los lugares que su lengua mojada ha impregnado con su calor.

—¿Quieres que te diga…?

—Confiesa —me interrumpe, agarrándome unos cuantos mechones de pelo con fuerza—. Quiero que me digas la verdad. Estabas deseando que te encontrara así, ¿verdad? Te gusta ser mi pequeño y oscuro secreto, mi puta. Confiésale todos tus pecados a tu diablo.

Otra vez esa palabra, despertando fantasías de las que ni siquiera era consciente. Ansío que me humille y me someta a su dominio metafórico. Sé que no debería buscar su aprobación ni morirme de ganas por obedecer sus órdenes, pero no puedo evitar querer que me desee con la misma desesperación con la que yo lo deseo.

Tengo la mente hecha un puto lío.

Diría cualquier cosa con tal de sentirlo dentro de mí.

Se me corta la respiración cuando alzo la vista de su cintura y me sumerjo de lleno en el fuego infernal de sus ojos, que chispean y crepitan en la penumbra, con un tono de avellana tan particular que una no puede evitar preguntarse si su madre no lo concibió en realidad con un ser de otro mundo.

—Quiero ser tu puta, Rook —susurro, fundiendo mi boca con la suya en un beso que me encoge el estómago igual que si me hubiera arrojado al vacío; el corazón me martillea contra las costillas sin cesar—. Me gusta.

El sonido de una tela desgarrándose inunda la sala y, cuando miro hacia abajo, se me escapa un grito ahogado al percatarme de que mis medias ahora cuentan con una raja justo en el centro.

—La polla no me cabe por esos agujeritos —gruñe, levantando las caderas para bajarse un poco los pantalones ajustados y poder sacarla.

Abro los ojos de par en par al verle el miembro apoyado en todo su esplendor contra el abdomen. Lo que me impacta no es su evidente tamaño ni las venas que lo recorren, sino las cuatro bolas metálicas que brillan alrededor del glande. Tiene dos *piercings* de barra que le atraviesan la punta: uno en vertical y otro en horizontal.

—¿Duele? —pregunto, mirándolo a la cara brevemente.

Solo he mantenido relaciones con una persona en toda mi vida, pero no estaba perforada.

—A ti no te va a doler nada —responde, y me guiña un ojo con una sonrisa pícara.

Le envuelvo el miembro con la mano y comienzo a moverla lentamente de arriba abajo, imaginándome el abanico de sensaciones que estoy a punto de experimentar.

—Dime que no tienes nada contagioso.

Aunque sea irresponsable, deseo con todas mis fuerzas que me dé luz verde para poder informarle de que me tomo la píldora. Nunca lo he hecho a pelo, pero necesito sentirlo.

A él, entero.

—Si lo tuviera, no habría colocado la polla tan cerca de tu coño sin ningún tipo de protección, Sage.

Eso es todo cuanto necesito escuchar. Me he cansado ya de ser paciente.

Sin más dilación, elevo las caderas para guiar su polla hacia mi entrada y voy dejándome caer sobre él poco a poco, notando cada centímetro que se introduce en mí al ritmo que yo misma marco. Al sentir cómo se abre paso entre la estrechez de mis paredes empapadas, se me escapa un gemido y no puedo evitar echar la vista hacia abajo para contemplar lo increíblemente bien que encajamos.

El placer que me recorre al sentarme por completo en su regazo es casi insoportable. Me la ha metido tan hasta el fondo que puedo sentirla en el estómago.

El sexo siempre ha sido un medio para un fin. Un acto en el que me limito a dejar la mente en blanco y esperar a que se acabe; sin embargo, esto que estamos haciendo me parece más que sexo. No quiero que termine nunca.

El sonido de sus gemidos hace que vuelva a centrar mi atención en él. Ojalá tuviera una cámara para capturar este momento y poder volver a verlo años después, cuando ya me haya borrado de su memoria. Esto supera con creces al porno.

Ha echado la cabeza y los brazos hacia atrás sobre el respaldo

del asiento, y tiene la mandíbula tan apretada que las venas le sobresalen de la piel bronceada del cuello.

—Hostia puta —gruñe.

Un torrente de sensaciones se apodera de mí y me entrego a él por completo. Estoy segura de que no podría experimentar un momento como este con nadie más. Ansiosa por complacerlo y desesperada por alcanzar el clímax, empiezo a subir y bajar las caderas.

Es entonces cuando empiezo a percibir de verdad los efectos de su *piercing*.

Se frota con cada rincón de mi interior, estimulando la zona más sensible y todas las demás. Lo noto en tantas partes al mismo tiempo que me resulta abrumador. Muevo las caderas contra él, sintiendo mis extremidades ligeras y pesadas a la vez, y le envuelvo el miembro entero en mi humedad.

Coge el porro del portavasos, se lo coloca entre los dedos con destreza, como si estuviera acostumbrado a hacerlo, y le da otra calada mientras sigo cabalgándolo. El gruñido que le brota del pecho termina de confirmarme que está disfrutando de esto tanto como yo.

—Qué bien te sienta cabalgarme la polla como una buena zorra —dice en un susurro áspero, observándome con los ojos entornados a través del humo.

Mi parte más racional está horrorizada por la forma en la que está traicionándola mi cuerpo. La humillación que conlleva ese nuevo apodo me arrasa por dentro como un río de lava.

Me muevo al compás constante del R&B que se cuela desde fuera. El ritmo de la música me retumba en el estómago a medida que subo y bajo sobre su miembro, acogiendo cada doloroso y delicioso centímetro una y otra vez.

Gira el porro entre los dedos y lo acerca a mis labios para que le dé una calada. Todo parece ir a cámara lenta mientras inhalo, permitiendo que el humo convierta este instante en algo aún más especial.

Lo mantengo en el pecho, me inclino hacia él y presiono mi boca contra la suya. Nos besamos al mismo tiempo que el humo pasa de un cuerpo a otro, compartiendo mucho más que aire o sexo,

respirándonos mutuamente.

Nos acabamos el porro y, para cuando lo tiramos al suelo, tengo el coño empapado, completamente dilatado y hecho a su medida.

Aunque sus movimientos parecen lentos, mi vaivén ya no lo sacia. Me había cedido el control por unos segundos, pero ahora está dispuesto a retomarlo. Me rodea la cintura con firmeza y me empuja hacia abajo, obligándome a recibir todo su miembro. Entonces, nos deslizamos hasta el borde del asiento para que pueda embestirme con fuerza.

Me rompe la parte delantera del vestido con una furia despiadada, dejándome los pechos al descubierto. No me concede ni siquiera un respiro; agarra uno de mis pezones entre los dientes sin pensárselo y se pone a trazar círculos sobre él con la lengua.

—Ay, Dios, Rook —murmuro entre jadeos, con el sudor perlándome la frente.

Nos movemos al unísono, meciéndonos el uno contra el otro sin descanso. Dejo caer la cabeza hacia atrás y le hundo los dedos en la espalda, disfrutando de cada arremetida.

—Más fuerte —ordena con un gruñido mientras acelera el ritmo de sus embestidas, incitado por mi agarre.

Un calor intenso y cegador me nubla la mente de tal modo que no me queda más remedio que seguir sus órdenes. Le clavo las uñas en la piel con tanta fuerza que seguro que no falta mucho para que le haga sangre…, si es que no se la he hecho ya.

—Voy a correrme. Haz que me corra, por favor —grito desesperadamente, sin importarme que alguien irrumpa de pronto en la sala o nos escuche desde fuera.

—Suplícamelo. Ruégamelo como tú sabes, zorra.

Asiento con impaciencia.

—Por favor, por favor, Rook. Dios, por favor te lo pido.

—Aquí no hay Dios que valga. Solo estoy yo —sentencia, agarrándome del cuello y apretándome con fuerza.

Me arde el cuerpo entero, como si me hubieran inyectado fuego líquido en las venas y cada célula de mi ser se hubiera convertido en un infierno que lo arrasa todo a su paso a medida que me acerco al orgasmo. Una miríada de estrellas comienza a danzar en los

márgenes de mi visión.

Me estremezco, sin aliento, cuando siento cómo el éxtasis me recorre las venas. Lo único que sale de mi boca son gemidos agudos y entrecortados mientras él se hunde en mí, provocando que me tiemble todo el cuerpo. El placer me atraviesa de pies a cabeza y me eriza la piel al dejarme llevar por el orgasmo más intenso de mi vida.

—Preciosa —susurra con voz ronca.

Ni siquiera sé si lo he escuchado bien. Estoy tan aturdida que no soy capaz de procesarlo. Me noto los brazos y las piernas débiles. Mantengo los ojos cerrados con fuerza mientras sigue follándome sin piedad para alcanzar el clímax, arrancándome espasmos de placer con cada embestida. Me muero de sed, pero no tengo la voluntad suficiente para frenarme.

Rook desliza los dedos entre mis piernas, encuentra el clítoris y lo presiona con decisión.

—Espera, espera, no puedo. E-está demasiado sensible —gimoteo, bajando la mano hasta su muñeca para detenerlo e impedir que haga que todo mi cuerpo entre en combustión.

La intensidad es tan abrumadora que siento que se me empiezan a humedecer los ojos; sin embargo, no se detiene. Continúa meciendo los dedos y las caderas.

—Una vez más. Sé una buena putita, cielo. Venga, una vez más —me exige entre quejidos de placer, moviendo el pulgar más rápido para acompasarse al ritmo de sus embestidas.

La misma tensión de antes me sacude por dentro, provocando que un largo gemido se me escape de los labios.

—Joder, no puedo —replico con dificultad, pero mi cuerpo está empeñado en llevarme la contraria y mi coño empieza a ceñirse de nuevo a su alrededor.

—Sí puedes. Porque te lo ordeno yo.

Y no se equivoca.

Me corro otra vez, absorbiéndole el miembro con tanta fuerza que apenas logra sacarlo para volver a hundirse en mí.

Mis gritos quedan ahogados por la oleada de euforia que me arrasa por segunda vez. Rook deja escapar un gruñido tembloroso y un gemido de lo más profundo de su pecho mientras me penetra

hasta vaciarse por completo en mi interior.

He perdido todas las fuerzas. Le apoyo la cabeza en el hombro y siento su aliento sobre mi piel húmeda y enrojecida, con la mente aún nublada por el orgasmo. Sus largas pestañas me hacen cosquillas en la cara.

Apenas percibo el roce de sus dedos cuando comienza a enredarlos entre los mechones de mi pelo para juguetear con los rizos. Cada bocanada de aire me envuelve en su aroma y me ancla a este instante.

Ojalá pudiéramos permanecer en este estado de euforia solo un poco más y encerrarnos aquí dentro para siempre, a salvo de Ponderosa Springs y sus monstruos.

Sin embargo, lo único que queda en su lugar es una sensación abrumadora de terror al pensar en ese detalle tan importante que tendré que ocultarle a Rook: nunca podremos estar juntos.

Y, cuando descubra por qué, nuestro secreto terminará en un desastre absoluto.

10
Lo que el diablo merece

Rook

—No, no, tienes que llegar al final. ¡Es la mejor parte! —insiste, agarrándome del antebrazo para atraerme de nuevo hacia el colchón que hemos improvisado en el suelo y que ha insistido en cubrir con una pila de mantas porque, según ella, eran muy necesarias.

—Me van a empezar a sangrar los ojos si sigo mirando —gruño, con la esperanza de que no me haya mentido al decirme que le quedaba poco.

La mafia no tiene ni puta idea. Podrían ahorrarse las ratas y los cuchillos para torturar a la gente. Con una peli muda en blanco y negro harían cantar a cualquiera.

En apenas dos meses, me he tragado más películas que en toda mi vida. Estoy a punto de proponerle a Sage que veamos *Dieciséis velas* por tercera vez con tal de que quite a Chaplin.

—Atento, atento —dice, clavándome cada vez más las uñas de la emoción—. Mañana cantarán los pájaros. Sea valiente. Enfréntese a la vida. —Lee las palabras a medida que van apareciendo en la pantalla parpadeante.

Parece que la vieja cámara va a desarmarse en cualquier momento y, por lo visto, es incapaz de enfocar. Me siento como si estuviera delante de un televisor mal sintonizado.

—¿Para eso tenía que estar atento? —pregunto con una ceja alzada, poniendo cara de fastidio para hacerla rabiar.

Se ríe y me propina un manotazo en el pecho con más fuerza de la que esperaba.

—¡Qué tonto eres! Esta peli es una joya. Si solo se pudiera

conservar una de entre todas las de Chaplin, la humanidad entera escogería *Luces de la ciudad* sin dudarlo.

—Igual Quentin Tarantino sí que dudaría un poco.

—Puaj, qué asco de hombres y de sus películas sangrientas con coches explosivos —responde, poniendo los ojos en blanco.

Acto seguido, se gira para encararme y, cuando cruza las piernas, me preparo para el sermón que se aproxima. Es algo que hace a menudo. La verdad es que no me molestan las películas; lo que me jode es el hecho de que no me molesten.

Encima, me he sentado a verlas todas, sin prestarles la más mínima atención, solo para poder ser testigo de lo que está a punto de hacer.

He permitido que me importe.

—Esta es una sátira de las buenas, tiene la capacidad de conmover a la gente sin una sola palabra, Rook. Las películas de época no necesitaban depender del impacto emocional del color para despertar sentimientos y cautivar al público. No les hacía falta usar sangre carmesí ni joyas doradas; se bastaban con la luz tenue de las velas reflejándose sobre sedas brillantes y vestidos de satén. Te aseguro que en las películas del viejo oeste puedes saborear el polvo arenoso que arrastra el viento, el sol refulgiendo sobre las espuelas, el humo de los cigarrillos a través del filtro sepia y los abrazos apasionados. La gente se quedaba embelesada con la imagen en movimiento, las emociones…

Sage guarda silencio, esperando a que le venga a la mente otra idea mientras mueve las manos en diminutos círculos, como si intentara enseñarle a su cerebro a pensar más rápido.

—Entonces, ¿me estás diciendo que prefieres ver esas pelis antes que *Rebeldes* o aquella en la que castigan a unos en el instituto? —pregunto para que siga divagando.

El moño improvisado en el que se había recogido el pelo se le está cayendo poco a poco, y los mechones sueltos se le balancean al hablar.

—*El club de los cinco*. Una pensaría que a estas alturas ya te sabrías el título —me reprende—. No quiero elegir, me encantan las dos. Pero el cine era completamente distinto por aquel entonces. Es

una auténtica tragedia que no hubieras visto ninguna antes de conocerme, de verdad. El Viejo Hollywood sentó las bases de todo el cine actual. Las películas pueden cambiar vidas y moldear sociedades. Mira, por ejemplo, *Tiburón* hizo que una generación entera le tuviera pánico al agua para toda la vida. Es más, una película de terror de bajo presupuesto le brindó la fama mundial a uno de los mejores directores de todos los tiempos. Y, hablando de presupuestos bajos, *Rocky*, una franquicia monumental para todo aquel que no viva debajo de una piedra, se rodó con solo un millón de dólares y acabó ganando el Óscar a mejor película. ¿Te das cuenta del poder de una buena historia? ¿De una gran obra cinematográfica?

Se detiene y espera ansiosa mi respuesta, sin darse cuenta de lo mucho que está desviándose del tema principal. No creo que haya hablado nunca tanto de las cosas que la apasionan como lo hace en este rincón detrás de la casa del lago.

Me muerdo el labio, saboreando la sangre seca que se me ha quedado ahí después del encontronazo con mi padre, y la miro, vestida con mi camiseta y unas mallas a rayas. No hay ni rastro de sus habituales faldas a la moda con blusas a juego. En su lugar, se coloca cualquier camiseta que yo haya llevado ese día, pero me encanta poder desvestirla por completo y darme de bruces con su ropa interior perfectamente conjuntada.

Me he pasado todo este tiempo fijándome en esos pequeños detalles que la definen, conociéndola, aunque aún no entiendo la razón que la impulsa a ponerse un color de uñas y no cambiárselo durante un mes entero.

—Conque eso es lo tuyo, ¿eh? Las pelis, los guiones… ¿Irte a Los Ángeles y triunfar en Hollywood?

Deja escapar un suspiro, con la vista fija en los créditos que se deslizan por la pantalla.

—Los guiones que tengo son de teatro, que, para mí, es una pasión completamente distinta. Adoro subirme al escenario, meterme en la piel de un personaje, adaptarme a lo que me pida la obra. Me encantaría seguir haciéndolo en la universidad, probar tal vez a dar el salto a la gran pantalla después de graduarme y, con el

tiempo, llegar a hacer mis propias películas o, al menos, dirigir alguna.

Percibo en su voz un tono de tristeza cada vez que habla sobre su futuro, como si nunca fuera a lograrlo o dudara de sí misma.

Este lugar la tiene prisionera y le ha cortado las alas antes de que aprendiera siquiera a usarlas.

—Sí, podría mudarme a Nueva York, dejarme conquistar por Broadway y labrarme un camino como directora en aquella jungla de cemento, pero, por mucho que se empeñen en defender lo contrario, Nueva York no le llega a Hollywood ni a la suela de los zapatos. No tiene ningún paseo de la fama ni el legado de las épocas doradas del cine clásico. Todos allí son actores o cineastas y, aun así, no dejan de soñar con tener éxito de verdad.

Llevo dos meses sentándome aquí con ella, observándola, escuchándola. Odiándome por disfrutar de cada segundo que pasamos juntos. No me merezco disfrutar de nada. Y menos de la compañía de alguien como Sage.

Cuando la conocí, me dio la impresión de que era tan cruel por dentro como lo parecía por fuera. Creí que sería un reto divertido, una chica con la que revolcarme entre las sábanas y que me odiaría tanto como yo me detesto a mí mismo.

En cambio, me encontré con una chica que había sido sepultada bajo el peso de las expectativas del resto y, con cada día que compartimos, va desenterrando un poco más de su verdadero ser.

Se está convirtiendo justo en lo que menos necesitaba, haciéndome sentir cosas que no tengo derecho a sentir.

No he hecho nada bueno en la vida para merecerme verla así: feliz, divagando, vulnerable. No me parece justo apropiarme de una felicidad que no me he ganado. Algo dentro de mí me dice que no es lo correcto.

Pero, si renunciara a ella, estaría cometiendo el peor error de mi puta vida.

—¿Qué pasa? ¿Qué miras? —pregunta, haciéndome consciente de que llevo un rato contemplándola.

—Nada. —Niego con la cabeza—. Solo estoy disfrutando de ser la única persona que te ha visto así, por muy egoísta que suene.

Alza una ceja, provocando que se le muevan los cientos de pecas que le adornan la cara. Una vez intenté contarlas cuando se quedó dormida sobre mi regazo, después de comerse una *pizza* entera ella sola. Es de esas personas a las que les gusta la piña en la *pizza*, lo cual me resulta asqueroso, pero se ve que le fascina ese contraste entre dulce y salado.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué?

Me inclino hacia delante, la agarro de la nuca y le lamo el labio superior, donde tiene una mancha de chocolate de la que no se ha percatado. Lo succiono hasta dejárselo limpio, arrancándole un gemido de la garganta.

—Porque sería capaz de asesinar a medio mundo con tal de espantar a todos los tíos que se enamoren de ti.

La llama azul de sus ojos brilla con tal intensidad que podría calentar a todo un pueblo. Se queda mirándome con la boca entreabierta, como si no supiera qué contestar.

La verdad es que habría que ser un tonto para no enamorarse de esta versión de ella, y me siento como una mierda porque haya decidido entregármela a mí.

Nunca podré corresponderla. No merezco amar a los demás.

Sin embargo, me hierve la sangre solo de pensar en otra persona intentando darle el amor que yo no puedo.

Esto que compartimos es solo mío. Sus verdades. Sus manías.

Toda ella me pertenece. Sea capaz de amarla o no.

—Joder, ¿cómo te las apañas para estar siempre tan fría? —me quejo entre dientes al notar sus dedos hundiéndose en mi piel.

—Es para que me des calor. Yo tengo frío y tú estás calentito. ¿Ves? Somos la combinación perfecta.

Justo cuando me dispongo a besarla de nuevo, le vibra el móvil y desvía la mirada hacia la pantalla. Toda la vitalidad que desprende estando conmigo se le desvanece del rostro en cuanto lee la notificación, por lo que intuyo de inmediato que se trata de Easton o de sus padres.

—Es solo una tontería de las que leo en internet, nada importante.

Se libera de mi agarre para ponerse de pie, agarra el bol vacío

que antes estaba lleno de palomitas y se dirige a la cocina. Aprieto la mandíbula, intentando contener la tensión que me inunda el pecho. La sigo con la mirada al mismo tiempo que cojo mi Zippo y me entretengo haciendo girar la llama entre mis dedos.

—¿Qué quería? —pregunto, porque ha tenido que ser él.

Un sabor amargo y repulsivo me invade la boca. Me dan ganas de fumar solo para que el humo ahogue la irritación que está apoderándose de mi cuerpo.

—Saber dónde me he metido. Se supone que hemos quedado para cenar esta noche con mis padres.

Fijo los ojos en la pantalla blanca mientras el ruido de la cámara de cine empieza a taladrarme la cabeza.

—¿Vas a ir?

Al mirarla de nuevo, la tenue luz que sale del frigorífico desvela la culpa que refleja su expresión. No hace falta que diga nada. Ya sé la respuesta. Las tripas se me revuelven de la rabia.

—Por supuesto. Cómo no.

Me levanto del suelo, cojo la sudadera y el gorro que están en el sofá, me los pongo y me encamino hacia la puerta para calzarme los zapatos.

Cuando Sage y yo compartimos estos momentos, parece que el mundo exterior deja de girar. A veces salimos de Ponderosa Springs, venimos aquí y nos refugiamos entre las paredes de esta casa, donde ella puede permitirse ser tal y como es y yo, alguien que aún alberga esperanza. Pero siempre hay algo que nos arrastra de vuelta al fango tóxico del que intentamos escapar y que nos recuerda la cruda realidad de nuestro inevitable destino.

—No es justo —murmura, cerrando el frigorífico.

Acto seguido, escucho sus pies descalzos atravesando la cocina y acercándose a mí por detrás.

—¿El qué? —replico, girándome para encararla mientras se aproxima, aunque mi movimiento repentino provoca que se sobresalte—. ¿Que sea yo el que se sienta aquí contigo para leer guiones, ver películas todos los días y hacer que te corras en mi polla, mientras él puede pasearte por el instituto como si fueras un trozo de carne?

Mi voz desprende una furia tan ardiente que siento cómo quema su delicada piel. Cuando estamos bien, somos como el fuego acogedor que se enciende en Navidad y que te invita a acurrucarte a su alrededor; en cambio, cuando estamos mal y discutimos, casi siempre por culpa de Easton, nos transformamos en una tormenta de humo y llamas, en un incendio incontrolable que arrasa con todo a su paso. Yo no la trato con delicadeza y ella no se deja amedrentar por mi ira.

—¡Sabes que todavía no puedo cortar con él! Ya te lo he dicho, tengo que esperar hasta la graduación, Rook. No te puedes ni imaginar lo que serían capaces de hacer mis padres si me atrevo a dejarlo antes. Tenemos que esperar.

—Haz lo que quieras. Yo me largo.

Extiendo la mano hacia la puerta, pero me agarra para intentar detenerme, impidiendo que actúe con responsabilidad y ponga fin a esta pelea ahora que aún estamos a tiempo.

—¡Siempre igual! No puedes irte así sin más —contesta en un tono cada vez más elevado—. Te enfadas y, en lugar de hablar sobre el tema, ¡te cierras en banda y te vas! Hiciste exactamente lo mismo la semana pasada con las solicitudes de la universidad. ¿Cómo quieres que entienda lo que te pasa si nunca te abres conmigo?

De pronto, se me tensa todo el cuerpo. Mi habitual calma se esfuma y me quedo completamente inmóvil como una piedra.

—No tienes por qué comprenderme. Nunca te he pedido que hagas nada por mí, Sage. Eres tú la que vino a buscarme.

Tiro del pomo con la clara intención de dar por finalizada nuestra conversación, pero coloca las manos en la puerta y la cierra de un portazo que retumba por toda la casa vacía.

El corazón me late con fuerza en los oídos y la rabia provoca que se me erice la piel. Nunca le he pedido nada. Ni que enviara las puñeteras solicitudes ni que se preocupara por mi puto futuro. Nada.

No tiene derecho a darme falsas esperanzas ni a creer en una persona que ya ha renunciado a todo.

Siempre he sabido que me iría de Ponderosa Springs después de graduarme, aunque jamás me había parado a pensar en lo que sería de mí una vez me fuera.

Y, entonces, llegó ella con sus planes, hablando de las oportunidades que tendría en los departamentos de química, aportando ideas, metiendo las narices en cosas que ni siquiera le corresponden y tratando de ilusionarme con un futuro que sé de sobra que nunca podrá ser mío.

Por eso evito las relaciones a toda costa y no confío en nadie más que en mis amigos, porque ellos entienden que las falsas esperanzas solo sirven para impedirte avanzar y, al igual que yo, son conscientes de que las cosas buenas no le pasan a la gente como nosotros.

—O sea, ¿que ahora soy yo la mala? ¿Tú nunca te has equivocado? Si tan despreciable te parezco por no haber dejado a Easton todavía, ¿qué me dices de ti, Rook? ¿Les has contado a tus mejores amigos que estás con la hija del alcalde? ¿O sigues mintiéndoles?

Se ha enfadado, así que está intentando darme donde más me duele, y sabe perfectamente dónde hurgar para provocarme.

Me giro hasta quedar frente a ella y doy un paso en su dirección.

—No se lo he contado porque aún eres el puto enemigo, Sage, y si se enteran de lo nuestro, si descubren que no has cortado con él y que eso me cabrea, no dudarán en matarlo —contesto en un tono escalofriante cargado de sinceridad—. No cuestiones jamás mi lealtad hacia mis amigos.

Me detengo un momento, rechinando los dientes y respirando con furia por la nariz. Si le parece espantoso lo que serían capaces de hacer sus padres, no tiene ni idea de lo que podría ocurrir si los chicos lo supieran.

No les importaría que follemos o lo que sea que estemos haciendo. Les daría igual quién es ella, a diferencia de la mayoría de gente de por aquí.

—¡Te he dicho que no me he acostado con él desde antes de Halloween!

—Ya. —Me paso la lengua por el labio inferior—. ¿Y sigue besándote? —pregunto para irritarla, avanzando hacia ella a la vez que retrocede, como si se tratara de una especie de baile—. ¿Te

toca? ¿Te coge de la puta mano como si le pertenecieras?

Su culo choca contra el respaldo del sofá y se queda atrapada frente a mí, sin forma alguna de huir ni lugar donde esconderse.

Mi mente se convierte en mi peor enemiga y no para de mostrarme destellos de todo lo que he tenido que soportar estos últimos dos meses: encontrármelos juntos en los pasillos, verlo a él posando sus manos sobre ella y dejarme consumir por la impotencia de no poder quitárselas de encima.

—A mis amigos les da lo mismo que seas la hija del alcalde. Si no les he contado lo nuestro no es por eso ni por mí, sino para protegerte a ti —recalco a la vez que le clavo un dedo en el pecho—, de lo que son capaces de hacer ellos. Porque lo único que les preocupa soy yo. Aunque les dijera que no me molesta, les soltara una puta mentira y les asegurara que al verte con él no me dan ganas de… —El sabor metálico de la sangre me hierve en la garganta con solo pensar en pronunciar las palabras—, reducir a cenizas el puto instituto entero después de haberle arrancado las manos de cuajo, se lo olerían igualmente y no saldrías bien parada.

Hemos atravesado juntos los momentos más oscuros de nuestras vidas, nos hemos visto enfrentarnos a horrores que nadie debería conocer, hemos presenciado el mismísimo infierno en la tierra. Siempre nos protegemos del resto del mundo, cueste lo que cueste. No hay nada que no haríamos los unos por los otros. No existe ningún límite que no estemos dispuestos a cruzar.

Por eso sé que, como mínimo, acabarían despellejando vivo al pijo de mierda de su novio.

—O sea, que solo teníamos que hablar de lo celoso que te pone Easton para conseguir que te abrieras por fin conmigo, ¿no? ¿Te das cuenta de que ni siquiera me habías mencionado a tus amigos hasta ahora?

Lo último que me hace falta es que siga metiéndome el dedo en la llaga para intentar entenderme. No necesito que nadie me comprenda ni me salve.

Me giro por última vez con la intención de marcharme. No tengo nada más que aportar a esta conversación, pero ella se niega a rendirse.

—¡Yo te lo he contado todo sobre mí! Me conoces, Rook, he confiado en ti, ¡y tú ni siquiera me dices a dónde vas cuando no estamos juntos! ¿Por qué no confías en mí?

—Deberías haberlo pensado mejor antes de empezar a confesarle tus pecados a alguien como yo. No juego limpio, Sage, ya te lo advertí.

—No pienso dejar que te vayas. —Se coloca delante de mí para impedir que avance hacia la puerta, aunque sabe que no tendría ningún problema en apartarla de mi camino—. No voy a moverme de aquí hasta que me des una respuesta. ¿Por qué siempre apareces con moratones? ¿Por qué tienes el labio partido? —insiste.

Cada vez que me presiona para que le diga algo, alimenta las llamas de un fuego arrollador que se extiende por mi pecho y me quema hasta los huesos.

—¡Quítate de en medio, Sage! —grito con los dientes apretados.

—¡No!

Alzo la mano y la estampo contra la puerta justo detrás de su cabeza, con tanta fuerza que uno de los marcos se suelta y cae al suelo con un estrépito.

—Deja de intentar meterte en mi cabeza. ¡No es asunto tuyo! —la reprendo a voces mientras siento cómo me arde el pecho.

Sage apenas parpadea, como si supiera que no voy a hacerle daño. Al menos, no físicamente.

Confía en mí. No está asustada.

En el fondo, siempre he sido consciente de que no me tiene miedo. De hecho, creo que eso fue precisamente lo que más me llamó la atención de ella.

—¡Puedes contármelo! —grita con la misma vehemencia que yo le he mostrado, colocándome las manos a ambos lados de la cara para obligarme a mirarla a los ojos.

¿Cómo puede tenerlos tan bonitos? Su expresión me suplica que le entregue un pedacito de mí, lo que sea.

—Puedes confiar en mí, Rook —repite con más suavidad, como si tratara de hacer salir a un animal salvaje de un rincón sin que la muerda.

Nadie, ni una sola persona, me había tratado así. Nunca me

habían obligado a abrirme de esta manera. Mis amigos no necesitan preguntar nada; lo entienden sin necesidad de palabras. Y los demás no se han atrevido nunca porque no les importa.

Se me revuelve el estómago de pensar en mi padre, en por qué soy como soy.

—Estoy seguro de que has oído los rumores. —Alzo las manos y le rodeo las muñecas para apartarlas de mi rostro—. Sabes perfectamente de dónde vienen los moratones y por qué siempre voy por ahí con alguna mancha de sangre.

De pronto, su mirada se torna triste y las lágrimas comienzan a empañarle los ojos. Ni siquiera soy capaz de fijar la vista en ella mientras hablo.

—Entonces, ¿es cierto que tu padre te pega?

—Me da golpes, palizas… A veces le gusta usar el látigo los fines de semana. Sí, Sage, mi padre me pega. Tampoco es para tanto. Hay niños muriéndose de hambre en otras partes del mundo.

Típico de mí. Servirme del humor para lidiar con lo que le he hecho a mi propia familia. Y con lo que podría hacerle a Sage si insiste en acercarse más de la cuenta.

—¿Y las cicatrices que tienes en el pecho? ¿También son obra suya?

Asiento con la cabeza, incapaz de decirlo en voz alta.

—Pero… Si siempre va a misa los domingos… Y parece tan…

—¿Tan qué? ¿Amable? —Arqueo una ceja—. ¿Un hombre devoto cuya esposa falleció trágicamente? Claro, eso es lo que muestra de puertas para afuera, pero en casa me hace pagar muy caro el simple hecho de haber nacido. Las máscaras no dejan de ser máscaras, da igual lo bien pegadas que estén al rostro.

Ella mejor que nadie debería saberlo. Por mucho que creas conocer a alguien, es imposible saber lo podrido que puede estar por dentro o lo que es capaz de hacer en realidad.

Mi padre, sin ir más lejos, es capaz de cualquier cosa, menos de matarme. Aun así, espero pacientemente el día en que esté dispuesto a cruzar ese límite y le ponga fin a nuestro sufrimiento de una vez por todas.

Las lágrimas le acaban resbalando por las mejillas y, al

parpadear, le empapan las oscuras pestañas que le bordean los ojos. Niego con la cabeza y le aprieto las muñecas con más fuerza.

—No sientas lástima por mí. No la necesito.

—¿P-por qué no se lo has contado a nadie? —susurra, inmóvil como una estatua ante mí, tratando de comprender desesperadamente qué puede llevar a un padre a odiar tanto a su hijo.

He ahí el quid de la cuestión que conduce a la verdad oculta.

¿Por qué no le devuelvo los golpes? ¿Por qué no busco ayuda?

Cualquier otra persona en mi situación se daría a la fuga si tuviera un padre como Theodore Van Doren.

Sin embargo, nadie lo conoce igual que yo. Nadie sabe lo que le hice.

—Porque me lo merezco. —Le suelto las muñecas y clavo la mirada en sus ojos cargados de tristeza—. Ya te lo he dicho. No soy buena persona. Mi padre antes era amable y bondadoso. Fui yo quien lo convirtió en un monstruo, de modo que ahora tengo que asumir las consecuencias de mis propios actos. Solo me está castigando por todo el daño que le he causado. Es el único que puede hacerlo.

Sé que está confundida y que no termina de entender lo que le estoy diciendo.

Pero eso no la frena a la hora de darme su opinión al respecto.

—No me puedo creer que no te des cuenta de lo que te ha hecho. Es imposible que pienses de verdad que tiene todo el derecho del mundo a agredirte. Da igual la gravedad del error que hayas cometido, nadie se merece que lo traten así. No te conformes con llevar una vida llena de rabia contenida ni ser el saco personal de boxeo de tu padre o la oveja negra de un pueblo que ni siquiera se ha tomado la molestia de ponerse en tu lugar. Puedes aspirar a algo mucho mejor —me implora, como si unas cuantas palabras de cariño pudieran borrar tantos años de manipulación y malos tratos.

Aun así, valoro el esfuerzo, porque ya es más de lo que ha hecho el resto.

—Te mereces algo mejor, Rook.

—No me hace falta. — Le coloco la mano en la mejilla y le

acaricio la cara mientras le seco con el pulgar las lágrimas que no debería estar derramando por mí.

Algún día, recordará este momento y se dará cuenta de que lloró por un chico por el que no valía la pena hacerlo.

—El error que cometí fue horrible, deshonroso y ya no puedo enmendarlo. Nunca voy a ser capaz de olvidarlo. Yo mismo me he condenado a llevar una vida miserable por mis actos. Hay cosas que no merecen ser perdonadas, Sage.

Nunca va a hacerme cambiar de parecer, porque la única persona que puede perdonarme está muerta. Mi alma no hallará salvación alguna hasta que me encuentre a dos metros bajo tierra.

—No me lo creo, Rook.

Me agarra de la camiseta y se abalanza sobre mí para abrazarme con fuerza, como si así pudiera exprimir todo el sufrimiento que guardo dentro. Entonces, bajo la mirada hacia su cabeza y mi corazón reacciona de pronto de un modo extraño: empieza a latir más deprisa, amenazando dolorosamente con salirse de mi pecho.

—Me niego a creerlo. Aún te queda algo de bondad. Puedo sentirla. Sé que está ahí.

Nadie que me haya conocido después del accidente me había dicho nunca algo así. Esas palabras me sacuden por dentro, despertando una oleada de sentimientos que creía enterrados.

«Aún te queda algo de bondad».

Todos los demás se han limitado siempre a cuchichear, a inventarse rumores sobre mi nacimiento y a referirse a mí como el anticristo, el demonio, el diablo. Se aprovecharon de una tragedia que me carcomía por dentro como si fuera un veneno para crear un monstruo aún peor.

Hicieron que un niño que ya se odiaba a sí mismo comenzara a odiar a todo el mundo que lo rodeaba.

Quiero creerla. Tal vez una parte de mí, una de esas que quedaron sepultadas hace tiempo, aún crea que hay algo de bondad en el fondo de mi ser. Que puedo permitirme tener esperanzas y sueños. Que quizá incluso pueda estar con Sage para siempre. Que acabaremos juntos al final.

Pero, cuando matas a tu propia madre, es inevitable que toda la bondad que alguna vez albergaste muera con ella.

11

Oh, cómo caen bajo el yugo del amor aquellos a quienes les han cortado las alas

Sage

Lo único bueno que puede decirse de West Trinity Falls es que allí montan unas fiestas legendarias. Se encuentra tan solo a media hora en coche de Ponderosa Springs y, aunque es nuestro mayor rival y sus habitantes son completamente diferentes, hay que concederles que saben cómo divertirse.

Mientras nosotros nos hemos criado en una cuna de oro con apellidos históricos de familias poderosas que nos han ido allanando el camino, ellos se han visto obligados a ganarse todo lo que tienen con el sudor de sus frentes. Son lo que consideramos gente de barrios pobres. Los marginados de los páramos.

Personas con las que una chica como yo no debería codearse jamás; sin embargo, cuando creces rodeada de lujos y nunca te ha faltado de nada, no puedes evitar sobrepasar los límites y acabar tonteando con las drogas, las fiestas y el alcohol.

A pesar de que aquí siempre terminas en medio de una pelea o una redada policial, los estudiantes siguen viniendo. A aquellos que solo buscan meterse en líos les resulta imposible resistirse a un sitio que precisamente los fomenta.

Fiestas caseras, drogas y raves. West Trinity es el mejor proveedor de todo tipo de diversión ilegal. Es el último lugar en la faz de la tierra en el que me apetece pasar la noche. No hay nada

mejor que ver a mi «novio» colocado hasta las cejas de coca y rodeado de los cavernícolas de sus amigos, que van igual de perjudicados que él. Estuve en una de estas raves hace unos años y olía exactamente a lo mismo: a marihuana, alcohol y sexo.

Han decidido celebrar la fiesta en una casa de los espejos abandonada, como la última vez. La entrada principal está abarrotada de gente moviéndose sobre una pista de baile improvisada y los pasillos son, en realidad, laberintos de espejos. Encontrar el baño estando borracho debe de ser prácticamente una odisea.

Me duele la cabeza solo de mirar los rayos multicolores de luz láser que parpadean por toda la sala y atraviesan la fina capa de niebla que se ha acumulado justo encima de los que están bailando. La música electrónica y los gritos retumban por todos lados, y lo peor de todo es que estoy completamente sobria, cosa que a Easton no le hace ninguna gracia. Me ha arrastrado hasta aquí con la excusa de que necesitaba relajarme porque, según él, he estado demasiado estresada últimamente y una fiesta era justo lo que me hacía falta.

En otras palabras: teniendo en cuenta que la última vez que lo toqué fue antes de Halloween y desde entonces han pasado cinco meses, lo que quiere es que me emborrache para poder pillar cacho.

Aunque tampoco es que se esté privando mucho de los placeres de la carne. Si de verdad se cree que no me doy cuenta de que se ha estado acostando con otras a mis espaldas, es más tonto de lo que pensaba.

Jugueteo con las pulseras fosforescentes que me cubren los brazos de arriba abajo, consciente de que, si me quedo aquí el tiempo suficiente, empezaré a perderme en mis pensamientos. Miro brevemente hacia donde se encuentra Easton para asegurarme de que no está prestándome atención y saco el móvil. El corazón se me acelera al ver el nombre que aparece junto al icono verde de mensajes en la pantalla.

«Lucero del alba».

Rook se había guardado a sí mismo como «El diablo», pero le cambié el nombre en cuanto se despistó.

Lucero del alba
¿Lista para largarte ya?

Ojalá pudiera. Tengo que quedarme hasta que acabe. Ya está empezando a preguntarme dónde ando metida todo el tiempo. ¿Me ayudas a escabullirme más tarde?

Lucero del alba
Ya contaba con ello.

Estoy escribiendo una respuesta justo cuando me llega otro mensaje.

Lucero del alba
Más te vale no oler a él.

Suelto un resoplido y pongo los ojos en blanco, con la certeza de que, si me viera hacerlo, probablemente me daría un azote en el culo.

Qué primitivo te has puesto.

Nunca había guardado un secreto tan grande. Bueno, es cierto que también mantengo ocultos mis traumas de la niñez, pero si la gente los descubriera, la única perjudicada sería yo. En cambio, si alguien se enterara de lo de Rook, las consecuencias serían devastadoras para todos.

Una parte de mí odia tener que estar con él a escondidas en la casa del lago. Me encantaría que tuviéramos una cita de verdad, que fuéramos juntos al cine y cenáramos algo que no fuera comida para llevar. Quiero que lo nuestro vaya más allá de compartir unos cuantos besos apasionados en el cuarto de la limpieza del instituto porque, aun teniendo que mostrarnos tan reservados y enigmáticos de cara a los demás, esta es la relación más auténtica que he tenido en mi vida.

Sin embargo, no puedo negar lo mucho que me divierten nuestros encuentros clandestinos, las caricias robadas y las miradas cargadas de deseo. La tensión se respira en el ambiente incluso con toda un aula entre nosotros.

—Ven a bailar conmigo, nena —murmura Easton en un tono zalamero, agarrándome de la cintura—. Así practicas para el día de la boda.

Frunzo el ceño, me meto el móvil en el bolsillo trasero y echo un vistazo alrededor para comprobar que no haya nadie lo suficientemente cerca como para escucharlo. Lo fulmino con la mirada y observo cómo se le dilatan las pupilas cada vez más.

—¿Quieres hacer el favor de bajar la voz? Me prometiste que no ibas a decir nada todavía.

Me rodea el cuerpo con los brazos y, cuando me atrae hacia él, me llega el aroma intenso de su colonia. Antes no me importaba, pero ahora me he acostumbrado a un olor menos recargado, a la fragancia del humo y del sudor.

—Qué más da. Quedan dos meses para la graduación. Se van a enterar ya mismo de todas formas.

Al oírlo, se me revuelve el estómago y una bocanada de vómito me trepa por la garganta.

La fecha límite está a la vuelta de la esquina. Ansío pasar más días con Rook, aunque, por otro lado, también me gustaría poder congelar el tiempo y que todo se mantuviera tal y como está ahora, para siempre. Falta muy poco para que mi egoísmo salga a la luz.

No se va a tomar nada bien el hecho de que le haya mentido a la cara.

Me aterroriza pensar en cómo se le deformará el rostro por la ira el momento en el que lo descubra. Sentirá más odio del que cualquier ser humano es capaz de albergar y no habrá manera de explicárselo ni de hacerlo entrar en razón antes de que me arroje a los leones sin dudarlo.

La simple idea hace que se me corte la respiración.

No quiero darle otro motivo más para odiar al mundo y a toda la gente que lo habita.

—No me apetece discutir, nena. Ven a bailar conmigo —me

susurra al oído y, acto seguido, me presiona los labios contra el cuello, a lo que respondo alejándome de él de inmediato.

—No estoy de humor. Prefiero ir a sentarme por ahí. —Le coloco las manos en el pecho para poner distancia entre ambos, pero se niega a soltarme la cintura.

Siento que no debería estar aquí.

Y mucho menos con él.

Esos ojos azul claro que todos siempre elogian han adoptado un tono tan oscuro bajo esta luz que parecen pertenecer a otra persona completamente distinta. Al mirarme fijamente, me recuerda a su padre, tanto en actitud como en apariencia.

—Si quieres que mantenga la boca cerrada y no diga nada de nuestro compromiso, vas a bailar conmigo.

Ahora tiene ventaja sobre mí. Siempre la tendrá. Esto es solo una muestra de lo que nos aguarda nuestro futuro. Cada vez que me niegue a hacer algo, usará a Rosie para manipularme. Easton ha logrado alcanzar una posición de poder desde la que manejarme a su antojo.

Dejo que me arrastre entre la masa de gente hacia la pista de baile. Cuando encuentra un sitio que le gusta, me atrae a su cuerpo hasta que mi espalda se queda pegada contra su pecho.

Una lista de reproducción de música *house* marca el ritmo de nuestros movimientos, sobre todo los suyos, y permito que sus caderas guíen las mías. Me esfuerzo lo justo para no cabrearlo. No sé si se debe a la neblina que nos envuelve o si es que tengo ganas de llorar de verdad, pero me arden los ojos al ver a las demás parejas, incapaces de quitarse las manos de encima.

—Acabarás sometiéndote a mí, Sage —susurra por encima de la música—. Pienso quebrarte hasta convertirte en la esposa dócil y perfecta que me apoye y siga cada uno de mis pasos. ¿Me has entendido? Acabarás sometiéndote.

Respiro hondo por la nariz y suelto el aire por la boca para intentar silenciar su voz. Lo ignoro por completo y me obligo a refugiarme mentalmente en otro sitio.

A esto se reducirá mi vida: a cerrar los ojos y aferrarme a los momentos que pude disfrutar con Rook. Los recuerdos serán lo

único que me quede. Solo espero que estos meses que he pasado con él me basten para soportar una eternidad de sufrimiento.

De pronto, comienza a sonar una canción que me resulta familiar.

Un escalofrío me recorre el cuerpo. Se me escapa un suspiro al recordar la última vez que la escuché.

Rook la había puesto por los altavoces de la casa mientras yo estaba tendida sobre la silla de la cocina, con su mano enterrada entre mis muslos desnudos. A veces la mente puede tornarse en un lugar peligroso y, al parecer, la mía no va a ser la excepción.

La imagen que se reproduce en mi cabeza es tan vívida que puedo sentir todo su cuerpo prácticamente fundiéndose con el mío como si estuviera sucediendo en este mismo instante.

Cuando comienzo a notar la intensidad y la vibración del cambio de ritmo entre las piernas, abro los ojos y veo a un hombre observándome a unos metros de mí.

Su rostro se oculta tras una máscara con luces led que parpadean al compás de los rayos multicolores de la sala. El brillo naranja oscuro que emite me atraviesa hasta lo más profundo de mi ser, y las cruces que ocupan el lugar donde deberían estar sus ojos parecen leerme el alma.

Un jadeo de sorpresa brota de mis labios al mismo tiempo que una oleada de inquietud me recorre la espalda, pero la sensación se desvanece casi al instante.

Lo más probable es que esté mirando a cualquiera de las otras chicas que me rodean; sin embargo, su figura rígida permanece clavada en medio del gentío, con los ojos fijos en mí y solo en mí, sin apartarlos ni por un segundo de mi cuerpo en tensión.

Lleva una sudadera negra y unos vaqueros oscuros, por lo que no puedo distinguir ningún rasgo desde esta distancia. Aun así, una corriente de emoción se apodera de mi estómago y me arrasa por completo.

Aunque no sea Rook, puedo imaginarme que es él para que no me resulte tan insoportable estar en esta pista de baile.

Ladea la cabeza ligeramente hacia la izquierda de forma lenta y provocadora, con la intención de verme mejor entre la multitud, pero

también me da la impresión de que me está tentando, como si tuviera las cejas alzadas en una pregunta muda tras la máscara: «¿Vas a bailar para mí?».

Mi cuerpo se mece al son de la música, impulsado por la creencia momentánea de que Rook está aquí conmigo. Que es tanto el hombre que tengo frente a mí como el que se encuentra a mi espalda. Bailo como una marioneta de hilos, aunque algunos de mis movimientos quedan ocultos bajo las luces estroboscópicas. Bailo como si Rook me estuviera observando y fuera mi titiritero.

Giro la cabeza trazando un pequeño círculo y dejo que el pelo me caiga sobre los hombros a la vez que suelto un suspiro y recorro mis curvas con las manos. Luego, echo un vistazo al minivestido blanco que llevo puesto, salpicado de manchas de pintura neón que brillan en la oscuridad, y me fijo en las espirales y los patrones que me adornan los muslos y los brazos.

Me contoneo de un lado a otro, moviendo el torso y las caderas por igual. Entonces, siento unas manos aferrándose a la parte delantera de mi cuerpo y hundiéndose en la carne blanda de mi estómago con un ansia exacerbada. Su tacto parece inseguro y torpe, como si no supieran a dónde ir sin un mapa.

Alzo la cabeza de nuevo con la esperanza de que el hombre enmascarado siga allí de pie, pero se ha desvanecido, igual que en mi imaginación.

La boca se me seca de repente. Esa sensación liviana y etérea que me había inundado por dentro desaparece y vuelvo a sentirme como una roca que está destinada a hundirse en lo más profundo del océano.

—Tengo que ir al baño —digo con la voz ronca, quitándome las manos de Easton de encima y haciendo caso omiso a sus ruegos para que me quede.

Hay cuerpos chocándose contra mí allá donde vaya, lo que solo aumenta mis ganas de beber agua. La estancia se encuentra abarrotada de ruido y gente entregada a la euforia del momento. Podría morirme de un infarto en plena pista de baile y nadie se daría cuenta.

Empujo la puerta que conduce hacia el pasillo con un resuello y,

en cuanto la cruzo, siento un alivio inmediato. Puedo notar en el ambiente que hay menos personas aquí fuera. El aire fresco que me da en la piel me seca el sudor del cuerpo.

Unos suaves gemidos de placer hacen que me gire hacia unas parejas que están al fondo del pasillo dándose el lote contra el cristal de los espejos mientras se aferran con fuerza a los hombros de sus respectivos compañeros.

Las luces led de neón de los espejos solo alumbran las caras contorsionadas por el disfrute que están experimentando. Una de las chicas tiene los pantalones bajados hasta los tobillos y su pareja la está penetrando con tanta fuerza que veo cómo le tiemblan los muslos desde el otro extremo del pasillo. De pronto, me invade un vacío que solo una persona en concreto puede llenar.

—¡Joder! —La voz de otro hombre retumba entre los paneles de espejos.

La calidez de su aliento se transforma en una nube de vapor frente a él. Estampa una mano rolliza contra el cristal y enreda la otra con fuerza en el pelo de una chica que se encuentra arrodillada y lo contempla con la boca abierta.

Es difícil no mirar, no sentir curiosidad.

Sigo echando un vistazo por el pasillo y doy un pequeño bote al encontrarme de nuevo con la imponente figura del hombre de la máscara naranja observándome inmóvil.

Permanecemos de pie, con los ojos clavados el uno en el otro, mientras los gemidos rebotan en el espacio que nos separa.

Vuelvo a percibir cierta familiaridad en él, pero no la suficiente como para quedarme aquí escuchando a la gente follar con tal de sostenerle la mirada.

Estaba convencida de que el baile solo había sido un producto de mi imaginación. Hasta que veo que da un paso hacia mí.

Pongo de golpe los pies en la tierra al recordar que no conozco de nada a este hombre y ni siquiera sé qué quiere de mí. Podría hacerme cualquier cosa, como, por ejemplo, despellejarme para fabricarse un traje con mi piel.

Me doy la vuelta y empiezo a caminar a toda prisa en la dirección opuesta, a pesar de que no tengo ni idea de a dónde me

dirijo.

De repente, me estrello contra uno de los espejos.

—Mierda —siseo, frotándome el hombro que se ha llevado la peor parte del impacto.

En el reflejo veo que todavía me sigue, así que no puedo perder tiempo en recomponerme. Lucho contra el pánico que amenaza con apoderarse de mí, aunque no se parece en nada a la sensación de ahogo a la que estoy acostumbrada ni a ninguna otra cosa que haya experimentado antes. Ahora mismo me siento como si tuviera los pies atrapados en arenas movedizas que se arremolinan a mi alrededor al igual que hormigas voraces, tirando de mí hacia la tierra blanda y granulada. Eso es lo que hacen las arenas movedizas: tragarse a las personas. Las engullen por completo sin dejar ni rastro y las entierran bajo el peso de la arena hasta reducirlas a un mero sedimento.

Puedo ver su cuerpo reflejado en todos los espejos. La máscara oscura con luces led naranjas se repite cientos de veces y su figura amenazante parece bloquear todas las posibles salidas. Lo peor es que, mientras yo estoy prácticamente corriendo en tacones, él apenas se mueve, como si tuviera la certeza de que no le va a costar atraparme.

O de que ya me ha atrapado.

La garganta se me cierra al sentir el miedo trepando por ella con sus garras afiladas. Doblo a la izquierda, extiendo la mano y continúo moviéndome con rapidez, procurando no toparme con más callejones sin salida. El pánico se me enrosca en las entrañas conforme acelero para alejarme del eco de sus pasos a mi espalda. No sé a dónde voy. No tengo ningún plan.

Así que, en vez de permitir que el miedo me domine por completo, decido enfrentarme a él. Me niego a dejar que me venza, y más sabiendo que a los tipos como este probablemente les pone que la gente les tema. Me giro de golpe y clavo la mirada en los ojos que se esconden tras la máscara.

—Tío, para ya. Seguir a la gente es de putos degenera… —Me detengo en seco al percatarme de que estoy hablando sola porque, por lo visto, ha vuelto a esfumarse.

Dadas las circunstancias, empiezo a preguntarme si me habrán drogado sin darme cuenta, si estaré experimentando uno de esos viajes de LSD o si solo han sido alucinaciones mías y, en realidad, no ha habido nunca ningún hombre enmascarado.

Me paso una mano por el pelo y me río de lo ridícula que parezco para no ponerme a llorar ante la posibilidad de que me esté volviendo loca.

—Definitivamente, se te ha ido la olla.

El hecho de que esté hablando sola no hace más que reafirmarlo. Me giro de nuevo y vuelvo sobre mis pasos. Cuando noto cómo se me tensa la vejiga, recuerdo de pronto a dónde me dirigía.

La sangre se me congela en las venas y todos los órganos se me paralizan al sentir una presión repentina tapándome la boca. La mano que se cierne sobre mí aplica tanta fuerza que me arranca un quejido de dolor. Apenas me atrevo a levantar la vista del pecho del hombre que me ha cazado, pero, cuando reúno las fuerzas para hacerlo, abro los ojos de par en par, horrorizada. La imagen que tengo ante mí hace que se me estremezcan hasta los huesos.

La máscara naranja me atraviesa el alma y me mantiene clavada en el sitio durante un breve instante. Entonces, me empuja hacia atrás, agarrándome con una agresividad excesiva. Mi garganta intenta soltar los gritos que se gestan en mi pecho, pero se ha convertido en una casa abandonada. Vacía. Incapaz de albergar nada que no sea silencio.

De pronto, me choco con algo firme que se encuentra detrás de mí y siento una molestia punzante en la espalda. Acto seguido, irrumpimos en una habitación bañada en luz artificial y echo un rápido vistazo a mi alrededor para tratar de adivinar dónde estamos.

Me fijo en las viejas baldosas blancas del suelo, la pared de espejos situada sobre los lavabos y las filas de cubículos a mi derecha. Morir en el baño de una *rave* es lo último que me apetece ahora mismo, así que, cuando se me va pasando el susto del ataque, la adrenalina le toma el relevo.

Levanto la pierna y apunto directamente a sus partes con la esperanza de pillarlo desprevenido para poder salir corriendo, pero

es demasiado astuto y parece haberse olido mis intenciones.

Con la mano que no está usando a modo de mordaza, me agarra el muslo para impedir que mi pierna alcance su objetivo y la empuja hacia abajo sin esfuerzo hasta que vuelve a estar apoyada sobre el suelo.

A continuación, levanta un dedo en señal de advertencia y lo mueve de lado a lado, como el péndulo de un metrónomo, humillándome sin pronunciar palabra alguna.

Me coge del antebrazo y me lleva casi a rastras hacia uno de los cubículos mientras pongo todo mi empeño en forcejear con él como si fuera una gata callejera. Le clavo las uñas en el pecho y los brazos, pero solo consigo que tire de mí con más fuerza.

Mi baja estatura no es rival para alguien capaz de dominarme con tanta facilidad. Ni siquiera le cuesta darme la vuelta y conducirme al interior del estrecho cubículo.

Cuando sus grandes manos me estampan el torso contra la puerta, empiezo a sentir un dolor agudo en la mejilla. Al darme cuenta de que estoy pegada a una horrible pared de color verde, el terror comienza a aprisionarme el corazón y a tragárselo vivo como las arenas movedizas de antes.

Su cuerpo se inclina sobre el mío, presionándome la espalda.

—Te advertí que no olieras a él —escupe las palabras a través de los agujeros de la máscara como si fueran lava saliendo de un volcán—. No soporto ese hedor.

Una oleada de alivio me recorre todo el cuerpo. No me había imaginado aquella sensación de familiaridad. Lo había reconocido. Como si acaso pudiera olvidar su voz o su tacto.

Sin embargo, aunque me reconforta saber que se trata de Rook y que no corro peligro, resulta impredecible cuando está enfadado y, por si fuera poco, ahora mismo me he convertido en el blanco de su ira.

—Rook —digo con un hilo de voz—. ¿Qué estás haciendo aquí?

En lugar de responderme, se aprieta aún más contra mí.

—Me has obligado a mirar cómo te toca.

—¿Que te he obligado? ¿De qué estás…?

—Me has obligado. Era imposible quitarte los ojos de encima.

Parecías un ente sagrado, divino y angelical entre toda esa maldita escoria. Prácticamente me estabas pidiendo a gritos que te corrompiese. Me has obligado a ver cómo se frotaba contra ti y se recreaba en tu olor.

Un gruñido feroz emerge de lo más profundo de él al inhalar mi aroma, como si se hubiera transformado en una bestia.

—Estaba pensando en ti —susurro, con más sinceridad de la que he expresado nunca—. Da igual que esté con él. Siempre pienso en ti.

—No puedo evitar mirarte, Sage, pero ya me he hartado de que estés con él cada vez que te miro. Voy a acabar matándolo. Pienso grabarte mi nombre en el culo y luego rebanarle el cuello delante de ti. Me pone enfermo ver cómo te toca.

La fuerza de su agarre me cala hasta los huesos. Está tan serio que no me cabe la menor duda de que no hay ni un ápice de broma en sus palabras. Le he pedido que haga la única cosa que los hombres como él odian con todo su ser: compartir a su chica con un tío al que detestan. Encima, lo he mantenido oculto entre las sombras solo para poder alargar lo nuestro un poco más. Sé que lo que he hecho está mal, pero ¿de verdad soy una persona tan horrible por desear tener algo que solo me pertenezca a mí?

No puedo seguir mintiéndole, pero tampoco quiero perderlo, así que solo me queda una opción: la verdad.

—Rook, te…

Unas voces y risas estruendosas irrumpen en el baño. Poco después, la puerta de fuera se abre de golpe e impacta contra la pared de atrás, pero al grupo de hombres que acaba de entrar no parece importarles en lo más mínimo.

—East, esa morena que te ha echado el ojo es un polvo asegurado. La tuve revolcándose en mi cama hace un par de noches.

—Paso de tus sobras, tío. Puedo buscarme mis propios coños.

Si no tuviera a Rook pegado a la espalda, se me habrían doblado las rodillas. No quería que se enterara de esta forma, y lo último que me apetece es que Easton nos pille aquí y se lo suelte antes de que pueda explicárselo.

—Se ve que tenemos compañía, FT —me susurra Rook al oído, rasgándome la mejilla con el plástico de la máscara—. ¿Por qué no les haces un numerito como el que me has dedicado a mí antes, eh?

Cuando siento su dureza presionándome por detrás a través de la ropa, me derrito un poco por dentro. El repentino cosquilleo que me invade el estómago desata una corriente eléctrica entre mis muslos.

El vestido se me sube lo justo para dejar al descubierto la parte trasera de mis piernas y me estremezco al notar la áspera tela de sus vaqueros restregándose contra mi piel. Entonces, desliza las manos hacia abajo y no puedo evitar morderme el labio inferior.

—Quiero que me lo compenses, Sage. Quiero que seas mi putita, que te arrodilles… —empieza a decir, haciéndome partícipe de unas fantasías que consiguen que se me endurezcan los pezones y me humedezca entera solo de pensar en cumplirlas—. Y que te disculpes por haberme obligado a verte con él. Compénsamelo con esa boca tan provocadora que tienes.

Me agarra con fuerza por la cintura y, con un movimiento fluido, me hace girar hasta que nos encontramos el uno frente al otro. A mi espalda, puedo oír al grupito riéndose de uno que no ha sabido prepararse una raya de coca y, de pronto, el pánico vuelve a apoderarse de mí. No porque me dé miedo la reacción de Easton al enterarse de mis aventuras, sino porque temo perder a Rook antes de haber podido tenerlo de verdad.

Aun así, logra arrastrarme de nuevo hacia su órbita, provocando que el resto del mundo a nuestro alrededor se desvanezca, y me sostiene la barbilla con los dedos para asegurarse de que le presto toda mi atención a él.

—Ponte de rodillas, zorra.

Con la máscara me resulta prácticamente imposible descifrar la expresión que se esconde debajo, pero el tono de su voz no admite réplica. Casi puedo ver cómo le arden los ojos a través del disfraz.

—Y ni se te ocurra levantarte hasta que no haya terminado.

No puedo decírselo ahora. Y tampoco puedo cortar con Easton. Lo único que puedo hacer es compensárselo, tal y como me ha pedido. Además, me apetece concederle este momento. De modo

que me limito a acatar sus órdenes.

Me agacho poco a poco hasta quedarme en cuclillas; entonces, apoyo una rodilla en el suelo y luego la otra, sintiendo cómo el frío de las baldosas me quema la piel. Mantengo la cabeza alzada para sostenerle la mirada a través de la máscara, consciente de lo mucho que le gusta que no le quite los ojos de encima mientras me folla la boca.

—¿Así? —pregunto con inocencia, lamiéndome el labio inferior al mismo tiempo que deslizo las manos hacia sus muslos, a la espera de su respuesta.

Se me hace la boca agua de la expectación. La idea de darle placer y ganarme sus alabanzas provoca que se me erice todo el vello del cuerpo. Me apresuro a desabrocharle el botón y la cremallera y le meto una mano en los vaqueros.

Presiono firmemente su miembro a través de los calzoncillos para calentarnos a ambos. Su tacto me recuerda a todas aquellas veces en las que lo he tenido dentro de mí, ensanchándome las paredes a medida que se frotaba contra ellas hasta sumergirme en el éxtasis más absoluto.

Un escalofrío me recorre la espalda y se extiende por todo mi cuerpo cuando se lo saco y lo contemplo. Me aventuro a explorar la zona y le paso la lengua por el *piercing* vertical, que solo lo hace aún más apetecible. Las venas que se le marcan alrededor palpitan con fuerza mientras me tomo mi tiempo para deleitarme en su sabor.

—¿Sage todavía te tiene a dos velas? —escucho a alguien decir fuera.

—La muy zorra no deja ni que me acerque.

—Me da a mí que esa guarra se está follando a otro, tío.

Rook me posa la mano sobre la cabeza y la desliza hacia la nuca para agarrarme un mechón de pelo con fuerza. Noto un cosquilleo ardiente en la piel al escucharlos echar pestes de mí a la vez que me concentro en darle placer.

De forma seductora y sin apartar los ojos de su máscara iluminada, escupo sobre la punta enrojecida de su miembro y le extiendo mi saliva de arriba abajo con la mano hasta asegurarme de que está bien lubricado para que pueda escurrirse sin esfuerzo por

mi garganta.

—Pues a ver si le quita esa actitud de niñata a base de polvos —bromea Easton, lo que le arranca unas cuantas carcajadas a su grupito de amigos.

Rook tuerce la muñeca y me tira del pelo con más fuerza, haciendo que me arda el cuero cabelludo.

—¿Esos son tus planes? ¿Vas a quitarme esa actitud de niñata a base de polvos? —susurro para que solo él pueda oírme y abro aún más los ojos, con la esperanza de atraparlo en ellos y que vuelva a centrarse en mí antes de cargarse a toda la línea ofensiva del equipo de fútbol de Ponderosa Springs.

Ya estoy acostumbrada a sus comentarios soeces, así que me da igual lo que digan de mí. Mi único objetivo es hacer que Rook disfrute y demostrarle lo poco que me importa el hombre que se encuentra al otro lado de este cubículo. Para mí, solo existe él. No hay nada que desee más que enseñarle que es digno de todo esto.

Aunque estoy de rodillas y podrían pillarme fácilmente, no me preocupa en absoluto que me descubran, siempre y cuando logre darle placer. Le rodeo la base con una mano y la muevo a lo largo de su miembro, de arriba abajo, mientras abro la boca con la clara intención de recibirlo. Me lo meto entero y giro la lengua a su alrededor, recorriendo todos los surcos.

De repente, me aparta de él antes de que pueda seguir y agacha para acercar su rostro al mío.

—No me hace falta. Yo sé cómo tratar a esa niñata.

Las mejillas se me calientan al oír esas palabras y, acto seguido, noto cómo me empuja la cabeza hacia sus caderas con una mano. Se introduce en mi boca hasta el fondo, pillándome totalmente desprevenida. Sus *piercings* me rozan la parte posterior de la garganta, provocando que me atragante en silencio; sin embargo, a él no parece molestarle, porque mantiene su miembro enterrado en mi interior.

Mueve las caderas hacia atrás y me coloca la otra mano en el pelo para impulsarse de nuevo hacia delante con fuerza y meterme la polla en la boca, acompañado por el sonido húmedo de sus fluidos.

Tiene la cabeza pegada al pecho y las luces de neón de su máscara iluminan el espacio diminuto en el que estamos apiñados. A pesar de que no le veo los ojos, sé que están clavados en los míos. Mi garganta se contrae a su alrededor, tratando de expulsarlo con insistencia, y me es imposible contener las arcadas.

—Relaja la garganta, cielo. Déjame entrar —gruñe en voz baja, usando ambas manos para poder introducirse en mí hasta que le toco la pelvis con la nariz.

Noto cómo se me expande la garganta ante su grosor, que me hace presión contra el tejido blando de la tráquea. Respiro con dificultad por la nariz y entrecierro los ojos en una mueca de dolor, poniendo todo mi empeño en no hacer ruido para que los que están al otro lado del cubículo no me oigan. Cierro los labios a su alrededor y le succiono el miembro, creando un vacío perfecto.

—Así me gusta. Qué puta más obediente.

Por extraño que parezca, me encanta sentir cómo me llena la boca y se entierra en mí para darse placer. Soy tan egoísta que pienso aceptar absolutamente todo lo que me ofrezca y guardarlo para mí. Porque, al fin y al cabo, tal vez estos instantes sean lo único que pueda conservar.

Cada vez que intento recobrar el aliento, vuelve a robármelo con una embestida brutal que no me queda más remedio que recibir y, a medida que pasan los segundos, la intensidad no hace más que aumentar. Me tira del pelo con tanta fuerza que me arde y sus movimientos se tornan violentos.

Trato de respirar mientras me esfuerzo desesperadamente por contener el sonido de mis arcadas, pero no puedo hacer nada para silenciar los ligeros gemidos de placer que se le escapan ni el ruido húmedo de su polla llenándome la boca.

Al final, el destino decide darme una tregua, porque oigo al grupito de Easton saliendo del baño. Cuando escucho la puerta cerrarse tras ellos, suelto una arcada que casi retumba en las paredes y le coloco las manos en los muslos a Rook para apartarlo de mí y coger una bocanada de aire.

Un hilo de saliva une mis labios a su miembro y se me escurre por la barbilla hasta caerme sobre el pecho. Puedo sentir el calor

que emana de mis mejillas ruborizadas y las lágrimas que me caen de los ojos por la ferocidad de sus arremetidas.

—¿Te he dado permiso para que pares, Sage? —dice en un tono socarrón, y me lanza hacia atrás de modo que mi cabeza y sus manos se queden apoyadas contra la puerta del cubículo.

No digo nada. Soy incapaz de articular respuesta cuando vuelve a meterme la polla en la boca y la empuja más hondo de lo que creía posible. Al tener la cabeza contra la puerta, ahora dispone de un punto de apoyo para embestirme con más fuerza e impedirme retroceder.

Muevo la cabeza de un lado a otro al mismo tiempo que su miembro me asfixia. Mantengo la lengua plana para acariciarle la parte de abajo y lamo la vena que le sobresale cada vez que me obligo a metérmelo un poco más adentro.

Me invade una euforia caótica. Un dolor tan placentero que me hace dudar de mi propia cordura. Las luces led de su máscara y las lágrimas que me brotan de los ojos me nublan la vista mientras él sigue disfrutando. Hago caso omiso del dolor que siento en la garganta y en la mandíbula, pese a que mi cuerpo me pide a gritos que le dé aunque sea un breve respiro.

Esta es su forma habitual de actuar: no para de presionarme hasta que no puedo ni pensar. No hay pausas ni descansos que valgan. Nada de delicadezas. Siempre me arrastra al borde de un abismo de placer indescriptible.

Ahora mismo solo me apetece estar con él.

Quiero hacerle pasar un buen rato. Así, si no logramos salvar lo nuestro, al menos podrá pensar en este momento cuando se duche y masturbarse con el recuerdo de mi cara mientras me follaba la boca en el cubículo de un baño.

Quiero soportar el dolor, solo para asegurarme de que voy a acordarme de él y de que se me humedecerá la entrepierna al evocarlo. Porque el ser humano nunca olvida un dolor tan visceral.

La cantidad de gemidos y gruñidos que emite son suficiente estímulo para incitarme a seguir a pesar del dolor. Me atraganto y le escupo alrededor del miembro, notando cómo se me comprime la garganta a la vez que levanto la mano para apoyársela en el

abdomen. El estómago se le contrae a medida que sus violentas embestidas se vuelven erráticas. Entonces, aprovecho la humedad de la otra mano para acariciarle los testículos, lo que provoca que se le escape un siseo al aspirar entre los dientes apretados.

—Joder, cielo.

Con mi nombre en los labios, se impulsa hasta el fondo de mi garganta y me vierte todo su semen dentro. Me lo trago con avaricia y no dejo de chupar hasta que termina. Puedo percibir cómo le tiemblan las piernas ligeramente mientras me sujeta por la nuca.

Se separa de mí y, por primera vez desde que empezamos, puedo respirar hondo. Apoyo la cabeza contra la puerta, dejo caer los hombros y relajo los músculos de la mandíbula.

Lo oigo levantarse la máscara y por fin veo esos ojos tan brillantes que ocultaba tras ella, además de una fina capa de sudor que le perla la frente. La arroja al suelo que se encuentra a mi espalda y procede a agacharse para alzarme entre sus brazos.

Mi cuerpo se enrosca alrededor del suyo de forma instintiva, estrechándolo con fuerza, mientras él me presiona la espalda contra la puerta y se queda pegado a mí.

—Ahora, antes de que te vayas, quiero que te despidas de Easton con un beso para que saboree de primera mano mi corrida. Luego, vas a irte a casa a esperar a que yo llegue para que también pueda cenar, ¿entendido?

Un escalofrío me recorre la espalda y noto un cosquilleo cálido entre las piernas.

—Yo también te he echado de menos —digo con una risita. La voz me sale ronca y áspera.

—No es que no te haya echado de menos. Es solo que… —susurra en un tono suave—. ¿Puedo tenerte para siempre?

Y el alma se me parte en mil pedazos al escucharlo.

Quiero ser suya. Por toda la eternidad. Quedarme aquí con él, en este baño asqueroso de una casa donde hacen *raves*, porque me siento más segura y en paz en este lugar que en cualquier otro sitio donde haya estado en toda mi vida.

Jamás creí que alguien como Rook pudiera tener un lado sensible. Siempre pensé que estaba hecho de puro fuego y palabras

hirientes. Hasta que vi quién era realmente antes de que este lugar le hiciera creer que solo alberga maldad en su interior.

El Rook que yo he llegado a conocer no tiene nada de malvado.

Se ríe, es alegre, hace bromas y saca mejores notas que yo. Odia la lluvia, pero le encanta la niebla que deja a su paso porque le recuerda al humo. Detesta que le escriba notitas dentro de los paquetes de cigarros y, aun así, lo pillo con una sonrisa en los labios cada vez que las lee.

Es solo un ser humano al que el mundo ha herido. Y lo único que quiero es convertirme en la razón por la que vuelva a creer en él, aunque yo haya perdido la fe. Incluso si no acabamos juntos, necesito que sepa que no ha hecho nada para ganarse tanto sufrimiento.

Se merece ser feliz.

Hay algo que aún no me ha contado, algo que lo atormenta de su pasado. Sé que aún guarda fragmentos de sí mismo en las sombras y que eso le impide entregarse a mí por completo, pero lo más aterrador de todo es que no me importaría cargar con sus secretos.

Solo lo quiero a él. A ese Rook que me hace sentir viva de verdad. El que me impulsa a enfrentarme a la vida manteniéndome fiel a quien soy, sin amoldarme a lo que otros quieren que sea.

Cuando estoy con él, siempre tengo la certeza de que mañana cantarán los pájaros.

Jugueteo con delicadeza con los mechones de pelo de su nuca, enroscándolos alrededor de mis dedos.

—Ya me tienes, Rook.

Justo en ese momento, me doy cuenta de que haría cualquier cosa por él. Incluso he decidido que voy a contarle lo del acuerdo, a ver si puede ayudarme para que Rose no se vea en mi misma situación. Haría cualquier cosa que me pidiera. Lo deseo con todas mis fuerzas. Quiero estar con él más allá de unas cuantas semanas. Ese es el auténtico poder que alguien puede ejercer sobre otra persona.

El poder de Easton le viene por su familia, por lo que no durará para siempre. Pero el amor… Dios, no hay unas cadenas más

poderosas que las suyas. Ese sí que es capaz de llevarte a la verdadera ruina.

Por eso me he mantenido alejada de los demás durante tanto tiempo. Por eso me he mostrado fría y cruel y he procurado siempre que nadie llegara a conocerme de verdad. Porque ya le di al mundo una oportunidad cuando era niña y la utilizó para destruirme.

Me prometí a mí misma que no permitiría que esto volviera a pasar. Que no dejaría que nadie me hiriera ni confiaría en alguien del mismo modo en el que confío en él. Y ahora he roto esa promesa, porque creo que me he enamorado del diablo.

12
Extracción

Rook

—¿Dónde está Thatcher?

Me acerco a la mesa que se encuentra apartada en un rincón de la cafetería y miro a Rose, que está sentada justo en la parte que da hacia el pasillo.

—¿Qué pasa, Rosie? —la saludo mientras le revuelvo el pelo.

Ella se limita a alzar la cabeza y dedicarme una sonrisa.

—Ey, RVD.

Cuanto más exploro el cuerpo de su hermana, más diferentes me parecen la una de la otra.

—Se ha puesto malo o alguna mierda de esas que se le ocurren a él y se ha encerrado en su casa. No está muy contento con la situación —dice Alistair y, acto seguido, procede a morder la manzana que tiene en la mano con tanta agresividad que da la impresión de estar vengándose personalmente de ella.

—Entonces es que le ha dado una de sus crisis de germofobia. Ya se le pasará —digo mientras me subo la capucha, me dejo caer en la silla, pongo los pies en la mesa y me entrelazo las manos en la nuca.

—Hablando del paradero de la gente, ¿dónde cojones te metes últimamente? No estabas en el Cementerio este fin de semana.

Sé que voy a tener que contarles pronto qué he estado haciendo y por qué no me he dejado ver tanto por ahí, y también soy consciente de que tendrá que ser antes de la graduación, lo que significa que ella todavía estará saliendo con Easton.

Se va a liar una gorda.

Aun así, no pienso decirles nada sin Thatcher presente, y tampoco me parece que el instituto sea el lugar más adecuado para hablar de ello. Ya se lo contaré a todos cuando estemos solos, así, si uno de ellos se lo toma peor de la cuenta, no pasará nada.

Como le dije a Sage, no temo sus reacciones. A pesar de que les sentará como una patada en los cojones el hecho de que se lo haya estado ocultando, solo se pondrán hechos una auténtica furia cuando se enteren del porqué.

—Iba a ir, pero me fumé una maría demasiado potente y me quedé sopa en la cama. No tenía ganas de nada este finde, tío —le miento, cuando, en realidad, me estaba follando a la hermana de Rose en el asiento trasero de su coche enfrente de mi casa—. Además, nos vemos casi todos los días, cabrones. Prácticamente vivo con Silas.

—Da gracias de que a mi padre se la sople verte en calzoncillos por la cocina todas las mañanas —interviene Silas, y no puedo evitar reírme.

—Solo me tolera porque tus hermanitos me adoran. Tu madre, en cambio… —Chasqueo la lengua—. Me odia.

—Mi padre te tolera porque eres mi amigo. Y mi madre no te odia a ti, lo que odia es tener que recoger las balas de espuma que se quedan tiradas por la casa cuando juegas a las batallas con Levi y Caleb.

Reconozco que, al principio, sentí celos de Silas. Creo que fue precisamente eso lo que fortaleció nuestro vínculo cuando nos hicimos amigos. A diferencia de la de Alistair, Thatch o la mía, su familia era increíble y estaba realmente unida. Su vida me parecía envidiable porque lo tenía todo: un padre cariñoso que no se avergonzaba de su enfermedad mental y que se esforzaba por darle todo lo que necesitaba solo para hacerlo feliz, una madre que lo adoraba como si fuese el ser más perfecto del universo y dos hermanos que lo admiraban. Por no hablar de que, encima, estaban forrados.

¿Cómo iba a encajar en nuestro grupo o a entender siquiera una mínima parte de todas las cosas por las que habíamos pasado?

Unos años más tarde, cuando le diagnosticaron oficialmente

esquizofrenia, me di cuenta de que no se trataba de que él nos entendiera a nosotros, sino de que nosotros éramos los únicos que lo entendíamos a él.

Sabíamos lo que era convivir con demonios que te devoraban por dentro y se llevaban consigo todos tus sueños y esperanzas. Comprendíamos lo reales que le parecían las alucinaciones porque nosotros las habíamos experimentado en nuestra propia piel. Aunque los monstruos que lo atormentaban a él fueran criaturas ficticias que se adueñaban de su mente y los nuestros, seres de carne y hueso que se encargaban de destrozarnos la vida, seguíamos identificándonos con su dolor.

Y eso era algo que nadie más podía hacer.

Ni los médicos, ni los psicólogos, ni sus padres, por mucho que lo intentaran.

Jamás olvidaré el día que me contó cómo se le aparecían esas figuras intangibles hechas de niebla, sobre todo por las noches. Cómo le tiraban de los pies y le susurraban al oído. Cómo cerraba los ojos una y otra vez y trataba de calmarse a sí mismo diciéndose que solo era un sueño, pero seguían ahí cuando volvía a abrirlos. No había luces ni cuentos que pudieran ahuyentar sus pesadillas. Siempre lo acompañaban.

Ese mismo día, le confesé la verdad acerca de mi madre. No se lo había contado a nadie hasta entonces. Ni siquiera había hablado de ella en voz alta.

A partir de ahí, nos hicimos inseparables.

—A veces me pregunto si se da cuenta de que parece un gilipollas o es que simplemente le da igual —comenta Alistair, mirando detrás de mí.

Silas alza las comisuras de los labios lo justo para que le cambie la expresión de la cara. Cuando me giro, veo a Easton entrando en la cafetería con el brazo apoyado sobre los hombros de Sage, abrazándola como si fuera suya por derecho.

—La próxima vez que tu viejo le haga una visita a su madre, dile que le recuerde que Easton ya es mayorcito para vestirse solo —añade Silas.

Me hace gracia que Easton no tenga ni idea de que somos

conscientes de las actividades extracurriculares de su madre. En más de una ocasión, me ha tentado la idea de usar esa información en su contra solo para presenciar cómo tiembla de miedo ante la posibilidad de que la reputación de su familia perfecta quede manchada para siempre.

Porque, si la verdad saliera a la luz, los únicos afectados serían los Sinclair, y a Alistair le suda la polla lo que haga su familia de mierda y a quién decidan follarse.

Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que me da la impresión de que estoy a punto de romperme las muelas. No importa cuánto tiempo llevemos juntos ni cuántas veces haya sido testigo de esta misma escena, no hay ni una sola vez que no sienta una punzada de rabia al verlos. La posesividad que se apodera de mí no hace más que aumentar cada día que pasa, y ya le advertí a Sage que me había hartado de esperar.

Noto cómo empiezan a sudarme las palmas mientras fijo la vista en ella, en esa sonrisa falsa tan deslumbrante que atrae la mirada de todos los hombres y provoca la envidia de todas las mujeres de la sala.

La faldita a cuadros que lleva me está dando material de sobra para alimentar mis fantasías. Parece una colegiala rogando confesar más pecados.

Jugueteo con la lengua y muerdo la cerilla con más fuerza, imaginándome cómo su sabor me impregna la boca mientras le como el coño que esconde bajo esa tela fina.

El deseo que despierta en mí no es nada nuevo, lo que me extraña es esta necesidad que siento de tenerla solo para mí.

No puedo evitar preguntarme si Easton conoce todos sus secretos. Si con él también se pone a interpretar papeles en ropa interior o a comer Skittles hasta reventar. Si le ha confesado sus sueños y sus miedos.

Pese a lo que me dicta mi sentido común, me preocupo por ella. La deseo. Y, como la vida se empeña en recordarme lo cruel que puede llegar a ser cuando te descuidas, todos mis temores se hacen realidad en este mismo momento. Al seguir admirando a la chica en la que nunca debería haber confiado, me percato del anillo de

diamantes que le adorna el dedo y que simboliza una promesa de amor eterno.

—Ojalá se diera cuenta de que se merece algo mucho mejor, pero cada vez que le saco el tema se pone hecha un basilisco. No puedo soportar la idea de que vaya a formar parte de mi familia, aunque sea política.

La voz de Rosie se transforma en un ruido blanco que me cruje dentro del oído como si tuviera millones de diminutas agujas perforándome el tímpano sin cesar.

—¿Cuánto tiempo llevan prometidos? —pregunto, con la esperanza de que mi tono parezca indiferente y calmado.

Se encoge de hombros mientras muerde un tallo de apio.

—Según mi madre, desde mucho antes de Navidad, pero querían mantenerlo en secreto hasta la graduación. Se ve que se han cansado de esperar.

Asiento ante su respuesta, pero también tomo nota mental para el futuro.

Yo llevaba razón. No debería haber tocado nunca aquella preciosa flor ni haber permitido que ella hincara sus dientes en la carne de mi fruta prohibida. Todos tildan de corruptor al diablo, pero nadie se pregunta si fue Eva la que provocó el desastre.

Había sido un dulce veneno durante todo este tiempo y me había impregnado de él hasta los huesos. Mi mente está plagada de recuerdos de ella, de la persona que creía que era, y mi cuerpo no puede quitarse de encima su tacto. La siento en todo mi ser, y la quiero fuera de mi vida de inmediato.

Sus palabras y sus acciones no habían sido más que mentiras sucias y baratas.

Todas y cada una de ellas.

El cuerpo me arde tanto que tengo la camiseta empapada de sudor y me tiemblan las manos como nunca. Seguro que por fuera también puede percibirse el humo que emana de mí.

Estoy perdiendo el control de mí mismo y he entrado en una espiral descendente hacia el caos. Necesito largarme de aquí. Tengo que pagar por haber confiado en alguien que sé que miente.

—Se me ha olvidado el trabajo de Química en casa. Voy a por él

corriendo antes de que empiece la siguiente clase. Nos vemos luego.

Pongo los pies en el suelo, me aparto de la mesa en la que me había sentado hace tan solo unos instantes y me dirijo hacia la puerta.

«Voy a irme», me digo a mí mismo mientras mis pisadas retumban en el pasillo. Necesito que alguien me golpee o hacer que algo vuele por los aires antes de que estalle yo. Aun así, no puedo evitar detenerme al pasar junto a las puertas del auditorio.

Sé que Sage viene aquí todos los días después del almuerzo porque tiene una hora libre. Me he tirado muchas tardes sentado en la última fila sin que se diera cuenta de mi presencia, solo para poder observarla en lo que yo creía que era su hábitat.

Me quedaba allí quieto, como un puto perrito faldero, espumando por la boca igual que si estuviera ante una diosa o un ángel. Me limitaba a contemplarla, pensando en todas las cosas que le diría y le haría después. Así lograba resistir día tras día las ganas de moler a palos a su novio.

Su recuerdo me bastaba para contenerme hasta que volviera a verla porque, si soy sincero, solo estando a su lado he podido sentir algo parecido a la felicidad. No me refiero a la comodidad que me brindan mis amigos, sino a la auténtica felicidad. Un sentimiento que llevaba sin experimentar desde que murió mi madre.

Joder, ¿cómo me he permitido caer en sus redes? ¿Cómo se me ha ocurrido siquiera pensar, aunque fuera por un segundo, que podía amarla?

Incluso después de haber escuchado a Rose y de haber visto el anillo, hay una parte de mí que insiste en defenderla, que se aferra a una esperanza vana y le suplica a mi mente que tenga fe porque tal vez solo se trate de un gran malentendido.

Quiero creer en ella.

Confiar en lo que sea que fuimos.

—Mierda, si es que soy patético —me maldigo a mí mismo mientras abro las puertas del teatro de un empujón.

Una vez dentro, me paso la mano por el pelo y me tiro de los mechones con fuerza, hasta hacerme daño.

A pesar de que no tengo motivos para creer en ella, la espero

de todas formas. Me apoyo contra la pared, sumido en las sombras, dispuesto a creerla. Esa Sage que apareció aquella noche en el Cementerio parecía la auténtica. No pudo haber fingido la forma en la que sus ojos imploraban mi ayuda. Es imposible que se inventara todas esas conversaciones y risas a altas horas de la noche.

Me niego a pensar que nada de aquello fue real.

Permanezco allí de pie, observando cómo avanzan las manecillas del reloj, batallando conmigo mismo. Hasta este mismo instante, ni siquiera me había dado cuenta de que, por primera vez en mi vida, había empezado a anhelar algo bueno.

Algo que no implicara dolor.

Me había engañado a mí mismo pensando que me merecía más.

La puerta se abre de nuevo, trayendo consigo el bullicio de los estudiantes que se mueven por el pasillo, pero el ruido cesa en cuanto entra ella y la cierra a su espalda.

No voy a andarme con rodeos. Necesito respuestas.

Quiero la verdad.

—Lo reconozco, Sage, eres una actriz de puta madre —digo a modo de saludo, apartándome de la pared para acercarme más a ella y la supero en altura aun con esos tacones de tiras que lleva.

—Rook…

—¿Qué te parece si volvemos a lo de pirómano? Rook es para las personas que no me mienten flagrantemente a la cara.

Las palabras salen disparadas de mi boca antes de que pueda siquiera concederle a mi mente la oportunidad de escuchar sus excusas.

Clavo la mirada en esos ojos de fuego azul y trato de encontrar algo, lo que sea. Una chispa de emoción que avive mi esperanza y no permita que se extinga.

Tal vez furia, por dudar de ella, o tristeza, porque se ha metido en algún tipo de lío.

Me conformaría incluso con ver arrepentimiento. Aceptaría que me hubiera mentido con lo de Easton y luego sintiera pesar por haber llegado a quererme.

Sin embargo, me doy de bruces con la nada.

Ante mí solo hay un rostro impasible con una expresión

inescrutable.

Levanto la vista al techo y tomo una bocanada de aire tan profunda que se me expande el pecho.

—¿Cuánto tiempo pensabas mantener esta farsa? ¿Ibas a seguir conmigo hasta después del convite o ibas a esperar hasta tener que averiguar quién era el padre del bebé?

Se limita a quedarse de pie, mirándome sin reaccionar. En otras circunstancias, me habría gritado, se habría enfrentado a mí, porque esa era su forma de ser conmigo.

Tengo tanta energía acumulada que mis manos se mueren de ganas por agarrarla y zarandearla. Quiero gritarle que me hable, que me responda de alguna forma.

—Dime que es mentira, Sage —suplico con dureza, aunque el dolor me oprime el corazón.

Me dijo que podía tenerla solo para mí y lo único que estoy haciendo es perderla. Nunca he sido capaz de conservar algo que me importara. Pero deseo con todas mis fuerzas salvar al menos lo nuestro.

—Por favor, dime que lo del matrimonio es una puta farsa, que ha sido idea de tus padres. Dime la verdad y te juro que arrasaré con el mundo entero para salvarte y protegerte. Dime que la chica que se aferra a mi sudadera cuando duerme es la verdadera. Dime que conmigo está la auténtica Sage.

Con la esperanza de convertirme en el detonante que la despierte de ese trance, me acerco a ella y le enmarco el rostro con ambas manos.

—Solo dime que es mentira, cielo —susurro.

Le bastan tres breves movimientos para hacer añicos toda la confianza que había depositado en ella. Da un paso hacia atrás y se aparta de mí.

—No quería que esto saliera así, pero supongo que es mejor arrancar la tirita de un tirón. —Se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja con naturalidad, como si yo no estuviera a punto de explotar—. Es solo que… Necesitaba un poco de… —Deja la frase en suspenso mientras busca la palabra adecuada con un gesto frío y calculador—, peligro antes de la graduación. Lo entiendes, ¿verdad?

—pregunta con las cejas levantadas, aunque no aguarda respuesta alguna.

Su tono parece más robótico que humano. La actitud que impregna cada una de sus palabras me sacude por dentro.

Esa chica a la que había empezado a abrirme se ha esfumado. La que tengo delante es la antigua Sage, y esta vez ha regresado con las garras aún más afiladas si cabe. Lo más triste de todo es que creo que siempre ha estado ahí.

—Había estado tan centrada en mantener mi imagen, ser animadora y llevar al día las tareas que nunca había llegado a experimentar las típicas locuras de instituto de las que todo el mundo siempre está hablando, así que, cuando Easton me pidió matrimonio… —Suspira mirando hacia el horizonte durante un segundo, como si se lo estuviera imaginando a él, y luego vuelve a fijar la vista en mí—. Pues eso, quería tachar de mi lista todas esas experiencias vitales antes de casarme y tú parecías el indicado para ayudarme a hacerlo.

El pecho se me contrae al escucharla. Me siento como si me hubieran clavado un cuchillo enorme en la espalda y se me estuvieran llenando los pulmones de sangre.

—Ah, ¿sí? —logro articular a duras penas con los dientes apretados.

Asiente, enseñando los dientes con una sonrisa cargada de condescendencia.

—Confieso que tuve mis dudas cuando me lo propuso —dice, girando distraídamente el anillo que le adorna el dedo, como si no le bastara con echarle sal a la herida y necesitara rociarme de gasolina las muñecas abiertas—. Pero creo que me has dejado muy claro que Easton Sinclair es todo lo que necesito en mi futuro. O sea, estamos hechos el uno para el otro, ¿no crees?

«¿Está de puta coña?».

Acorto la distancia entre ambos con el ceño fruncido de rabia.

—No me lo creo. ¿Tu futuro se reduce a orgasmos fingidos y a un tío que te trata como a una muñeca hinchable? Y una mierda, Sage. ¿Me estás diciendo que todos los guiones, las lágrimas y tu sueño de ir a Los Ángeles solo eran puro teatro? ¿En serio?

Nunca había oído mi propia voz tan cargada de emociones. Sé cómo hacer que suene amenazante, graciosa o sarcástica, por supuesto, pero esto es completamente diferente. Cada palabra que sale de mis labios parece clavarse en las plantas de mis pies igual que si fueran cuchillas al ver que ni siquiera se inmuta ante ellas. Como si no le importaran ni en lo más mínimo.

—Te dije lo que necesitabas escuchar, Rook —responde, ajustándose la correa de su mochila; por lo visto, ya se ha aburrido de la conversación—. Te puse delante a una chica que pensaste que podías salvar. Y tú no eras más que el socorrista del que quería aprovecharme. No me…

Se detiene y, por un breve instante, creo que va a quebrarse y a retractarse de todo, pero entonces su risa empieza a resonar por toda la estancia, atravesándome la piel como si me estuviera disparando a quemarropa, y no puedo hacer nada más que limitarme a recibir bala tras bala hasta quedarme como un colador. Vacío y agujereado.

—No me puedo creer que te lo hayas tragado —termina de decir, secándose las lágrimas que le han brotado de los ojos con ese ataque de risa.

Una oleada de odio resurge dentro de mí e impregna cada célula de mi ser como si fuera adrenalina, alimentando mis ansias de venganza. Creía que todo el rencor que albergaba había mermado desde que estaba con ella, pero esto solo ha contribuido a azuzar a las bestias famélicas que habitan en mi interior.

Solo es una mentirosa. Una zorra manipuladora. Una traidora. El enemigo.

Ahora mismo no existe nadie sobre la faz de la tierra a quien odie más que a ella. Y pienso hacer que pague por todo. Quiero que sienta el mismo puto dolor que yo he permitido que me inflija.

Me muerdo el labio inferior y sonrío ante la hostilidad que va apoderándose de mí.

—Cuando acabes completamente sola porque has usado a todos los que te rodean, espero que recuerdes que te lo has buscado tú sola. Nadie siente compasión por una zorra desalmada.

Resopla con desdén y se da la vuelta para dirigirse hacia el

escenario.

—Me importa tan poco la compasión de los demás como el numerito que estás montando, pirómano.

—Llevas tanto tiempo jugando a este juego que ya no eres capaz de distinguir si estás jugando tú o están jugando contigo, Sage —digo en un tono más elevado, pero ella solo me echa un vistazo por encima del hombro y esboza una sonrisa.

—No es mi culpa que tú tampoco hayas sabido verlo, Van Doren. Ya se te pasará el enfado. Al fin y al cabo, mañana cantarán los pájaros de nuevo.

Dejo que sus palabras me calen la piel y alimenten mi odio hacia ella, aunque todo esto haya sido en realidad culpa mía.

Recibirá su merecido. Pienso asegurarme de ello.

Abro las puertas como si quisiera arrancarlas de sus bisagras y salgo del instituto. Sé exactamente lo que tengo que hacer, pero primero hay un asunto del que debo encargarme, de modo que acudo a la única persona que haría cualquier cosa que le pidiera sin exigirme explicaciones.

Alguien que anhela infligir justo la clase de tormento que necesito en este instante.

Los puñetazos en el estómago de Alistair y los versículos bíblicos cargados de la malicia de mi padre no van a bastarme hoy para saciar mis ganas de dolor.

Necesito algo que me ayude a extraer el veneno que me está consumiendo.

Ya.

Con el cuerpo sacudido por un odio profundo hacia mí mismo, subo a duras penas los escalones de piedra que conducen hasta la puerta de su casa. La aldaba parece lanzarme una mirada asesina al verme estampar desesperadamente el puño contra la puerta.

Mi mente aúlla, gruñe y ruge ante el maldito órgano inútil que me palpita en el pecho. No debería haber vuelto a latir nunca, y menos aún después de todo por lo que ha tenido que pasar. Él mejor que nadie sabía que no debía esperar nada del mundo y, aun así, se atrevió a albergar la absurda esperanza de que Sage fuera diferente, de que no mintiera. Sin embargo, la realidad es que no ha dejado de

bombear lodo negro desde que ella le clavó sus garras y, a pesar de todo, sigue tratando de convencerse a sí mismo de que algún día volverá a funcionar como antes y a transportar sangre de verdad en lugar de este líquido ponzoñoso que me recorre todo el cuerpo.

La puerta pesada emite un chirrido al abrirse. La luz del sol baña la casa en penumbra e ilumina los zapatos Oxford negros de aquel que ahora se encuentra apoyado en el marco, mirándome con los ojos entrecerrados.

Aunque su voz está llena de vida y posee mordacidad, ingenio e incluso un cierto punto de gracia, su mirada revela que todas esas cualidades no son más que una farsa. Por dentro, es un ser retorcido al que le da igual el mundo que lo rodea. No porque él lo haya escogido, sino porque es físicamente incapaz de preocuparse por los demás. Al menos, de la manera en la que lo hace el resto. Es un amigo leal y me entiende, pero, aun así, no le importa nada. Las emociones humanas le son completamente ajenas.

Por ejemplo, Silas comprende los sentimientos, cómo funcionan y cómo les afectan a otros, pero no le gusta sufrirlos en su propia piel. Thatcher Pierson, en cambio, no podría asimilar nunca su significado porque carece de la capacidad para experimentarlos. ¿Quién se atrevería a culparlo?

Sin embargo, es el único que puede darme lo que ansío ahora mismo.

—Necesito que me hagas daño de verdad —le pido, clavando el fuego de mis ojos en el hielo de los suyos.

13
Éxodo

Sage

Los ácidos del estómago me trepan por la garganta e impactan contra el inodoro que se encuentra justo delante de mí. Me aferro a lo que sea que tengo al lado para intentar soportar el dolor. No me queda nada más que echar por la boca. Cada vez que tomo aire, se me contraen todos los órganos y acabo expulsando solo unos charcos de bilis amarilla verdosa. Tras salir del instituto, vine directamente aquí y me acomodé en el suelo del baño, decidida a evitar cualquier contacto con otro ser humano.

No hay suficiente maquillaje en el mundo ni sarcasmo capaz de ocultar cómo me estoy desmoronando por dentro.

He gastado toda mi energía en mantener el rostro impasible ante Rook, en ocultar mis sentimientos en lo más profundo de mi ser, pero ahora están volviendo a abrirse paso hacia la superficie a la fuerza y mi cuerpo está castigándome por lo que le he hecho.

Una nueva oleada de náuseas me sacude de arriba abajo mientras siento la calidez de las lágrimas que me surcan el rostro. Solo puedo pensar en sus ojos. En cómo rebosaban un dolor y un odio inconmensurables. Fui testigo de cómo reducía a cenizas hasta el último rastro de aprecio que me tenía.

Todas las cosas buenas que tanto me había esforzado por sacar a la luz se fueron desvaneciendo con cada mentira que salía de mis labios. Me ha bastado una sola conversación para hacer trizas lo que teníamos y enterrarlo a dos metros bajo tierra.

Lo nuestro ha muerto, al igual que yo he muerto para él.

Estoy condenada a pudrirme en vida, contemplando cómo mi

propio arrepentimiento compite con los gusanos para darse un festín con mis restos, sin ni siquiera una lápida que señale mi tumba. De todas formas, sé que jamás volverá, así que no hay necesidad de que sepa dónde yace mi cuerpo.

Le he confirmado que todas sus creencias eran ciertas. Que la vida no tiene nada que ofrecerle más que sufrimiento.

—¿Lo has hecho ya?

Levanto la cabeza a duras penas para echar un breve vistazo a la puerta e intento fingir que no he visto a Easton ahí de pie, con la esperanza de que, si lo ignoro el tiempo suficiente, acabe desapareciendo de la faz de la tierra.

—Sí —digo entre toses, negándome a mirarlo—. Ya puedes irte de mi puta casa.

Oigo unos pasos acercándose y luego percibo su presencia junto a mi figura encorvada. Con valor, me aparta unos mechones de la cara y me los echa sobre el hombro, aunque, ahora que ya están empapados de vómito, tampoco es que su ayuda me sirva de mucho.

—No me estarás mintiendo, ¿no, Sage? —pregunta en un tono de voz calmado y embaucador, a pesar de que el ansia con el que me coloca la mano en la nuca me indica todo lo contrario.

Me agarra unos cuantos mechones de pelo y tira de ellos con fuerza para obligarme a alzar la vista hacia él.

—Por tu bien, más te vale que no me estés mintiendo.

—¡Suéltame! —grito, hundiéndole las manos en el pecho para alejarlo de mí, lo que provoca que pierda el equilibrio y se caiga de culo, pero no pierde esa sonrisita perturbadora de la cara—. Te he dicho que ya lo he hecho, así que déjame en paz, engreído de mierda.

—Vaya, vaya… —Chasquea la lengua y sacude la cabeza—. Siempre me has parecido un poquito mojigata. Creo que esta experiencia va a venirnos bien en el futuro para darle un poco de vidilla a lo nuestro, nena.

—Lo único que me das es asco —escupo, con una mueca de repulsión.

Una nueva oleada de emociones me sacude por dentro. Solo me

apetece hacerme un ovillo en el suelo y llorar, pero Easton ya me ha arrebatado suficientes cosas, así que no pienso darle el gusto de verme peor de lo que ya estoy.

—¿Sabes lo que me da asco a mí? —Se levanta del suelo y se sacude los pantalones—. Que hayas dejado que esa puta escoria te toque. Has caído muy bajo. Deberías dar gracias de que haya decidido seguir adelante con este matrimonio cuando lo más fácil habría sido quedarme con Ro…

—Ni se te ocurra, imbécil —lo interrumpo, adoptando su misma postura porque, a pesar de que es más alto que yo, su necesidad de medirse la polla con todo el mundo hace que me sienta por encima de él—. Teníamos un trato, y yo ya he cumplido mi parte.

Unos días después de la *rave*, Easton me robó el móvil. Me quedé de piedra al enterarme de que el muy psicópata se había colado en mi casa mientras dormía para hacerlo. Según él, solo estaba actuando como un novio considerado.

No le costó mucho encontrar los mensajes que nos habíamos enviado Rook y yo ni averiguar quién se escondía tras el nombre con el que lo había guardado en mis contactos.

Cuando me pidió explicaciones, fui lo suficientemente estúpida como para alegrarme porque pensé que podría mandarlo a la mierda de inmediato y que Rook y yo no tendríamos que esconder más lo nuestro hasta la graduación. Vendí la piel antes de cazar el oso. Me dejé llevar por la emoción del futuro que nos aguardaba en vez de centrarme en lo que teníamos entre manos en ese instante.

Creí que no podrían forzarnos ni a Rose ni a mí porque, al fin y al cabo, es ilegal y ya tenemos los dieciocho, de modo que nada nos habría impedido marcharnos de este lugar. Silas lo habría hecho por ella sin dudarlo y yo confiaba plenamente en que Rook estuviera también conmigo y que, en cuanto le contara todo lo que había pasado, se negara a dejarme sola. Que luchara por mí.

Easton asiente con la cabeza mientras se frota la barbilla y echa un vistazo a su alrededor.

—Tengo curiosidad: ¿de verdad pensabas que podías salirte con la tuya? ¿Que no me iba a enterar de que te lo estabas follando?

—Te has enterado porque estás pirado y me has robado el móvil

—respondo.

Acto seguido, paso junto a él sin mirarlo, me adentro en el caos de mi habitación y voy apartando los montones de ropa que hay tirada en el suelo, en busca de una cosa en particular.

—No te atribuyas el mérito de haberlo descubierto tú solito. No eres tan listo —continúo.

Quiero marcharme. Necesito dar por terminada esta conversación para poder preparar una mochila, irme a la casa del lago y quedarme allí unos cuantos días fingiendo que nada de esto ha pasado.

Tal vez, si cierro los ojos con fuerza y me acurruco en su sudadera, pueda sentir que él está ahí también conmigo.

Ojalá hubiera sabido que la última vez que lo toqué no volvería a hacerlo jamás.

Que aquel lunes después de la *rave* sería la última vez que sentiría su cuerpo contra el mío, sus caderas entre mis piernas, el humo de su porro en mis labios y nuestras respiraciones agitadas fundiéndose como si fueran una sola.

Me llevo la mano al corazón y arrugo la tela de mi camiseta en un puño, intentando consolar al órgano que late dentro. El nivel del agua me llega hasta el pecho y espera con ansias a que la presa ceda para poder hundirme por completo. Llevo todo el día esforzándome por mantener la cabeza a flote por encima de las olas, pero ya me he quedado sin fuerzas para seguir luchando.

Y la presa que contenía el dolor de los recuerdos acaba de ceder.

Todavía puedo sentir cómo me recorrió la clavícula con sus dedos aquel día mientras reposaba su cabeza sobre mi pecho. Sus largos mechones me hacían cosquillas, pero no me importaba. Me gustaba notar su calidez contra mí, aunque estuviera pegajoso por lo mucho que ambos habíamos sudado.

«¿Cómo te hiciste esta cicatriz?». La suavidad de su voz se deslizaba sobre mi piel como si fuera terciopelo mientras me acariciaba con las yemas de los dedos.

Le hablé de aquel día en que me caí de un tiovivo cuando era niña y mi madre me prohibió volver a jugar en el parque por miedo

a que se me quedaran marcas en la cara y me la arruinase para siempre. No podía permitirme ni un rasguño.

«Rosie está convencida de que me servirá para encontrar a mi alma gemela», añadí para terminar la anécdota. «Pero yo creo que solo me lo dice para que no me avergüence de tenerla».

«¿Por qué está tan convencida?».

«Silas tiene una cicatriz en el meñique, justo en el mismo lugar donde ella tiene su marca de nacimiento. Le gusta pensar que en realidad es la marca de las almas gemelas. Al menos, así es como las llama».

Le pasé los dedos por el pelo, me enrollé unos cuantos mechones alrededor y le clavé las uñas suavemente sobre el cuero cabelludo porque sabía que le encantaba que lo hiciera.

De pronto, se inclinó un poco hacia atrás para dejar algo de espacio entre nosotros. Con movimientos deliberados, giró el extremo encendido del porro hacia sí mismo y me lo llevó a los labios para que le diera una calada. Me llené los pulmones y, cuando terminé, se presionó la brasa contra la piel. El chisporroteo de la carne hizo que un escalofrío me recorriera la espalda. Aunque estuviera colocada, sabía que todo aquello era real.

Por el amor de Dios, ni siquiera parpadeó. Apenas se movió.

Abrí los ojos de par en par al verlo.

«¿Qué coño estás haciendo?», grité, y me apresuré a cogerle la muñeca para apartarle el cigarro del cuerpo, atónita ante la posibilidad de que una persona fuera capaz de resistir tanto dolor de golpe.

No se lo pensó ni por un segundo; lo hizo sin más.

Le quedó una desagradable quemadura carmesí justo sobre la clavícula. Estaba inflamada y salpicada de cenizas, por lo que era imposible que no le doliera, pero, aun así, no reaccionó de ninguna forma.

Siguió mirándome fijamente, con los ojos brillando a través del humo.

«Demostrarte que Rose tiene razón».

Por más hondo que respiro, no logro calmarme. El nivel del agua continúa subiendo a un ritmo demasiado rápido. Estoy jodida.

Lo revuelvo todo en busca de la sudadera, con la esperanza de que el simple hecho de olerla, aunque solo sea por un instante, alivie un poco la presión que me atenaza el pecho. Me siento como si me hubieran rajado la piel y todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo estuvieran al aire.

Nadie te avisa de lo dolorosos que pueden ser los ataques de pánico.

Al rascarme el cuello, noto que tengo la piel de la zona ardiendo. Paso la mano por la cicatriz que lo adorna, consciente de que nunca podré volver a mirarla en el espejo igual que antes.

—¿Me has escuchado? —pregunta Easton con urgencia mientras me agarra del brazo, a lo que reacciono tratando de soltarme de un tirón.

—Quítame las manos de encima, Sinclair. Ya te he dicho que he cumplido con mi parte. Ahora déjame en paz.

—Puedes faltarme al respeto todo lo que quieras, Sage —dice, apretando aún más su agarre para tirar de mí hacia su cuerpo, provocando que el pánico se me dispare—. Me da igual. En unos meses serás mía y pienso convertirte en una esposa trofeo y sumisa, aunque tenga que callar esa boca insolente a golpes para conseguirlo.

Un escupitajo sale directo de su boca y me impacta en la cara. Aprieto los dientes y lo miro con furia a la vez que sigo forcejeando contra él, pero lo único que logro es que me retuerza el brazo con fuerza. Un gemido amenaza con escapar de mis labios ante el creciente dolor por la presión que está ejerciendo.

—No podrías doblegarme ni en tus mejores sueños, pero, adelante, quiero ver cómo lo intentas —escupo entre dientes, haciendo todo lo posible por mantener la compostura.

Entre el desconsuelo, la ira y la sensación de ahogo, siento que voy a perder la cabeza.

—Más te vale haberle hecho trizas el corazón —me advierte Easton, apoyando su frente contra la mía con agresividad—. Si no, me aseguraré de que mi padre se encargue de Rose. Solo tendría que mover unos cuantos hilos y… ¡puf! —Mueve en el aire los dedos de la mano que le queda libre como si acabara de hacer un truco de

magia—. Desaparecería por completo de la faz de la tierra sin dejar ni rastro.

Me trago la bilis que me sube por la garganta. Esa fue precisamente la razón que me llevó a hacer el trato con él. Sigo sin saber si Easton se estará marcando un farol, pero jamás me atrevería a poner la vida de Rose en peligro para comprobarlo, y menos aún sabiendo la fortuna que amasa Stephen Sinclair y lo poderoso que es. No pienso permitir que le hagan daño, o peor, que acabe muerta por culpa de mi egoísmo. Ya he sido suficiente egoísta durante toda mi vida.

Lo mejor para todos es que cierre el pico y obedezca. Así no le amargaré la vida a Rook y mi hermana podrá ser feliz. Eso es lo importante.

—No tienes huevos de hacerlo —gruño.

—Ponme a prueba, zorra.

Le estrello la palma de la mano contra la mejilla sin pensármelo, con tanta fuerza que le giro la cara.

—Da igual lo que me hagas, Easton —digo, riéndome en su cara del mismo modo que me he reído en la de Rook hoy, solo que esta vez no estoy fingiendo la risa amarga y ácida que brota de mí como un veneno—. Por mucho que recurras a las montañas de dinero de tu papaíto y a sus influencias, nunca serás Rook. Nunca me tendrás como me tuvo él. Así que, adelante, intenta doblegarme y yo me encargaré de convertir tu vida en un infierno.

Mi pecho sube y baja cada vez más rápido con cada segundo que transcurre. Easton ha cambiado, y yo también, pero, aunque siempre supe que tenía un lado turbio, antes era un ser humano decente. Fueron el instituto, las expectativas y su padre los que lo convirtieron en una persona completamente diferente.

A mí me pasó lo mismo.

En el fondo, Easton y yo no nos diferenciamos tanto. Solo somos un par de egocéntricos, falsos y calculadores sin consideración por los demás. Quizá ha sido cosa del destino que acabáramos juntos de esta forma.

He conseguido sacarlo de sus casillas con mis palabras, así que no esperaba que actuara de otro modo, pero igualmente trago saliva

con fuerza al verlo levantar el brazo, dispuesto a pegarme.

El cuerpo se me tensa y me preparo para recibir el golpe; sin embargo, lo que me llega en su lugar es el sonido de la puerta abriéndose, seguido de la voz de mi padre.

—Sage, ¿dónde tienes las llaves del coche…? —Se detiene en seco—. ¿Interrumpo algo?

Easton se aclara la garganta y baja el brazo.

—No, señor.

Ahora que está aquí mi padre, aprovecho para apartarme de él y me envuelvo el cuerpo con los brazos.

—¿Para qué necesitas mis llaves?

Suelta un suspiro y se pasa una mano por la cara.

—Tengo que ir a Portland y tu madre no deja que me lleve el mío. Al parecer, alguien le ha prendido fuego a la casa del lago. Los bomberos están esperando a que llegue para que puedan presentar un informe policial. Está claro que quien sea que lo haya hecho quería que supiéramos que no ha sido un accidente.

Entonces, el mundo se me cae encima y el alma entera se me parte en mil pedazos. Incapaz de contenerme más, dejo que las lágrimas me resbalen por las pestañas y me cubran las mejillas con su calor. Me lo ha arrebatado todo. Este es el precio que he tenido que pagar por haberle roto el corazón.

La casa del lago me pertenecía solo a mí antes de que la consideráramos nuestra. En todo caso, debería haber sido yo quien le prendiera fuego.

Sé que no tengo derecho a enfadarme; le dije cosas horribles con tal de que me creyera y se alejara de mí…, pero creía que podría quedarme al menos con aquel lugar. Que podría refugiarme allí cada vez que necesitara recordarlo a él, como si fuera nuestra cápsula del tiempo.

Ya ni siquiera me queda ese consuelo.

Los últimos vestigios de lo que fuimos se han consumido en el fuego dentro de aquella casa.

Odio que se haya atrevido a reducir a cenizas todas las risas y los recuerdos que compartimos, como si nunca hubieran existido.

Lo odio a él. Con todas mis fuerzas.

Y, aun así, sé que mi odio no se acerca ni por asomo al suyo.

ACTO II
El despertar del dios del fuego

No solo recuerda al fuego.
Él es el propio fuego.
La llama, la chispa, las ascuas.
Representa el calor de la vida, al igual que el egipcio Ra.
Él es mi dios del fuego, y yo solo existo para arder por él.

14
Ruido blanco

EL PRESENTE

SAGE

—Abre la boca.

Obedezco para que la enfermera pueda examinarme bien con la minilinterna que lleva en la mano. Siguiendo sus indicaciones, muevo la lengua de izquierda a derecha y luego, de arriba abajo. Una vez me ha explorado todo el interior de la boca, asiente satisfecha.

Después de tres semanas en el Instituto de Salud Mental Monarch, dejé de negarme a tomar medicación. Los efectos secundarios, como la pérdida de apetito, el cansancio constante y las migrañas, son mejores que la alternativa.

Todo el mundo tiene la misma idea preconcebida de los centros psiquiátricos. El estigma que rodea a estos sitios es horrible, y la cultura pop y el cine no han hecho más que reforzarlo. Al fin y al cabo, quién no ha visto la segunda temporada de *American Horror Story*.

Estoy segura de que hay instituciones que se dedican a ayudar a los pacientes, tratar sus problemas y brindarles la esperanza de una recuperación que, con el tiempo, les permita reincorporarse al mundo real.

Pero esto es Ponderosa Springs. Y al destino le encanta arrojarme a los leones a la mínima oportunidad.

Este lugar parece la encarnación de una auténtica pesadilla. Es una prisión con rejas, habitaciones acolchadas y puertas sin picaportes.

Al ingresarte —ya sea de manera voluntaria o, como es mi caso, involuntaria— te dicen que todo lo que hacen es por tu bien. Que las correas con las que te sujetan en la camilla nada más llegar son para protegerte y que su labor es mantenerte a salvo, con sus batas blancas y sus portapapeles.

Aun cuando te arrastran a una celda de confinamiento solitario, donde tres hombres te sujetan y te inyectan antipsicóticos porque te has negado a tomarte la medicación, y te dejan allí encerrada durante tres días sin mediar palabra con nadie, siguen obligándote a sentarte en uno de sus sofás de plástico para decirte que este sitio se construyó con la idea de protegerte. Que todo es para ayudarte. Mientras tanto, no dejan de preguntarte, una y otra vez sin cesar, por qué intentaste quitarte la vida o si tienes ganas de autolesionarte en ese instante. Te lo repiten hasta la saciedad, como si pudieras cambiar de respuesta en cualquier momento, y más te vale no contestarles nunca que sí. Desde el primer día en el que entré por estas puertas, incluso sin haber estado aquí antes, supe que jamás debía decir que sí a ninguna de esas preguntas.

No obstante, los doctores y las enfermeras tienen razón, por desgracia.

Están ahí para mantenernos a salvo.

No para atender de verdad nuestros problemas de salud mental ni para esforzarse más de la cuenta en mejorar nuestras vidas.

Un cuervo surca el cielo matutino y roza las nubes grisáceas con sus alas al bajar en picado hacia los árboles. La nariz me empieza a moquear por el aire gélido que me azota la piel. Enero es siempre el mes más frío aquí.

Más allá de las rejas de acero que custodian el recinto, hay un río que se puede ver desde el jardín…, si es que puede llamarse así, porque más bien parece un terreno repleto de malas hierbas secas y fuentes rotas, pero seguro que en algún momento hubo flores plantadas por ahí.

—Tienes visita esperándote en el comedor.

Una de las enfermeras del turno de día, Shonda creo que se llama, se queda de pie al lado de donde estoy sentada, sobre el suelo húmedo.

El rocío helado se adhiere a mi uniforme azul desteñido, pero me gusta la sensación que me deja en la piel. Dentro de aquellas paredes no se puede sentir nada. Ni siquiera el frío o el calor. Todo tiene un aire aséptico y adormecido.

Por las mañanas, salgo a sentarme aquí un rato y, durante esos breves instantes, vuelvo a sentirme como un ser humano. Escucho el graznido de los cuervos, el susurro perezoso del río y el aullido del viento que hace gemir a los árboles.

Dentro, en cambio, no existen días malos ni buenos.

Solo días, a secas. Sin ningún propósito.

El tiempo no significa nada. O se difumina o se pasa volando. Nunca sé cuándo estoy durmiendo o despierta, y lo peor es que, las veces que soy consciente de que me encuentro despierta, solo quiero volver a dormirme.

Si mi yo del último año de instituto pudiera verme ahora, le daría un infarto. No sería de capaz de reconocerme con las uñas mordidas hasta la carne y las bolsas moradas que me adornan de forma permanente los ojos. Ya no soy la misma de antes y, a decir verdad, nunca supe quién quería ser, así que ahora estoy atrapada en un limbo.

Sin rumbo.

Condenada al olvido.

He perdido toda noción de mi identidad.

Me he convertido en un pozo vacío, y las únicas monedas que caen dentro son pastillas que resuenan en lo más profundo de mi ser, recordándome que lo único que hay en mi interior es un gran vacío.

—¿Visita? ¿Yo?

Llevo aquí ocho meses. Doscientos cuarenta y tres días.

Treinta y cuatro semanas. Cinco mil ochocientas cuarenta horas.

Y ni una sola persona ha venido a visitarme en todo este tiempo.

Ni mi exprometido, ni mis amigas de pega, ni mi padre, que no habría puesto ni de coña un pie en un sitio como este. Y mi madre…, bueno, hasta donde sé, está a varios estados de distancia y se ha comprometido con un tipo con mucho dinero y poca esperanza de

vida.

Nadie se ha tomado la molestia de pasarse a ver cómo estoy. Una vez que consiguieron encerrarme en este sitio, me abandonaron y se lavaron las manos.

Después de lo que descubrí, y sabiendo lo que sé ahora, me he preparado mentalmente para pasar el resto de mis días aquí. No van a dejarme salir nunca y, aunque lo lograra, me matarían antes de que tuviera la oportunidad de hacer algo con mi vida.

Lo triste es que, en el fondo, no me importa.

Al menos, aquí dentro puedo convencerme a mí misma de que Rose sigue viva.

La muerte había irrumpido en nuestras vidas, cortando de raíz el lazo que nos mantenía unidas. De un momento a otro, dejé de ser la hermana gemela de alguien y me quedé completamente sola.

Nadie te prepara para lo que se siente cuando la otra mitad de tu alma se desvanece. Cuando la persona que vino contigo a este mundo se va de él antes que tú.

Es difícil de explicar, pero es como si tuviera un teléfono llamando sin parar dentro del pecho y no hubiera nadie para cogerlo al otro lado de la línea.

Lo único que me queda es la culpa que me atormenta por las noches y me mantiene despierta. Una culpa incesante por seguir respirando mientras ella se pudre bajo tierra.

A mí me sirven todas las mañanas un cuenco de avena fría y juego a las damas conmigo misma; en cambio, ella se ha convertido en pasto de los gusanos.

—¿Sage? ¿Estás bien? —pregunta la enfermera, chasqueándome los dedos delante de la cara—. Te he dicho que sí. Tienes visita. Han venido tu padre y su amigo. Te han traído desayuno de fuera. Seguro que te alegra.

¿Mi padre? ¿Y su amigo?

Son dos conceptos casi contradictorios.

Mi padre no tiene amigos y nunca se dejaría caer por un sitio como este. Incluso si le hubiera dado por querer verme, sabe perfectamente que, si se asoma por aquí, pienso apuñalarlo.

Fue lo último que les prometí, a él y a Rose, aunque ella ya no

estuviese viva para escucharlo. Si alguna vez se me presentaba la oportunidad, no dudaría en matarlo de la forma más salvaje que se me ocurriera.

He tenido mucho tiempo para pensar en cómo lo haría. De hecho, esos pensamientos son lo único que me brinda algo de felicidad. Por ejemplo, me imagino su rostro suplicando por su vida mientras le presiono un cuchillo contra la garganta o visualizo cómo se apaga la luz de sus ojos al ahorcarlo con mis propias manos.

Hay tantas formas de hacerlo que me es imposible decantarme por una, pero, en realidad, ninguna termina de convencerme; la muerte me parece un regalo demasiado benevolente para lo que le hizo a Rosie.

Aunque aquí tenemos prohibido el acceso a internet, sí se nos permite leer, así que he recurrido en incontables ocasiones a la biblioteca que hay para averiguar cuál es la forma más lenta de matar a alguien. La más dolorosa, la más sangrienta, la más despiadada. Y, a pesar de que cada respuesta que encontraba era más oscura y retorcida que la anterior, seguía pensando que no había ninguna a la altura. Hasta dejar que unos perros lo devoraran vivo me parecía un acto de piedad.

—¿Estás segura de que es mi padre y no lo has confundido con otra persona?

—Solo hay un alcalde en Ponderosa Springs y su cara está plasmada en una valla publicitaria en mitad del pueblo. Creo que es muy difícil confundirlo. ¿No estás contenta?

«¿De ver al hombre que asesinó a mi hermana?».

—Contentísima —respondo con sarcasmo.

Me guía de vuelta al interior y noto cómo mi uniforme azul desgastado me va rozando los muslos a medida que avanzamos por el pasillo desangelado.

Aquí siempre huele a desinfectante, al punzante aroma de las toallitas con alcohol y a los guantes de látex. Me fastidia que, de entre todos los aspectos abominables de este sitio, ese sea el único al que no logro acostumbrarme.

Hoy reina dentro un ruido bastante caótico para un lugar que se supone que promueve la paz mental.

Casi todos los pacientes que me rodean suponen más peligro para sí mismos que para el resto. La creencia de que una enfermedad mental implica necesariamente un trastorno psicótico se desmintió hace años. Lo leí al llegar aquí. Desde que dejé el mundo exterior, he leído sobre muchas cosas que nunca imaginé que conocería de cerca.

No obstante, hay veces en las que los temblores o las alucinaciones pueden descontrolarse. Por lo general, siempre que alguien está teniendo un mal día, acaba alterando a todos los que lo rodean.

Oigo a Harry el Navideño en su habitación, cantando una y otra vez la misma cancioncita infantil del elefante que se balanceaba. Le pusieron ese mote por la misma razón por la que muchas mujeres se sientan a llorar en el sofá cuando llega diciembre: le encantan las pelis románticas de Navidad.

Hay un paciente golpeando su puerta mientras exige a gritos una ducha; otro se ha puesto a discutir con una enfermera porque asegura que la CIA lo está vigilando a través de unas radios rotas que ni siquiera tienen antena.

Reagan, de la 3B, está muy callada esta mañana. Probablemente se haya quedado dormida después de todos los sedantes que le metieron anoche. Algunas personas nunca aprenden, y Reagan es una de ellas. Lleva aquí más tiempo que yo, pero la oigo todas las noches.

Sus gritos me hielan la sangre y hacen que se me estremezca todo el cuerpo.

Doy vueltas en la cama sin poder dormirme y me tapo los oídos con la delgada sábana, esperando a que aparezca la enfermera del turno de noche para dejarla inconsciente a base de sedantes.

Esos son los peores efectos secundarios de la medicación: el insomnio, las pesadillas y quedarme despierta escuchando los llantos y los gritos, sintiéndome fuera de lugar.

Al llegar al comedor, nos recibe un aroma a canela que proviene de la cocina. Me fijo en las mesas circulares, la decoración de tonos grisáceos y el hombre mayor en silla de ruedas que se encuentra al lado de la única ventana.

Se llama Edison y tiene esquizofrenia. No recibió tratamiento hasta pasados los treinta, y ahora le meten tantas drogas que ni siquiera es capaz de articular una frase completa. A pesar de que en contadas ocasiones se comporta como el resto, la mayoría del tiempo suele sentarse en silencio, perdido en sus propios pensamientos.

Me gusta pensar que está mejor en su mundo, que allí es feliz y no se entera de que vive atrapado en este lugar, pero sé que no es verdad.

—Pip.

El trauma me atraviesa el corazón con sus garras.

Los ataques de pánico normalmente hacen que me sienta como si me estuviera hundiendo despacio en distintos cuerpos de agua: a veces es un lago; otras, un océano; últimamente casi siempre se trata de un lodo negro y espeso que va tragándome poco a poco hasta hacerme desaparecer por completo bajo su superficie.

Sin embargo, este ha irrumpido de golpe, sin previo aviso.

Noto sus manos pegajosas sobre mí y, acto seguido, me empuja bajo la superficie. La bocanada de agua que se me cuela de repente en los pulmones me descoloca tanto que se me empiezan a llenar los ojos de lágrimas.

Sentados el uno al lado del otro, en la otra punta del comedor, están dos de los hombres que más odio en este mundo.

Dos rostros que no quería volver a encontrarme jamás y que desearía borrar de la puta faz de la tierra.

Me pone furiosa el simple hecho de que sigan respirando.

Uno de ellos se pone de pie y se acerca a mí lo justo para extender la mano y enrollarse un mechón de mi pelo alrededor del dedo índice, donde lleva un anillo de graduación.

—¿Qué te has hecho en el pelo, Pip? —pregunta con una expresión cargada de tristeza que sé que es sincera porque recuerdo lo mucho que le gustaba mi pelo.

—Robé unas tijeras para vendajes de un carrito de medicamentos y me lo corté antes de que la enfermera me sedara —digo, mirando fijamente al vacío—. Y si no apartas esa mano de mi vista, pienso arrancarte el dedo de un mordisco.

Cain McKay es lo que algunos podrían considerar un hombre honorable. Comenzó siendo policía del pequeño pueblo que es Ponderosa Springs y consiguió escalar hasta trabajar para el FBI. Todo el mundo estaba muy orgulloso de él, pero el día que se marchó para empezar el entrenamiento en la academia, yo me sentí como si me hubiera despertado de una pesadilla en la que había estado sumida tres años. Un sueño lúcido sobre el que no tenía ningún tipo de control. Uno del que era completamente consciente y, aun así, no podía despertar.

—Has crecido —susurra, dejándome con una sensación asquerosa por dentro.

Seguramente crea que lo de arrancarle el dedo con los dientes ha sido una broma. Lo que no sabe es que por aquí he visto cosas mucho peores que esa. Es el pan de cada día en el pabellón psiquiátrico del Monarch.

Me paso la lengua por el interior de la mejilla y me fijo en que los años ya le han empezado a pasar factura en el rostro. Cualquier mujer que no lo conozca lo consideraría atractivo con esa camisa de botones, esa corbata perfectamente anudada y esos pantalones de pinzas; sin embargo, lo que muchas ignoran es que, en realidad, no le atraen ni las mujeres ni los hombres. Prefiere las niñas a las que puede manejar a su antojo. Aquellas que no son capaces de contárselo a nadie porque se arriesgarían a perderlo todo.

—¿Desde que tenía trece años? —Me cruzo de brazos para protegerme; antes era demasiado joven para plantarle cara y me daba miedo hacerlo, pero ya no tengo nada que perder—. Sí, fue más o menos por esa época cuando dejaste de meterte en mi cuarto, ¿no? Creía que te habías cansado de mí, pero el problema fue que ya había llegado a la pubertad y no era lo suficiente menor para ti, ¿verdad?

Veo cómo le cambia la cara de pronto. Hace apenas un segundo estaba sereno y parecía un familiar cariñoso que venía a verme, pero ahora han comenzado a asomarse la podredumbre y las arañas que anidan bajo su piel.

He perdido la cuenta de todas las veces que he fantaseado con la alegría tan grande que me invadiría si lo castraran en público.

La máscara que lleva puesta es la que más odio de todas. Se hace pasar por tu protector, tu guardián, esa persona que se supone que debe mantenerte a salvo del monstruo que se esconde debajo de tu cama, pero, a decir verdad, él es el único hombre del saco que me he encontrado en toda mi vida.

—¿Así vas a comportarte? ¿Después de todo lo que he hecho por ti? De pequeña me querías muchísimo.

Inclino la cabeza hacia un lado.

—¿Te esperabas otra cosa?

—Sage, ¿puedes sentarte, por favor? Cain se ha pasado varias horas al volante para venir hasta aquí y tenemos mucho de qué hablar.

Mi padre acaba de abrir la boca por primera vez desde que llegaron, ignorando por completo las acusaciones que he lanzado contra Cain. Es más, ni se ha inmutado al escucharme. ¿Por qué habría de hacerlo? Lo más probable es que ya lo supiera y no le importara. Al fin y al cabo, vendió a una de sus hijas como esclava sexual sin pestañear siquiera.

No ha cambiado ni un ápice desde el día en que me ingresaron aquí. Sigue siendo capaz de sonreír igual que siempre frente a los habitantes de Ponderosa Springs, como si no sintiera ni una pizca de culpa o remordimientos.

Apuesto a que incluso ha sabido sacarle provecho a la situación y está ganándose el favor de la gente haciéndose el pobrecito porque su mujer se ha ido con otro y, encima, una de sus hijas ha muerto y la otra ha perdido la cabeza.

Qué patético.

—No voy a sentarme —sentencio, clavando los ojos en los suyos para que pueda contemplar el reflejo de lo que ha hecho; quiero que lo sienta en su propia carne, que sea consciente de lo que sus acciones han causado—. ¿Qué quieres?

No soy tan tonta como para pensar que ha venido a ver cómo me encuentro. Él es la razón por la que estoy encerrada aquí y la razón por la que nunca saldré.

No me metió aquí porque estuviera enferma o necesitara ayuda, sino para mantenerme callada y que no pudiera ir contando por ahí

lo que había descubierto.

Lo que sabía que había hecho.

Frank Donahue me ha pintado como la hija loca que perdió la cordura tras la muerte accidental de su hermana gemela. Incluso si lograra salir algún día, nadie se creería ni una sola palabra de lo que dijera, y eso es justo lo que quiere.

—Por favor.

Un escalofrío me recorre la espalda y noto cómo se me eriza la piel de la rabia.

—¿Por favor? —escupo—. Debería pegarte una patada en los huevos por atreverte a usar esa palabra conmigo. ¿Por favor? No mereces pedir nada.

—Siempre has tenido un talento especial para el teatro —murmura Cain mientras pasa de largo junto a mí para volver a sentarse al lado de ese hombre que puso el esperma para crearme —. Toma asiento. Es por tu bien.

Si hay algo que me ha mostrado este lugar, o bueno, más bien algo de lo que me he dado cuenta estando aquí, es que ya no me importa una mierda nada. Me da igual lo que piensen los demás, cómo me miren o lo que esperen de mí. Solo me preocupo por mí misma.

Por eso no me molesto en ocultar mi ira o mi repulsión hacia ellos. No hay cámaras ante las que pueda actuar y, aunque las hubiera, mi actitud sería la misma.

Golpeo la mesa con las palmas, esforzándome por contener toda la ira que amenaza con desbordarse bajo mi fachada de tranquilidad. Me sorprende que tanto uno, que abusó de mí cuando era una niña, como el otro, que mandó matar a mi gemela para saldar una deuda, se crean que tienen derecho a venir aquí a exigirme lo que quieran. ¿Cómo se les ha podido pasar siquiera por la cabeza que yo les haría algún favor? No tienen nada con lo que amenazarme ni sobornarme.

—O me decís a qué habéis venido o cojo un tenedor de plástico y os apuñalo con él a ambos —les advierto, rechinando los dientes.

Soy más que capaz de hacerlo. No me estoy tirando ningún farol.

Mi padre fija la vista en mis brazos extendidos y, de repente, siento la necesidad de mirar hacia abajo para asegurarme de que la horrible sudadera naranja que llevo puesta me los cubra bien, aunque no entiendo por qué debería molestarme en ocultar las cicatrices que él mismo me ha hecho.

Rosemary murió el veintinueve de abril y, apenas un mes después, me ingresaron en el psiquiátrico de Monarch por un «ataque psicótico».

Le dijeron a todo el mundo que se había debido a la pérdida de Rose y al repentino divorcio de mis padres, dos acontecimientos demasiado difíciles de digerir para una chica de tan solo dieciocho años. El pueblo asumió que había estallado sin más.

Sin embargo, lo que sucedió en realidad fue mucho más siniestro. Había entrado inocentemente al despacho de mi padre con la intención de imprimir un trabajo para clase, algo que había hecho un millón de veces antes. Encendí el ordenador, esperando que me recibiera en la pantalla la misma foto ampliada de siempre en la que salíamos los cuatro como una familia feliz, pero en esa ocasión me encontré con otra cosa muy diferente.

Cuando inicié sesión, había un vídeo abierto a la mitad, y recuerdo que pensé que parecía una película de Jason Statham.

Mi padre estaba sentado en una silla, con el pelo despeinado y la ropa sucia, mientras Greg West, un profesor de Hollow Heights, le preguntaba por el dinero que le debía a su jefe. Dinero que, al parecer, había tomado prestado de una red de tráfico sexual, por lo que en ese momento andaban escasos de «producto».

Al ver que no había forma de que mi padre pudiera pagarles, le ofreció una alternativa.

«O te matamos o entregas a una de tus hijas como compensación».

Ni siquiera me sorprendió. Sabía que mi padre era capaz de corromperse de esa manera con tal de guardar las apariencias y mantenerse en la cima.

Escogió a Rose sin dudarlo. Como si no fuera un ser humano, sangre de su sangre, sino un simple nombre.

Ojalá me hubiera elegido a mí.

La drogaron y estuvieron a punto de entregarla a una red de trata antes de asesinarla solo para saldar la deuda de mi padre. Nunca me había inundado el paladar una ira tan amarga ni había sentido una sed de venganza tan insaciable.

Haría lo que fuera por hacérselo pagar.

—Necesitamos un favor, Sage —dice Frank con suavidad, como si unas palabras amables bastaran para conseguir mi perdón.

Lo miro con desprecio.

—Iros a tomar por culo.

—Quería ser civilizado, Pip, pero no me dejas más opción —interviene Cain, entrelazando las manos con tranquilidad—. Tu padre te lo ha pedido por las buenas. Yo no pienso hacerlo. Si no cooperas, te meteré en un sitio mucho peor que un psiquiátrico.

«Pip».

Odio ese nombre.

—¿Dónde? ¿En una red de trata? —Suelto una carcajada, sin molestarme en ocultarles lo que sé—. No me extraña nada que tú también estés en el ajo, Cain. —Me acerco a él y, al inclinarme en su dirección, el olor de la espuma que utiliza después del afeitado me revuelve el estómago; es la misma fragancia que se quedaba impregnada en mis sábanas en la casa del lago—. ¿Les compras niñas? ¿También hay un vídeo tuyo circulando por ahí en el que se ve cómo te chantajean? ¿Así es como han conseguido tener al temible agente del FBI comiendo de su mano?

Tensa la mandíbula y clava los pozos vacíos de sus ojos en los míos mientras contemplo cómo su fachada empieza a resquebrajarse poco a poco.

—Nunca te he hecho daño. Yo te quería, Sage.

—¿Eso es lo que te cuentas a ti mismo para poder mirarte al espejo?

Se me revuelve el estómago de pensar en lo jodida de la cabeza que tiene que estar una persona para justificar lo que él me hizo.

—Da igual lo que haya ocurrido en el pasado. O nos ayudas o vas a arrepentirte para el resto de tu vida. Ahí fuera hay gente capaz de hacer cosas mucho peores que yo, te lo aseguro —me advierte en un tono desdeñoso, probablemente el mismo que emplea con los

delincuentes con los que trata a diario.

Se piensa que así va a conseguir intimidarme para que ceda.

—Largaos de aquí. —Les lanzo una mirada asesina a ambos—. No puedo hacer nada para ayudaros y no voy a cambiar de opinión, digáis lo que di…

—Rook Van Doren —me interrumpe.

Un bolígrafo se cae en la esquina del comedor. Y todas las palabras que quería pronunciar se me quedan atascadas en la garganta. Mi inquietud aviva los recuerdos que guardo de él.

Al estar encerrada entre cuatro paredes acolchadas, sin ningún vestigio de tu vida pasada, tu mente se convierte en tu mejor amiga y, a la vez, como es mi caso, en tu peor enemiga.

Siempre que pienso en su nombre y en su rostro o aparece en alguna de mis pesadillas, me siento como si me arrojaran al interior de un horno crematorio. La piel me hierve y las llamas envuelven cada rincón de mi cuerpo hasta calcinarme los huesos y reducirlos a cenizas una y otra vez.

Lo más irónico es que él es el único alivio que encuentro en medio de ese infierno.

El que alimenta las llamas y, al mismo tiempo, las sofoca.

—¿Qué voy a saber yo de un Hollow Boy? —pregunto de forma desinteresada, intentando ocultar la curiosidad que me carcome.

—Easton ha tenido la amabilidad de ponernos al corriente de la… relación que tuvisteis el año pasado. Sabemos que estabais juntos.

«Puto imbécil».

—Aunque eso fuera verdad —empiezo a decir, metiéndome las manos en el bolsillo de la sudadera—, no sé qué coño os importa a vosotros ni qué tiene que ver con vuestra mierda de visita.

Si se han enterado de lo mío con Rook, he de andarme con pies de plomo. No pueden descubrir cuánto me importaba o acabarán usándolo en mi contra.

Es la única persona por la que todavía siento algo de aprecio en este mundo.

—Algunos miembros de la Aureola…

—¿La Aureola? Estás de coña, ¿no? ¿Le habéis puesto a una

organización de trata el puto nombre del círculo luminoso que llevan en la cabeza los santos?

Ninguno de los dos muestra reacción alguna ante mi sorpresa.

Hay un montón de chicas desaparecidas a las que nadie está buscando y que han visto sus vidas truncadas por culpa del dinero, mientras que estos gilipollas se pasean por ahí haciéndose llamar Aureola, como si fueran una organización sagrada que da de comer a los pobres y reza por las almas perdidas.

—El nombre es lo de menos, Sage. Algunos miembros han desaparecido. Acabamos de encontrar el cadáver de uno de ellos. —Se aclara la garganta y desliza en mi dirección una carpeta de color crema para que le eche un vistazo—. Greg West. Tenía el cuerpo desmembrado y empapado en lejía. Lo dejaron en el mismo sitio donde hallaron a tu hermana. Quienquiera que haya sido está intentando enviarnos un mensaje.

Tardo unos segundos en procesar lo que quiere decirme.

No entiendo por qué están contándome todo esto ni qué tiene que ver conmigo. Una parte de mí se alegra de que ese hombre haya muerto; era lo mínimo que se merecía.

Abro la carpeta y me estremezco un poco al ojear las fotos. Crees que estás lo suficientemente insensibilizada como para que la muerte no te afecte hasta que ves de lo que son capaces ciertas personas.

El cuerpo de Greg yace perfectamente colocado sobre el suelo de madera podrida, a pesar de que sus extremidades no están unidas al torso. Tiene la cabeza, los brazos y la parte superior e inferior de las piernas seccionados.

Un escalofrío me recorre la espalda al fijarme en los ojos, que no son más que dos huecos con manchas rojas oscuras, como si se los hubieran arrancado de las cuencas de cuajo. Aunque, más que el estado macabro del cuerpo, lo que me llama la atención es la meticulosidad con la que lo han preparado todo. Cada parte está amputada con una precisión quirúrgica. No lo han despedazado brutalmente con un hacha, sino que se han tomado su tiempo. De hecho, el cadáver está casi blanco y no hay apenas rastros de sangre. La única lesión que muestra violencia es la de los ojos.

En ese momento, todo cobra sentido.

Dirijo la mirada hacia mi padre.

—Lo han averiguado, ¿no?

No me responde. Se limita a mirarme con unos ojos rebosantes de terror. Cuanto más los abre, más me recuerdan a los de un cervatillo acorralado a punto de ser cazado por su depredador. Al imaginármelo, se me hace la boca agua y soy incapaz de contener la sonrisa que se me dibuja en la cara.

Seguro que lleva desde entonces mirando hacia atrás a cada segundo, con el corazón desbocado y las manos sudorosas, preguntándose sin cesar cuándo irán a por él para cobrarse su libra de carne.

No hay nada más placentero que ver a un hombre que siempre se creyó un lobo convertirse en el cordero asustado que se esconde de los auténticos lobos que vienen a darle caza.

—Pues sí que estáis jodidos —comento, riéndome con un deje de alegría.

—Sí, creemos que tus amigos han descubierto la organización, y eso nos está planteando un problema —contesta Cain, preparándose para entrar en los detalles de lo que necesita de mí.

—No —lo interrumpo antes de que pueda continuar, negando con la cabeza mientras suelto una risita—. Han averiguado lo que le hicisteis a Rose. Ya no puedo hacer nada por vosotros. Silas Hawthorne no es un novio dolido como otro cualquiera. No va a darse por satisfecho hasta acabar con todos los que hayan estado mínimamente implicados. Y sus amigos lo ayudarán en todo lo que él les pida sin dudarlo. —Me paso la lengua por el labio superior y miro a mi padre—. Mataste a la gemela equivocada, papá.

Una chispa de esperanza se prende en mi interior al darme cuenta de que, aunque yo esté atada de pies y manos en este lugar, hay alguien fuera vengando la muerte de mi hermana.

Silas conocía a Rosie. Sabe que es imposible que le hubiera dado una sobredosis y puede demostrarlo.

—Nadie habría movido un solo dedo si me hubieras escogido a mí. Easton se habría casado con Rose, tú seguirías contando con el dinero de los Sinclair y a mamá no le habrías parecido tan patético

como para irse con otro. No te habrías visto nunca en esta situación si me hubieras entregado a mí —añado, con un tono de voz cada vez más furioso.

Me carcome la envidia por no poder ayudarlos a hacerle pagar. Por no poder ser yo la que termine con la vida del hombre que me la dio a mí.

—Ahora tienes a los sabuesos del infierno dispuestos a desgarrarte el cuello, papá. Da igual lo que hagas. —Desplazo la vista hacia Cain para recalcar mi mensaje—. No van a parar hasta que todos los que hirieron a Rose estén muertos.

Ambos se quedan mirándome: uno, aterrorizado por la muerte que se le avecina, y el otro, con recelo, como si intentara adivinar si mis palabras son ciertas o me estoy tirando un farol.

—Buena suerte —concluyo.

Como no tengo nada más que decirles, me aparto de la mesa para pedirle a la enfermera que me lleve de vuelta a mi habitación y me deje allí el resto del día.

—No tan rápido, Sage —interviene Cain—. No van a matar a nadie más. Porque tú vas a ayudarnos a meterlos entre rejas.

Niego con la cabeza.

—¿En serio?

Deben de ser más imbéciles de lo que creía si se piensan que voy a impedir que hagan lo mismo que desearía estar haciendo yo.

—Si quieres salir de aquí, tendrás que volver a Hollow Heights y trabajar para nosotros. Harás que confíen en ti y averiguarás lo que están tramando. Nos entregarás las pruebas que necesitamos para condenarlos y luego serás libre de hacer lo que te apetezca con tu vida. Podemos ayudarnos mutuamente —propone, tratando de sobornarme con una libertad que ya ni siquiera anhelo.

—No pienso ayudaros. Ya me he hecho a la idea de quedarme aquí para siempre.

Al ver que no puede convencerme, estalla y se levanta de golpe, haciendo chirriar la silla en el proceso. Las enfermeras vuelven la cabeza en su dirección, extrañadas, y él trata de sonreírles, pero está demasiado enfadado como para disimular.

Se acerca a mí, me envuelve los hombros con un brazo y me

estrecha contra su pecho, dándome una especie de abrazo lateral que provoca que me entren ganas de potarle en la camisa.

—Entonces te sacaremos de aquí y te subastaremos —dice entre dientes en un tono bajo y amenazante—. De un modo u otro, vas a tener que cooperar. O nos ayudas con nuestra investigación o te vendo a un precio irrisorio a hombres a los que no les importa la apariencia de las chicas que compran porque solo buscan infligirles dolor. Tú eliges.

Podría ser una buena forma de vengar a Rose.

Solo tendría que interpretar un papel para hacerles creer que los estoy ayudando, cuando, en realidad, me han brindado la oportunidad perfecta de aliarme con cuatro personas con tanta sed de venganza como yo.

El único problema es que…

—Él no va a confiar en mí. Nunca.

—Eres una chica lista, Sage. Ya te las apañarás.

15
Diez de espadas

Rook

Dicen que la paciencia es una virtud, pero yo no la conozco.

Aunque, a decir verdad, tampoco es que tenga muchas virtudes. Tiendo más a identificarme con aquello que suele considerarse un pecado, como la lujuria, la ira o el orgullo.

Odio esperar. Soy un animal que se guía por el instinto y la adrenalina. No me detengo a pensar antes de actuar; me limito a dejarme llevar por el impulso primitivo de destruir cosas.

Sin embargo, a pesar de que en este primer semestre en la universidad no he aprendido apenas nada sobre fórmulas químicas, todo este tiempo me ha servido para darme cuenta de que la paciencia es fundamental a la hora de planear una serie de asesinatos y ataques…

Sobre todo ahora.

Todos sabíamos que, una vez que nos pusiéramos en marcha, no nos detendríamos hasta que cada uno de los implicados en la muerte de Rosie acabara desangrado o despedazado. También éramos conscientes del peligro y de las consecuencias a las que tendríamos que hacer frente.

El FBI lleva un tiempo husmeando, haciendo preguntas y recabando información. Todavía no nos han interrogado ni citado directamente a nosotros, pero no somos tontos. Sabemos de sobra lo que opina la gente de este pueblo. Si les piden que señalen a algún sospechoso, no dudarán en dar nuestros nombres. La reputación que nos hemos forjado a lo largo de todos estos años es un arma de doble filo que nos protege y nos perjudica a partes

iguales.

Aun así, no me importa lo más mínimo que tengamos a la poli encima.

Me he pasado casi un año entero viendo cómo mi mejor amigo se convertía poco a poco en una sombra de sí mismo. Silas nunca había sido una persona especialmente alegre, pero todos intuíamos que dentro de él había mucho más de lo que dejaba traslucir.

Y ahora no le queda nada. Su luz se ha apagado.

Le han arrancado el alma y la han hecho añicos.

Me muerdo el interior de la mejilla, intentando no pensar en aquellos primeros meses en los que se negaba a salir de su cuarto y yo me tiraba días tumbado en el suelo al otro lado de la puerta, escuchando a su madre llorar porque le aterraba la idea de que su hijo mayor se quitara la vida.

Ni siquiera tuve tiempo de llorar a Rose.

Al menos, no como yo hubiera querido.

Estaba tan ocupado intentando que Silas no hiciera ninguna locura que no llegué a aceptar del todo que nos había dejado. Que se la habían arrebatado a él, al igual que a todos nosotros.

Ya no había nadie que me llamase RVD y que me dejase alborotarle el pelo. El día que ella murió, perdí a una hermana pequeña y a un hermano.

La furia que me recorre todo el cuerpo en este instante es mucho más abrasadora que cuando empezamos a investigar su muerte, porque ahora sabemos quiénes son los culpables.

En cuanto Alistair nos contó lo que se veía en el vídeo que había encontrado con Briar, quise actuar de inmediato. Me entraron ganas de destriparlo como a un pez, echarles de comer sus restos a los perros y luego pasarme un día entero pensando en la forma más dolorosa de torturar a alguien antes de poner a prueba mis ideas con Frank Donahue.

Nunca dejará de atormentarme lo poco que le costó elegir a Rose y lo egoísta que fue al elegir entre dos seres humanos a los que él mismo había dado la vida y había visto crecer.

Greg ha recibido su merecido. Admitió haberle inyectado la droga que le causó el choque anafiláctico que acabó llevándola a la

muerte, así que nos encargamos de que pagara por ello.

Pero Frank sigue vivito y coleando, paseándose por ahí con una sonrisa, como si sus decisiones no hubieran provocado que asesinaran a su hija. Él es el principal motivo por el que toda esa escoria que lo rodea debe morir.

Empiezan a temblarme las manos por culpa de los impulsos irracionales que trato de controlar con todas mis fuerzas para no quitarme a Frank de en medio yo solo en un ataque de ira.

Todavía no puedo hacerlo. Como nos indicó Alistair, tenemos que ser pacientes y mantenernos a salvo.

A veces siento la tentación de contestarle que se meta sus órdenes por el culo porque a mí me importa una mierda mi propia seguridad. Además, no me da miedo la cárcel. Al fin y al cabo, ¿qué van a hacerme allí que no haya vivido ya fuera?

Pero siempre me contengo por los chicos. No quiero que terminen entre rejas por mi culpa, así que intento seguir siendo paciente por ellos.

Me inclino hacia delante, cojo la manguera de la cachimba que hay sobre la mesa y me llevo la boquilla a los labios.

Estoy en Vervain, un bar de cachimbas en West Trinity Falls que parece igual de turbio que el pueblo en el que se encuentra. Nadie desprecia tanto Ponderosa Springs como la gente de estos páramos. Eso es algo que tenemos en común.

Le doy una larga calada a la cachimba y dejo que el humo me llene los pulmones. Exhalo una densa nube por la boca y aspiro una vez más antes de soltar la manguera en la mesa.

La verdad es que habría preferido nacer en esta parte del mundo.

Cuando creces entre ricos, piensas que todo se basa en quién corrompe a quién; sin embargo, en West Trinity rige la ley del más fuerte. Aquí la gente se forja a base de sacar las garras con la esperanza de tener un futuro mejor, como perros salvajes peleándose por unas migajas.

Vervain es la representación de ese estilo de vida: un sitio mugriento y descarnado, pero que me permite desconectar un rato del puto elitismo, la pulcritud sin alma y la moda de turno.

El sonido que sale de los viejos altavoces es una mezcla de música cortavenas y rap.

Justo lo que a mí me gusta.

A través de la neblina de humo con olor a melón que desprende la cachimba, vislumbro a mi camarera.

Me recuesto en el banco de la mesa en la que estoy, me hundo aún más en el asiento y estiro los brazos sobre el respaldo. Una vez me he puesto cómodo, sigo su figura con los ojos entrecerrados mientras limpia las mesas y un par de viejos babosos le miran el culo. Al sentir que toda la sangre se me ha agolpado en el mismo sitio, aprieto la mandíbula.

Su rostro permanece oculto en la penumbra, pero, de vez en cuando, cruza una franja de luz tenue que me permite apreciar el color de su pelo. Sé que no es natural porque con el tiempo se le va apagando y se le notan las raíces, pero esta noche se lo acaba de retocar y luce un tono entre champán y cobre en los mechones que se le deslizan por la espalda y se balancean al compás de sus pasos, como si fueran las llamas de un fuego rubio fresa.

Nunca me he fijado en ningún rasgo de esta chica. Creo que ni siquiera he leído la etiqueta con su nombre. No sé de qué color tiene los ojos ni si le falta algún diente. Todos esos detalles me parecen irrelevantes. Lo único que me interesa es el pelo.

La cremallera me aprieta la polla con tanta fuerza que me duele. De hecho, se me revuelven las tripas cada vez que siento cómo me palpita por debajo de los pantalones, como si me estuviera rogando que la liberara. La tengo tan dura que algunos hombres se quedarían boquiabiertos al verla.

Llevo meses sin metérsela a nadie por ningún agujero. Es más, apenas la he rozado con mi propia mano. Tras tanto tiempo sin darme ningún tipo de placer, incluso me pesan los huevos de lo cargados que están.

Si algo me ha inculcado mi padre es la necesidad de expiar las culpas.

Salirse del camino siempre conlleva un castigo.

Por ejemplo, él me pega y me recita pasajes bíblicos por lo que le hice a mi madre, y yo recurro a este sitio para castigarme por

haberme atrevido a creer que el mundo no era un pozo negro cuando estaba con Sage. No merezco menos.

Por eso me siento aquí, en un rincón oscuro de este bar tan turbio y lleno de humo, y contemplo a la camarera de pelo rubio fresa mientras pienso en ella.

Es el único lugar en el que me permito recordar la calidez de su frágil cuerpo contra el mío, la forma en la que me envolvía la polla con su boca y sus estrechas paredes, y el aroma azucarado que se me quedaba impregnado en la ropa después de cada encuentro.

Dulce como el sirope.

Siempre me decía que tenía la sensación de estar constantemente ahogándose, y ahora soy yo el que se afana en sumergirla en el limbo de mi memoria.

Intento no pensar en ello cuando estoy planeando algún asesinato o deambulando por el campus con los chicos porque prefiero reservarme esta tortura para mí solo.

Vengo a este sitio, siendo consciente de que la pelirroja estará trabajando, y la observo desde las sombras como un depredador al acecho. Me dejo llevar por mi imaginación hasta que la excitación me impide respirar y, entonces, me limito a quedarme sentado allí, sufriendo, hasta que considero que ya he tenido suficiente y mi cuerpo se cansa de participar en los retorcidos juegos de mi mente.

—Aquí no puedes fumar maría —me informa, con los brazos en la espalda mientras se balancea sobre los talones visiblemente incómoda, como si lo último que quisiera fuera darme órdenes.

Señala con un gesto la cachimba que he aderezado con un poco de hierba, a pesar de que no debería llevar nada más que tabaco aromatizado. Por lo visto, se han hartado de que me salte las reglas y han enviado al cordero a meterse en la boca del lobo.

Me inclino hacia delante y enarco una ceja a modo de desafío.

—Mmm, ¿y qué vas a hacer al respecto…? —Me fijo en la etiqueta que le adorna el pecho—. Emma.

Ahora que me ha obligado a mirarle algo más que el pelo, siento que me ha fastidiado el castigo. Aunque tiene una cara bonita, no es lo que busco ni lo que necesito.

Mantiene sus ojos clavados en los míos durante un par de

segundos y, por un momento, pienso que quizá se atreva a enfrentarse a mí.

Me pregunto si va a llamarme la atención por no dejar de acecharla o si va a decirme que, en el fondo, le gusta que lo haga.

Sin embargo, acaba apartando la mirada, como todo el mundo.

—Es que… Eh… Lo…

—Suéltalo ya —le ordeno.

—Lo… Lo siento. Mi jefe odia el olor. Yo no tengo nada en contra, me-me da igual —responde tartamudeando, como si su supervivencia dependiera de esas palabras.

—Dile a tu jefe que venga él la próxima vez si tanto le molesta, ¿entendido?

Me pongo de pie, me meto la mano en el bolsillo trasero para sacar algo de dinero y lanzo un billete de cincuenta sobre la mesa como propina para ella.

Esto no es más que un recordatorio cruel de lo desolador y monótono que ha sido este año.

No puedo aferrarme a nada. Al parecer, no soy capaz de mantener a mi lado a las personas que me importan; siempre que dejo que una mujer entre en mi vida, o muere o me la juega. No pienso volver a permitirlo jamás.

He tenido de sobra con la muerte de Rose, el desastre de Sage y el asesinato de aquellos cerdos.

No sé si será solo cosa mía, pero cuanta más sangre derramamos, más vacío me siento por dentro. No porque me importen esos tíos, sino porque ni siquiera matarlos ha servido para aliviar el dolor de haber perdido a Rose.

Cada vez que miro a Silas me siento como si me pegaran un puñetazo en el estómago.

Por muchas gargantas que cortemos o cuerpos que descuarticemos, no vamos a poder traerla de vuelta. Y odio admitir lo mucho que me duele pensarlo.

Era demasiado buena para este mundo, demasiado pura, y la vida nos la arrebató de golpe con sus sucias garras.

Necesito una hierba más potente.

Algo que me permita dejar la mente en blanco.

Que me haga olvidar.

Me abro paso entre las mesas y el humo y, cuando salgo por la puerta principal, me doy de bruces con una lluvia fría y densa.

—De puta madre —maldigo, consciente de que las gotas van a atravesarme la ropa como si fueran balas de camino a casa.

Me subo la capucha y cruzo la calle a trote para dirigirme a donde he aparcado.

Al poner un pie en la acera, miro a mi izquierda un segundo y empiezo a caminar en la dirección opuesta. Entonces, me choco con alguien que venía justo por ese lado y el golpe me saca de mis pensamientos.

—Mierda —gruño.

Cuando echo un vistazo hacia abajo, me percato de que se le han caído algunas cosas del bolso. Me agacho para ayudarla entre risas por culpa de la maría. Tengo la amabilidad justa para ser cortés con la gente y un asesino al mismo tiempo. Ironías de la vida.

Extiendo la mano para coger un par de objetos al azar: un bálsamo labial, un bote de pastillas de ibuprofeno y una piedra roja. Pero la desconocida choca sus botas marrones empapadas de agua y alza una mano hacia mí para que me detenga.

—¿Hasta cuándo vas a seguir adentrándote en la oscuridad antes de comprender que no queda nada bueno en ella?

Doy un paso atrás y frunzo el ceño.

—¿Qué?

—El Diablo —dice un poco más alto, recogiendo tres cartas que hay tiradas sobre el cemento mojado junto al resto de sus pertenencias—. Has permitido que el mundo cargue sobre tus hombros toda su maldad, cielo, y te has convertido en lo que los demás esperaban de ti, pero ¿quién eres en realidad? ¿Te sientes identificado con él?

Acto seguido, me tiende una carta con detalles en negros y dorados, en cuyo centro se ve la ilustración de un hombre con cuernos sentado sobre un trono que se cae a pedazos.

Por un segundo, creo estar alucinando, pero todo empieza a cobrar sentido cuando le echo un vistazo a la tienda de la que ha salido y leo el letrero de neón que reza: «Trinity Spiritually.

Quiromancia, tarot y otras necesidades espirituales».

Vuelvo a fijarme en los definidos rizos rubios que le sobresalen por debajo del gorro y esos ojos vivaces que parecen saber con exactitud cómo voy a reaccionar a sus palabras.

—No pienso pagar para que me leas las cartas —mascullo mientras sigo recogiendo el resto de sus cosas.

Una vez he acabado, me aparto y me dispongo a dejarla sola con sus rollos de chiflada.

—Yo no controlo a quién o de qué hablan las cartas. No te están pidiendo nada, solo quieren advertirte.

«Se ve que tengo pinta de ser el típico panoli que se traga todas estas chorradas místicas».

—Pues diles que no me interesa nada de lo que tengan que decirme, así que guárdate para ti lo que te cuenten, ¿vale?

No me apetece seguir perdiendo el tiempo con esto.

Bajo la vista y la veo ahí de pie bajo la lluvia, envuelta en un chal que se le ciñe a los hombros, como si no le importara ni lo más mínimo que el agua le calara hasta los huesos.

—Qué muchacho tan terco. —Levanta una ceja—. Te estoy diciendo que la Suma Sacerdotisa —le da un golpecito con el dedo a la carta del medio— viene a por ti. No podrás seguir huyendo por mucho más tiempo de tu pasado. Vas a tener que enfrentarte a ella, al dolor, a tu corazón roto. Y será pronto. Si la sigues esquivando, solo cavarás más hondo tu propia tumba; en cambio, si la miras de frente, obtendrás la redención que tanto necesitas.

¿Cómo coño he acabado aquí? ¿Por qué parezco tener un imán para estas mierdas?

Se me revuelven hasta las entrañas del cabreo. Ya me taladran suficiente la cabeza en casa con este tipo de discursos, solo que en otro formato.

La espiritualidad y la religión no se diferencian tanto. Al fin y al cabo, ambas recurren a sus profecías autocumplidas.

No sirven para hacer el bien ni para ayudar al prójimo, sino para manipular y mantener a la gente a raya. Se inventaron con el único fin de asustar a los demás y obligarlos a cumplir unas normas que jamás habrían acatado si no se les hubiera infundido ese temor al

hombre omnipresente y vengativo que habita el cielo.

Lo único que me faltaba esta noche es que me amenazaran diciéndome que una sacerdotisa viene a por mí.

—Ya está bien —la corto.

Aparto la mirada, voy hacia mi moto y paso la pierna por encima del asiento. Aun así, se ve que no capta la indirecta, porque me sigue y se coloca a mi lado.

—No me hacen falta tus gilipolleces de bruja. No me las trago —repito con firmeza para dejar clara mi postura mientras me pongo el casco y forcejeo con la correa para abrochármelo.

—No es mi intención que te las creas. —Con un gesto sereno, me extiende la última carta junto con una tarjeta de visita y deja caer ambas sobre mi regazo—. El diez de espadas, chico. Si no te replanteas el camino que has tomado, te aguarda un final amargo. Uno lleno de pérdidas y traiciones, tan brutal y despiadado que no lograrás salir sano y salvo. Cuida estas cartas y, si algún día logras sanar las heridas que te ha causado la religión, pásate por aquí y déjame leerte la mano. Presiento que tienes una gran historia que contar.

Dicho eso, se da media vuelta y se aleja caminando bajo la lluvia con el repiqueteo de sus botas, como si no acabara de soltarme todo un discursito de pseudopsicología barata.

Bajo la vista hacia mi regazo. La tarjeta rectangular de color blanco tiene su nombre impreso seguido de un número de teléfono. «Bliss St. James».

La carta que se encuentra a su lado sigue el mismo patrón de negros y dorados que las otras, pero en esta aparece un hombre cabizbajo con múltiples espadas clavadas en la espalda que dan la impresión de hundirlo cada vez más. Tiene los brazos extendidos, como si suplicara ayuda, pese a ser consciente de que no va a serle concedida.

El viento se levanta de pronto y la lluvia comienza a caer con más fuerza. Un escalofrío me recorre los brazos al notar el agua helada que me empapa la ropa.

A la gente como ella se le da muy bien leer el lenguaje corporal de los demás y percatarse hasta del más mínimo detalle. Esa es la

única razón por la que ha podido adivinar mi postura ante la religión. Al fin y al cabo, así es como se ganan el pan.

Pero yo no pienso caer en esas tonterías.

Lanzo las dos cartas al suelo con total indiferencia para que el agua de la lluvia las destroce. A continuación, giro la llave y dejo que el motor ruja entre mis muslos. La fuerza que me atraviesa con cada vibración hace que se me caliente el cuerpo. Por último, me bajo la visera del casco y todo a mi alrededor se sume en una oscuridad aún mayor.

Que le den por culo a la intervención divina. No necesito redención.

Si Dios tiene algún problema conmigo, ya sabe dónde buscarme. Hasta entonces, seguiré arrancando cabezas para asegurarme de que todos los responsables de la muerte de Rose ardan vivos en las llamas del infierno.

16
El pasado llama a tu puerta

SAGE

Hollow Heights.

La puerta al éxito. La universidad más prestigiosa de todas.

Si estudias aquí, tienes asegurado cualquier trabajo que se te venga a la mente. Da igual que tus competidores se hayan graduado con honores en la mismísima Harvard; siempre se te ofrecerá a ti primero el puesto, porque en estos círculos todo gira en torno al legado y, por supuesto, el dinero.

El simple hecho de entrar ya significa que vales más que la mayoría.

Mucha gente se pasa toda su vida soñando con ser admitida en esta infame universidad; para mí, en cambio, es una auténtica pesadilla haber acabado en este lugar.

Se me había olvidado lo fina que parece aquí la línea entre lo elegante y lo macabro.

El enorme campus es un laberinto de torres y edificios aislados y rodeados de pinos color verde oscuro. La niebla da la impresión de haberse asentado sobre cada rincón de este sitio como si formara parte de la propia universidad.

Se me hace raro llevar mi antigua ropa, que ahora me queda un poco más ancha por el peso que he perdido. Noto que me roza partes del cuerpo de las que ni siquiera era consciente, a diferencia del uniforme que me han estado obligando a llevar durante todo este tiempo. El repiqueteo de mis zapatos me retumba en los oídos con cada paso que doy mientras recorro los pasillos en busca del aula en la que se imparte la primera clase que me toca.

La cabeza me da vueltas al contemplar la imponente altura del techo y los patrones circulares que enmarcan los vitrales oscuros de estilo gótico por los que apenas logra penetrar la luz.

Odio estar aquí.

Pero no estoy nerviosa.

Tengo trabajo que hacer. Un plan que seguir. Un papel que interpretar.

No estoy aquí para llevar al día los deberes o recibir una educación de primera, sino para vengarme de los imbéciles que me han dejado salir del psiquiátrico. La idea de presenciar cómo se apagan los ojos de mi padre al perder la vida me da fuerzas para seguir adelante.

Es lo mínimo que puedo hacer por Rose. Después de lo mal que me porté con ella cuando aún estaba viva, se merece que su asesino reciba un castigo justo. Da igual cuánta sangre deba derramarse.

Su muerte y el hospital psiquiátrico me han cambiado por completo.

Antes, al mirarme al espejo, solía ver a una chica aguardando el momento de alzar el vuelo y comenzar a vivir de verdad; en cambio, ahora no veo nada más que la sombra de lo que fui.

No tengo ni idea de quién soy, qué me gusta o qué me hace feliz. Me limito a respirar y a moverme por inercia, como si mi existencia fuese igual de irrelevante que las diminutas ondas que se forman en un estanque tras lanzar una piedra.

Mis sueños se esfumaron tan rápido que he empezado a preguntarme si alguna vez los tuve en realidad. Me he perdido a mí misma, y me he acostumbrado a esa sensación.

Aunque, en este preciso instante, también me he perdido en el sentido más literal de la palabra. Justo cuando siento que los infinitos pasillos de Hollow Heights van a engullirme, acude en mi rescate el orientador de la universidad, Conner Godfrey.

A pesar de que nunca le he prestado demasiada atención, es una persona agradable.

—¿Puedo ayudarte en algo? —pregunta, y le echa un vistazo al horario que tengo entre las manos antes de señalar una puerta al final del pasillo—. Esa es el aula que estás buscando. Si necesitas

ayuda con el horario o no sabes dónde está algo, pásate por mi despacho, ¿de acuerdo?

—Gracias —respondo, esbozando una pequeña sonrisa.

Cuando lo veo alejarse por el pasillo, procedo a fijarme en el número que se indica en las placas colocadas al lado de cada puerta y en el nombre del profesor que aparece debajo. Después de revisar por última vez mi horario, respiro hondo y me detengo enfrente del aula veinticuatro.

La asignatura que me toca es Latín I.

El cuello de la blusa blanca que llevo parece oprimirme la garganta y estoy empezando a arrepentirme de haberme puesto esta falda negra. El aire me pasa demasiado cerca de los muslos desnudos y provoca que el frío me cale todo el cuerpo, pese a la chaqueta roja que me cubre los hombros.

Me armo de valor para enfrentarme a todas las miradas curiosas que van a posarse sobre mí.

Sage Donahue ha vuelto. Y están a punto de darse de bruces con una versión mucho más despiadada de la que recuerdan. Porque ahora todo me importa una mierda.

Abro la puerta y el eco de mis zapatos llena el silencio que se ha apoderado de la clase en cuanto han reparado en mi presencia. Todo el mundo tiene los ojos posados en mí. La mayoría de los rostros que capto entre la multitud me suenan del instituto, pero también hay algunos desconocidos que preguntan en voz baja quién es la chica que acaba de petrificar al aula entera.

Incluso la profesora, que se supone que debe mantener una actitud profesional, ha dejado lo que estaba haciendo para mirarme, así que permito que todos me observen boquiabiertos y que se imaginen lo que quieran sobre mi paradero y lo ocurrido.

Seguro que nada de lo que sus minúsculas mentes puedan concebir es más atroz que la realidad.

—Señorita Donahue —dice la profesora, aclarándose la garganta —. Por favor, tome asiento y procure no llegar tarde la próxima vez para no interrumpir la clase.

Esas palabras parecen devolverlos a la realidad, como si de pronto fueran conscientes de dónde se encuentran y de qué están

haciendo. Cuando retoman sus conversaciones y bajan la vista a sus respectivas mesas, aprovecho para recorrer con la mirada las filas de asientos en busca de uno libre y, a ser posible, apartado del resto.

Sin embargo, me encuentro con unos ojos entrecerrados y abrasadores.

Los mismos que me quitan el sueño por la noche.

Sabía que tendría que verlo. Al fin y al cabo, me han encomendado precisamente que me ponga en su camino, así que creía que, una vez llegara el momento, estaría lista para comprobar cómo le habían sentado todos estos meses. Me había imaginado un sinfín de posibilidades, pero ninguna podría haberme preparado para el efecto que tiene sobre mí.

Siempre consigue pillarme por sorpresa.

El tiempo lo ha tratado bien.

Ya no está tan delgado; ahora su figura es mucho más imponente. Teniendo en cuenta lo ajustada que le queda la camiseta negra de manga larga, intuyo que el pecho se le ha ensanchado. Los brazos también parecen más robustos, a juzgar por la forma en la que la tela se ciñe a su alrededor, y se ha adornado las manos con tatuajes.

El corazón me da un vuelco al fijarme en los mechones que le sobresalen por debajo de la gorra que lleva del revés. Todavía no he visto a nadie a quien le siente tan bien como a él. La luz se refleja en el diminuto pendiente de plata que le atraviesa la ceja y da la impresión de que tiene una raya que le separa el pelo.

Está colocado. Lo sé por la lentitud con la que sus ojos se deslizan sobre mi cuerpo. No hay interés ni deseo, sino repulsión.

Ni siquiera la maría ha conseguido atenuar el odio que siente hacia mí.

Y eso es lo que más me duele.

Puedo lidiar con el hecho de verlo o de que haya cambiado, pero no soporto que me mire con ese rencor tan visceral que parece rasgarme la piel, haciéndome revivir aquella despedida y la agonía de haber quebrado su confianza una y otra vez.

Sé que preferiría no haberme conocido nunca. Aun así, soy consciente de que, por mucho que me odie, se odia más a sí mismo

por haberse permitido confiar en mí, y el dolor que me atraviesa el pecho solo de pensarlo me resulta insoportable.

Me llevo la mano a la clavícula de forma inconsciente y acaricio la cicatriz que se esconde bajo mi ropa. Lo he hecho muchas veces para buscar consuelo desde que nos separamos, con la esperanza de que la marca que compartimos pudiera invocar los recuerdos felices que habíamos vivido.

Se queda contemplando el gesto durante un segundo, pero, cuando vuelve a clavar sus ojos en los míos, me siento como si me hubieran lanzado un jarro de agua fría en el acto. Están inquietantemente vacíos. No soy capaz de percibir ninguna emoción en ellos, ni siquiera la repulsión o el odio que destilaban antes. Se me forma un nudo en el pecho al darme cuenta de que no siente absolutamente nada por mí.

El Rook que conocía, ese que quería tenerme a su lado desesperadamente y que llegué a creer que podía amarme… ha desaparecido para siempre.

Es increíble lo mucho que cambian las cosas cuando estás fuera.

Al parecer, el mundo sigue girando, aunque la gente muera o sea desterrada a un psiquiátrico, como es mi caso.

La clase de esta mañana estaba siendo bastante incómoda, pero, diez minutos después de que me sentara, Rook se excusó para ir al baño y no volvió. A partir de ahí, dejé de prestar atención y me perdí pensando en planes y estrategias.

Aun así, sigo sin saber cómo puñetas voy a conseguir que me crean cuando les diga que estoy de su lado y que quiero ayudarlos a vengar a mi hermana. Nunca me permitirán unirme a ellos si no confían en mí, pero igualmente no pierdo nada por intentarlo.

La única opción que tengo es recurrir a Silas.

Si lograra hablar con él lo suficiente, podría explicarle que solo quiero destruir a mi padre y aplastarlo como a un insecto hasta que su existencia quede reducida a la nada. Una vez acabemos con él, desapareceré de sus vidas y no volveré a molestarlos jamás.

Él debería entender mejor que nadie lo importante que es esto

para mí.

Me he convertido en la comidilla del campus, tal y como sospechaba, pero he aprovechado que la gente de mi alrededor parecía tener la lengua suelta y me he puesto al día con todo lo que me he perdido durante estos meses. Es alucinante la cantidad de cosas que se atreven a decir los demás cuando llevas auriculares puestos y se creen que estás escuchando música.

En una de mis clases, me he enterado de que Jason Ellis organizó la fiesta de bienvenida del año pasado y, por lo visto, su casa acabó tan destrozada que sus padres le quitaron la tarjeta de crédito negra como castigo. También he escuchado algo de que hubo disparos en el juego que organizan todos los años para los estudiantes de primer año y que uno de los Hollow Boys ya no está en el mercado, dato que parece haberles impactado más que si las ranas criasen pelo.

Hace años, me habría reído al enterarme de algo así. No me habría cabido en la cabeza que alguien fuera capaz de salir con unos tíos que están tan mal de la cabeza y tienen tan mala fama, pero ahora no me cuesta creerlo.

Si se parecen mínimamente en algo a Rook, imagino que todos esconden secretos tras esa fachada repleta de caos y, una vez captas los destellos de ese lado que ocultan y empiezas a comprenderlos, es difícil no encariñarse con ellos y la oscuridad que traen consigo.

Lo más triste de todo es que Rook no llegó a mostrarme ni la mitad de las heridas y los secretos que guardaba y, aun así, me enamoré de él.

Me da miedo pensar que la única persona en Ponderosa Springs que sabe algo sobre mí y que podría usarlo en mi contra es Rook Van Doren, un Hollow Boy conocido por su crueldad. No solo me destrozaría si decidiera contárselo a alguien, sino que me partiría el corazón en mil pedazos una vez más.

Me envuelvo bien en mi abrigo largo y me dispongo a cruzar de un edificio a otro a toda prisa. Enero en Oregón siempre trae nieve, así que el campus está cubierto de un manto blanco que le brinda un aspecto aún más inquietante, a pesar de que los demás

estudiantes ya han vuelto de las vacaciones de Navidad.

Es imposible no estremecerse ante las gárgolas que te persiguen con la mirada y que algunos creen que, en realidad, son cámaras; las fuentes de agua congelada que se encuentran frente a algunos edificios; la nieve que corona las afiladas puntas de las torres y el viento salado que te azota la piel como un látigo cada vez que cruzas un espacio abierto y que proviene de la costa sobre la que se erige el campus.

Consigo llegar al Comedor Salvatore antes de que se me congelen los pezones. Apoyo las manos en las puertas y, en cuanto empujo para abrirlas, siento de inmediato el calor del interior en las mejillas. Ahueco las manos delante de la boca y echo el aliento sobre ellas mientras paso junto a algunos estudiantes que no conozco.

Ya debería estar más que acostumbrada a los edificios extravagantes y a lo que albergan, pero cada sitio al que entro en Hollow Heights me recuerda por qué es una universidad tan codiciada. El comedor es gigantesco y cuenta con un techo altísimo del que cuelgan varias lámparas de araña circulares de dos niveles repletos de bombillas transparentes que se asemejan a las velas. Al bajar la mirada, me encuentro con un sinfín de filas de mesas de seis sillas apiñadas en la estancia.

Tras tomarme un momento para admirar la pintura del techo, que rinde homenaje a la Capilla Sixtina, me pongo a la cola para coger el almuerzo. Aunque antes me habría resultado impensable poner tanto empeño en mimetizarme con el resto, ahora siento que es justo lo que debo hacer si quiero sobrevivir.

Agacho la cabeza y me toco el oído derecho para que mis AirPods reproduzcan música y ahoguen el murmullo animado de las conversaciones que me rodean. Entonces, empiezan a sonar The Righteous Brothers y dejo que sus voces calienten lo poco que queda de mi alma desgastada.

Cuando ya tengo la bandeja lista, localizo enseguida una mesa vacía en una esquina, apartada de miradas curiosas, y me acomodo en ella, pero, antes de proceder a hincarle el diente a mi almuerzo, me pongo a dividirlo todo en diferentes secciones. Estoy tan

acostumbrada a los separadores del psiquiátrico que la simple idea de que la comida se toque me da ganas de vomitar.

Me he pasado tanto tiempo fuera que aquella institución mental me resulta más acogedora que este lugar. Solo espero que todo esto acabe pronto y pueda largarme de una vez por todas. A pesar de que no tengo claro a dónde ir todavía, sé que necesito alejarme de este rincón del mundo y no volver jamás. Antes soñaba con Hollywood o Los Ángeles, pero ahora me invade un vacío asolador al imaginarme viviendo allí. Ya no siento que pertenezca a ningún sitio. Todo ha dejado de tener sentido.

—¿Sage?

«Me cago en mi puta suerte».

—He oído que habías vuelto, pero pensaba que era broma. ¡Qué fuerte que estés aquí! Te hemos echado de menos.

Levanto la vista hacia Mary mientras pincho una uva con el tenedor; a continuación, me la meto en la boca y me recuesto en la silla. Lizzy se encuentra de pie junto a ella, saludándome con un gesto torpe de la mano.

Las palabras de Mary no coinciden con la expresión de su rostro. Irradia una satisfacción triunfal, como si hubiera conseguido ocupar mi puesto en Ponderosa Springs. Aunque, en cierto modo, es lo que ha hecho.

—Ay, qué mona —contesto, masticando la fruta—. Lo mismo digo. No he dejado de pensar en mis dos mejores amigas en todo el tiempo que he estado encerrada en el psiquiátrico.

Sonrío con una ternura fingida, parpadeando más veces de la cuenta.

—Quería ir a visitarte —empieza a excusarse Liz, pero cuando Mary le da un toquecito con la cadera, como si no fuera a darme cuenta, suelta un suspiro de frustración en respuesta y, acto seguido, se corrige—: Queríamos ir a visitarte, pero tu padre insistió en que te recuperarías antes si te dejábamos tranquila.

Creo que Lizzy podría haber sido una buena amiga si le hubiera dado la oportunidad; sin embargo, como se limitaba a seguirme sin rechistar, ahora obedece las órdenes de su nueva jefa.

Se me escapa la risa.

—Qué considerado por su parte. Me alegra que le hayáis hecho caso. Desde luego, me ha servido para ponerme mejor —les espeto con sarcasmo—. Además, seguro que estabais muy ocupadas con la graduación.

—Oye, Sage —dice Mary, echándose los mechones perfectamente rizados de su melena por detrás del hombro, lo que provoca que me den ganas de arrancarle la diadema de la cabeza y pegarle con ella—. Quería hablar contigo sobre East. Todo lo que pasó fue muy duro y nos apoyamos el uno en el otro. Te echábamos de menos. Fue…

Lo que más me gusta de esta nueva versión de mí misma es no tener que esconder lo que siento de verdad.

—Me importa una mierda que te estés tirando a mi ex —interrumpo su disculpa; no me hace falta escucharla—. Me alegra que te hayas quedado con mis sobras, Mary. Así me dejará tranquila de una puta vez.

No podría darme más igual a quién se esté follando Easton Sinclair, siempre y cuando no sea a mí.

—Al fin y al cabo, es lo que siempre has querido, ¿no? Por eso te hiciste mi amiga. Para poder tener lo mismo que yo —añado.

Sabía que Mary ansiaba la atención que yo recibía con tanta facilidad en el instituto. Llevaba todo este tiempo esperando a que me estrellara para poder ocupar mi puesto. Y no la culpo. Este lugar te enseña a ser un buitre, de modo que haces lo que sea para sobrevivir, pero resulta mucho más sencillo cuando te encuentras en lo más alto de la cadena alimentaria.

—No te pongas así por haber dejado de ser la más popular. Nadie quiere estar cerca de alguien que necesita una camisa de fuerza.

—Ay, no. ¿Qué va a ser de mí ahora que no cuento con la aprobación de los fracasados de este pueblo? —respondo con dramatismo, llevándome el dorso de la mano a la frente como si me estuviera tomando la temperatura—. Me temo que no voy a poder soportarlo.

No sé qué le molesta más, si mi sarcasmo o que no me importen una mierda sus ataques.

—¿Sabes qué? Me das lástima —dice con una sonrisa amarga—. No solo has perdido a tu madre y a tu hermana, sino también la cabeza. Por eso crees que puedes tratarme tan mal, porque total, ¿qué más puedes perder? Ya no te queda nada.

Aprieto los dientes con tanta fuerza que oigo cómo me chirrían.

—Tienes razón. No me queda nada más que perder.

Parece satisfecha consigo misma, como si hubiera conseguido ponerme en mi sitio y mostrarme que ahora es ella la que manda.

—Todo el mundo se ha enterado ya de mis trapos sucios, así que no tienes nada con qué atacarme —añado, y me paso la lengua por el labio inferior a la vez que inclino la cabeza hacia un lado—. Los tuyos, en cambio, todavía no se han aireado, y me sé todos y cada uno de los secretos que guardáis las dos. Si vuelves a hablar de mi hermana, pienso acabar con vosotras. ¿Te ha quedado claro, princesita? —remato con una falsa dulzura.

Mi amenaza permanece flotando en el aire mientras ambas repasan mentalmente la lista de secretos que puedo usar contra ellas. Y saben que no me estoy tirando ningún farol: nada me impide exponerlas a ambas.

Los ojos se le abren lo suficiente para darme a entender que le han impactado mis palabras.

A pesar de que tengo asuntos mucho más importantes de los que ocuparme, si se interponen en mi camino y Mary empieza a hablar de lo que no entiende, no dudaré en ir a por ellas. Mary abre la boca, dispuesta a seguir cavando su propia tumba, pero alguien la interrumpe antes de que pueda cagarla aún más.

—¿Va todo bien por aquí?

Al fijarme en la persona que acaba de meterse en nuestra conversación, me doy cuenta de que no la reconozco ni a ella ni a la chica que la acompaña.

Lizzy agarra a Mary del brazo e intenta llevársela.

—Venga, vámonos —murmura.

Sin embargo, Mary hace caso omiso a los ruegos de su amiga.

—Perfecto. —Se ríe con sorna—. Vas a sustituirnos por la friki de los bichos y la nueva puta de los Hollow Boys. Deberías andarte con cuidado, Briar. La última chica que se juntó con ellos acabó

muerta. ¿Verdad, Sage?

Apoyo las manos sobre la mesa y arrastro la silla hacia atrás con un chirrido para levantarme.

—No voy a repetírtelo más veces, pedazo de zorra. Deja de hablar de mi hermana.

Nunca me he metido en peleas, así que a lo mejor salgo muy mal parada. Pero, aunque no tengo ni idea de cómo pegar un puñetazo sin romperme la mano en el proceso, sí sé tirar del pelo, morder y jugar sucio.

—Ya vale, chicas. La gente nos está mirando. Vámonos —interviene Lizzy, tirando del brazo de Mary con más fuerza hasta que consigue alejarla de mi mesa.

Cuando las veo volver a su lado del comedor, empiezo a notar una quemazón en el pecho. Un doloroso recordatorio de que Rosie ya no está y, al parecer, todos han asumido su ausencia. Todos, menos yo.

Me desplomo en la silla, agacho la cabeza y me paso las manos por el pelo con desesperación. ¿Qué hago aquí? Está claro que este ya no es mi sitio. Además, no creo que Silas ni los otros vayan a tomarse la molestia de escucharme, y mucho menos de confiar en mí.

Es solo mi primer día y ya estoy comenzando a sentir que todo esto es inútil. La única conclusión que he logrado sacar es que el mundo entero ha seguido adelante mientras yo me he quedado estancada, agitando los brazos en el agua sin llegar a ninguna parte.

—Menuda bienvenida.

—A ver cuándo se entera de que ese rollo de chica mala dejó de estar de moda hace diez años.

Briar —al menos así me ha parecido escuchar que se llama— se sienta frente a mí y su amiga de pelo oscuro procede a acomodarse a su lado. Las dos colocan su bandeja de comida en la mesa, como si las hubiera invitado a acompañarme.

Una tiene toda la pinta de ser la versión femenina de un leñador: lleva una camisa de cuadros abotonada y un gorro gris de lana que cubre una melena de color rubio oscuro. En cambio, la otra me recuerda muchísimo a Coraline. A mí no se me habría ocurrido

nunca combinar las botas de agua con un sombrero de pescador, pero a ella le da un estilazo increíble. A pesar de que parecen un dúo un tanto extraño, sus diferencias encajan a la perfección. Dan la impresión de complementarse de manera natural, como deberían hacer las buenas amigas.

—¿Puedo ayudaros en algo? —les pregunto con una ceja enarcada.

Me ha salido mucho más borde de lo que pretendía, pero me siento incapaz de cambiar mi naturaleza. Si antes ya me mostraba recelosa con la gente que no conocía, ahora no me fío ni de mi sombra.

—Ah, perdón. Soy Briar —dice la leñadora señalándose el pecho —. La puta de Alistair Caldwell.

—Y yo soy Lyra, la friki de los bichos. —Los rizos se le balancean ligeramente al hablar y, aprovechando que la tensión del ambiente se ha rebajado, me fijo un poco más en su rostro.

—Un momento, yo te conozco. Eres Lyra Abbott, ¿verdad? Creo que estábamos en la misma clase de inglés en el instituto. Te sentabas junto a la ventana, ¿no?

Asiente con la cabeza.

—En realidad, estábamos en muchas más clases juntas, pero no pasa nada. Me sorprende que te acuerdes. Casi nadie me presta atención.

No hay tristeza en el tono de su voz; más bien lo afirma como si fuera un hecho que ha aceptado. Decido guardar silencio porque, siendo sincera, solo me percaté de su presencia en aquella clase a raíz de enterarme de lo que le pasó a su madre cuando era una niña.

Me giro hacia Briar.

—¿Y tú qué? Debes de ser increíblemente valiente o muy ingenua para salir con Alistair Caldwell. ¿Cuál es tu caso?

No es de Ponderosa Springs. Probablemente esté al tanto de la reputación de su grupo de amigos, pero no ha vivido en sus propias carnes cómo llegaron a labrársela.

Se ha puesto un poco a la defensiva ante mi comentario. Lo veo en la forma en la que se le tensan los hombros y le tiembla la

mandíbula. La chica tiene carácter, desde luego. Lo supe en cuanto les plantó cara a Mary y Lizzy, sin importarle el estatus de ambas, así que ahora imagino que tampoco va a dudar en defender su relación.

¿Será esa la razón por la que el temido e irascible Alistair Caldwell ha caído rendido a sus pies? ¿O habrá algo más?

Chasquea la lengua y asiente ligeramente con la cabeza.

—Ya me lo han dicho unas cuantas veces desde que me mudé. Pero no soy ni una cosa ni la otra. Simplemente me crucé en su camino y no volví a apartarme de él. A veces no sabes lo que quieres hasta que lo tienes delante. Además, Alistair no es como lo pinta el resto; al menos, no conmigo.

—Sí, eso es lo que… —Me detengo a mitad de frase.

«Eso es lo que Rose intentaba hacerme ver con Silas».

Lo que yo descubrí con Rook.

Sé mejor que nadie lo que es enamorarse de aquello que mora en la oscuridad.

Cuando empiezan a comer, me quedo mirándolas de nuevo y me pregunto cuánto sabrá Briar de lo que Alistair se trae entre manos o si Lyra estará al corriente de lo que pasa. Me he perdido tantas cosas mientras estaba fuera que no tengo manera de saberlo.

—Mirad, no busco hacer amigas —admito con franqueza.

No me apetece forjar nuevos vínculos. Ya me he acostumbrado a no cargar con el peso de cumplir con las expectativas de los demás.

—No te hemos preguntado si las buscabas —responde Lyra—. Salta a la vista que ya no encajas en Ponderosa Springs. Has dejado de cumplir con sus estándares y te han relegado al olvido. Pero eso no quiere decir que tengas que estar sola. Hasta las lobas solitarias necesitan amigas.

La verdad es que no le falta razón. Ya no encajo, y una parte de mí odia escucharlo en voz alta, aunque, en el fondo, sé que nunca he pertenecido a este lugar.

—A veces se pone filosófica. Ya te acostumbrarás —me advierte Briar entre risas—. Pero es cierto: no tienes amigos, y tampoco es que nosotras seamos de lo peorcito que hay en este sitio. Al fin y al cabo, la universidad es para conocer gente nueva y todo eso, ¿no?

—No…

«No sé cómo ser amiga de nadie».

Eso es lo que quería decir.

No estoy segura de cómo ser una amiga de verdad. Ellas dos no parecen estar juntas para aparentar. Dan la impresión de ser el tipo de amigas que comparten secretos y lágrimas. Y yo nunca he tenido una amistad como esa, así que ni siquiera sé si se me daría bien.

Pero, aunque no dé la talla, esta alianza podría servirme.

Con ellas podría enterarme de cualquier cambio de planes y, lo que es más importante, Briar podría ayudarme a acercarme a Alistair lo suficiente para hablar con Silas.

Y, a lo mejor, no sé, quizá…

«No, Sage. Tienes un único objetivo, y hacer amigas no forma parte de él. Ni siquiera vas a quedarte tanto tiempo como para estrechar lazos con ellas. En cuanto tu padre deje de respirar, te irás y nadie volverá a verte el pelo por aquí. Ya está».

—No me he presentado. Soy Sage. Sage Donahue —digo, a pesar de que ya me conocen, pero, aun así, siento la necesidad de presentarme por mí misma.

—Encantada de conocerte oficialmente —contesta Lyra—. Bienvenida a la Sociedad de las Lobas Solitarias, Sage.

17
Punto de ebullición

Rook

—¿Hay alguna razón por la que estés hoy de peor humor que de costumbre, Rook?

El filo del hacha atraviesa la madera justo por el centro, haciendo que los dos trozos salgan disparados en direcciones opuestas. El sudor me resbala por la piel descubierta de la espalda mientras alzo la vista hacia Thatcher, que me observa desde su asiento, vestido de una manera exageradamente elegante.

Dejo caer el hacha al suelo y me seco las manos húmedas en los vaqueros. He estado un buen rato cortando leña como un condenado para la maldita hoguera que vamos a encender. Luego nos sentaremos alrededor y fingiremos que todo va bien.

Como si hubiéramos vuelto al instituto y este fuera un fin de semana más. Como si nuestras vidas no hubieran cambiado drásticamente desde entonces.

—No estoy de mal humor —gruño, recogiendo los troncos y arrojándolos al hoyo—. Solo necesito liberar un poco de tensión. Parece que soy el único al que le molesta sentarse a esperar de brazos cruzados.

—Eso no es verdad, y lo sabes —interviene Alistair, poniéndose de pie—. Queremos su cabeza en una pica tanto como tú. Deja de comportarte como si no estuviéramos en el mismo bando.

Me paso la mano por el pelo mojado y sacudo la cabeza en señal de desacuerdo.

—Entonces, ¿por qué no hemos hablado de ello? ¿O ideado un plan? Han pasado dos meses desde que Thatcher cortó a Greg en

pedacitos. Dos putos meses, Alistair. Ya va siendo hora de que hagamos algo.

Siento que he alcanzado mi límite y estoy a punto de estallar contra el que tenga la mala suerte de encontrarse más cerca. Últimamente me he guardado demasiadas cosas que me han arrastrado a una espiral descendente de rabia.

—¿O es que has tenido la cabeza tan metida entre las piernas de Briar que ni siquiera te has dado cuenta?

Tres segundos.

Eso es lo que tarda uno de mis mejores amigos en plantarse justo delante de mi cara, con tanto ímpetu que nuestros pechos acaban chocándose. Los escasos centímetros de altura que me saca probablemente hacen que se sienta superior.

Me he pasado de la raya. Sabía exactamente cómo iba a reaccionar ante mis palabras, y por eso las he dicho. Quiero que me pegue un puñetazo o me lance un derechazo a la nariz. Lo que sea. Necesito desesperadamente que me inflija dolor.

—Ten cuidado con lo que sueltas por esa puta boca, Rook. Te estoy avisando —brama, y contemplo cómo el marrón de sus ojos adopta un tono de negro más profundo que el de la propia noche—. No te reviento a golpes porque todos estamos demasiado tensos, aunque apuesto a que me estás provocando aposta para que lo haga, pero ni se te ocurra pensar que a ti te importa más que a mí vengar a Rose.

Aprieto la mandíbula, le coloco las manos en el pecho y lo empujo con la suficiente determinación como para hacer que se tambalee.

—Deja de intentar controlarlo todo al detalle. Estoy empezando a hartarme de seguir tus órdenes, Caldwell.

Un torbellino de emociones se desata en mi interior y se apodera de mí por completo. No se me da bien contenerme. Suelo explotar y actuar por impulsos, pero no puedo seguir así. Toda esta mierda me está superando.

—¿Seguro que todo ese enfado es por mi culpa? ¿O tiene algo que ver con que tu padre no pare de pisotearte?

Ese comentario basta para que mi dique emocional se quiebre

por la mitad y deje que toda la ira que había estado conteniendo salga disparada y arrase con todo a su paso.

Me lanzo hacia él, le rodeo la cintura con los brazos y le hundo el hombro en el estómago. Se le escapa un jadeo cuando lo aplasto contra el suelo y ambos caemos sobre la nieve helada.

Alistair utiliza su cuerpo para hacernos rodar y el frío me atraviesa la piel desnuda al quedarme bocarriba. Los cortes que tengo en la espalda y que aún no han sanado del todo comienzan a arderme en cuanto me presiona contra el suelo. Nuestras respiraciones se convierten en nubes de vaho visibles que flotan en el aire mientras nos revolcamos por la nieve.

Sin embargo, aún no me ha propinado ni un solo golpe, lo que provoca que me desespere aún más. Quiero que me haga daño. Lo necesito de inmediato.

—Rook —gruñe.

Pero no me detengo. Continúo empujándolo y le asesto un puñetazo contundente en un lado de las costillas.

Le fallé a mi madre, igual que ahora les estoy fallando a Rosie y a Silas. ¿Por qué nunca puedo ayudar a las personas que más me importan? ¿Por qué no puedo mantenerlas a mi lado?

Silas se aleja un poco más con cada día que pasa, y lo único que puedo hacer es limitarme a observar cómo se distancia. Por mucho que le insista en que se tome la medicación, sigue apartándome, y me mata por dentro verlo así.

Todo el mundo me está… abandonando.

—¡Rook! —grita más alto esta vez.

Me agarra de los hombros con ambas manos, me levanta y me estrella de nuevo contra la nieve. El cuerpo se me sacude entero, los huesos me crujen y la cabeza me rebota contra el suelo duro.

No puedo evitar toser de dolor al sentir cómo se me abren los cortes de la espalda. Los hilos de sangre que brotan de ellos se mezclan con la nieve derretida y me empapan la piel. Me los hice hace unos días y ya estaban empezando a cicatrizar, pero ahora tardarán aún más en cerrarse.

Una mano enorme me sujeta por la nuca y tira de mí hacia delante hasta que mi cabeza choca con su pecho. Entonces, me

inmoviliza en esa posición. El cuerpo se me pone rígido y trato de zafarme de su agarre, pero lo único que consigo es que apriete con más fuerza.

—¡Joder! —bramo.

Antes de llegar a la Cima, me pasé por la gasolinera para comprar líquido para encendedores, y el cabrón de Frank Donahue tuvo los cojones de hablarme en la cola para preguntarme por la universidad. Incluso pronunció el nombre de Silas para saber cómo le iba a él.

Lo único en lo que podía pensar mientras lo veía abrir esa sucia boca era en arrancarle la lengua de cuajo por haberse atrevido a pensar en Silas o en Rose. Jamás he tenido que contenerme de esa manera, y me costó horrores irme de allí sin prenderle fuego a aquella gasolinera con él dentro.

Esa ha sido la gota que ha colmado el puto vaso de mierda.

Ya no aguanto más.

No puedo seguir esperando.

—Lo entiendo. Sé cómo te sientes —murmura—. Yo también la echo de menos. Sé que parece que no estamos haciendo nada y que estamos dejando que ese hijo de puta se pasee por ahí como si nada, pero te prometo que le llegará su hora, Rook. Tendrá lo que se merece.

En todos los años que llevo conociendo a Alistair, nunca ha roto ni una sola promesa de las que me ha hecho. Ni siquiera cuando fui a pedirle que no se contuviera conmigo en el *ring* durante nuestras sesiones de entrenamiento tras darme cuenta de que las primeras veces no estaba empleándose a fondo, y lo último que yo necesitaba era que me tratara como a una flor delicada.

Él fue el primero en ser consciente de ello. El único que entendió que el dolor y el castigo me ayudaban a sobrevivir el día a día. Sobre todo, ahora que, por muchos golpes que reciba, la culpa sigue impregnando cada fibra de mi ser por el simple hecho de estar vivo mientras ella se encuentra bajo tierra.

Alistair siempre parece saber qué necesita el resto.

Pero lo que él no sabe es que, para colmo, alguien que jamás debería haber regresado de entre los muertos ha irrumpido en mi

clase de latín con su pelo de color fresa, esas pecas que le salpican el rostro como si le hubieran espolvoreado canela y un aspecto mucho más delgado, pero el doble de letal.

Aquí no le queda nada, así que no tengo ni puta idea de por qué coño ha vuelto. Sabía que la habían ingresado en el Instituto de Salud Mental Monarch, no porque me importara, sino porque la gente no dejaba de hablar de ello. Pero, si ya le han dado el alta, ¿qué cojones hace aquí? ¿No debería estar en Los Ángeles a estas alturas? ¿Por qué leches no podía mantenerse lejos?

—¿Vosotros dos os lleváis bien alguna vez? —interviene Thatcher.

Le coloco las manos en el pecho y lo empujo hasta apartarlo de mí. Entonces, me ofrece el brazo para ayudarme a levantarme y se lo acepto. Solemos desafiarnos el uno al otro con frecuencia, más que con los otros chicos. Nuestras emociones nos sobrepasan a menudo y tenemos la sangre caliente.

Silas y Thatcher, en cambio, pueden ocultar lo que sienten sin esfuerzo. Bueno, Thatcher directamente no siente nada, joder. Sin embargo, Alistair y yo nos alimentamos de la ira. La usamos como combustible.

—La verdad es que no, pero nos sirve —contesto—. Lo siento —añado, dirigiéndome a Ali.

Me da en la cabeza con la palma de la mano.

—No vuelvas a hablar así de Briar. Estás empezando a caerle bien de verdad.

—¿Y de mí qué? ¿No dice nada?

Ambos miramos a Thatcher, que tiene la osadía de hacerse el tonto cuando sabe de sobra que Briar Lowell no lo aguanta, aunque, por algún motivo que no alcanzo a comprender, se esfuerza por que siga siendo así.

A mi espalda, comienzo a percibir unos pasos que avanzan hacia nosotros. Reconozco enseguida quién se está acercando antes de que aparezca en mi visión periférica.

Silas se queda de pie, con las manos en los bolsillos y la mirada perdida, contemplando la silla que se encuentra en el lado derecho del fogón, esa en la que solía sentarse con Rosemary en su regazo.

Daría cualquier cosa por saber en qué piensa.

Pero todos sabemos que siempre está pensando en ella.

—Ey, tío —lo saludo—. ¿Vienes de ver a tus padres?

Entonces, parece reparar en nuestra presencia y se quita la capucha, dejando al descubierto su cabeza rapada.

—Sí.

—¿Siguen intentando sobornarte para que te vayas?

—No paran de insistirme. Y desde que pasó lo de Rose, se han puesto todavía más pesados.

Sé que lo quieren, sobre todo su padre, pero no le hace falta irse. Ni siquiera necesita apoyo, solo que comprendan que, ahora mismo, no va a moverse de aquí y que respeten su decisión. El hecho de que lo estén presionando constantemente para que se vaya a otro estado o cambie de universidad solo contribuye a empeorar las cosas y causarle más dolor.

Él es consciente de que, tarde o temprano, tendrá que irse de Ponderosa Springs, pero, en este momento, dejar este lugar sería como dejarla a ella y, dado que, por más que lo intente, no puede llevarse su tumba a cuestas, le es imposible soportar la idea de que ella se quede aquí mientras él continúa con su vida en otro sitio.

No está preparado aún. Nadie lo está.

—Bueno, dios del fuego, bríndanos un poco de luz —dice Thatcher, que ha aprovechado que los ánimos se han calmado para acomodarse de nuevo en su silla.

Asiento y respiro hondo. Me encamino hacia los montones de leña que he apilado y me sirvo del líquido para encendedores y la cerilla que llevo en la boca para encender el fuego. Aunque solo sea por unos instantes, ver cómo las llamas van elevándose cada vez más hacia el cielo apacigua el ardor de las heridas que me atraviesan el alma.

Echo la cabeza hacia atrás y dejo que el fuego me caliente la piel mientras inhalo el denso humo de la madera que comienza a quemarse. A esta distancia, puedo sentir las brasas crepitando sobre mí, como si me depositaran diminutos besos ardientes en el pecho, y se me eriza todo el vello del cuerpo bajo su tacto.

Los cuatro tomamos asiento y permanecemos en silencio. No

necesitamos hablar. Nunca ha sido lo nuestro. No quedamos en este sitio para contarnos cómo nos ha ido el día ni para intercambiar chismorreos como hacen en la peluquería.

Venimos aquí a existir.

Es el único lugar de este pueblo en el que podemos limitarnos a ser nosotros mismos. Un pequeño anticipo de lo que nos depara el mundo más allá de este pozo. Cuando nos vayamos, la gente no se parará en la calle a mirarnos y cuchichear. Los padres no agarrarán a sus hijos con fuerza de la mano al vernos. Pasaremos desapercibidos para los demás porque no nos conocerán.

Solo seremos unos tíos cualquiera viviendo su vida.

Aquí, por el contrario, estamos condenados a no ser nada más que las manzanas podridas que contaminan al resto, cuando, en realidad, lo único que anhelamos es existir en un mundo en el que no se nos pinte como los malos.

La luz de unos faros se cuela entre los árboles y baña con su resplandor la figura de Thatcher, que está sentado frente a mí. Me giro en la silla, como si así pudiera ser capaz de distinguir a la persona que se ha bajado del coche y procede a caminar hacia nosotros en medio de la oscuridad.

—¿Has invitado a tu mascota? —le pregunta Thatcher a Alistair.

—Te dije que como siguieras llamándola así iba a partirte el cráneo, Thatch. Para de una puta vez —ladra el aludido en respuesta —. Y no, esta noche está estudiando con Lyra en la residencia.

Me pongo de pie de un salto y me coloco frente al bosque que conduce hacia nuestro paradero, dispuesto a atacar si es necesario.

Es imposible llegar a este sitio por azar; tienes que saber de su existencia para dar con él, lo que significa que quien sea que está avanzando en nuestra dirección es consciente de que nos encontramos aquí.

Aprieto el puño mientras esperamos en silencio. El crepitar del fuego es el único sonido que llena el aire, hasta que, de pronto, percibimos el crujido de unas pisadas sobre la nieve. Entonces, la persona que ha osado venir a buscarnos se adentra en la luz y deja atrás las sombras del bosque.

—Vaya, esto sí que no me lo esperaba —comenta Thatcher,

probablemente igual de sorprendido que los demás.

Un cabello rojizo emerge de entre los árboles. Los mechones que componen su elegante corte estilo *bob* se le mecen justo debajo de la barbilla al andar. Con las manos hundidas en los bolsillos de su chaqueta, se acerca hacia el borde donde estábamos sentados, aunque su aparición nos ha dejado tan aturdidos que somos incapaces de articular palabra.

La sorpresa no tarda en dar paso a la irritación en cuanto proceso a quién tenemos delante.

—¿Cómo coño has llegado aquí?

Sage ni siquiera se inmuta ante la voz de Alistair. Mantiene la cabeza erguida y continúa caminando hacia nosotros.

Después de todo por lo que ha pasado, el psiquiátrico no ha logrado quebrar ese espíritu combativo que no le permite dejarse intimidar por nadie.

Bien. Me alegra que aún conserve su carácter. Así será más satisfactorio verla caer frente a mí cuando la destroce por completo y no quede ni una chispa de fuego en sus ojos.

—Necesito hablar con Silas —dice.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Tu novia, Briar, me ha dicho que estabais aquí. Aunque no sabe que he venido. ¿Te sirve esa respuesta, Alistair?

Al ver que nadie le contesta, se vuelve hacia Silas, que sigue sentado, mirándola. Sus ojos vidriosos dan la impresión de haberse quedado atrapados en una especie de trance.

—Sé lo que estáis tramando —añade, y suelta un suspiro, como si le aliviara poder pronunciarlo por fin en voz alta—. Y quiero ayudaros.

Abro la boca para objetar o lanzar algún comentario hiriente con la intención de dejarle claro que no tiene ni puta idea de lo que está hablando, pero no llego a tiempo.

—Ni de coña —murmura Silas, sacudiendo la cabeza con determinación para subrayar su negativa—. Vete, Sage.

—No —se opone con firmeza—. Sé lo de la red de trata. Sé lo que le pasó a Rosemary y sé que los cuatro estáis descuartizando los cuerpos de los responsables. Sé que mi padre estuvo involucrado, y

merezco hacerle pagar por ello.

Aprieto los dientes con tanta fuerza que casi me los rompo.

—Para el carro, Jessica Jones. ¿Que te lo mereces? —escupe Alistair, y se le escapa un resoplido áspero—. Siempre has tratado a Rose como una mierda, cuando lo único que ella hacía era preocuparse por ti. No tienes derecho a merecerte nada por sentirte culpable.

—¿Y crees que eso no me corroe por dentro? —Gira la cabeza bruscamente hacia él y lo fulmina con esas llamas azules que tiene por ojos y que una vez me abrasaron la piel—. Por supuesto que me siento culpable, pero eso no significa que supieras cómo era mi relación con mi hermana. No tienes ni idea de lo mucho que me importaba. Era mi puta gemela.

—Perdona, se te ha olvidado mencionar un pequeño detalle: ¿cómo te has enterado de todo eso? —Thatcher estudia cada uno de sus movimientos con ojos inquisitivos, esperando a que le mienta.

—Vi el vídeo —susurra—. Lo tenía abierto en su ordenador. Supongo que se lo enviarían para chantajearlo. Lo vi sin querer y… y… —Se le quiebra la voz y se lleva los dedos a la clavícula para frotarse con nerviosismo la zona en la que se encuentra su cicatriz, a juego con la mía.

—¿Y qué? Venga. No tengo todo el día.

—Lo amenacé con contárselo a la policía y al día siguiente mandó que me ataran de manos y pies para internarme en un psiquiátrico. Frank es un cobarde, pero es muy listo. Sabía que, si la gente se pensaba que estaba loca, aunque lograra salir de allí, nadie se creería ni una palabra de lo que dijera. —Sus ojos se posan de nuevo en Silas y se suavizan, como si le implorara—. Por favor, puedo ayudaros. Puedo llevaros hasta mi padre sin llamar la atención de la poli. Es lo que necesitáis ahora mismo, ¿no? Acercaros a él sin levantar sospechas. Puedo ayudaros si vosotros estáis dispuestos a ayudarme a mí.

Permanezco de pie con la mandíbula tensa.

Ya me engañó una vez. Esta no es más que otra de sus interpretaciones. Otra máscara que se ha colocado para conseguir lo que quiere, pero no hay ninguna verdad tras sus palabras. Ha dicho

tantas mentiras a lo largo de su vida que ni siquiera ella misma sabe quién es en realidad. Por más que intente que Silas y los demás caigamos en sus redes, yo ya he aprendido la lección y, diga lo que diga Silas, no pienso dejar que se acerque a los chicos ni a mí nunca más.

—No nos interesa tu ayuda y a ti no te interesa meterte en todo esto —responde, mirándola con dureza.

—Pero…

—He dicho que no, Sage.

—¿Por qué? —grita, manteniéndose firme.

Aunque parece que los ojos se le han humedecido, se niega a dejar caer ni una sola lágrima. Ambos se quedan en silencio durante unos instantes. Silas se pone de pie, levanta la vista al cielo y luego la baja de nuevo.

—Porque no es lo que Rose habría querido.

Nadie dice nada más. En ese instante, Sage comprende que no va a hacerlo cambiar de opinión y se vuelve hacia los demás, suplicando sin palabras; sin embargo, todos niegan a ceder a sus deseos.

Entonces, me mira a mí por primera vez.

Ha estado evitándome hasta ahora, y con razón. Debería haber intervenido, pero la voz me habría salido demasiado fría y brusca y los chicos se habrían dado cuenta enseguida de que había pasado algo entre nosotros.

Me guardé para mí lo que Sage me había hecho. No quería que nadie supiera que me la había jugado. Que me había traicionado de la manera más dolorosa posible.

—¿Rook? —dice con dulzura, provocando que se me revuelva el estómago.

Tiene los labios entreabiertos y el viento le alborota el pelo. Por un segundo, juraría que puedo incluso olerla. Da la impresión de ser la misma chica que aquella de la casa del lago.

Una chica con sueños a la que este pueblo le había cortado las alas.

Pero soy consciente de lo que se esconde debajo de toda esa fachada. De lo podrida que está en realidad.

—¿Por qué sigues aquí? Solo estás haciendo el ridículo.

Intento mantener un tono de voz neutro para no dejar traslucir ninguna emoción.

A diferencia de las de Silas o Alistair, mis palabras parecen abrir una grieta en su coraza. Observo cómo le cambia la expresión por completo y el rostro se le inunda de dolor. Han causado justo el efecto que pretendía: le han hecho daño.

Quiero que una oleada de emoción me arrase por dentro. Que la adrenalina me recorra todo el cuerpo. Quiero sentirme bien por devolverle una pequeña parte de lo que me hizo.

Sin embargo, solo siento vacío y un dolor insoportable. Lo mismo que cuando vi arder la casa del lago.

Pero ya me he cansado de toda esta mierda. Sé que oculta algo, como siempre, y no pienso permitir que eche a perder todo lo que hemos conseguido.

—Lárgate de una puta vez y vuelve al infierno del que nunca deberías haber salido. Aquí no eres bienvenida.

18
Respira

Sage

Siempre me ha gustado la nieve.

Es fría y acogedora al mismo tiempo, aunque a la gente le cuesta asimilar que dos cualidades tan dispares puedan coexistir. Lo frío nunca se considera acogedor; más bien se percibe como algo cruel y amargo, en un eterno contraste con el sol, que es símbolo de alegría y calidez. El frío se te clava en la piel como un millar de diminutas agujas y provoca que te sientas vacío por dentro, pero, aun así, también me gusta esa sensación. Me fascina su capacidad para congelarlo todo, incluso los buenos momentos, y lograr que un recuerdo permanezca intacto en la memoria.

Cuando era pequeña, solía levantarme antes que nadie. Justo antes de que el sol se elevara por encima de las nubes, entraba de puntillas en el cuarto de Rosemary y la despertaba suavemente para suplicarle que fuéramos a jugar en la nieve.

Me sentaba en secreto junto a mi ventana, esperando con desesperación a que el primer copo de nieve descendiera flotando del cielo y se deshiciera en la tierra para poder salir corriendo de la casa y lanzarme al frío. Cada año aguardaba con ansia ese viento helado que parecía dejarme las mejillas en carne viva y me entumecía los dedos cuando se colaba a través de los guantes…, aunque quizá solo se debiera a Rose. Ella sabía cómo hacer que todo fuera más especial. Era la que convertía esos pequeños momentos en grandes recuerdos.

Ahora que no está a mi lado, la nieve ya no es lo mismo.

Contemplo cómo los copos aterrizan sobre el parabrisas de mi

coche y se derriten casi de inmediato al entrar en contacto con la calidez que desprende la calefacción del interior. El resplandor de las luces de neón atraviesa los densos copos que caen junto a la ventana trasera. Por el espejo retrovisor, capto el reflejo de la cafetería de Tilly, que da la impresión de haberse transformado en un auténtico paraíso invernal.

A pesar de que estamos en febrero, apuesto a que todavía tienen colgadas las guirnaldas de luces y siguen poniendo villancicos de fondo. El dueño cree que la Navidad dura desde el uno de noviembre hasta que los clientes empiezan a quejarse de toda esa parafernalia festiva.

—¿Has escuchado lo que te acabo de preguntar, Pip?

Asiento con la cabeza, sin apartar la vista del espejo. El simple hecho de estar en el mismo coche que este hombre ya me revuelve el estómago lo suficiente; si encima tengo que mirarlo, no sé si voy a poder contener las arcadas. Me esperan unas cuantas horas limpiando el coche solo para deshacerme del hedor de su loción para después del afeitado.

—Sí, pero no he visto la necesidad de responderte. Te he dicho que solo llevo un mes aquí. No he oído nada. Ni un puto murmullo.

«Y, si lo hubiera hecho, tampoco iba a contártelo, gilipollas».

Quiero que deje de llamarme Pip. Odio ese puñetero apodo desde la primera vez que lo escuché salir de su boca y me lo puso con el asqueroso pretexto de que era pequeña. Llevaba sin saber de él desde que tenía trece años, y ahora lo he visto dos veces en menos de dos meses.

—¿Me estás mintiendo? ¿Seguro que nadie ha mencionado haberlos visto merodeando alrededor de Greg West antes de su muerte? ¿O de Chris Crawford, que sigue desaparecido? Es un pueblo muy pequeño y los rumores se extienden como la pólvora, Sage, yo también me he criado aquí. Me cuesta creer que…

—Nadie ha hablado del tema, Cain. No pienso repetírtelo más. Me da igual que me creas o no —lo interrumpo, con la esperanza de dar por terminada esta conversación.

Me había enviado un mensaje pidiéndome que quedáramos aquí para que lo pusiera al día, pero, tal y como acabo de decirle, no ha

habido ningún progreso.

Después de que Silas me echara de allí como a un perro y Rook me mandara a la mierda, no pude hacer mucho más.

Me pregunto si sus amigos se extrañaron ante la hostilidad y la dureza de sus palabras, como si brotaran de algo enraizado en lo más profundo de su ser. Fue el primer destello de emoción que me ofreció desde que volví. Los ojos le ardían y crepitaban. Había logrado despertar los sentimientos que aún guardaba hacia mí y, aunque no fueran nada buenos, me pareció mucho mejor encontrarme con la llama diminuta de una cerilla que una fría indiferencia.

Me siento débil y patética por aferrarme a su rencor, pero no puedo engañarme a mí misma: prefiero su ira y su odio antes que la nada más absoluta, porque eso significa que al menos una mínima parte de mí todavía tiene un hueco reservado en su corazón.

No se me ha vuelto a presentar la oportunidad de hablar con ninguno de ellos tras aquella noche. Silas siempre va acompañado de alguno de los chicos y sé que los otros tres ni siquiera van a molestarse en dirigirme la palabra, así que acercarme a Lyra y Briar tampoco tiene mucho sentido.

Pero, aun así, no me he alejado de ellas.

He empezado a disfrutar de su compañía, a pesar de que Lyra es un poco… rara. Cuenta con una colección de insectos que abarca desde mariposas hasta escarabajos, todos clavados dentro de cajas de cristal colgadas en la pared o en cúpulas del mismo material dispuestas a lo largo de las estanterías. También tiene fotos de saltamontes y mantis religiosas repartidas por el escritorio. Respeto que cada persona emplee su tiempo libre en lo que más le apetezca, pero, a decir verdad, tanto bicho me pone la piel de gallina. No obstante, estar encerrada en un psiquiátrico me ha servido para comprender mejor a la gente: todo el mundo se refugia en algo que les ayuda a lidiar con el daño que la vida les ha infligido.

Además, me gusta que sea rara y no se avergüence de sus diferencias. En realidad, las dos se aceptan a sí mismas con orgullo y, a veces, no puedo evitar sentir envidia de esa seguridad que destilan. Cuando hablan de las cosas que les gustan o lo que quieren

hacer en la vida y me preguntan a mí por lo mismo, siempre se me queda la mente en blanco. No sé qué me gusta ni qué es lo que quiero. Creo que ni siquiera recuerdo lo que se siente al disfrutar de las pequeñas cosas o sentir pasión por algo.

La voz de Cain me devuelve de golpe al presente.

—Voy a pasártelo por esta vez, Sage. Pero más te vale haber logrado algún avance cuando nos veamos de nuevo, ¿me has entendido? Que no se te olvide que soy yo quien está al mando. No tú.

Percibo movimiento a mi lado y, entonces, noto cómo extiende la mano en mi dirección para coger un mechón suelto de pelo.

—Es una pena que te lo hayas cortado. Estabas preciosa cuando lo tenías largo.

Me aparto bruscamente.

—Sal de mi puto coche antes de que te mate —digo, negándome a volver la mirada hacia él—. Y deja de llamarme Pip o te arranco los cojones de cuajo.

Se ríe con malicia ante mi amenaza.

—Eres una florecilla delicada, Sage. Una muñeca de porcelana. Ladras mucho pero nunca muerdes. No serías capaz de hacerle daño ni a una mosca, por más que trates de convencerte de lo contrario.

Ahí acaba la conversación. Se baja, cierra la puerta tras de sí y cruza el aparcamiento para montarse en su coche, el único que tiene los cristales tintados.

Cuando lo veo arrancar y desaparecer por la carretera, suelto todo el aire contenido. Acto seguido, me aprieto el cuero cabelludo con las manos, me dejo caer contra el mullido reposacabezas y empiezo a sentir la gelidez de las lágrimas que se me resbalan por el rostro.

Cada vez que se va, me quedo temblando. Jamás permitiría que ni él ni el resto del mundo se percatara de mis debilidades, pero tiene razón. Aunque he aprendido a gruñir y defenderme, en el fondo, soy demasiado blanda. Por eso me mantengo alejada de todo el mundo. Porque sé lo fácil que les resultaría herirme.

Su presencia siempre me transporta directamente a esos tiempos en los que no había nadie que me defendiera. A esas

noches desgarradoras en las que miraba fijamente la puerta con la esperanza de que alguien, quien fuera, entrara y lo detuviera, pese a ser consciente de que ni una sola alma atendería mis súplicas.

Intento recoger desesperadamente los pedazos astillados que quedan de mí misma mientras me corto los dedos en el proceso. No hay cantidad suficiente de pegamento o cinta adhesiva que pueda ayudarme a pegarlos, así que me limito a sujetarlos todos en mis manos y presionármelos contra el pecho. Tal vez parezcan inútiles a ojos de los demás, pero yo sigo aferrándome con todas mis fuerzas a cualquier fragmento que encuentro porque, sin esos pedazos rotos, siento que estoy perdida.

Dicen que, cuando tocas fondo, al menos tienes una base sólida sobre la que reconstruir tus cimientos; sin embargo, me pregunto qué pasa si nunca llegas al fondo. Si no dejas de sumergirte en un abismo interminable y te ahogas en las aguas de un mar infinito sin ni siquiera una porción de tierra a la vista.

¿Qué se supone que debes hacer entonces?

De pronto, escucho unos golpecitos que me sacan de mis pensamientos.

Giro la cabeza para mirar a través del cristal del lado del conductor y veo una mano ataviada con un guante sin dedos saludándome. Al bajar la ventanilla, una ráfaga de viento helado me roba el aliento.

—¡Feliz San Valentín! ¿Ese era tu enamorado? —me saluda Briar con una sonrisita, alzando las cejas de un modo que inspira amabilidad y ternura—. Aunque no sé si se sigue llevando lo de pasar este día en pareja.

—Bueno, el día de San Valentín en realidad existe porque hubo un sacerdote romano llamado Valentín al que le pareció injusto que el emperador hubiera prohibido el matrimonio a los jóvenes bajo el pretexto de que el amor los convertía en peores soldados. Valentín, que no creía que eso fuese cierto, empezó a casarlos en secreto con sus enamoradas hasta que lo descubrieron. Justo antes de ser ejecutado, el catorce de febrero, como habréis adivinado, le escribió una última carta a su amada y la firmó con su nombre —interviene Lyra, con la nieve pegada en su cabello alborotado—. Así que

básicamente estamos conmemorando a lo grande la muerte de un hombre enamorado. Es un poco deprimente, si lo pensáis.

Se balancea sobre los talones mientras clavamos los ojos en ella sin ningún tipo de disimulo. Al darse cuenta, frunce los labios.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me estáis mirando así?

Se me escapa una risita y Briar estalla en carcajadas.

—No sé cómo eres capaz de almacenar toda esa información. Pareces una enciclopedia —comento.

—Me gusta pensar que mi cerebro es un archivador y que manda a sus trabajadores a recopilar los datos que necesito —contesta, encogiéndose de hombros.

—Tiene todo el sentido del mundo —digo con una sonrisa—. Y no, no era nadie importante —añado para responder a la pregunta que me había hecho Briar.

—Pues entonces permíteme que te invite a una hamburguesa… —Deja la frase en el aire y me echa un vistazo de arriba abajo, a pesar de que sigo metida en el coche—. ¿O eres más de ensalada?

—¡San Valentín de chicas! —exclama Lyra entusiasmada.

Jugueteo con los dedos en mi regazo. No porque esté buscando excusas para librarme del plan, sino porque me muero de ganas de decirles que sí y, teniendo en cuenta que, cuando comienzas a ilusionarte con algo, te expones a que te hagan daño al arrebatártelo, la simple idea me pone nerviosa.

Tal vez no me duela tanto cuando me vaya. Estaría bien poder disfrutar al menos de su amistad antes de que todo esto termine, ¿no?

—Me gustan las hamburguesas. —Subo la ventanilla del coche, quito las llaves del contacto y abro la puerta—. ¿Cómo es que no vas a pasar este día tan cursi con Alistair? Aunque, bueno, ahora que lo pienso, no parece de los que regalan rosas y chocolate.

Entramos juntas en la cafetería de Tilly. Tal y como sospechaba, da la impresión de que sigue siendo Navidad aquí dentro. Nos recibe una bofetada de calor, pero Lyra suspira de alivio ante el cambio brusco de temperatura y se frota las manos mientras busca una mesa.

—Alistair no es muy fan de las celebraciones —dice Briar,

elevando ligeramente una comisura de la boca con picardía—. Así que nos proponemos juegos en su lugar.

Alzo las cejas al mismo tiempo que tomamos asiento en una de las mesas.

—¿Juegos?

Me encanta que ni siquiera se sonroje. No siente que haya nada de lo que deba avergonzarse; al contrario, está muy orgullosa de su relación. Me dan ganas de preguntarle si es consciente de que su novio tiene las manos manchadas de sangre o si sabe en qué andan metidos él y sus amigos.

—Sip. Esta vez hemos jugado al escondite. Y me ha dejado ser la que busca.

—Qué caballeroso por su parte —se mofa Lyra, poniendo los ojos en blanco de forma teatral y dándole un codazo a Briar.

Ese gesto juguetón hace que me fije en la mano de Briar y capte la tinta negra que le adorna el dedo corazón. La cicatriz que tengo en la clavícula me late de dolor al observar los marcados trazos que conforman las iniciales de Alistair.

—Entonces, supongo que ya te ha hablado del Guantelete, ¿no? —pregunto mientras me quito la chaqueta y la acomodo a mi lado—. ¿Vais a participar este año?

—¿El qué?

Alzo la vista hacia ella.

—El Guantelete. ¿No te lo ha mencionado? Es el mayor juego del año. Los Hollow Boys no faltan nunca… Es más, siempre ganan. —Al percatarme de que todavía parece confundida, continúo—: El primer día de primavera, West Trinity Falls y Ponderosa Springs se declaran la guerra. Lo llaman el Guantelete desde que yo era una niña. Participan sobre todo los estudiantes del instituto y los de la universidad. Vamos, los que viven por y para la rivalidad que existe entre nuestros pueblos. En esencia, si eres el anfitrión, eliges el lugar; si no, eliges el juego. Si no recuerdo mal, el año pasado jugaron al pillapilla. No me puedo creer que no se lo hayas contado, Lyra.

Se quita la gorra y varios mechones de pelo se le alborotan por la electricidad estática.

—Ha sido un año… movidito. No estaba en mi lista de prioridades. Quizá también porque nunca he participado.

Un año movidito.

Me gustaría que se explicara para poder comprobar hasta qué punto confía Alistair en Briar y si están al tanto de lo que pasó con mi hermana, de los asesinatos y de las chicas desaparecidas, pero sé que no puedo preguntárselo de sopetón sin que les salten todas las alarmas.

—Yo tampoco he participado. Solo he oído hablar de él.

—Deberíamos participar las tres este año. Así nos estrenamos a la vez en algo —propone Briar con una sonrisa—. ¿Se sabe ya qué juego han escogido?

—Eso es lo mejor de todo: nadie lo sabe hasta que llega la misma noche del juego. Este año somos nosotros los anfitriones, pero… he estado tanto tiempo fuera que no me he enterado de la ubicación exacta.

—En Biología escuché a Lochlan Daniels presumiendo de que le había cogido a su padre las llaves de Roaring Spring. Bueno, robado más bien, pero el caso es que, por lo que entendí, va a celebrarse allí —informa Lyra, a quien se le da de maravilla captar hasta el más mínimo detalle; siempre está atenta a todo.

—Hagámoslo entonces. El primer día de primavera, nos lanzamos a por el Guantelete —afirma Briar, entusiasmada por el desafío.

—¿Estás segura? Dicen que a los de los páramos les gusta jugar sucio. Hay gente que incluso acaba en el hospital por participar en este tipo de juegos.

Se encoge de hombros.

—Después de todo por lo que hemos pasado este año, yo creo que podemos con cualquier cosa.

Acto seguido, sus ojos se encuentran con los míos, dándome a entender que también me está incluyendo a mí en ese plural. Saben que perdí a mi gemela y que he estado internada en un psiquiátrico, así que, aunque ignoren todo lo demás, son conscientes de que mi año tampoco ha sido fácil.

—Contad conmigo —digo con determinación.

—Os dais cuenta de que, si hay que correr, estoy jodida, ¿no? —Lyra nos mira a ambas y luego suelta un suspiro—. Vale, está bien. Hagámoslo.

Celebramos su decisión pidiendo una cantidad absurda de comida y, cuando nos la sirven, mojo las patatas fritas en el batido mientras observo a los grupos de adolescentes que llenan el local.

Hace unos meses, habría estado sentada en una mesa con las más populares, rodeada de temas de conversación que no me interesaban en absoluto y de amigas que se pasaban más tiempo juzgando a los demás que preocupándose por reforzar nuestro vínculo.

Pero esto es diferente. Mejor.

Siento que estamos forjando una amistad sincera, una en la que no tengo que preocuparme por darle una buena imagen al resto, y me da miedo hacerles daño como a Rook o hacerme daño a mí misma. Porque la gente que se acerca demasiado a mí siempre acaba saliendo herida.

—Oye, me prometí a mí misma que no iba a preguntarte nada de esto, pero me parece raro guardármelo para mí cuando tú estás más implicada que Lyra o yo. No tienes que responder si no quieres, pero… —dice Briar, dejando la hamburguesa en el plato—. ¿Qué pasó la otra noche en el acantilado con los chicos? Alistair me contó que fuiste a buscarlos.

Se produce un momento de silencio y las miro a ambas.

—Lo sabéis, ¿verdad?

Lyra se muerde el interior de la mejilla, un gesto que he observado que hace cada vez que está nerviosa o incómoda.

—Sí, lo sabemos.

—¿Cómo os enterasteis?

—Por accidente. Estábamos en el lugar equivocado en el momento equivocado. O en el lugar correcto, según cómo lo mires. El caso es que, una vez vimos lo que habían hecho, ya no había vuelta atrás, nos gustara o no. Al principio no sabíamos qué pensar. Creíamos que estaban detrás de la desaparición de todas aquellas chicas. Que se habían puesto a matar sin más. A ver, con la reputación que tienen, ¿quién no habría sospechado de ellos? —Se

coloca un mechón de pelo detrás de la oreja y prosigue—. Pero cuando supimos lo que le había pasado a tu hermana en realidad, todo dio un giro. Empezamos a verlos de otra forma y…

—Y yo tuve que ayudarlos a prenderle fuego a un árbol. Así que Briar está atada por amor y yo, por haber sido cómplice de incendio —interviene Lyra, que no duda en quitarme la cereza del batido y metérsela en la boca.

Briar pone los ojos en blanco.

—No todo es color de rosa. Sobre todo, porque me toca aguantar a Thatcher, pero no nos queda más remedio; ya estamos metidas hasta el cuello. Sé que no ha debido de ser fácil, Sage, pero puedes contar con nosotras. No tienes por qué seguir cargando con todo esto sola. Deberíamos habértelo dicho antes.

Por primera vez desde que volví a este sitio, siento que puedo respirar. No es mucho, solo una pequeña bocanada de aire, pero me basta para recordar que la superficie está ahí y que, si me esfuerzo, si nado hacia ella con todas mis fuerzas, podré salir a flote de nuevo.

Nunca había experimentado esta sensación de estar rodeada de gente que no solo conoce mi situación, sino que, de alguna manera, incluso puede identificarse con ella. Solo me había sentido así de comprendida con Rosemary y Rook. Ellos habían sido los únicos que habían logrado conectar con la persona que era entonces, la que yacía bajo todas las capas tras las que me refugiaba; sin embargo, estas dos chicas están consiguiendo encajar sus piezas con los pedazos que conforman la persona que soy ahora.

—Gracias —susurro con la voz quebrada—. Fui al acantilado a preguntarles si podía ayudarlos. Al fin y al cabo, es mi padre el que nos ha hecho esto. A Rose, a Silas y a mí. Quería que me dejaran formar parte de su plan para devolverle todo el daño que nos ha causado y vengar a mi hermana.

Decido callarme lo de Cain y mi padre, al menos de momento. No quiero que se preocupen y, además, lo tengo todo bajo control por ahora, así que es mejor que ninguno de los dos lados esté al tanto de lo que hace el otro.

No obstante, va a dar igual de todas formas, porque los chicos siguen sin confiar en mí y no van a permitir que me entrometa. En

especial, Rook.

—Pero Silas se negó en rotundo y los demás lo apoyaron. No hubo forma de hacerles cambiar de idea. Me dijo que Rosemary no habría querido que yo me metiera, pero la verdad es que no confían en mí, y no los culpo.

—Puede que ahora mismo no te lo parezca, pero quizá sea lo mejor. Podrías aprovechar este tiempo para recuperarte. Sé que no te conozco lo suficiente, pero no creo que quieras cargar con un asesinato en tu conciencia —comenta Briar.

—No voy a poder recuperarme nunca. Es una herida abierta que no se cerrará jamás, pero sí seré capaz de pasar página cuando mi padre esté muerto —respondo con sinceridad.

El soplo de aire fresco que me han regalado ha sido como un bálsamo para mis pulmones cansados. Aun así, nada me haría sentir mejor que tener la certeza de que Frank Donahue yace a dos metros bajo tierra.

19
Heridas autoinfligidas

Rook

De niño, me bautizaron con gasolina.

Nací para ver el mundo arder. Para vivir y consumirme entre las llamas.

Crecí en la casa del Señor, pero me ungieron con la chispa de la rebeldía.

Las habladurías sobre mi parentesco con el rey del infierno surgieron un día como otro cualquiera en la escuela dominical. Tenía la edad suficiente para comprender lo que significaba, pero no para entender que un rumor así acabaría definiéndome de por vida.

Nos habían pedido que compartiéramos algo con el resto de la clase, como, por ejemplo, un dato curioso sobre nosotros, un talento especial o una combinación extraña de sabores que nos gustara. La idea era presentarnos ante los demás para que nos conocieran y pudiéramos hacer amigos.

Había un niño que tenía un pez llamado Flipper al que le faltaba una aleta. Otro nos contó que era daltónico y una chica confesó que le encantaban los sándwiches de crema de cacahuete con mayonesa, lo cual me pareció mucho más atroz que cualquier cosa que yo hubiera podido decir.

Cuando llegó mi turno, me puse de pie y me levanté la camiseta para enseñarles la marca de nacimiento que me adornaba un costado de la parte baja de la espalda. Con el tiempo se volvió más pequeña, pero, en aquel entonces, con mi diminuto cuerpo, daba la impresión de ser enorme.

Formaba una especie de X o, al menos, eso es lo que a mí me

parecía. Estaba muy orgulloso de ella porque me recordaba a las señales que marcan dónde se encuentra el tesoro en los mapas y, como fan de *Piratas del Caribe* que era, pensé que mis compañeros también sabrían apreciarla.

Sin embargo, no vieron la marca de un tesoro enterrado ni la vigésimo cuarta letra del alfabeto, sino una cruz invertida.

El símbolo del anticristo.

La marca de la bestia.

Aunque la maestra intentó acallar los cuchicheos y las risitas de los niños, el daño ya estaba hecho. En cuanto terminó la clase, todos corrieron a contárselo a sus padres y el rumor fue propagándose hasta moldear al monstruo que soy ahora.

De ser una simple pigmentación en la piel pasó a convertirse en la prueba fehaciente de que mi madre le había rezado al dios equivocado. Hablaban de ello como si fuera una leyenda o una historia de miedo de las que se cuentan alrededor de la hoguera.

Por eso, cuando cedí al caos y me transformé justo en lo que esperaban de mí, todos actuaron como si lo hubieran visto venir desde hacía tiempo. Al fin y al cabo, estaba marcado por el diablo; tenía sentido que actuara como él.

Al igual que les pasó a mis amigos, llegó un punto en mi vida en el que me cansé de intentar luchar contra las habladurías. Acepté la fama que me habían impuesto y acabé siendo algo mucho peor de lo que jamás podrían haberse imaginado.

Me negué a volver a arrodillarme ante nadie. Querían hacer pedazos lo poco que quedaba de un muchacho desesperado y forjar a su costa un monstruo sobre el que pudieran volcar todo su odio. Ansiaban maldad, así que no solo me convertí en el hijo del diablo, sino en el rey de todo mal.

En el propio Lucifer.

Desaté el fuego del infierno y decidí vivir en pecado.

—Tío, cambia la puta música. Es peor que el *screamo* que pone Alistair —me quejo, agarrando el respaldo de la silla de madera sobre la que estoy sentado a horcajadas, con tanta fuerza que le clavo las uñas, a pesar de que las llevo cortas.

Thatcher ejerce aún más presión y hunde ligeramente la hoja

en la carne para rajarme la espalda. El dolor punzante provoca que me rechinen los dientes. Puedo sentir cómo se me abre la piel y empieza a resbalar la sangre. Su calidez contrasta con todo lo demás.

—Mi sótano. Mis reglas. Mi música —sentencia.

Respiro hondo por la nariz y cierro los ojos. La oleada de éxtasis que experimento con la tortura hace que me estremezca de satisfacción y alcance por fin el clímax del castigo.

Cada nuevo corte es como un pago. La sangre que brota de ellos arrastra consigo el arrepentimiento y la culpa que me consumen por dentro. El estrés, mis fracasos, Sage. Todo se desliza por mi columna vertebral y abandona mi cuerpo.

Llevaba años pensando en hacerme esto. Cortarme. Autolesionarme. O como sea que lo llamen los terapeutas.

Podría haberme limitado a coger una cuchilla y rajarme yo mismo los muslos o las muñecas, pero sabía que Thatcher necesitaba cortar. El impulso que me lleva a mí a incendiarlo todo es el mismo que lo incita a él a usar sus cuchillos con esa mierda de música clásica de fondo en un sótano que parece sacado de *American Psycho* y que huele a hospital, así que habría sido un gesto tremendamente egoísta por mi parte no haber compartido estos momentos con él.

Los cuatro tenemos nuestras propias razones para recurrir a este tipo de cosas que nos ayudan a lidiar con la vida. No tratamos de descubrir las razones que hay detrás de nuestro comportamiento ni de entenderlas. Simplemente estamos ahí los unos para los otros.

Cuando éramos pequeños, hicimos un pacto. Nos comprometimos a apoyarnos en lo que fuera necesario, sin importar hasta dónde nos viéramos obligados a llegar ni el precio que tuviéramos que pagar.

El resto del mundo nos había tratado como si fuéramos basura y nos había relegado al olvido.

Solo nos teníamos los unos a los otros, y eso nos pareció más que suficiente.

—Listo. Con ese hacen diez —anuncia, levantando la hoja que hace un segundo estaba en mi carne, y oigo cómo rueda la silla para

alejarse de mí.

—Dos más.

—Voy a tener que bajar un poco. Los que te hice arriba en nuestra anterior sesión todavía no se han curado.

—Pues baja, pero necesito más.

Empecé a entregarme al dolor y a la agonía cuando le pedí a Alistair que entrenara conmigo. Sin embargo, el año pasado dejó de parecerme suficiente y, aquel día, después de lo de Sage, acudí a Thatcher con la esperanza de que el castigo que él pudiera infligirme sirviera para grabarme en la memoria que jamás debía volver a confiar en nadie de esa forma.

Los puñetazos de Alistair no me habrían dado lo que buscaba. Solo impactaban en la superficie, como los de mi padre. Me dejaban moratones, pero no me permitían liberar lo que me atormentaba de verdad por dentro, y necesitaba asegurarme de expulsarlo todo.

Mi cuerpo estaba desesperado por borrar todas y cada una de las huellas que Sage Donahue le había dejado y, conociendo a Thatcher, tenía la certeza de que era la persona indicada para hacerlo.

Es el único capaz de abrirse paso entre mi carne y arrancar todo rastro de ella de cuajo, como un cirujano habilidoso que le extirpa a su paciente con un bisturí el tumor que amenaza con mermarle la vida. El problema es que, cada vez que consigue sacarme un pedazo, vuelve a propagarse por todo mi organismo con el doble de fuerza, al igual que una hidra a la que le cortan la cabeza.

—Me quedé con la curiosidad de saber por qué te presentaste en mi puerta aquel día, Van Doren —comenta de repente mientras comienza a trazarme otra línea en un costado—. Y creo que ya he averiguado la razón. ¿Quieres que la comparta contigo? ¿O prefieres contármela tú mismo?

Giro la cabeza lo justo para mirar hacia atrás por encima del hombro.

—No he venido aquí a hablar, Thatcher. De esto no. Dijimos que nada de preguntas.

—Ah, no es una pregunta. Es una afirmación. —En ese momento, comienza a sonar otra melodía de piano sombría y

melancólica—. Solo te estoy dando la oportunidad de que lo admitas tú primero.

—¿Qué estás insinuando, tío?

—Bueno —dice, presionando un punto especialmente sensible que me arranca un siseo de dolor—, no me cuadraba que hubieras acudido a mí. No tenías ningún motivo para estar tan desesperado. Parecías satisfecho con ser el saco de boxeo de Alistair y tu padre, así que, ¿cuál pudo haber sido la gota que colmó el vaso y te condujo directo aquí?

El regusto del vodka sabor fresa mezclado con la traición.

Apoyo la cabeza sobre mis antebrazos y fijo la vista en el suelo de cemento.

Los últimos resquicios de fe que me quedaban en la humanidad se habían consumido en las llamas provocadas por esos ojos azul neón y esa boca tan bonita como venenosa.

—Las piezas no encajaban. Al menos, no hasta la otra noche.

El cuerpo se me petrifica por completo. No puede haberse dado cuenta. Es imposible.

Detrás de mí, oigo cómo deja caer el bisturí en un recipiente metálico. Ha terminado de cortar, de modo que ahora comenzará con la limpieza de las heridas. El sonido del papel al rasgarse inunda la habitación como parte del ritual que precede al vendaje.

—La niña bonita de Ponderosa Springs. Sage Donahue —dice, con esos aires de arrogancia de los que siempre hace gala, sobre todo cuando sabe que lleva razón en algo—. ¿Cuánto tiempo pensabas que nos lo ibas a ocultar?

Me pongo pálido de pronto, y no solo por la sangre que he perdido.

Al notar el paño húmedo que me pasa por la espalda, aspiro el aire entre los dientes. Arqueo ligeramente la columna y echo la cabeza hacia atrás mientras me desinfecta la herida con alcohol.

—No sé de qué estás hablando —digo con frialdad, esperando que mi serenidad lo desconcierte.

—Rook, no insultes mi inteligencia ni mi instinto. Vi cómo la miraste cuando apareció en el acantilado y me di cuenta del dolor que se le reflejó a ella en el rostro en cuanto interviniste tú. Habría

seguido insistiéndonos, sin importarle su orgullo ni nuestra hostilidad, pero tus palabras bastaron para hacerla pedazos.

Thatcher conoce el cuerpo humano y sus reacciones mejor que la mayoría de la gente. Se sabe de memoria los nombres de las arterias y las venas que recorren cada extremidad, los órganos y sus funciones, pero también es el único incapaz de comprenderlo más allá de la química.

Es un observador nato; no se le escapa nada. Capta el lenguaje corporal, los cambios en el tono y los gestos que varían de una persona a otra. Observa hasta el más mínimo detalle y lo imita casi a la perfección, pero, aunque puede fingir que es como los demás e incluso hacer que otros lo crean, en realidad Thatcher no tiene empatía.

No siente absolutamente nada y no entiende las emociones. Podría pasarse horas hablando en detalle sobre los procesos biológicos que permiten que el cuerpo humano se mantenga con vida y, aun así, nunca sabría lo que significa desvivirse por alguien. Nunca llegaría a comprender la fuerza devastadora de la traición o de un corazón roto.

Por eso creo que, a pesar de que valoraba a Rose como ser humano, igual que a nosotros, lo único que lo mueve es la lealtad. No le cuesta mantener la mente fría porque carece de apego emocional. Para él, es una mera transacción de negocios. Como si otra empresa le hubiera arrebatado a Rose y ahora tuviera que hacer todo lo posible para reemplazarla o, al menos, cubrir su ausencia.

Así que es la última persona con la que me apetece tener esta conversación y, sin embargo, de algún modo, intuía que sería la primera en sacarme el tema.

—No pienso volver a preguntártelo, Van Doren —me advierte, en un tono seco y distante—. ¿Qué tiene que ver Sage con todo esto? ¿Por qué motivo te estás castigando esta vez?

—Vete a la mierda, tío. —Me aparto de él y me levanto de un salto, provocando que la silla se caiga hacia delante—. No sabes de lo que estás hablando, y no tengo por qué aguantar todo ese rollo de psicología barata.

Cojo la camiseta que descansa sobre la mesa de acero

reluciente en medio de la estancia y, al colocármela sobre los hombros, el vendaje me tira de la piel y siento cómo las heridas que se ocultan debajo me palpitan con un dolor sordo.

—Si va a suponernos un problema, tanto a nosotros como a ti, o va a ponernos en peligro, entonces me corresponde saberlo. No voy a permitir que lo fastidies todo porque no puedas mantener a raya las hormonas.

Me doy la vuelta y avanzo unos pasos hasta quedarme frente a él, pero se limita a desenrollarse las mangas blancas de la camisa sin apenas parpadear. Es tan metódico y preciso que no tiene ni una mancha de sangre encima.

—Ni se te ocurra seguir por ahí, pretencioso de mierda —escupo con rabia—. Nunca me atrevería a poneros en peligro por ella. No es nadie para mí.

El ácido me quema las entrañas. Mi cuerpo parece estar haciendo uso de todos los medios de los que dispone para acusarme de haberle mentido a alguien a quien considero uno de mis mejores amigos.

Quiero creerme mis propias palabras. Joder, daría cualquier cosa por que fueran ciertas, pero su esencia sigue impregnando cada fibra de mi ser y consumiéndome como si fuera un parásito. La calma de sus movimientos y la lentitud con la que eleva la mirada hasta clavar sus ojos en los míos solo consigue que me enfurezca aún más.

—No digo que vayas a hacerlo, Rook. —Hace una breve pausa —. Al menos, no a propósito.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Que eres impetuoso. Actúas de manera apresurada y te dejas guiar por tus antojos. Confío en ti, pero no en tus emociones.

Me paso la lengua por los dientes y asiento con la cabeza mientras se me forma una sonrisita sarcástica en los labios.

—Ve a meterte otro diccionario por el culo, capullo —gruño—. No me hace falta ser un robot para saber controlarme.

Dicho eso, doy por terminada la conversación y este encuentro.

Me alejo de él y pongo rumbo a las escaleras que conducen a la parte superior de la casa, donde reina una calidez acogedora, a

diferencia del sótano frío y desprovisto de emociones en el que habita Thatcher.

—Si yo lo he averiguado, los otros tampoco tardarán en darse cuenta. No permitas que se enteren por terceros, Rook. Si no podemos confiar los unos en los otros, no nos queda nada —dice a mi espalda, obligándome a detenerme en lo alto de las escaleras.

Giro la cabeza lo justo para echar un vistazo al hombre bien vestido que se encuentra al pie.

—Thatcher, ¿a ti qué coño te importa? —pregunto—. Seamos sinceros: te da igual todo. Para ti es solo cuestión de lealtad, así que no lo entiendo. ¿Por qué coño te preocupas tanto por mis mierdas?

Ya me he hartado de que me trate como si fuera el único que esconde secretos. Probablemente él tenga incluso más que Alistair y Silas. Una vez se abrió con nosotros y nos contó cómo descubrió lo de su padre y lo que vio de niño en su garaje.

Henry Pierson era un hombre astuto, de modo que, al sorprenderlo allí, dio con la manera perfecta de perpetuar su legado: convertir a su inocente hijo en un prodigioso asesino en serie.

Thatch nunca entró en detalles sobre lo que su padre lo obligaba a hacer o presenciar, pero está claro que no empleaban su tiempo juntos en ver dibujitos en la tele.

De pronto, su voz, serena e imperturbable, rompe el silencio en el que nos habíamos sumido tras mi pregunta.

—Yo puedo hacerte daño. Alistair también. E incluso Silas. Pero nadie más. —Se detiene un momento y luego prosigue—. Nadie más puede hacerte daño. ¿Me has entendido, Van Doren? Nadie.

20
El Guantelete

Sage

—Alistair me va a matar.

No me molesto en llevarle la contraria. Como descubra que no le ha dicho a dónde iba de verdad, igual nos aniquila a las tres.

—No pasa nada. Que él haya decidido rajarse no significa que nosotras tengamos que perdernos la diversión.

Según Briar, los Hollow Boys no pensaban participar en el juego de este año, así que le echó cara al asunto y le dijo a su novio que iba a pasar toda la noche en su cuarto con Lyra. Por su bien y por el mío, espero que no se entere nunca de la mentira que le ha soltado.

—¿Estáis seguras de que queréis que nos metamos en esto? —pregunta Lyra—. El año pasado hubo gente que acabó en el hospital.

—Tranquila. Es solo un juego. ¿Qué nos va a pasar?

Dejo que las palabras de Briar se queden flotando en el aire.

No sé muy bien qué responderle, porque soy consciente de que, en cuanto se extienda el rumor de que los chicos no han querido jugar este año, la gente de los páramos se volverá aún más despiadada en su afán por conseguir la victoria.

El viento helado que me azota el rostro hace que me estremezca. Aunque el calendario marca el inicio de la primavera, dudo que nazca alguna flor con este clima. La nieve dejó de caer hace unas semanas, pero el frío parece estar dispuesto a quedarse un tiempo más.

La primavera suele traer consigo colores vivos y un sol radiante; en cambio, aquí solo nos regala otra tonalidad de gris.

Voy caminando en medio de Briar y Lyra, las tres ataviadas con

botas, gorros y cualquier prenda que pueda ayudarnos a combatir el frío. Lyra incluso lleva una bufanda de color rojo oscuro. No tenemos ni idea de hasta qué hora durará el juego, pero sabemos que las temperaturas seguirán descendiendo a medida que avance la noche.

Observamos cómo varias personas se agolpan delante de nosotras para colarse por las puertas de seguridad desactivadas que, en condiciones normales, nos escanearían en busca de objetos ilegales; sin embargo, esta noche, no son más que otro obstáculo. Tras cruzarlas, apoyo las manos en el metal frío del torniquete que se encuentra más adelante y me impulso por encima de los barrotes para llegar al otro lado, dispuesta a seguir a la pequeña multitud hacia el interior del parque.

De pronto, un grupo de chavales alborotados que están saltando y empujándose los unos a los otros para pasar me golpea con fuerza en el costado.

—Mirad por dónde vais, gilipollas —siseo entre dientes.

Uno de ellos se gira en mi dirección y esboza una sonrisita mientras me recorre lentamente el cuerpo de arriba abajo con la mirada.

—Ese palo que tienes metido por el culo no te va a servir de nada esta noche, princesa. Si no puedes soportar un empujoncito como ese, más te vale irte antes de que tú y las pijas de tus amiguitas os hagáis daño.

Entrecierro los ojos.

—Es una pena que hayáis venido hasta aquí solo para perder. Otra vez.

Al escucharme, el chico suelta una carcajada cargada de malicia.

—Cuidado. Yo que tú no iría cantando victoria tan rápido, no vaya a ser que la suerte se vuelva en tu contra.

Acto seguido, continúa avanzando con sus amigos hasta que los veo desaparecer entre las sombras, pero sus palabras siguen resonando en mi cabeza. Pese a que todo esto pueda parecer un juego, no deja de ser una batalla de las que se libran con sangre, violencia y el rencor acumulado que ha alimentado una rivalidad centenaria.

La de ricos contra pobres.

Los que sobreviven en los páramos contra los que nadan en el dinero de papá.

—No soporto a los capullos engreídos —comenta Briar con un resoplido mientras salta por encima de los barrotes.

—Pues tú estás saliendo con uno —bromeo, dedicándole una ligera sonrisa.

Lyra se ríe con ganas ante mi comentario, aliviando la tensión del momento. No me gusta que Briar se haya visto obligada a mentirle a Alistair. Sé lo mucho que le ha dolido hacerlo, pero también es cierto que no la habría dejado venir si le hubiera contado la verdad. Y creo que ella opina lo mismo que yo.

Esto es especial.

Diferente.

Una forma particular de fortalecer nuestro vínculo. Algo que nos pertenece solo a nosotras.

—Tienen razón. —Una voz tan estridente como el sonido de unas uñas arañando una pizarra me retumba en los oídos sin previo aviso—. No deberías estar aquí.

Llevo escuchando ese mismo tono arrogante desde la guardería. No hace falta que me dé la vuelta para saber quién es y a quién va dirigida esa frase. Una de las pocas ventajas de haber estado encerrada en un hospital psiquiátrico es que no he tenido que aguantar a Easton en todo ese tiempo.

Lo único que siento hacia él es una rabia pura y dura. No hay nada que desee más que verlo desmoronarse ante mí. En la lista de personas a las que pienso destruir antes de irme de Ponderosa Springs, el corrupto de mi exnovio se encuentra justo debajo de mi padre.

—Pues lo siento mucho por ti, porque aquí estoy —digo, girándome para encarar a Easton por primera vez después de casi un año—. Y planeo quedarme.

Ya no tiene ningún poder sobre mí. Cedí a sus deseos y a los de su padre para salvar a mi hermana y para proteger a Rook, pero, ahora que ya no necesito hacerlo, me niego a inclinarme ante un imbécil que nunca me ha llegado ni a la suela de los zapatos.

—Me alegro de volver a verte, Sage —responde, examinándome con cautela, y me entran ganas de vomitar solo de pensar en que le había permitido profanar mi cuerpo en el pasado.

—No puedo decir que sea mutuo —suelto.

Casi me río de él. Incluso con unos vaqueros y una camiseta cualquiera, sigue emanando esa arrogancia tan refinada que tanto lo enorgullecía. Su reducido grupo de amigos lo sigue de cerca y, por un instante, me odio a mí misma al reconocerme en su reflejo.

Yo también solía seguirlo a todas partes, como ellos.

«Pero no pienso hacerlo nunca más», pienso. «Nunca».

—Veo que has hecho nuevas amigas. ¿Sabe tu papi con quién andas? —Levanta una ceja demasiado perfilada como para ser natural—. Aunque supongo que ya da igual, ¿no? Ahora que estás chalada, puedes juntarte con gente de tu calaña.

—No pensabas lo mismo cuando intentabas acostarte con esta «chalada» el semestre pasado —interviene Briar mientras se coloca a mi lado con firmeza.

Lyra se acerca también tras ella, tensando la mandíbula y fulminándolo con la mirada. Al parecer, no soy la única que guarda un regusto amargo después de tratar con Easton Sinclair. Una sensación de calidez me recorre por dentro al darme cuenta de que tengo personas que me respaldan, a pesar de que solo se trata de un encontronazo sin importancia. Podría apañármelas sola, pero, igualmente, me tranquiliza saber que están ahí. Que hay alguien que me apoya.

—¿Y tu padre está al tanto de que acabas de colarte en una propiedad privada y vas a quebrantar vete a saber cuántas leyes esta noche? Con lo bien controlado que le gusta tenerte, no creo que le haga mucha gracia.

Aprieta los dientes.

—Cuidado con lo que dices.

—¿Qué pasa, East? ¿He tocado un tema sensible? —pregunto, frunciendo los labios con fingida inocencia.

Se acerca a mí con paso firme y se queda mirándome fijamente con aires de superioridad, como si quisiera intimidarme, pero permanezco en mi sitio y alzo la barbilla. Nunca le he tenido miedo y

no voy a empezar ahora.

Los hombres poderosos de verdad no necesitan demostrarlo; los débiles, en cambio, no dudan en atacar en cuanto alguien cuestiona su autoridad. Easton siempre ha sido de esos: deja que su padre dicte cada uno de sus movimientos y le saque las castañas del fuego.

—No deberías haber vuelto —sisea—. ¿Voy a tener que asegurarme de que acabes muerta como tu hermana para poder librarme de ti?

No puedo evitar pensar en cruzarle la cara por haberse atrevido a mencionarla. Estoy hasta las narices de que la gente hable de ella con tanta ligereza y use su muerte como un arma contra mí. Daría lo que fuera por arrancarles su nombre de la boca y hacerlos pedazos a todos.

Ojalá los chicos se dieran cuenta de una vez de que estamos en el mismo barco. Alistair, Thatcher, Silas y Rook.

Hace años habría jurado que éramos de especies completamente diferentes; sin embargo, ahora no podríamos parecernos más, aunque ellos nunca van a verlo de la misma forma.

Hago acopio de toda la ira y el rencor que le he ido guardando a lo largo de todos estos años y le lanzo un escupitajo a los zapatos. Mi saliva impacta de lleno en el costoso material de su calzado de diseño.

—¿Quieres deshacerte de mí? Adelante, cobarde —lo reto—, pero será mejor que te asegures de matarme primero, Sinclair, porque pienso arrancarte la puta cabeza.

Llevo años deseando poder gritar a los cuatro vientos lo mucho que odio al niño mimado de Ponderosa Springs. Quiero que todo el mundo se entere de que aquel al que tanto idolatran no es más que un chicle bajo la suela de mis zapatos. Un peón en el tablero de su padre.

La gente sigue agolpándose en la entrada, provocando un alboroto a nuestro alrededor, pero, aun así, nos mantenemos firmes en el sitio, desafiándonos con la mirada. Mi amenaza se queda flotando en el aire como un péndulo que oscila de un lado a otro.

Entonces, Briar me sujeta suavemente del antebrazo.

—No merece la pena. No dejes que te fastidie la noche. Vámonos.

Le sostengo la mirada durante unos instantes más y luego permito que Briar me aparte de él, no porque me haya rendido, sino porque tiene razón. No va a arruinarnos la experiencia.

—Dios, no lo soporto. Me encantaría echárselo de comer a una colonia de hormigas de fuego —comenta Lyra, negando con la cabeza.

—Lyra, te lo digo como un cumplido —le contesto con amabilidad—, pero a veces me das miedo.

Alza ligeramente la comisura de los labios y me dedica una sonrisa de medio lado.

—Gracias.

Nos agarramos del brazo y dejamos atrás a Easton y a sus perritos falderos. Trato de no pensar en que, en realidad, formamos parte del mismo equipo y que, por lo tanto, quizá nos toque trabajar codo con codo con ellos en algún momento de la noche.

Esto es el comienzo de algo nuevo, algo bueno. Me siento como si hubiera conseguido avivar un fuego que llevaba mucho tiempo apagado. Noto una conexión auténtica entre las tres, y me da vergüenza admitir que es la primera vez que tengo amigas de verdad. Cuantos más días paso junto a ellas, más anhelo que nuestro vínculo dure para siempre.

Es extraño lo normales que han sido las cosas y lo fácil que me ha parecido todo en estas últimas semanas. Hemos ido andando a clase juntas, hemos organizado sesiones de estudio y hemos visto pelis por la noche. Incluso me he apuntado a una clase de teatro, una pasión que creía haber perdido cuando me encerraron en aquel sitio, pero que resultó haber estado esperándome todo este tiempo.

Me he convertido en un miembro más de su Sociedad de las Lobas Solitarias y me encanta.

Me limito a seguir viviendo, existiendo, y trato de no sentirme culpable por disfrutar del proceso. He dejado de temer que los demás descubran mis secretos porque básicamente, a estas alturas, se ha aireado hasta el último detalle.

No pasa ni un solo día sin que piense en lo mucho que le habría

gustado todo esto a Rose. En lo realizada que se habría sentido en la universidad y rodeada de estas chicas. Se habrían llevado de maravilla. Pero, por desgracia, hay un montón de cosas que ya nunca llegará a conocer.

Easton, Cain y mi padre se han encargado de destrozar todo lo bueno que había en mi vida, y no voy a permitir que me arrebaten nada más.

La música resuena por todo el parque al mismo tiempo que algunas atracciones van iluminándose, como si despertaran de su letargo invernal. La emoción se apodera de todos nosotros en cuanto recordamos por qué estamos aquí.

Hemos venido a ganar.

La simple idea provoca que se me dispare la adrenalina. Los nervios me revolotean en el estómago mientras intento adivinar a qué juego nos enfrentaremos. Aunque soy consciente de que West Trinity jugará sucio, estoy preparada para lo que sea.

A pesar de que hay algunas zonas del parque alumbradas, la oscuridad aún predomina en la mayor parte del terreno. Sin agua corriente en invierno, este sitio parece desierto y tenebroso, lo que contribuye a crear el ambiente perfecto para este juego infame y traicionero al que no podemos resistirnos a jugar año tras año. El viento aúlla como si fuera una sirena, los árboles se alzan imponentes sobre nosotros y la niebla está comenzando a asentarse.

En verano, este parque se llena de lugareños que buscan divertirse en familia con sus hijos, pero ahora da la impresión de no ser nada más que otro rincón abandonado de Ponderosa Springs. Un fantasma más de los que suelen morar por este pueblo.

Llegamos juntas hasta donde se encuentra el resto del grupo, que se ha reunido alrededor de un pequeño escenario de madera sobre el que a veces se representan espectáculos acuáticos para los más pequeños. Esta noche, sin embargo, será el punto de partida y el lugar donde descubriremos qué es lo que nos espera.

Nos quedamos cerca de la parte trasera y, cuando el sonido de unas botas reemplaza a la música, observamos cómo cuatro figuras encapuchadas suben al escenario. Permanecen inmóviles, con la mirada al frente, mientras una de ellas sostiene una antorcha en la

mano derecha.

Nos contemplan desde lo alto, esperando. Entonces, todo el mundo comienza a bajar la voz hasta que nos sumimos en un silencio sepulcral. Al fijarme en las máscaras antigás que les ocultan el rostro, la sangre empieza a circularme más deprisa y los latidos del corazón me retumban en los oídos.

—Os damos la bienvenida al Guantelete —dice uno de ellos con una voz nítida que no resulta estridente ni desagradable, sino más bien opaca y amenazante; da a entender sin palabras que, aunque podamos pasárnoslo bien, el juego que están a punto de presentarnos no será fácil.

La inquietud me recorre las venas mientras echo un vistazo a los rivales y a los compañeros que nos rodean. Algunos llevan mochilas y, pese a que desconozco lo que han metido dentro, de pronto siento que no estoy lo suficientemente preparada.

Como cuando decides ponerte a la cola para entrar en una casa del terror porque hay mucha gente antes que tú y crees que va a ser una experiencia divertida; pero, al llegar tu turno, te das cuenta de que, en realidad, todo resulta mucho más aterrador de lo que pensabas.

Una de las figuras prende una cerilla y el chisporroteo de la llama resuena entre la multitud antes de que encienda la antorcha y la alce en el aire con determinación.

—Tal y como dicta la tradición, Ponderosa Springs ha elegido el lugar, así que ahora West Trinity debe revelar el juego que ha escogido —dice.

—Este año jugaremos a capturar la bandera —interviene otra voz de las que se encuentran sobre el escenario.

—¡Síííí, vamos!

—¡De puta madre!

Los gritos y los vítores resuenan por todas partes. El ambiente está cargado de una energía electrizante que nos sacude a todos igual que si nos estuviéramos aferrando con las manos desnudas a un cable de alta tensión.

Miro a Briar y a Lyra.

—No parece tan difícil, ¿no?

—Está chupado —coincide Briar.

—Las banderas ya están escondidas en vuestras áreas designadas. Podéis actuar como un solo bloque o de manera independiente, pero el objetivo sigue siendo el mismo: conseguir la bandera del otro equipo antes de que ellos se hagan con la vuestra. West Trinity comenzará en el norte y Ponderosa Springs, en el sur. Cuando lleguéis al lugar de salida que se os ha indicado, una sirena marcará el comienzo del juego.

Hay quince hectáreas de atracciones acuáticas rodeadas de pinos y todo ello forma parte del terreno de juego. Las banderas podrían estar en cualquier parte.

Es un espacio demasiado amplio. Casi inabarcable.

—Todo está permitido. No hay reglas ni limitaciones —anuncian —. El ganador se lo lleva todo. Como siempre, intentad no morir en el intento.

—Chicas —dice Lyra entre jadeos mientras se agarra un lado del cuerpo y se encorva ligeramente, tratando de recuperar el aliento—. No puedo respirar.

Le chisto en voz baja para que no haga ruido, con una fina capa de sudor pegada a la frente y el pecho resentido de tanto aspirar aire frío.

Estamos escondidas detrás de esa atracción en la que si aciertas con la pelota en el punto clave hundes en un tanque de agua al que se haya ofrecido voluntario. Llevamos veinte minutos en su territorio y todavía no hemos dado con la bandera. De pronto, un silbido agudo me atraviesa los oídos y veo otra bengala caer a escasos metros delante de nosotras.

El humo que libera provoca que me piquen los ojos. Al parecer, han traído un arsenal entero para impedir que ganemos: granadas de humo, bengalas y todo tipo de trampas. Hasta he presenciado cómo rociaban a un tío con gas pimienta.

Me duele el cuerpo entero de correr.

Hemos acordado quedarnos agazapadas e intentar no hacer ruido para que no nos vean. Como no contamos con la suficiente

fuerza ni armas para enfrentarnos a ellos, nos pareció que ir a por su bandera era mejor opción que buscar la nuestra y protegerla, de modo que nos hemos ido abriendo paso por el parque sorteando a los jugadores de West Trinity.

—Todas las atracciones cubiertas están cerradas, así que no pueden haberla escondido dentro. Debe de estar en algún punto elevado —susurra Briar.

—El único sitio alto que hay en esta zona es la torre de caída libre. Está un poco más adelante, pero todo lo demás se encuentra a ras de suelo.

—Vamos para allá entonces. Tenemos que darnos prisa. Dudo que Easton y su pandilla logren contener a West Trinity por mucho más tiempo.

Tras echarle un último vistazo rápido a los alrededores, salimos de nuestro escondite, avanzando despacio y en silencio. Se oyen gritos y otros ruidos inquietantes a lo lejos. Cada crujido o aullido del viento provoca que mis sentidos se pongan en alerta.

La adrenalina se sobrepone al miedo y me impulsa a seguir moviéndome incluso cuando mi parte racional empieza a sucumbir al pánico. Somos tres chicas solas en el territorio de unos enemigos que están dispuestos a llegar hasta donde sea necesario para derrotarnos.

Procuro apartar ese pensamiento y dejarme guiar únicamente por la sed de victoria.

Mi aliento forma nubes de vaho frente a mí y las capas de ropa que llevo puestas solo hacen que sude aún más. La torre ya está a la vista; las serpenteantes escaleras de madera que desembocan en un tobogán gigante destacan entre el resto de las atracciones.

Tienen que haber puesto la bandera allí.

—Ey —murmura Briar—. ¿Qué es eso?

Señala a nuestra izquierda, hacia la piscina de olas artificiales. Probablemente sea el único lugar del parque que aún tiene agua en esta época del año; aunque, ahora, como es lógico, está estancada. Desde fuera, el tanque es enorme, pero luego se va estrechando según se aproxima al muro de hormigón que retiene el agua y guarda la maquinaria que genera las olas. Apenas queda agua en la

parte menos profunda; se ha acumulado casi toda en lo más hondo, donde se ve turbia y oscura.

Es entonces cuando me fijo en el enorme cartel que se encuentra sobre el saliente del muro de hormigón y que indica el nombre de la atracción. Encima de él, hay una pancarta con cintas que ondean al viento y una bandera de color naranja atada en el centro.

—Joder, la hemos encontrado —digo, respirando hondo con una sonrisa en los labios, demasiado orgullosa de nuestro logro como para darme cuenta de cualquier peligro que se avecine.

—Gracias a los dioses —responde Lyra, sin aliento.

—¿Dioses? —Me río.

—Soy agnóstica. —Se encoge de hombros—. No me parece bien nombrar solo a uno.

Justo cuando nos disponemos a ir hacia la bandera, un silbido agudo corta el aire, seguido de una luz roja brillante que vuela por el cielo y aterriza frente a nosotras. La bengala suelta chispas y un humo que me arde en los ojos.

El grupo de chicos de antes emerge de las sombras, cada uno desde una dirección distinta, hasta formar un círculo a nuestro alrededor. Una vez nos han acorralado, encienden otras dos bengalas y nos las lanzan. El humo que despiden es tan fuerte que, por más que intento cubrirme la nariz con el brazo, acaba provocándome un ataque de tos.

—Estaba deseando volver a encontrarme con vosotras esta noche —dice uno de ellos, haciendo girar un palo de *hockey* de forma amenazante—. Os lo advertimos, chicas.

Hemos estado a punto de tocar la victoria con los dedos; sin embargo, ahora nuestro objetivo parece inalcanzable.

—¿Qué hacemos? —pregunta Lyra con voz nerviosa al ver que se acercan cada vez más a nosotras.

Odio no saber qué responderle. Son tres, al igual que nosotras, pero ellos van armados. No nos queda otra que salir corriendo.

—Tenemos que separarnos y correr —contesta Briar entre toses —. Sage, ve a por la bandera. Lyra, echa a correr hacia el lado contrario.

—¿Y tú qué? —la interpelo, inquieta.

—No te preocupes por mí. Vete.

Es un movimiento arriesgado y no me gusta nada. Podrían pillarnos incluso antes de que nos diera tiempo a alejarnos. En realidad, podrían atraparnos en cualquier momento, pero tenemos que asumir ese riesgo. Tenemos que hacer algo.

Las tres tomamos aire a la vez. El mundo da la impresión de haberse detenido mientras los depredadores se ciernen sobre nosotras.

Salgo corriendo por el hueco que hay entre dos de ellos y Lyra hace lo mismo en la dirección opuesta. Mis pies me impulsan a continuar avanzando a medida que golpeo el suelo con las botas y abandono todo rastro de lógica. Me entrego a la oleada de adrenalina que me sacude todo el cuerpo y me concentro en llegar hasta la bandera para acabar con esto de una vez por todas.

Para ganar.

Cuando he conseguido alejarme unos cuantos metros, me doy la vuelta y alcanzo a ver a Briar, que, al parecer, no se ha movido del sitio para hacer de cebo. El tío del palo de *hockey* lo alza y le golpea la parte trasera de las piernas con el extremo romo. Su grito de dolor provoca que me detenga en seco y me den ganas de volver corriendo hacia ella.

Observo cómo se desploma de rodillas y el pelo rubio se le balancea delante la cara.

—Sage, ¡sigue! —grita desde el suelo.

La idea de llegar hasta la bandera y ponerle fin a todo me brinda el chute de motivación que necesitaba. Uno de los otros chicos se dirige hacia mí, pero echo a correr de nuevo.

—¡No dejes que se haga con la bandera! —le ordena a voces alguien de su equipo.

Muevo los brazos con energía para forzar a mis piernas a ir más rápido y así poder ignorar el ardor que siento en los pulmones.

Subo corriendo por el lateral de la piscina y salto por encima de la verja que conduce a la zona reservada exclusivamente a los empleados. Oigo sus pasos acercándose cada vez más y sus manos aferrándose a la verja para trepar por ella. Echo un vistazo a lo que

me rodea, intentando decidir qué hacer a continuación.

—¿A dónde piensas ir ahora, nena? —murmura en un tono sombrío.

—Arriba —digo con un hilo de voz.

Me agarro al muro y me impulso para subirme en él. Hay suficiente espacio para poner ambos pies, pero solo en esta zona, de modo que voy a tener que avanzar de lado, dándole la espalda a la piscina de olas que se encuentra debajo y sin nada a lo que sujetarme.

Alterno la mirada entre el hombre a punto de acorralarme y la piscina llena de fango. El agua está oscura, negra como el carbón, y tiene trozos de hielo flotando en la superficie. O me dejo vencer y acabo en el hospital, o sigo huyendo y me arriesgo a caerme en la piscina. Aunque no hay tanta altura como para que la caída me mate, mi miedo al agua lo empeora todo.

Un escalofrío me recorre los brazos en cuanto coloco el pie derecho en el borde y presiono las manos y el rostro contra el letrero. El frío que lo impregna me quema la piel, pero no me atrevo a moverme más deprisa. La fuerza con la que sopla el viento me obliga a inclinarme aún más sobre el letrero para no resbalarme.

La garganta se me ha quedado tan seca que me es imposible respirar o tragar saliva.

El otro pie se me tambalea, pero también logro apoyarlo y, en un abrir y cerrar de ojos, estoy desplazándome de lado, con los talones colgando sobre el borde mientras trato de mantener el equilibrio con los dedos de los pies.

«No te caigas. No te caigas. No te caigas».

Me voy acercando poco a poco al centro, donde se encuentra colgada la bandera, ondeando al viento frenéticamente.

El corazón me martillea en el pecho con cada paso que doy. Noto el insoportable peso que ha recaído sobre mis hombros e intento no pensar en Briar ni en Lyra para poder seguir avanzando por puro instinto.

Cuando llego al centro del letrero, alzo la vista y veo la tela anaranjada encima, a escasos centímetros de mí. Tengo la línea de meta justo delante; la victoria está tan cerca que casi puedo

saborearla. Un hormigueo me recorre los dedos de las manos al ponerme de puntillas.

Las imágenes llegan a mi mente con lentitud. Me da la sensación de que mis movimientos no son lo suficientemente veloces, como si estuviera yendo a cámara lenta.

Agarro la tela con la mano y siento su tacto en la palma. La arranco de su sitio y la aprieto contra mi pecho igual que si sostuviera a un bebé recién nacido.

Lo he conseguido. Hemos ganado.

—¡Joder! —grita alguien.

Apenas un segundo después, una mano golpea el letrero, haciéndolo vibrar. El temblor provoca que pierda el equilibrio y me caiga sin remedio hacia atrás. Agito los brazos en el aire, buscando desesperadamente algo a lo que aferrarme.

Pero no encuentro nada.

Y la caída, a diferencia de lo que nos muestran en el cine, es rápida. Me estampo con fuerza contra el agua helada, como una estrella que se precipita desde el cielo a mil kilómetros por hora, y ardo viva al tocarla.

Mi espalda impacta contra unos cuantos bloques sólidos de hielo antes de que el agua me engulla como una bestia hambrienta. Las manos gélidas de la muerte se enroscan a mi alrededor y me abrazan con anhelo mientras el frío me sacude cada vez con más violencia, infiltrándose en mi piel, calándome los huesos y abriéndose paso hasta el rincón más recóndito de mi cuerpo.

No hay nada más que oscuridad. Incluso cuando abro los ojos bajo el agua, lo único que veo es una negrura tan espesa como la tinta.

Quiero nadar hacia la superficie, librarme del dolor punzante que me atraviesa los pulmones, pero las extremidades no me responden. Por más que intento luchar y moverme, mi cerebro ha dejado de funcionar y mi cuerpo no tiene ni idea de qué hacer. He perdido toda la sensibilidad.

Me he quedado petrificada y soy incapaz de salvarme.

El miedo se ha apoderado de cada fibra de mi ser. Tengo miedo a morir y no poder hacer nada para evitarlo; miedo a no saber lo

que me espera, a lo desconocido.

De pronto, oigo la música de Rosie.

Son las canciones que solía ponerse en su habitación cuando estaba trabajando en alguna escultura. Me pregunto si esto fue lo que sintió justo antes de morir.

Me gustaría creer que no tuvo miedo, aunque, en el fondo, sé que lo tuvo, y la simple idea hace que se me salten las lágrimas. Probablemente murió creyendo que apareceríamos en cualquier momento para rescatarla, pero ni siquiera éramos conscientes de que había desaparecido hasta que fue demasiado tarde.

Murió sola y asustada.

Dejó este mundo de un modo completamente opuesto a como había vivido.

Ella era la valiente de las dos, la que siempre estaba rodeada de felicidad y gente que la quería. Y, sin embargo, ahora moriremos de la misma forma.

Solas y sin nadie que nos salve.

Me está entrando demasiada agua por la nariz y por la boca, pero me reconforta pensar que voy a verla de nuevo. De pronto, empiezo a percibir unos destellos, todo se vuelve borroso y me sumo en una especie de éxtasis. Estoy perdiendo el conocimiento, alejándome cada vez más de mi propio ser.

Me entrego por fin al dolor, al agua que sabía que tarde o temprano me alcanzaría.

Una repentina calidez me envuelve todo el cuerpo y siento que ha llegado mi hora. Me estoy muriendo.

Pero, entonces, vuelvo a encontrarme de golpe con el aire implacable de la noche. Al notar cómo me azota la piel, una descarga de energía me recorre de pies a cabeza y me entran ganas de toser con fuerza.

Los jadeos y el frío cortante hacen que no pueda dejar de temblar.

No sé si estoy feliz de seguir viva o simplemente desconcertada.

Me aferro con desesperación a lo que sea que me esté sosteniendo en este instante porque su agarre parece estar apartándome de las garras de la muerte e insuflándome vida.

—No vas a morirte —sentencia una voz—. Al menos, no tan fácilmente.

A pesar de tener los sentidos nublados y estar empapada, puedo distinguir su aroma a cannabis y humo. A gasolina y cuero viejo. Siento la firmeza de su cuerpo bajo mis dedos y la calidez que desprende a través de las capas de ropa húmeda que nos cubren a ambos.

Abro los ojos de par en par y, entre la niebla que me empaña la vista, lo distingo a él.

Es Rook.

Tiene el pelo mojado pegado a la cara, las mejillas sonrosadas y la mandíbula apretada mientras intenta controlar los temblores que le sacuden el cuerpo.

Aunque parece estar hecho pedazos, luce una belleza sin igual.

Pero hasta Lucifer fue considerado alguna vez el ángel más hermoso de todos.

21
Justicia poética

Rook

Sabía que tenerla de vuelta solo nos traería problemas.

Estaba claro que no haría nada más que distraernos y ponernos en peligro. Sage siempre ha sido imprevisible. Un veneno que se extiende de forma silenciosa y te corrompe antes de que puedas darte cuenta de que estás infectado.

—Alistair, espera. Alistair, por favor. Estoy bien —suplica Briar.

Pero no logra detenerlo. La sangre le gotea de las manos y tiene los nudillos abiertos y en carne viva. Al tío que está recibiendo el impacto de su ira se le va a quedar una marca permanente en la cara.

Sage está sentada en el suelo con una chaqueta envuelta alrededor de los hombros para intentar combatir el frío. El pelo mojado le roza la barbilla cuando alza la vista hacia el huracán desbocado que avanza en su dirección.

Alistair agarra a Sage con fuerza por la parte delantera de la chaqueta y la estampa de forma brusca contra el lateral de su coche.

—¿En qué coño estabas pensando? —gruñe, zarandeándola con furia mientras habla—. No eres más que una egoísta de mierda. Casi acaba muerta por tu culpa.

El azul de sus ojos ha adoptado el mismo tono apagado que ahora le adorna los labios. Imagino que seguirá aturdida por la falta de oxígeno y la hipotermia que ha estado a punto de darle. No creo que entienda siquiera por qué tiene a una bestia rabiosa rugiéndole en las narices.

Cuando Ali descubrió que Briar no estaba en su dormitorio como

le había dicho, se le encendieron todas las alarmas. Después de todo lo que pasó el semestre pasado y de que su hermano Dorian la secuestrara, se puso en lo peor. Alistair nunca siente miedo. Nunca. Excepto cuando se trata de perder a Briar. Eso es lo único que de verdad teme en la vida. Ni siquiera la muerte está por encima de ella.

Por suerte, Silas le había instalado un rastreador en el móvil para que Alistair pudiera estar tranquilo, así que, en cuanto vio su ubicación, no hubo fuerza capaz de impedirle que fuera a buscarla.

Llegamos justo después de que Briar recibiera un palazo de *hockey* en la parte trasera de las piernas y un derechazo en la boca. La escena nos impactó muchísimo a ambos. Iba a abalanzarme sobre alguno de los cabrones que se habían atrevido a golpearla, cuando mi atención se desvió a otro sitio.

Hacia una chica con las alas rotas.

Se cayó al agua tan deprisa y con tanta violencia que, por un segundo, dudé de mis propios ojos.

Me quedé observando, con el puño apretado, esperando a que volviera a emerger a la superficie, pero, al ver que no salía, me lancé tras ella.

Cuando salimos del agua, tenía la piel pálida y la mirada quebrada, como si hubiera aceptado que iba a morir ahogada. La simple idea hizo que me cabreara. No podía permitir que muriera. Al menos, no sin luchar.

En ese momento, solo fui capaz de ver a la chica que fingía ser cuando estaba conmigo, debajo de mí, a mi alrededor, y no a quien era en realidad. Así que me aferré a los recuerdos de lo que habíamos vivido, aunque todo hubiese sido una farsa, y cedí a la tentación de volver a seguirla como un tonto.

Igual que cedí cuando me enteré de que la habían internado en el Monarch y conduje hasta allí solo para asegurarme de que era cierto. Que se encontraba a salvo y no había muerto.

Soy patético.

A pesar de que me ha mostrado todas y cada una de sus asquerosas verdades, sigo empeñado en no desprenderme de todas aquellas bonitas y venenosas mentiras.

Y, joder, me odio con todas mis fuerzas por ello.

—Lo siento. N-no esperaba que…

—¿El qué? ¿Que le dieran una paliza a mi novia mientras tú estabas ocupada ganando el juego?

—¡Alistair! —grita Briar, agarrándolo por la chaqueta de cuero—. ¡Suéltala! Ha sido culpa mía. Fui yo la que quiso venir, no Sage.

La mandíbula de Alistair se tensa y los músculos se le contraen un par de veces. Sus ojos oscuros se clavan en el azul vacío de los de Sage.

—Si vuelves a ponerla en peligro otra vez, te mataré.

Mis pies comienzan a moverse en su dirección antes de que pueda darme cuenta de lo que estoy haciendo.

No es una amenaza cualquiera: Alistair nunca dice nada que no esté dispuesto a cumplir, y no me gusta nada lo que sus palabras han despertado en mí. El respeto que normalmente siento hacia él en este instante se ha transformado en hostilidad. Me coloco a su lado y le pongo una mano en el pecho.

—Tranquilízate. Briar está bien. Céntrate en tu chica.

Mi amigo me mira y ladea la cabeza con desconfianza; sin embargo, me mantengo firme y sigo sosteniendo la mano contra su pecho con firmeza para que capte el mensaje y la suelte.

Entonces, le lanza una última mirada furiosa a Sage y la libera de su agarre. Acto seguido, se aleja del coche, va directo hacia Briar y le acuna el rostro entre las manos. Su cuerpo desprende tanta ira que casi puedo ver el humo que le sale por las orejas, pero se calma un poco al verla. Levanta su pulgar ensangrentado y lo pasa con cuidado por el labio inferior hinchado de su novia.

—No he acabado contigo, ladronzuela.

Ella asiente aceptando su enfado, le rodea la cintura con el brazo y se acurruca contra él. La oigo susurrar un «lo siento» y luego su voz se desvanece hasta convertirse en un murmullo que solo ellos pueden escuchar.

Me giro hacia Sage, que está apoyada contra el coche, mirando fijamente al suelo, y me meto las manos en los bolsillos de los vaqueros empapados. Al menos la rabia que me quema por dentro me impide sentir el frío. Rezo en silencio para que la tela mojada

impida que mis dedos se muevan por sí solos y cometan alguna estupidez, como, por ejemplo, tocarla.

La desesperación con la que se ha aferrado a mí en el agua, como si fuese a morirse si la soltaba, ha provocado que se me vaya la puta cabeza. Los meses de celibato que he soportado no son nada comparados con el dolor que me ha atravesado el pecho en ese momento.

Lo único que tengo que hacer es seguir recordándome a mí mismo y al tonto de mi corazón que todo esto es solo un espejismo. Mientras yo me dedicaba a follármela, conocerla y respirar su esencia, ella ya estaba comprometida con otro tío. Lo nuestro había sido un simple experimento.

«Para ella no fuiste nada más que un juego, Rook. Eso es todo».

—Veo que os habéis divertido sin nosotros —dice Thatcher, que cierra de golpe la puerta del copiloto del coche de Silas y se dirige hacia nosotros.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Silas.

Mira primero a Briar y luego se queda un buen rato contemplando a Sage. Más del necesario. Encontrárnosla de nuevo cara a cara ha sido duro para mí, pero sé que a Silas también le ha afectado, aunque de un modo totalmente diferente.

Sage y Rosemary eran gemelas, así que es lógico que guarden cierto parecido, pero teniendo en cuenta que una de ellas lleva muerta un año, sus similitudes se ha vuelto aún más evidentes.

—Han participado en el Guantelete. Sage se ha caído a la piscina de olas y han pegado a Briar —les resumo, con los dientes apretados de la rabia al pensar en lo tontas que han sido exponiéndose a un peligro así.

Todos los años hay gente que acaba en el hospital por culpa del Guantelete. No es un juego apto para novatos. Nosotros lo sabemos mejor que nadie. Normalmente somos los que repartimos los golpes.

—¿Y a ti? —inquiere Thatcher dirigiéndose a Lyra, que está sentada en el suelo con la cabeza apoyada en las rodillas. Al oírlo, se sobresalta, como si su voz la hubiera traído de vuelta a la realidad. Mi amigo la atraviesa con la mirada antes de continuar—: ¿Qué te ha

pasado?

—Nada. Eh… E-estoy bien —responde tartamudeando.

La observa fijamente durante un segundo; luego, asiente brevemente con la cabeza y chasquea la lengua.

—¿Hemos ganado por lo menos?

—Thatcher, cállate la puta boca.

—Sí —contestan Briar y Alistair al mismo tiempo, demostrando una vez más por qué hacen tan buena pareja.

—Bien —responde mi amigo. Thatcher se acerca a Briar y se inclina sobre ella. Extiende la mano, le agarra la barbilla con frialdad y le gira la cabeza, primero hacia la izquierda y, después, hacia la derecha—. Ponte un poco de hielo y seguro que sobrevives… desgraciadamente —añade, por si acaso estaba siendo demasiado amable.

Su conversación pasa a un segundo plano en cuanto veo a Silas avanzando hacia Sage. Se queda de pie a su lado, contemplándola durante un instante demasiado largo, y empieza a quitarse la sudadera. Una vez la tiene en sus manos, se detiene.

—Levanta los brazos —gruñe.

Cuando por fin alza la vista hacia él, se me revuelven las entrañas. ¿Por qué está mirándola de esa forma? Sé que probablemente esté tratando de ayudarla porque es la hermana de Rose, pero ¿por qué cojones tiene que mirarla así?

Me pone de los nervios y no puedo evitar enfurecerme.

Conmigo. Con ella. Con él.

—No la quiero —responde con unos ojos completamente inexpresivos.

—Te vas a congelar. Póntela —insiste, presionándole la sudadera contra el pecho, pero ella ni siquiera se inmuta.

Me limito a observarlos. No soy capaz de pronunciar ni una sola palabra mientras presencio cómo mi mejor amigo habla con ella más de lo que ha hablado con nadie en todo un año.

Los celos me corroen por dentro.

Tenerla de vuelta no solo está destrozándome la vida de nuevo; también está provocando que me ponga en contra de mis propios amigos. Por su culpa, me he enfadado con Alistair, le he mentido a

Thatcher y, ahora, siento celos de Silas.

Me da envidia que compartan un vínculo que nunca alcanzaré a comprender, pero ¿qué voy a hacerle? Tampoco puedo mearme encima de ella para marcar territorio como si fuera un perro.

Sage Donahue nunca ha sido mía.

No tengo derecho a decirles nada, pero eso no quita que me muera de ganas de hacerlo.

—¿Para qué? ¿Para que puedas salvarme y sentirte mejor contigo mismo? —responde con frialdad, sin un ápice de emoción en su voz. Ya tardaba en aparecer la zorra despiadada con la que tan familiarizado estaba. Esa que no duda en tirarte al suelo de una patada justo después de haberte ayudado a levantarte—. ¿Para que puedas compensar el hecho de no haber estado ahí para Rose?

—Solo estoy intentando asegurarme de que no mueras —responde.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué no hiciste lo mismo por mi hermana?

Soy muy consciente de lo poco que controla sus palabras cuando se deja dominar por la rabia y del daño que es capaz de causar con esa lengua viperina. No pienso permitir que su voz se le clave también a él como una daga afilada. No se lo merece.

—Sage, para —le advierto mientras acorto la distancia que nos separa y me coloco justo detrás de ellos.

—No —responde, y sigue hablándole a Silas—. Tendrías que haber estado allí, pero la dejaste volver sola a casa desde la biblioteca.

No creo que a mi amigo le haga falta que le recuerden algo que nunca ha olvidado. Sin embargo, cuando Sage sufre, necesita hacer que todos los que la rodean también sufran.

—¡Tendrías que haber estado allí! —grita, hundiéndole un dedo en el pecho, pero él permanece rígido como una estatua y deja que toda la ira que está vertiendo sobre él rebote contra su coraza—. ¡Tendríamos que haberla protegido! —prosigue, y de sus ojos brota la primera lágrima que se ha permitido derramar esta noche, destapando una herida que nadie es capaz de curar.

Si alguien puede entender cómo se siente es Silas.

Al fin y al cabo, han perdido a la misma persona. No les costaría

encontrar un punto de unión en su dolor y comprender las emociones que los desbordan, algo que yo nunca podré hacer por ninguno de los dos. Sobre todo, por Silas. Aunque yo también conocía a Rose de cerca, el vínculo que nos unía no era tan fuerte como el que compartía con él, así que ninguna ayuda que le pueda ofrecer será nunca suficiente.

Por muchas veces al día que le pregunte cómo se encuentra, jamás conseguiré aliviar el dolor que lo atormenta. Lo único que puedo hacer por él es asegurarme de que obtenga su venganza.

—¡Y ahora está muerta! Murió completamente sola, Silas. ¿Por qué no la protegiste? ¿Por qué no fuimos capaces de salvarla?

Esas últimas palabras salen disparadas de su boca como si fueran balas, atraviesan el metal de la coraza que Silas había construido a su alrededor y logran abrirse paso hasta sus huesos. Por la forma en la que se encoge al escucharla, sé que no se trata solo de una herida emocional, sino también de un dolor físico que le recorre todo el cuerpo.

Cierra los ojos durante un instante y, cuando vuelve a abrirlos, extiende la mano para tocar a Sage.

—Rosie, yo…

—¿Qué? —lo interrumpe, visiblemente afectada por el nombre que Silas acaba de pronunciar—. ¿Me has llamado Rosie?

De pronto, se me encienden todas las alarmas y el pánico se propaga por cada fibra de mi ser. Intento convencerme de que tan solo ha sido un desliz. Ha estado tomándose la medicación todos los días. Yo mismo me he asegurado de ello. Quiero creer con todas mis fuerzas que no es más que una coincidencia; sin embargo, con su diagnóstico, es difícil dejar pasar algo así, sobre todo, cuando soy plenamente consciente de sus síntomas y he aprendido a reconocer las señales que indican que está empeorando.

—Ya basta —digo, interponiéndome entre ambos, aunque no sé muy bien a quién de los dos estoy protegiendo.

Lo único que tengo claro es que Sage está empeñada en herir a alguien y prefiero que sea a mí, no a Silas. Nunca permitiría que le hiciera daño a Silas.

—Que te den —escupe, alzando la vista hacia mí—. Que os den

a todos. Os creéis que merecéis vengaros más que yo. Como si ella no significara nada para mí. ¡Como si no fuera mi puta gemela!

—No tiene nada que ver con eso. Sabemos que no lo merecemos, pero también sabemos que no confiamos una mierda en ti —replico, sin dejarme avasallar por su arrebato de ira.

Si quiere ser desagradable, perfecto, nosotros también podemos serlo.

—No, eres tú —me hunde el dedo índice en el pecho— el que no confía en mí, Rook, lo cual resulta bastante irónico, teniendo en cuenta que les has estado mintiendo a tus amigos durante todo este tiempo.

Clava sus ojos en los míos a modo de advertencia para recordarme que, si no voy con cuidado, no dudará en airear nuestro secreto en este mismo instante, aunque lo cierto es que, viniendo de ella, no me sorprende en absoluto. No le importa a cuántas personas tenga que llevarse por delante, siempre y cuando consiga hacer trizas a su objetivo.

Ha vuelto aquí para destrozarme la vida, pero no pienso caer en sus redes de nuevo. Esta vez, no me conformaré con reducir a cenizas una casa del lago; iré a por sus propios huesos.

Resoplo por la nariz y tenso la mandíbula.

—Sabía que salvarte iba a ser una puta pérdida de tiempo. Tendría que haber dejado que te ahogaras.

—Si tan claro lo tenías, ¿por qué me has salvado entonces? ¿Eh? —Levanta el rostro hacia mí con desdén y aprieta los puños a los costados—. Para ser un tío que basa toda su personalidad en actuar como el villano, te encanta hacerte el héroe, ¿no? Porque eso es lo tuyo: salvar a los desvalidos para colgarte la medallita, ¿verdad, Rook?

—¿Acaso te parezco un puto héroe?

La agarro de la cintura con ambas manos, le presiono la piel con firmeza y, acto seguido, la alzo para echármela sobre un hombro, de modo que se queda colgando del revés a lo largo de mi espalda, como si fuera un saco de patatas.

—Se acabó —digo mientras forcejea conmigo para liberarse, tal y como intuía que haría.

Ya va siendo hora de que aprenda que todo lo que suelta por esa boquita de piñón tiene consecuencias. Permito que me golpee la espalda y me deje en carne viva las heridas que se esconden debajo de la camiseta.

Cuando llegamos a su coche, la sujeto con un brazo, utilizo el otro para abrir la puerta de un tirón y la lanzo bruscamente en el asiento trasero. Se queda tumbada sobre el tapizado mullido y el pecho le sube y baja al tiempo que gesta un torbellino de emociones en su interior, pero estoy dispuesto a que me arrolle con su ira, con su brote de locura y con todo lo que quiera atacarme.

Coloco ambas manos en el marco de la puerta para apoyarme, luchando desesperadamente por apartar de mi mente el recuerdo de la última vez que la vi así: tumbada sobre el asiento trasero, desnuda, mientras me fumaba un porro y ella me miraba con unos ojos que me pedían a gritos que la hiciera mía.

Ahora, en cambio, solo me gritan que me vaya a tomar por culo. A decir verdad, no sabría decir qué mirada me gusta más.

Reacciona con la rapidez propia de una fiera, se incorpora sobre las rodillas y me presiona el pecho con las palmas, empleando toda la fuerza que le queda para que me quite de la puerta.

—¡Déjame salir de una puta vez! —grita, cada vez más alterada al ver que permanezco inmóvil ante ella.

Eso es. Sácalo todo, Sage. Hazme daño.

—No —respondo con voz ronca, empeorando aún más las cosas.

Bajo la vista hacia los mechones mojados de su pelo y me quedo mirando cómo se balancean de un lado a otro al compás de sus movimientos.

Al percatarse de que los empujones no sirven de nada, impacta con firmeza sus diminutos puños contra mi pecho en un intento desesperado por apartarme de la puerta. Sin embargo, lo único que consigue es agotar todas sus fuerzas y avivar mis ganas de sentir dolor. Estos golpecitos no son nada comparado con lo que necesito para saciar mi hambre.

—¿Eso es todo lo que sabes hacer? Veo que eres de ladrar mucho y morder poco, ¿no? —la provoco—. Venga, pégame de

verdad.

Digo exactamente lo mismo que le habría dicho a Alistair antes de nuestros entrenamientos de boxeo para alimentar su ira y que me golpee con más violencia.

Mis palabras producen el efecto deseado y la impulsan a estrellarme los puños en el estómago varias veces seguidas, hasta que logra arrancarme el aire de los pulmones. Pero, aun así, sigue sin ser suficiente para hacer que me mueva.

—¡Pégame! —le grito en la cara, dejándome llevar por todo el veneno y las emociones a las que todavía no me he enfrentado.

Aunque me esforcé por enterrarlas en lo más profundo de mi ser cuando dimos por terminado lo nuestro, su presencia ha provocado que vuelvan a resurgir todas, despertando en mí unas ganas indomables de destruirla y hacer que se cuestione quién es en realidad, tal y como ella hizo conmigo.

—¡Que me pegues, joder!

Entonces, estalla por fin y me lanza un puñetazo directo a la mandíbula, partiéndome el labio en el proceso y volviéndome la cabeza hacia la derecha por la fuerza del impacto. El sabor metálico y ácido de la sangre me impregna enseguida la boca y el corte del labio empieza a palpitarme del dolor.

Giro la cabeza de nuevo hacia ella y la veo con los ojos abiertos de par en par y llenos de lágrimas mientras se tapa la boca con las manos. Está sorprendida de haber sido capaz de hacer algo así, de haber llegado hasta ese extremo.

Si se escoge el momento adecuado, la motivación correcta y las emociones precisas, todo el mundo puede acabar haciendo cosas despreciables.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —susurra—. ¿Por qué me has dejado pegarte?

No me esperaba que esa pregunta consiguiera atravesarme la garganta como una cuchilla y reducir a cenizas cada rincón de mi alma hasta dejarme completamente desnudo ante ella.

Me pasan muchas cosas. Sin embargo, ahora mismo, solo hay una que me esté tocando las narices.

Le agarro un mechón de pelo de la nuca y tiro de su rostro

hacia el mío. Nuestras frentes se chocan con fuerza y nos quedamos tan pegados el uno al otro que no me queda más remedio que inhalar su esencia por primera vez desde hace meses.

—Tú —respondo entre dientes, y detesto el regusto que me deja esa verdad en la lengua—. Tú eres lo que me pasa. Que hayas vuelto. Que te pasees por el campus. Que te presentes en el acantilado. Que simplemente existas.

Mi aliento le roza la cara y le arranca un jadeo. La proximidad de nuestras bocas genera una tensión palpable entre ambos.

—No voy a consentir que sigas haciendo esto, Sage. Se acabó —digo con firmeza—. Si quieres estar triste y llorar a tu hermana, adelante, pero no tienes derecho a ir causando estragos a tu alrededor. No tienes derecho a herir a Silas ni a nadie solo porque estés enfadada y dolida. Nosotros también la hemos perdido, igual que tú.

No le doy tiempo para responder. Quiero que asimile lo que acabo de decirle y que reflexione sobre ello, así, la próxima vez que eche de menos a Rose, no lo pagará con quien no se lo merece.

Yo sé lo que se siente al estar al otro lado y recibir los golpes de una persona que te culpa de su duelo. Sé lo que es convertirse en el chivo expiatorio y el saco de boxeo personal de alguien que ha perdido una mitad de sí mismo. Me niego a permitir que se convierta en mi padre, porque ella es mucho mejor que él.

Al soltarla, se desploma en el asiento y, entonces, le dejo un poco de espacio. Cuando dirijo la mirada hacia abajo, veo que está jugueteando nerviosa con la sudadera de Silas sobre su regazo.

—Y no vas a ponerte esta mierda —añado en un ataque de celos, arrancándole la prenda de las manos antes de cerrarle la puerta de golpe.

Estoy cabreado, tengo frío y me muero de ganas de largarme de este sitio. Necesito alejarme de ella, de los arrebatos de locura que me dan estando a su lado y de la forma en que me hace sentir. Una vez me he apartado de su coche, tomo una profunda bocanada de aire y me froto la nuca con brusquedad.

Quiero liberar esta rabia que me carcome por dentro, entrenar con Alistair, dar una vuelta en moto, que Thatcher me corte. Lo que

sea que me permita sacármela de la cabeza, aunque solo sea por un instante.

Briar y Lyra se despiden de nosotros, se montan en el coche con Sage y regresan a la residencia, dejándonos solos para que procesemos todo lo que acaba de pasar.

—¿A qué coño ha venido eso, Van Doren? —exige saber Alistair mientras arranco la moto para que el motor vaya desprendiéndose del frío que impregna el ambiente.

—Estaba protegiendo a Silas. ¿Tú qué crees? —replico a la defensiva, porque lo último que me apetece esta noche es tener que lidiar también con su actitud.

—No necesito que me protejas —dice Silas.

—Ah, ¿no? ¿Y tampoco te hace falta que me asegure de que te tomas la medicación? ¿O te parece bien ir llamando por ahí a la gente por el nombre de tu novia muerta? —respondo, clavando los ojos en él al mismo tiempo que le lanzo la sudadera.

¿Acaso no se da cuenta de que desde que murió Rose no he hecho nada más que cuidarlo? ¿Velar por él? ¿Pasar cada segundo que estoy despierto comprobando que se encuentra bien y sigue con vida?

—Tranquilizaos todos —interviene Thatcher—. Ha sido una noche larga, así que vamos a tomárnoslo con calma, ¿de acuerdo?

Lleva razón. Como siempre. Es la única voz que nos infunde un mínimo de cordura cuando empezamos a perder los estribos.

Cada vez que estoy cerca de ella o se menciona su nombre, todas mis emociones se intensifican y me resulta imposible controlarme. Por más que intente desterrarla de mi vida, siempre se las arregla para volver a colarse en ella y convertirme en alguien que ni siquiera reconozco. Alguien que se enfada con sus amigos por atreverse a mirarla de cierta manera o amenazarla.

Se suponía que iba a divertirme corrompiendo a la animadora guapa, pero, al final, fui yo el que acabó saliendo perjudicado. Menuda mierda de sentimientos y menuda mierda de todo.

—Toma. —Alistair me lanza un paquete de cigarrillos—. Nos vendrá bien a todos.

Saco uno y me lo llevo a los labios antes de pasarle el resto de

la cajetilla a Silas. Luego, lo enciendo con mi Zippo e inhalo el humo con la esperanza de que me ayude a aliviar el estrés.

—Seis minutos —comenta Thatcher—. Cada cigarrillo os quita seis minutos de vida, ¿lo sabíais?

No puedo evitar soltar una risita.

—Entonces estamos seis minutos más cerca de nuestro objetivo.

De mi boca salen anillos de humo que se arremolinan en la oscuridad de la noche y, de pronto, me noto ligeramente mareado por el subidón de nicotina. En momentos como este, me acuerdo de cuando teníamos catorce años y nos poníamos a fumar en el acantilado mientras planeábamos todo lo que haríamos para desatar el caos en Ponderosa Springs antes de largarnos para siempre.

¿Cómo cojones hemos acabado así?

Ahora estamos aún más atormentados que antes y vamos cavando un poco más nuestra tumba con cada día que pasa.

—Llegáis un poco tarde para jugar, chicos. Era lo único que se os daba bien, y mirad, hemos podido ganar sin vosotros. Parece que hasta este pueblo os está diciendo que ya va siendo hora de que os vayáis a tomar por culo a otro sitio.

Justo cuando empiezo a pensar que los ánimos por fin se han calmado, llega el rey de los gilipollas a echarle aún más leña al fuego.

El que me faltaba para coronar la noche.

Nuestras rencillas se remontan a la primaria y, sí, ya de niño era igual de insufrible que de adolescente.

Echo un vistazo por encima del hombro y veo a Easton irrumpiendo en el aparcamiento como si fuera el puto dueño. Siempre camina con esos aires de superioridad, como si todo el suelo que pisa le perteneciera.

La prepotencia que se gasta el amigo huele a kilómetros de distancia.

—Según tengo entendido, habéis ganado gracias a una chica. ¿Ya no tienes suficiente con el apoyo de tu papaíto y ahora también necesitas que otros libren tus batallas? Si lo que buscas es dar la imagen de un completo inútil, lo estás bordando, Sinclair —responde

Thatcher, recostándose contra el coche de Silas y metiéndose las manos en los bolsillos de su pantalón de vestir.

Easton le lanza una mirada cargada de desprecio, nada contento con el hecho de que alguien haya osado herirle el ego.

—Cierto. Se me ha olvidado preguntároslo: ¿cómo está Sage? ¿Hemos tenido suerte y nos ha bendecido ahogándose en la piscina de olas? ¿O es cierto lo que he oído y Rook se ha lanzado al agua para salvar a la damisela en apuros?

En ese preciso instante, comienza a apoderarse de mis manos un hormigueo que me incita a cometer una imprudencia y dar rienda suelta a mi ira. Noto cómo brota en mi interior y va tomando el control de todo mi cuerpo un impulso irrefrenable de hacerle trizas la columna o grabar sus gritos mientras lo quemo vivo para ponérmelos de tono de llamada.

La maldad que me atribuyeron de pequeño empieza a fundirse con mi temperamento inestable, dando lugar a una combinación aterradora. Como si me hubiera convertido en pura dinamita aguardando pacientemente a que la mecha se prenda.

Él no es el objetivo principal de nuestra venganza, nunca lo ha sido, pero, de una forma u otra, siempre acaba metiendo las narices donde no lo llaman y soltando mierda sobre lo que no debería.

Me quedo mirándolo, intentando descifrar si sabe lo mío con Sage. Si los chicos se enteraran de un secreto como ese por boca de un capullo integral como él, perderían toda su confianza en mí, tal y como me advirtió Thatcher, lo que significa que solo tengo dos opciones: o se lo cuento lo antes posible o sigo rezando para que aquellos que lo saben mantengan el pico cerrado.

El problema de Ponderosa Springs es que no hay forma de lograr que un puto secreto permanezca bajo tierra durante mucho tiempo. Todo termina saliendo a la luz tarde o temprano.

—Qué solito te veo esta noche, East. ¿No te has traído a ninguno de tus perritos falderos para que te cubra las espaldas? —pregunto, sin entender cómo puede adentrarse tan tranquilo en la boca de unos lobos que llevan meses hambrientos y están deseosos de hincarle el diente a cualquiera que se interponga en su camino.

Aunque solo sea un pijito imbécil con zapatillas de lona.

—¿Sabes? A diferencia de ti, a mí no me hace falta llevarme a mis amigos a todos lados como si fuéramos un grupito de chicas yendo al baño —dice. Acto seguido, pasa junto a nosotros y pulsa el botón del mando para abrir su coche, que resulta estar aparcado cerca de mi moto, pero, antes de largarse, decide soltar otra de sus frasecitas de mierda para rematar—. Pronto me encargaré de limpiar este pueblo de basura como vosotros, igual que hicimos con la zorrita de vuestra novia, Rose.

El hormigueo que sentía en la mano se transforma de pronto en un temblor intenso que se me extiende hasta los dedos de los pies. Aprieto el cigarrillo entre los dientes y me tamborileo el muslo con el pulgar a un ritmo frenético. Mis impulsos están empezando a dominarme por completo.

Al escucharlo pronunciar su nombre e insinuar que ha tenido algo que ver con su muerte, se me olvida de golpe nuestro plan de esperar antes de seguir impartiendo justicia. No voy a poder contenerme por mucho más tiempo.

Silas avanza hacia él en silencio, cargando sobre los hombros el peso de todos sus asuntos pendientes y la culpa que lo corroe por dentro. Lo sigo de cerca, no porque necesite refuerzos, sino porque quiero deleitarme en el festín que va a darse con su carne.

Una vez lo alcanza, se quedan frente a frente.

—Si descubro que has estado implicado en algo de lo que le pasó a Rose, haré que me supliques de rodillas que te mate.

La garganta de Easton sube y baja al tragar, pero, a pesar de su visible nerviosismo, todavía no parece estar dispuesto a retirarse.

—Se os va toda la puta fuerza por la boca. Decís mucho, pero nunca hacéis nada. ¿Cuándo vais a cumplir alguna de vuestras amenazas vacías? —Acerca su cara a la de Silas, provocando que se prenda en mi interior una chispa que no habrá forma de apagar hasta que mi cuerpo obtenga la violencia que ansía—. Además, si hubiera estado implicado de alguna forma en la muerte de Rosie —prosigue, susurrando—, al menos habría catado primero el producto para asegurarme de que valiese la pena el riesgo.

Esas palabras bastan para hacerme estallar del todo.

De pronto, un instinto primario se apodera de mí. Sin pararme a

pensar en las consecuencias de mis actos, agarro a Easton por la nuca como si fuera un conejo atrapado en una trampa. Siento los latidos desbocados de su corazón palpitando bajo las yemas de mis dedos. Lo único que logro ver en este momento son unas llamas anaranjadas que arden con fiereza y una oscuridad hipnótica que me incita a adentrarme en ella.

Entonces, reproduzco en mi mente cada una de las mierdas que nos ha soltado y todo lo que nos ha hecho a mis amigos y a mí a lo largo de todos estos años. Lo cruel que ha sido con Rose, sus comentarios de gilipollas, las veces que ha manoseado a Sage delante de mí. Todo contribuye a avivar el fuego que se ha adueñado de hasta el último rincón de mi ser.

Ahora, el mundo lo verá tal y como es en realidad. Será igual de desagradable por fuera que por dentro. Se acabó lo de esconderse tras su imagen de chico de oro.

Ha llegado la hora de que Easton reciba su merecido.

—¿Qué cojones estás haciendo? —grita, con una voz tan estridente que sería capaz de resquebrajar un cristal, mientras intenta zafarse de mi agarre, pero me mantengo firme.

—Cumpliendo todas esas putas amenazas vacías.

Le hundo la rodilla en el estómago y se dobla por la cintura mientras suelta un gruñido de dolor, aunque no me he ensañado aún con él; solo he aplicado la fuerza justa para que me dé la ventaja que necesito.

Se aferra a mi antebrazo y me clava las uñas en un intento patético de defenderse. Tiro de él hacia mi moto o, mejor dicho, lo llevo a rastras los escasos centímetros que nos separan de ella. Le gusta dárselas de duro, pero no es más que un blandengue.

—Rook.

No sé muy bien quién dice mi nombre, pero ya es demasiado tarde para convencerme de que pare. No habrá forma de detenerme hasta que Easton obtenga su castigo. Hasta que queden satisfechos los deseos del diablo que habita en mí y sacie su sed de venganza.

Le estampo el lado izquierdo de la cara contra un lateral del tubo de escape de mi moto y me aseguro de que se quede bien pegada al metal abrasador. Una oleada de placer me recorre el

cuerpo al verlo forcejear y gritar de desesperación.

El olor me invita a respirar hondo. Alzo la cabeza al cielo y cierro los ojos, disfrutando de esta sensación de poder. Los músculos y los tejidos desprenden una fragancia única al abrasarse. El humo del tubo de escape se mezcla con el olor del pelo chamuscado, dando lugar a ese aroma a azufre que despide la piel cuando se funde.

Puedo oír el chisporroteo de la carne justo por debajo de sus alaridos de agonía mientras implora entre balbuceos una piedad que no va a serle concedida. Al menos, no esta noche.

Lo sostengo unos segundos más en la misma posición. Cuando por fin lo suelto, los pies le fallan y cae sobre el asfalto con un golpe seco. Contemplo cómo se le despega la cara del tubo de escape y me doy cuenta de que algunos trozos de carne se han quedado adheridos al metal reluciente.

Tengo que acordarme de limpiarlo luego.

Se toca la cara con las manos temblorosas para evaluar la gravedad de la herida. Su piel me recuerda al plástico derretido. Los tejidos achicharrados burbujean y supuran un líquido amarillento por la grasa disuelta. Una gran quemadura de tercer grado le cubre toda la mejilla. El daño es irreversible.

Llevará esa cicatriz para siempre, como un recordatorio de la podredumbre que esconde bajo la superficie. Cada vez que la vea, sabrá que no existen las putas amenazas vacías.

Y, de repente, esa simple idea hace que el temblor que había tomado el control de mis manos desaparezca.

22
Pesadilla de una noche de verano

Sage

Por alguna razón, creía que, cuando las temperaturas empezaran a subir, este lugar me parecería un poco menos siniestro; sin embargo, cuanto más tiempo paso aquí, más extraño me resulta todo: los crujidos que se oyen en las paredes por la noche, las sombras que se forman en los pasillos al ponerse el sol… Es difícil no pensar que este sitio está encantado o que alberga pasadizos secretos que conducen a la sala de reuniones de algún culto.

Atravieso el área común por el césped húmedo y cuidado donde los estudiantes se reúnen entre clases o a la hora del almuerzo. Mis ojos se posan en el árbol talado que se encuentra justo en el centro, aquel que cortaron después de que saliera ardiendo misteriosamente el semestre pasado.

Una vez vuelvo a pisar el camino de adoquines, pongo rumbo al teatro. El único rincón de este sitio que llegué a considerar un hogar.

Llevo un par de días sufriendo ataques de pánico más intensos y las pesadillas se han vuelto aún peores. Ahora que sé lo que se siente de verdad al ahogarse, mi mente se ha encargado de usarlo en mi contra haciendo que todo dé la impresión de ser mucho más real que antes.

Tardé unos minutos en mirar de nuevo a la cara a Briar y a Lyra y, aunque Briar asegura que está bien e insiste en eximirme de toda culpa, no puedo evitar sentirme responsable cada vez que veo de refilón el moratón amarillento que le han dejado.

Por más que lo intente, no logro borrar esa noche de mi memoria.

—Justo la chica de la que te estaba hablando —dice una voz en cuanto cruzo la puerta del edificio—. Finn, te presento a Sage Donahue, la hija de Frank. Sage, este es Finn, mi compañero.

Cain avanza hacia mí hasta colocarse a mi lado, mucho más cerca de lo que me gustaría, y me aprieto el guion contra el pecho.

—Encantado de conocerte —responde, extendiéndome la mano —. Lamento lo de tu hermana.

Al estrechársela, me pregunto si le molestará que lo hayan emparejado con un detective más joven, como pasa en todas las series de polis. El bigote blanco que lleva le roza la parte superior del labio y se le curva en las comisuras, dándole un ligero aire al señor del Monopoly.

Tiene la presencia de alguien que lleva mucho recorrido a sus espaldas, pero sigue siendo bueno en lo suyo. ¿Será consciente de la falta de ética profesional de su compañero? ¿Sabrá que no solo está vinculado a una red de trata, sino que también es un pedófilo? Y, si estuviera al tanto de todo, ¿seguiría trabajando con él? ¿O es igual de corrupto que el hombre que se encuentra de pie a su lado?

—Gracias. Lo mismo digo —contesto de manera escueta, porque no estoy segura de cuánto le habrá contado su compañero.

—Imagino que vas de camino a clase, pero quería darte mi tarjeta. —Se mete la mano en el bolsillo de la chaqueta—. Por si ves o escuchas algo que pueda ayudarnos en la investigación sobre la muerte de Greg West y la desaparición de Chris Crawford.

Cojo la tarjeta blanca y echo un vistazo a las palabras impresas en ella mientras me muerdo la lengua para intentar callarme lo que pienso, pero me es imposible contenerme.

—Tono marfil discreto, grosor refinado… Hasta tiene una marca de agua —comento, girando la tarjeta entre los dedos antes de guardarla—. Paul Allen estaría orgulloso.

A primera vista, Finn da la impresión de ser un hombre profesional y serio; sin embargo, ahora que está sonriendo, ya no parece un personaje salido de *Miami Vice*, sino más bien un abuelete entrañable.

—¿Te gusta *American Psycho*?

Asiento con la cabeza.

—El cine en general. Las libertades que se tomaron respecto al libro eran necesarias, y eso casi nunca pasa en las adaptaciones. Es una comedia estilizada con una sátira muy adelantada a su tiempo, ambientada en una Manhattan realista, llena de codicia y puñaladas por la espalda —explico, moviendo las manos en el aire—. Por no hablar de lo bien que encarnó Christian Bale el papel de Patrick Bateman.

—Chica lista.

Me encojo de hombros.

—Solo veo muchas pelis. Te avisaré si me entero de algo —le miento.

—Gracias, Sage —contesta.

Me giro hacia Cain y le hago un gesto con la cabeza para despedirme, pero me agarra del antebrazo.

—Antes de que te vayas, Pip —comienza a decir y, aunque mi primer impulso es apartarme de él, me quedo clavada en el sitio—. Tu padre me ha contado que no lo has llamado desde que empezaste las clases. Sé que estás ocupada, pero te echa de menos. Dale un toque cuando puedas, ¿de acuerdo?

Reprimo las ganas de poner los ojos en blanco.

—Sí, luego lo hago.

Me zafo de su agarre y, una vez entro al teatro, apoyo la espalda contra la puerta. Inhalo por la nariz y exhalo por la boca varias veces mientras trato de calmarme y poner en orden mis ideas.

Este es el único momento que tengo para mí en todo el día, así que no pienso dejar que esa escoria me lo arruine. He estado yendo a clases de teatro, pero hace meses que no piso uno de verdad, y sentarse delante de una mesa llena de apuntes sobre dramaturgia no es nada emocionante en comparación con la experiencia de llevar el texto a escena.

Enderezo los hombros y camino en silencio por el pasillo, entre las filas de asientos de madera. Los techos altos están decorados con diseños complejos, pensados para transportar el sonido hasta el fondo del auditorio. Cuando llego a las escaleras laterales del escenario, me dispongo a subirlas, acompañada por el eco de mis pasos.

La iluminación es tan tenue que apenas alcanzo a ver más allá de las primeras filas desde donde me encuentro, pero no pasa nada. Lo importante para mí no son los focos ni el teatro en sí, sino la sensación del suelo de vinilo bajo mis zapatos, la manera en la que mi voz hace vibrar la madera cuando me meto de lleno en el personaje y la libertad que me invade al entregarme por completo a la historia y sumergirme en un mundo completamente distinto, alejado de la realidad.

Lanzo mi bolso a un lado y me quito la chaqueta, quedándome solo con un vestido negro de cuello festoneado que combina a la perfección con las botas de ante rojas que llevo puestas. Hubo un tiempo en el que me encantaban. Me las compró Rosie en uno de nuestros cumpleaños porque sabía que el rojo era mi color favorito.

Siempre acertaba con los regalos. A veces ni siquiera era necesario que alguien le hablara de sus gustos; tenía un talento especial para fijarse en los pequeños detalles que hacían felices al resto y recordarlos.

Me coloco en el centro del escenario, muevo los dedos dentro de las botas y ladeo la cabeza hacia la derecha y hacia la izquierda. Cuando termino de calentar, le echo un vistazo al guion para ver en qué escena dejé mi lectura de anoche.

Sueño de una noche de verano.

Shakespeare.

El rey del teatro. Ese referente a quien todo el mundo aspira a igualar y superar en el ámbito de la dramaturgia.

Releo las escenas unas cuantas veces con la intención de interiorizar la estructura y capturar la esencia del personaje. Cierro los ojos, me desprendo de mi ser y me reconstruyo a partir de los pedacitos que rescato de Hermia, la chica que ama con todo su corazón a Lisandro, pese a los deseos de su padre de verla casada con otro.

Me pongo en su piel y dejo que me envuelva ese dolor que le atenaza el pecho al haber encontrado a un hombre que considera perfecto para ella y al que no se le permite desear. Siento la punzada de un anhelo que va más allá de lo físico y de lo material. El desconsuelo de un alma que busca desesperadamente a su mitad.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, ya no soy la gemela trastornada, sino Hermia.

Dime, amor mío, ¿a qué se debe la palidez de tus mejillas? ¿Cómo es que sus rosas se marchitan tan pronto?

Oigo la voz de Lisandro en mi cabeza, interpretando su papel, aunque su cuerpo parece más una figura difusa que un ser de carne y hueso.

—Tal vez se deba a la falta de lluvia; si bien podría yo regarlas de sobra con la tempestad que vierten mis ojos.

Al principio, es inevitable pensar que ambos podrían expresar lo que sienten sin tanta floritura, pero, una vez te acostumbras a leer este tipo de obras, descubres que el poder del lenguaje reside precisamente en lo que se esconde tras cada palabra.

¡Ay de mí! Según cuanto he podido leer o escuchar, ya fuera en cuentos o historias, el camino del amor verdadero jamás se encuentra exento de temporales. Lo obstaculiza el linaje…

—¡Qué infortunio! Ser noble y no poder amar al modesto. —Alzo las manos con dramatismo y una sonrisa pícara en el rostro mientras parloteamos sobre los requisitos que se le imponen al amor, cuando, en realidad, lo único que nunca debería regirse por reglas es el corazón.

O la desproporción de edades.

—¡Qué crueldad! Ser vieja y no poder comprometerse con un joven.

O el sometimiento a la elección de otros que bien dicen quererte.

—¡Qué infierno! Elegir el amor con los ojos de otro.

A lo largo de la escena, siguen profundizando en la rapidez con la que puede destruirse el amor por culpa de las expectativas de aquellos que te rodean y en la obligación de casarse con alguien que el resto del mundo considere adecuado para ti, aunque en realidad no lo sea.

Es la historia de dos amantes condenados a la tragedia. Aunque se hallen en otro tiempo y en otro lugar, el dolor de desear lo que no podrás tener jamás sigue siendo el mismo.

Conozco tan bien ese sentimiento que mi propio dolor empieza

a filtrarse a través de Hermia e impregna la actuación.

Si me amas, escápate sigilosamente de la casa de tu padre mañana por la noche y, en el bosque, a una legua de la ciudad, donde una vez te encontré con Elena para festejar mayo, allí te estaré aguardando.

Lisandro traza un plan para que huyamos juntos y así podamos ser libres y estar juntos el resto de nuestras vidas, lejos de las expectativas que todo el mundo ha posado sobre nosotros y de mi padre, que ansía verme desposada con Demetrio, un hombre que me ofrecerá riquezas y estatus. Un hombre al que mi alma se rehúsa a amar.

De pronto, abandono este escenario y me transporto a un auditorio distinto: el de mi instituto. Rook vuelca sobre mí su ira tras descubrir mi compromiso con Easton. Sus palabras se me vuelven a clavar como cuchillas mientras me suplica que le diga que no es más que una farsa. Que tan solo se trata de un malentendido. Revivo cada sentimiento como si todo estuviera pasando por primera vez.

Solo que, en esta ocasión, es diferente. En vez de desgarrarle el corazón con mis crueles mentiras, le digo la verdad que tanto ansiaba compartir con él: que me forzaron a comprometerme para proteger a mi hermana, aunque todo fue en vano.

—Buen Lisandro mío, te juro por el arco más poderoso de Cupido, por su mejor flecha de punta dorada, por la pureza de las palomas de Venus, por aquello que enlaza las almas y hace florecer los amores y por el fuego en el que ardió la reina de Cartago…

Me detengo por un instante. La escena parece tan intensa y real que me está dejando sin aliento. Sacudo la cabeza y respiro hondo.

—… cuando vio al falso troyano con las velas al viento, por todas las promesas que los hombres han vulnerado y que superan en número a las que las mujeres pronuncian en su vida, te juro que en ese mismo lugar que me has señalado… —Hago una pausa de nuevo al notar que la voz se me está quebrando—. Ma-mañana mismo me veré contigo.

Hermia promete acudir a su encuentro para fugarse con él. Sus palabras son las mismas que hubiera deseado decirle a Rook. Me duele no haber podido confesarle cómo me sentía en realidad en ese

instante y no haberme atrevido a desnudar mi alma ante la suya cuando más falta hacía.

Dicen que nunca llegas a comprender realmente cuánto te importa alguien hasta que desaparece de tu vida. Y, cuando él se fue, se llevó mi esencia consigo. Lo único que llenó ese vacío fue el humo que quedó tras prenderle fuego a lo nuestro.

Esa versión de mí que siempre había querido ser le pertenecía por completo, y era consciente de que jamás volvería a recuperarla.

Al pensar en él y volver mentalmente a ese momento, todos mis sentidos se agudizan. Puedo percibir de nuevo su aroma y el olor dulce y ácido de la maría que siempre lo acompaña.

De pronto, oigo el sonido de una palmada estruendosa que me saca de mis pensamientos y me devuelve de golpe a la realidad.

—Me alegra ver que todavía sabes cómo mentir. —Su voz hace que me estremezca—. Perdón, actuar.

Entrecierro los ojos para buscar su rostro entre los asientos y entonces diviso su sombra al fondo, avanzando por el pasillo hasta acercarse a la luz.

El estómago me da un vuelco en cuanto me percato del corte que le adorna el labio. Esta vez, no había sido obra de Alistair ni de su padre, sino mía. Se lo había hecho yo mientras me ahogaba en la autocompasión y la ira. Pagué mi rabia con él y con Silas. Le di un puñetazo, y él no hizo nada para detenerme.

El humo del porro que sostiene entre los labios se le arremolina alrededor de la cabeza cuando se detiene frente al escenario para mirarme. El pelo le ha crecido tanto que me dan ganas de medírselo con los dedos. A pesar de que lo lleva cuidadosamente recogido detrás de las orejas, aún conserva cierto aire rebelde.

—¿Qué quieres de nosotros?

Claro y directo al grano.

Tonta de mí por pensar que había venido por otra razón.

—Ya te lo he dicho. Quiero ayudaros a acabar con Frank. Haré todo lo que necesitéis. Cuando me asegure de que ha dejado de respirar, me largaré de aquí y no tendréis que aguantarme más —respondo con sinceridad.

—¿Y esperas que te crea?

—Silas lo ha hecho.

Esas palabras provocan que guarde silencio durante un instante.

Después del Guantelete, Silas se presentó en mi residencia para hablar conmigo y me disculpé por todo lo que le había soltado sobre Rose. Sé que lo que pasó no fue su culpa, pero, por muy egoísta que pareciera, necesitaba culpar a alguien en ese momento. Luego, me dijo que, ya que estaba metida en todo esto, aunque no le gustaba la idea, prefería dejarme ayudarlos antes que permitir que actuara por mi cuenta y acabaran matándome por ello. Porque no cabe duda de que la especialidad de la gente a la que nos enfrentamos es quitarse de en medio a mujeres inocentes.

Aceptó mis condiciones y me permitió participar en sus próximos movimientos, pero me dejó muy claro que, una vez que Frank estuviera muerto, tenía que marcharme. No quiere verme por aquí, y a mí tampoco me apetece quedarme.

Estoy segura de que a Thatcher y Alistair no les hizo nada de gracia que me incluyera en sus planes, pero, aun así, apoyaron la decisión de su amigo. En cambio, Rook no parece dispuesto a dar su brazo a torcer.

—La culpa le está nublando el juicio —responde con firmeza al fin—. Silas no sabe que eres una sucia traidora y una mentirosa. No te conoce ni de lejos tan bien como yo.

Soy consciente de que jamás voy a poder hacer nada para arreglar lo nuestro ni enmendar el daño que le he causado, pero, por mucho que le repugne mi mera presencia, me he cansado de fingir que lo odio.

Aunque sigo enfadada porque no compartió conmigo ni la mitad de lo que yo le confié a él, no lo odio. Nunca podría hacerlo. Me pasé mucho tiempo pensando que odiarlo sería más fácil; así llevaría su fuego conmigo y no tendría que lamentarme por haberlo perdido. Pero ya no me quedan fuerzas para seguir engañándome.

Además, ahora que formamos parte del mismo equipo, no me gustaría que nos pasáramos el día discutiendo; sobre todo, teniendo en cuenta que todavía está empeñado en ocultarles a sus amigos lo que hubo entre nosotros.

Suelto un suspiro profundo, camino hasta el borde del escenario

y me siento ahí con los pies colgando. Entonces, me froto los muslos con las palmas para intentar calmarme y procedo a abordar el problema de frente.

—¿Qué quieres que te diga Rook? ¿Qué palabras hacen falta para que esto sea lo menos doloroso posible?

Se saca el porro de la boca y se humedece los labios resecos con la lengua.

—Lo nuestro siempre será doloroso, Sage —responde, abrasándome con la mirada—. Aunque podrías empezar contándome quién era ese con el que estabas hablando antes de entrar en el teatro.

Se me escapa una risita y niego con la cabeza.

—¿Me estabas espiando? —pregunto con una ceja arqueada.

—No, simplemente ha dado la casualidad de que pasaba por aquí. Pero me parece sospechoso que te hayan sacado por arte de magia de un psiquiátrico en el que tu propio padre te había internado. —Exhala un anillo de humo en mi dirección y ladea la cabeza—. Y, encima, te veo hablando tan tranquila con dos pavos que tienen toda la pinta de ser del FBI.

Me planteo la posibilidad de confesárselo todo en este mismo instante, pero no me creería. De hecho, me da la impresión de que la verdad tendría menos credibilidad que la mentira que estoy a punto de soltar. Rook Van Doren no volverá a confiar en mi palabra.

Nunca.

—Son amigos de mi padre. Me parece que forman parte del consejo de aquí. Nos cruzamos y me saludaron, ¿vale? ¿Se me permite saludar a la gente? ¿O es que estás celoso?

No debería ser tan borde con él, y menos sabiendo por qué lo pregunta, pero no puedo evitarlo. Tengo que comprobar si esta teoría irracional que me impulsa a pensar que su interrogatorio viene motivado por los celos es cierta.

Se pasa la lengua por el interior de la mejilla y respira hondo por la nariz mientras se acerca un poco más a mí, hasta que me roza las rodillas con el cuerpo.

—¿Celoso? ¿Por qué? ¿Por una chica a la que me follaba hace tiempo? Si ese fuera el caso, tendría que estar celoso de casi todos

los tíos del campus.

A través de la neblina del humo, veo el fuego infernal de sus ojos.

Vivos y abrasadores, como siempre.

La idea de que haya mirado a otras chicas con esos ojos y se haya acostado con ellas hace que sus comentarios me duelan aún más. Solo de pensar en unas manos que no son las mías tocándolo y recorriéndole la cicatriz de la clavícula me dan ganas de vomitar.

Me pregunto si les contará la verdad de cómo se la hizo. Si les dirá que hay una chica a la que una vez quiso con una cicatriz idéntica. Si admitirá que en su momento creyó que éramos almas gemelas y trató de forzar al destino para que nos diera la razón.

—Bueno, si eso es todo, puedes irte. Ya he respondido a tu pregunta.

Apoyo las manos en el suelo, lista para levantarme y recoger mis cosas, pero me detiene. Me agarra un muslo con la mano, enredando los dedos en mi vestido y clavándomelos en la piel. Se me escapa un grito ahogado al notar su dedo corazón rozándome la parte interna del muslo por debajo de la tela. Peligrosamente cerca de una zona que no toca desde hace casi un año.

—Me iré cuando me dé la gana, y tú no vas a moverte de aquí hasta que yo te lo diga, ¿entendido? —Aprieta la mandíbula y deja el porro medio consumido a mi lado—. He venido a avisarte de que no pienso quitarte el ojo de encima.

—¿Tienes la costumbre de seguir de cerca a todas las chicas a las que te has follado?

—Solo a las que suponen una amenaza para mi familia.

Un dolor indescriptible me atraviesa el pecho al darme cuenta de que le hice tanto daño que me ve capaz de poner en riesgo la vida de sus amigos. Los chicos son la única familia que ha tenido. Y yo represento un peligro para ellos.

—Rook…

—Pirómano, ¿o es que ya se te ha olvidado? —me interrumpe, recorriéndome lentamente el cuerpo con los ojos—. Así solías llamarme cuando pensabas que era un psicópata con traumas maternos que iba a matarte.

«De hecho, en este preciso instante, es justo lo que pareces», pienso.

—Ahora te entiendo —murmuro—. Te conozco mejor.

Refuerza su agarre con ira y cierne su cuerpo sobre el mío, abriéndose paso entre mis piernas. Aprieto los muslos de forma instintiva, pero el calor que irradia es suficiente para hacer que mis partes íntimas empiecen a palpitar. La luz se refleja en su Zippo y, acto seguido, una llama de un naranja vibrante brota de él.

Al verla, se me tensa todo el cuerpo. Rook es tan impulsivo que resulta imposible adivinar lo que se le pasa por la cabeza.

—¿Crees que no soy capaz de matarte? —pregunta de manera retórica mientras sigue deslizándome la mano izquierda por el muslo y me sube el vestido hasta dejar al descubierto las bragas rojas que llevo debajo; la delicada tela de encaje es lo único que lo separa de la humedad de mi entrepierna—. ¿Que no te quemaría viva si detecto el más mínimo indicio de traición por tu parte?

—Yo…

—Esta vez no dudaré en enterrarte en el fondo de mi memoria y dejar que te pudras en el olvido para siempre, Sage —añade, pronunciando cada palabra con determinación.

Me aparto de él, o al menos eso intento, pero, de pronto, mueve la mano hacia arriba y me separa el elástico de las bragas de la cadera. Está tan cerca que su aroma me envuelve por completo. Y, Dios, sus ojos… El fuego abrasador e irresistible que se refleja en ellos se mantiene fijo en la preocupación que desprenden los míos, dejándome clavada en el sitio.

¿Qué me está haciendo?

Mi cuerpo, que solo ha conocido placer con él, quiere entregarse por completo; sin embargo, mi mente, que sabe hasta dónde estaría dispuesto a llegar por venganza, no confía en él.

—¿Qué estás…?

El corazón se me sube a la garganta cuando veo que acerca la llama ardiente del Zippo a la tela y la roza brevemente. El calor del fuego me quema la delicada piel de la cadera, pero el aire fresco calma de inmediato la zona en cuanto la llama se aleja de mi cuerpo.

—Si nos traicionas o pones en peligro a mis amigos, te destruiré. Tal y como debí haber hecho hace un año. La última vez permití que salieras ilesa. No pienso volver a cometer el mismo error.

Deseo que termine y se aparte de mí. Me mata respirar su mismo aire, sentir su sabor en la lengua y, aun así, no poder tocarlo, pero también he perdido la cuenta de todas las noches en vela que he pasado soñando con volver a tenerlo así de cerca.

—Yo… —comienzo a balbucear mientras desplaza los dedos al otro lado de mi cadera y me cuela uno por debajo de las bragas para juguetear con el elástico—. Ya no soy la misma persona de antes. Cambié allí dentro. Fue…

De repente, suelta la tela y esta restalla contra mi piel como si fuera un látigo. En respuesta, me muerdo el labio inferior con fuerza para reprimir el gemido que amenaza con escaparse de mi boca.

—Ahórrate el cuentito lacrimógeno. A nadie le importa una mierda que encerraran a la pobrecita de Sage en un loquero. Bienvenida al club de los que cargan con sus propias heridas.

Esas palabras me golpean con más fiereza que sus actos. Sé perfectamente lo que está haciendo. Está jugando conmigo, atrayéndome hacia él para luego dejarme caer de bruces contra el suelo, pero no me importa. Estoy dispuesta a conformarme con cualquier castigo que quiera imponerme, aunque al final acabe yéndose enfadado igualmente.

No hay nada que pueda compararse al modo en que me respira con furia sobre los labios y vuelve a deslizar los dedos sobre mis bragas, rozándome la piel lo justo para encenderme y robarme el aliento.

Por más que Rook piense que no me conoce y que le mentí en todo, jamás pude ocultarle las reacciones de mi cuerpo. El efecto que provoca en mí es sincero. Pero tampoco soy la clase de chica que se limita a agachar la cabeza sin más. Cuando se trata de él, mi instinto de lucha siempre aparece para enfrentarse a sus demonios.

—No tienes ni puta idea de las cosas por las que tuve que pasar en ese sitio, Van Doren. No te atrevas a insinuarme que aquello fue un camino de rosas mientras tú estabas disfrutando de tu libertad y follándote a la primera que se te cruzaba por ahí para intentar

olvidarte de mí.

Vuelve a acercarme el Zippo a un lateral de la cadera hasta que su calor comienza a quemarme de verdad. Presiona con ira su frente contra la mía y se pasa la lengua por los dientes.

—¿Quién es la que está celosa ahora?

La tela de ambos lados de las bragas cede ante la llama y se queda colgando sobre el escenario, dejando mi sexo al descubierto y a escasos centímetros de él. Tengo el clítoris tan sensible que un escalofrío me recorre todo el cuerpo en cuanto noto cómo el aire me acaricia la zona.

—Ah, ¿sí? ¿Lloraste mucho allí dentro? —pregunta—. ¿Te dio miedo verte rodeada de locos, atrapada en un lugar en el que no debías estar, FT? ¿Lo pasaste muy mal?

Veo que ahora ha decidido tratarme con condescendencia y comportarse como un capullo paternalista. Aprieto los dientes y alzo un poco la cabeza hasta que mi nariz roza la suya. Entonces, desliza la mano entre mis muslos, agarra las bragas destrozadas y tira de ellas.

—Apuesto a que estabas deseando salir. Que rogabas sin parar que te sacaran de allí y, cuando fracasabas en tus intentos de huida, te tumbabas entre aquellas cuatro paredes blancas, con la vista fija en el techo, recordando todas esas veces en las que tenías mi polla bien adentro, ¿a que sí?

Al mover el cuerpo, roza mis partes íntimas e intento ahogar un gemido, pero no lo consigo. Un pequeño quejido de deseo se escapa de entre mis labios y arqueo las caderas, desesperada por frotarme contra él y liberar un poco de tensión.

Tira de nuevo de los restos de tela de mis bragas y desgarra el encaje, pero se niega a soltarlas, como si fuera una especie de vínculo perturbador que nos mantiene atados a ambos.

—Sí. Estoy seguro de que sí. Apuesto a que incluso te metías unos dedos entre esas piernas paliduchas que tienes y te corrías pensando en cómo te pasaba la lengua por el coño.

La vulgaridad con la que habla parece poesía cuando sale de su boca. Sus palabras me acarician todo el cuerpo y me envuelven en un manto de pasión, como un afrodisíaco. Todo en él resulta

embriagador, desde su mirada desafiante hasta la calidez de su aroma.

Es la lujuria personificada. Basta con mirarlo para tener la certeza de que va a saber cómo follarte y darte un orgasmo de los de verdad.

Al levantar las caderas por instinto, noto cómo me arranca las bragas de un movimiento rápido. Es entonces cuando decide apartarse de mí de golpe, dejándome otra vez con una sensación de vacío.

Coge el porro que había colocado junto a mí, vuelve a encenderlo, se lo lleva a los labios y, por último, se guarda el Zippo en el bolsillo.

—Bien —dice, dándole una calada—. Me alegra que no se te haya olvidado y que hayas pensado en ello, porque eso es lo único que vas a conseguir de mí, Sage.

Suelta el humo por la boca y me mira fijamente mientras se aleja por el pasillo.

—Recuerdos.

Cuando lo veo salir por la puerta, empiezo a respirar de nuevo.

Al mirar a mi alrededor me percato de que no hay ni rastro de mis bragas rotas por ningún lado.

23
El espinazo del diablo

ROOK

—Vamos, Silas. Cógelo.

El móvil sigue llamando hasta que vuelve a saltar el contestador avisándome de que su buzón de voz está lleno.

—Mierda.

Al mirar la ristra de mensajes que le he enviado y que siguen sin respuesta, el pánico empieza a revolverme las entrañas.

Cuando fui a la residencia después de clase y no lo vi en nuestro cuarto, supe de inmediato que algo iba mal. Hay gente que acostumbra a ignorar a sus amigos alguna que otra vez, pero él siempre me dice a dónde va porque es consciente de lo que pasa cuando la incertidumbre me corroe por dentro y me quedo mucho tiempo a solas con mi mente.

Alistair y Thatcher tampoco han tenido noticias suyas en todo el día y, con el aniversario de la muerte de Rose a la vuelta de la esquina, estoy seguro de que anda haciendo algo que no debería.

Algo de lo que quizá él no se arrepienta, pero que para mí significaría la ruina.

Pese a que entiendo que no quiera vivir sin ella, no puedo dejar que se quite de en medio de esta forma. No pienso permitirlo. Aunque eso me convierta en un puto egoísta.

Me pongo la gorra del revés, sostengo el casco bajo el brazo y me dirijo a toda prisa hacia la moto. Al acercarme, veo que, junto a ella, hay dos hombres que no deberían estar ahí, inspeccionándola. Odio que la gente toque mi moto.

—¿Qué cojones se os ha perdido? —les suelto, harto del mundo.

Preocupado por Silas.

Furioso por lo de Sage.

Estos gilipollas están a punto de pagar los platos rotos de mi ira.

Ambos se giran en mi dirección. Uno es significativamente mayor que el otro, lleva un bigote blanco de putero y un traje gris apagado de la talla equivocada. Supongo que, con la mierda de sueldos que da el gobierno, no puede permitirse otro mejor. A juzgar por la seriedad de su rostro, no creo que vaya a agradarle mucho mi actitud, pero eso solo hace que me entren aún más ganas de provocarlo.

El otro parece tener la edad de mi padre, quizá un poco menos, y va con una pistola en la cintura. El típico chico de una fraternidad pero crecidito y armado, qué encantador. Aunque, sinceramente, le tendría más miedo a un niño pequeño hambriento que a él.

—Solo estábamos echándole un vistazo a tus ruedas —responde el joven—. Soy el detective McKay, y este es mi compañero, el detective Breck.

Se mete la mano en la chaqueta y saca una placa reluciente que tiene las siglas «FBI» grabadas en grande en la parte superior.

He cometido muchas ilegalidades en estos últimos años, así que se me ocurren un montón de motivos por los que pueden estar aquí, pero, si tuviera que apostar por alguno, diría que Easton no ha sabido mantener el pico cerrado.

Después de quemarle un lado de la cara, se puso a llorar y a gritarnos que pensaba contárselo a su padre y que todos acabaríamos pudriéndonos en la cárcel, pero Alistair le advirtió que, si lo hacía, todo el pueblo se enteraría de la aventura de su madre con el cabeza de familia de los Caldwell.

Un secreto que ignoraba por completo que supiéramos y que, de salir a la luz, arruinaría para siempre la reputación del decano Sinclair. Al fin y al cabo, la gente no permitiría que un hombre que ni siquiera era capaz de controlar a su esposa estuviera a cargo de las grandes mentes del futuro de este país. Perdería el puesto, la fortuna, el privilegio. Todo su legado terminaría convirtiéndose en un amasijo inservible, tal y como le había pasado a la mejilla de Easton, y eso era lo último que le convenía. Pero, al parecer, no había sido

suficiente para asustarlo.

—O sea, ¿que una placa os da derecho a registrar mi propiedad sin una orden? —pregunto con una ceja levantada.

Haberse criado con un padre abogado tiene sus ventajas. Lo admito. Aunque no compensan ni de coña lo que pasa de puertas para adentro.

—No sabía que estudiaras Derecho. ¿Has decidido seguir los pasos de tu viejo?

Tenso la mandíbula mientras observo a McKay, intentando descifrar si lo que acaba de soltarme es una pulla. Dudo que sepa algo de la relación que mantengo con mi padre, pero la forma en la que me está mirando me da a entender que no se trata de un mero comentario inocente.

No estoy de humor para perder el tiempo jugando a este rollo de poli bueno y poli malo. Si piensan arrestarme, que se den prisa.

—Si tenéis algo que preguntarme, os sugiero que lo hagáis ya.

—¿Te gusta el fuego, Rook? —dice el detective Breck, el mayor de los dos, dirigiéndose a mí por primera vez.

Puedo sentir sus ojos fijos en mí, así que me vuelvo hacia él y le sostengo la mirada para brindarle justo lo que busca: un desafío. Si cree que va a lograr intimidarme, está muy equivocado. Arqueo una ceja y con la lengua desplazo hacia la comisura izquierda la cerilla que tengo entre los labios.

—El descubrimiento del fuego nos permitió evolucionar como especie. Sé reconocer cuando algo merece cierta… admiración.

—Me parece que lo tuyo va más allá de la simple admiración. —Se lleva la mano al interior de la chaqueta del traje y saca una bolsita hermética—. ¿Podrías explicarnos qué hacía esto en la iglesia de San Gabriel?

Al observar el contenido, veo el que solía ser mi Zippo favorito. El fuego ha transformado el metal reluciente en una mancha carbonizada, la rueda se ha fundido por completo y la tapa está suelta. Sin embargo, aún se distinguen levemente mis iniciales, «RVD», grabadas en la parte frontal.

—Anda, así que ahí estaba —respondo con sarcasmo—. Llevo toda la vida yendo a ese sitio. Se me habrá caído del bolsillo en

algún momento.

Me fijo detenidamente el grabado.

«RVD».

Daría cualquier cosa por escuchar a Rose llamarme así, aunque solo fuera una vez más.

Quemé aquella iglesia tras su muerte porque fue donde se celebró su funeral antes de darle sagrada sepultura. Lo hicieron ignorando los deseos de Rosie, que siempre había querido que la incineraran y repartieran sus cenizas entre quienes la amaban. El párroco insistió en que la cremación condenaría su alma y el pedazo de mierda de su padre, que fue el culpable de que hubiera muerto, decidió entonces que el lugar de reposo eterno de su hija sería bajo tierra.

Ninguna de las personas que se agolparon en los bancos de la iglesia fingiendo llorar a moco tendido la conocía. Ni siquiera la soportaban. Toda esa gente acudió a la misa sin tener ni idea de lo especial que era Rosie porque la mitad no había cruzado ni una sola palabra con ella. En cambio, a sus amigos de verdad, los que sabían de sus sueños y sus miedos, no les permitieron entrar. Nos prohibieron asistir tanto al funeral como al entierro y le arrebataron la oportunidad de despedirse de ella al hombre que la amaba más que a su propia vida.

Empiezo a apretar los puños inconscientemente al volver a sentir todo el dolor y la amargura que inundaron cada rincón de mi ser aquel día. Si pudiera, no dudaría en prenderle fuego de nuevo a la iglesia. Lo único que lamento es que no hubiera ardido todo el pueblo con ella.

Permanecí allí de pie, contemplando con los vellos de punta cómo los cimientos cedían poco a poco ante la ferocidad de las llamas mientras me deleitaba en su ardiente aroma y su calor, como un niño de acampada refugiándose del frío ante una fogata.

Observé cada recuerdo que tenía con Rose danzando en el humo como un holograma. Y, al desvanecerse el humo, se la llevó también consigo.

Por eso, cuando las llamas alcanzaron su punto más álgido, lancé el mechero dentro y dejé que ardiera. Así, no tendría que ver

mis iniciales y acordarme de que, a partir de ese instante, nadie volvería a llamarme por ellas.

—Entonces, ¿se te cayó sin más? ¿Seguro que no está relacionado con el incendio que tuvo lugar allí hace un año?

—¿Ahora os dedicáis a investigar incendios en el FBI?

Al parecer, no han venido a buscarme por lo de Easton, pero, aun así, dudo que les preocupe de verdad aquel incendio. Están intentando que muerda el anzuelo.

—La mayoría de los tipos como tú habría usado gasolina —comenta Breck, eligiendo las palabras precisas para lograr sacarme de quicio.

Quiere que sea impulsivo, que me vaya de la lengua. Porque, por mucho que me pese admitirlo, los pirómanos somos bastante predecibles en nuestra imprevisibilidad.

—¿Los tipos como yo? —contesto, dándole la reacción que espera.

—Niños con traumas maternos que culpan al mundo de todas sus desgracias y lidian con ello prendiéndole fuego. ¿Cuántos años tenías cuando murió tu madre? ¿Seis? ¿Siete? ¿Empezaste a sentir esos impulsos antes o después de su muerte?

Respeto a los hombres que son capaces de decir lo que piensan sin miedo a las consecuencias. Esbozo una sonrisita de suficiencia al verlo tan seguro de sí mismo, como si creyera en serio que me tiene calado.

Mi fascinación por el fuego es algo que viene de lejos. De pequeño, siempre me sentaba lo más cerca posible de la chimenea o me entretenía jugando con cerillas. Nací con ese anhelo; la muerte de mi madre no hizo más que confirmármelo.

Sin embargo, el único detalle que parece estar pasando por alto es que nadie entiende las llamas tan bien como yo.

—Vaya, ¿esas conclusiones las has sacado tú solito?

Breck me fulmina con la mirada, seguramente molesto por mi indiferencia y mi actitud desafiante.

—La provocación de incendios conlleva una pena de tres años de cárcel, listillo. Imagino que ya lo sabes.

Suelto un suspiro, me saco el casco de debajo del brazo y me lo

pongo. Acto seguido, me acerco más a mi moto y a ellos, que no se han apartado aún de su lado.

Cuanto más me entretenga aquí con sus tonterías, más probabilidades hay de que no encuentre a Silas a tiempo.

—Menos mal que no he hecho nada entonces.

—Escucha. —McKay me pone la mano en el hombro justo cuando paso una pierna por encima de la moto para subirme—. No nos importa si fuiste tú el causante del incendio o no. No vamos a por ti. Eres un buen chico y tienes un futuro prometedor por delante. Hemos visto que has sacado todo sobresalientes en tu primer semestre, y eso es todo un logro en Hollow Heights.

Bajo la vista hacia su mano, me paso la lengua por el interior de la mejilla y luego vuelvo a mirarlo a la cara.

—No eres tú el que nos interesa, sino Thatcher Pierson.

Aprieto los dientes con tanta fuerza que la cerilla que sostenía entre los labios acaba partiéndose en dos.

¿Thatcher?

Si quieren ir a por mí, perfecto. Me da igual que me presionen todo lo que quieran, sobre todo sabiendo que no tienen ninguna prueba en mi contra, pero no pienso permitir que vayan a por mis amigos. Estaría dispuesto a cargar con toda la culpa yo solo antes de que les pasara algo a ellos.

—¿Y a quién no? —digo, sacudiendo el hombro para quitarme su mano de encima—. Mira, te propongo una cosa: ¿qué tal si os vais tú y el viejales de tu compañero a tomar por culo?

Giro la llave en el contacto y enciendo el motor, pero Breck se apresura a inclinarse sobre mí y pulsa el interruptor de apagado. Al verlo, se me tensa la mandíbula.

—Déjate de tonterías, chaval. No tenemos ningún inconveniente en meterte en la cárcel por aquel incendio, pero te estamos ofreciendo una alternativa. Un testigo ha asegurado que Thatcher estuvo implicado en el asesinato de Greg West. Solo queremos saber la verdad.

¿Un testigo?

¿De un crimen cometido en mitad de la nada?

Y una mierda.

Si eso fuera cierto, nos habrían delatado a todos y no se habrían limitado a preguntar por Thatcher, lo que me hace pensar que están dando palos de ciego con la esperanza de atinar en algún momento.

Han encontrado un cuerpo despedazado y han decidido ir directos a por el tipo cuyo padre es conocido por esa clase de delitos para comprobar si es cierto eso de que de tal palo tal astilla.

«Espera. Un momento».

De pronto, todo cobra sentido.

Aunque he tardado en reconocerlos más de lo que me habría gustado, son los mismos hombres que vi hablando con Sage frente al teatro el otro día.

¿Un testigo? Más bien una puta soplona.

La que es mentirosa lo es para toda la vida.

—¿Quieres la verdad? —digo, asintiendo con la cabeza—. Si vuelves a tocarme o te acercas a mi moto, pienso romperte las putas manos. No tienes pruebas contra mí ni contra nadie. Si tan seguro estás de que el incendio lo provoqué yo, adelante. —Extiendo las manos—. Arréstame.

Se produce un silencio tan absoluto que se podría oír un alfiler caer. Los dos se quedan mirándome petrificados, intentando encontrar otro modo de sacarme información.

—Lo suponía. No tengo nada más que deciros. La próxima vez que queráis algo de mí, hablad con mi abogado.

Giro de nuevo la llave y, con un par de movimientos de muñeca, revoluciono el motor para calentarlo. Acto seguido, salgo del aparcamiento y los dejo atrás.

Mi mente va a mil por hora y la ira me hierve en las venas.

Sabía que no deberíamos haber confiado en ella. Traté de convencer a Silas para que no la incluyera en ninguno de nuestros planes, pero, aun así, insistió en hacerlo.

Acelero la moto en cuanto salgo de Hollow Heights.

Mi prioridad ahora mismo es asegurarme de que Silas se encuentra bien.

Ya me encargaré después de Sage.

No creo en el cielo ni en el infierno.

Viniendo de un tío al que todo el mundo considera fruto de la veneración a Satanás, puede parecer un poco extraño, pero creo que, una vez que morimos, no nos espera nada más allá. Dejamos de existir y empezamos a descomponernos hasta fundirnos con la naturaleza. No hay condena eterna ni puertas celestiales, solo oscuridad.

Sin embargo, mi madre no opinaba igual. Me llevaba al cementerio cada festivo y cada cumpleaños para que les presentara mis respetos a unos abuelos que ni siquiera llegué a conocer. Según ella, visitar sus tumbas era una forma de demostrarles a nuestros difuntos que seguíamos pensando en ellos desde el mundo de los vivos.

Al obligarme a ir con ella, buscaba transmitir su legado, con la esperanza de que algún día yo hiciera lo mismo con mis hijos y, así, mantuviera vivo su recuerdo sin importar el tiempo que pasara. Le entristecería saber que no he vuelto a visitar a mis abuelos desde que murió. Solo voy a verla a ella y a Rosie.

Mi madre descansa en el cementerio familiar de mi padre, pero a Rose la enterraron en el cementerio local de Ponderosa Springs. Allí donde dejan que todos los cuerpos de este pueblo se pudran.

Los zapatos se me hunden en el suelo mojado y la humedad del ambiente me empapa los pulmones. La niebla se arremolina entre las colinas y arropa las tumbas olvidadas como si fuera una manta de lana.

A esta hora del día, justo antes del anochecer, apenas hay visitantes. En mi opinión, es el mejor momento para venir. Cuando el sol comienza a ponerse, parece que los vivos se retiran y los muertos se despiertan poco a poco.

Silas se encuentra de espaldas a mí, apoyado contra su lápida, con un ramo de peonías al lado. Una oleada de alivio me recorre el cuerpo en cuanto me fijo en cómo le suben y bajan los hombros. Está vivo.

No obstante, aunque la preocupación se ha disipado, sigo sintiendo un pellizco en el corazón al verlo sufrir de esta manera.

—A veces estás aquí conmigo —lo escucho susurrar con la voz

quebrada—. Puedo sentirte y percibir tu aroma en la brisa. Te oigo reírte y me doy la vuelta esperando encontrarte, pero nunca estás ahí. Al menos, no de la forma en la que me gustaría que estuvieras. Algunas noches te veo y hablamos, aunque sé que no eres tú de verdad, que solo es un producto de mi imaginación.

Trago saliva con nerviosismo, consciente de que este no es el momento idóneo para preguntarle si se ha tomado la medicación, pero no pienso permitir que esta enfermedad acabe con él, y menos cuando sé que el tratamiento adecuado puede garantizarle una vida larga y plena.

—Los monstruos que habitan en mí se alimentan de mi dolor, cariño. Por eso no paran de mostrarme visiones tuyas. Cada día que estoy aquí sin ti se hacen más fuertes. Están intentando liberarse. —Se aprieta las sienes con las manos—. Y ya no sé cómo detenerlos. Así que necesito que vuelvas, ¿vale? Por favor, cariño. Necesito que me salves.

Baja la cabeza y se le sacuden los hombros como si hubiera roto a llorar.

Entonces, me acerco a él, me dejo caer sobre el suelo mojado y permito que la humedad me cale la tela de los vaqueros. No le hace falta alzar la vista para saber que estoy a su lado. Siente mi presencia.

Cuando dirijo la mirada hacia su lápida, los ojos empiezan a arderme.

ROSEMARY PAIGE DONAHUE
HIJA, AMIGA Y HERMANA

La han limpiado hace poco; el resplandor del mármol blanco destaca entre las lápidas desgastadas que se encuentran a su alrededor. Una pequeña muestra de toda la luz que irradiaba al resto del mundo cuando aún vivía.

Me cuesta creer que haya pasado un año desde que nos dejó.

Hemos colmado nuestras vidas de caos para huir del dolor de su ausencia, y hoy nos hemos visto obligados a detenernos y recordar a

la persona que hemos perdido.

He arrancado las vendas con las que había tapado aquella herida y me he encontrado con que sigue estando en carne viva. No ha sanado en absoluto, es un corte profundo que se ha infectado y aún me atraviesa el alma.

Me resulta imposible concentrarme en otra cosa que no sea el dolor. No puedo pensar ni siquiera en Frank ni en Sage, solo en esta melancolía que me oprime el pecho y me roba el aire.

Siempre he tenido claro que la muerte es inevitable, un rito de paso, pero uno suele asociarla a la vejez. Morir tan joven es una tragedia cruel y retorcida. El luto que nace de una pérdida así es de una naturaleza completamente distinta.

Silas levanta la cabeza hacia el cielo y veo las lágrimas que le surcan el rostro.

—¡Rose, vuelve! —implora, con un alarido que me provoca escalofríos, como si ese sonido desgarrador proviniera de lo más profundo de su corazón—. ¿Por qué no me llevaste contigo? —solloza—. Te habría seguido.

Le paso un brazo por encima de los hombros y lo atraigo hacia mí para estrecharlo en un abrazo. Cada grito que brota de su garganta impacta contra mi pecho y noto cómo le tiembla el cuerpo sin cesar. Es lo único que puedo hacer. Absorber su dolor y ofrecerle mi apoyo mientras revive la misma pesadilla que lo atormenta desde hace un año. Una de la que ninguno de nosotros ha logrado despertar aún.

Recuerdo la desolación que me invadió cuando ayudé a Alistair a separarlo de su cuerpo, cuando lo vi llevarla en brazos por última vez hasta la ambulancia.

A partir de ese momento, todo fue a peor.

Me quedé sentado frente a la puerta de su cuarto, tratando desesperadamente de captar el sonido de su respiración o cualquier indicio de que seguía con vida. Estuve días enteros limitándome a esperar con impotencia a que la muerte lo reclamara.

Cuando no pude soportarlo más, eché la puerta abajo, llevándome por delante las bisagras en el proceso, y me lo encontré tirado en el suelo bocarriba.

Menos la puerta rota, todo lo demás estaba intacto. Había llegado y se había tendido allí con una de las chaquetas de Rosie apretada contra el pecho. Ni siquiera se había quitado la ropa que llevaba aquel día. No hacía más que murmurar, de todo y de nada, como si estuviera enzarzado en una conversación consigo mismo.

Lo obligué a ducharse, le di de comer y le metí las medicinas por la garganta a la fuerza. Estuve así durante semanas, hasta que volvió a ser capaz de valerse por sí solo, y volvería a hacerlo una y mil veces más sin dudarlo.

Siempre cuidaré de él y de los chicos. Ya he perdido a suficientes personas importantes en mi vida. No pienso perder a ninguna más.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —pregunto cuando han dejado de temblarle los hombros.

—Desde que te fuiste a clase. Quería ver el amanecer con ella, pero llegué tarde. —Traga saliva—. Siempre llego demasiado tarde.

—Silas, sabes que nunca te mentiría, así que no voy a decir que vaya a resultarte fácil en algún momento, pero te puedo asegurar que, con el tiempo, acabarás sanando esa herida. Y, aunque siga doliendo, no te consumirá tanto como ahora.

—Eso sería incluso peor —responde, alzando la cabeza para mirarme—. El tiempo no cura nada. Solo te ayuda a olvidar, y ella no merece ser olvidada. Dentro de diez años, su olor y su sonrisa no vivirán nada más que en mi memoria, y se merece mucho más que convertirse en un simple recuerdo, Rook.

Así es el duelo. Un arma de doble filo.

—Lo sé. Y siempre significará más para nosotros, pero lo superaremos juntos. Lograremos salir adelante.

El silencio se asienta a nuestro alrededor. Una brisa nos envuelve y contemplo cómo uno de los pétalos de las peonías se eleva con el viento. Va flotando en el aire, dejándose llevar por la corriente, como si volara con sus propias alas. Y creo que esa es la manera de Rosie de decirnos que todo irá bien y que ella está en paz.

24
Un arma de doble filo

SAGE

No hay ni un solo día en el calendario que no sea un mal día para alguien.

El veinticuatro de junio puede ser tu cumpleaños, el día más feliz de tu vida, y, sin embargo, en algún lugar al otro lado del mundo, quizá alguien esté siendo asesinado.

Te comprometes o te casas un diez de octubre y piensas que no puede existir un día más especial que ese, pero, en tu misma calle, tres casas abajo, una niña perdió a sus padres en un accidente de coche en esa misma fecha.

El mejor día de tu vida siempre será el peor de otra persona.

Nunca me había parado a pensarlo, y creo que casi nadie lo hace, hasta que le toca vivirlo en sus propias carnes.

El veintinueve de abril parecía que iba a ser un día soleado como otro cualquiera, de esos en los que me pasaba la mayor parte del tiempo metida en el instituto, sin prestar mucha atención a la fecha, y acabó convirtiéndose en un día que no olvidaré jamás.

Hoy, la grieta que me atraviesa el alma escuece un poco más. Los lazos deshilachados que me envuelven el corazón buscan desesperadamente a mi otra mitad, y mi mente me recuerda, con una insistencia dolorosa, que la persona con la que vine al mundo ya no está.

Cuando fui a su tumba esta mañana, vi que alguien ya le había dejado peonías, sus favoritas, pero decidí colocar al lado las que yo le había comprado, porque ella se merece todas las flores del mundo. Quise sentarme y quedarme a charlar con ella para contarle

cómo me iba la vida; sin embargo, todo estaba cargado de tanta negatividad que no quise abrumarla con mis problemas, lo cual parece un poco absurdo en retrospectiva, teniendo en cuenta que me encontraba ante una lápida.

Quise quedarme allí, cerrar los ojos e imaginarme que estábamos debajo de las mantas, charlando de nuestras cosas, riéndonos y soñando con lo que haríamos en el futuro. Quise aferrarme a esa conexión que teníamos cuando aún vivía, pero no pude sentirla. Allí solo había una lápida con su nombre grabado. La esencia de Rose había desaparecido.

Entonces, me planteé la posibilidad de que tal vez estuviera defectuosa. Si no era capaz de sentirme cerca de ella en el cementerio, ¿a dónde debía acudir? ¿Acaso nuestro vínculo se había perdido para siempre?

Así me he pasado todo el día: buscándola constantemente pese a saber que no voy a volver a encontrarla nunca.

Al abrir la puerta del cuarto, compruebo con alivio que mi compañera está en clase, lo que significa que puedo acurrucarme en la cama y llorar sin tener que darle explicaciones a nadie, así que me quito los zapatos de cualquier manera y procedo a meterme debajo de las mantas.

Me giro hacia la pared y dejo salir una bocanada de aire temblorosa. Las lágrimas me resbalan lentamente por las mejillas y aterrizan sobre las sábanas blancas. En mi interior se ha desatado un torbellino de emociones que se arremolinan entre sí como los trazos desordenados de un niño pintando con los dedos.

Culpa. Tristeza. Ira.

Sin embargo, lo que más me pesa es no sentirme digna de seguir viviendo.

Yo siempre había sido la gemela desastrosa, cruel y amargada que cargaba con todo. Rose habría sabido aprovechar su futuro mejor que yo. Sus sueños eran más prometedores y factibles que los míos.

El mundo se detuvo cuando murió; en cambio, si hubiera sido yo, habría seguido girando.

«Debería haber sido yo».

Eso fue lo que le grité a mi padre después de ver aquel vídeo en el que escogía sin vacilar a Rosemary en vez de a mí.

«Debería haber sido yo», repetí una y otra vez sin parar.

Y, como eligió condenar a muerte a la hermana equivocada, decidí que no iba a permitir que me convirtiera a mí en su fuente de ingresos. Él me la había arrebatado, de modo que era justo que yo le quitara su único sustento.

Al principio, pensé en matarlo sin más, pero quería que sufriera, que experimentara el mismo dolor que me había causado a mí y que viviera hasta el último de sus días aislado, pasando hambre y en la ruina.

Así que me planté delante de él en el salón e hice lo que me llevó a que me encerraran. Le brindé la excusa perfecta para mandarme lejos y mantenerme callada, pero la verdad es que no esperaba sobrevivir a aquello. Había leído que, si se hacía de cierta forma, era un método infalible para quitarse de en medio.

Al pensar en ese momento, las cicatrices verticales que me recorren las muñecas comienzan a palpitarme. Los médicos fueron capaces de coserme los cortes antes de atarme a una camilla, de modo que ahora cargo con ellas como recuerdo de que ni siquiera logré morir como quería.

La ausencia de Rose me parecía tan injusta que no soportaba seguir con vida, y menos en un mundo en el que mi padre se sentía con el derecho a firmar la sentencia de muerte de una de sus hijas.

Tras darme cuenta de que lo único que tenía algún valor para él era el dinero, pasé una gran parte de mi encierro ideando un plan de huida para hacerle pagar por todas las atrocidades que había cometido. Sin embargo, comprendí enseguida que ni siquiera mi suicidio le habría impedido seguir perpetrando monstruosidades con tal de mantenerse en lo más alto de la jerarquía de Ponderosa Springs. Llegué a la conclusión de que la única manera de pararle los pies era matarlo, y aún espero con impaciencia ese día.

Un sollozo empieza a gestarse en mi pecho, se esparce como si fuera un veneno y lo siento desgarrándome la garganta a medida que va creciendo. Me cubro la boca con la mano y noto cómo me tiembla todo el cuerpo mientras las lágrimas me brotan de los ojos

cada vez más deprisa.

De pronto, me doy cuenta de la cruda realidad, esa que tanto me negaba a aceptar: ahora soy mayor que mi hermana gemela. Las entrañas se me revuelven al pensar que ya han pasado trescientos sesenta y cinco días sin ella, lo que significa que se ha perdido un cumpleaños, una Navidad y mil recuerdos que nunca podrá llegar a crear. Cuando ella murió, yo también lo hice, pero, al parecer, mi cuerpo se quedó vagando en este plano.

—¿Sage?

Me doy la vuelta en la cama y miro hacia la puerta.

Lyra y Briar están de pie justo debajo del umbral, sosteniendo entre las manos una bolsa llena de chuches y un par de carcasas de películas.

—Dijiste que te gustaba *Dieciséis velas*, ¿verdad? Aunque no nos acordábamos de si preferías los Skittles ácidos o los normales, así que hemos traído de los dos tipos —dice Lyra, agitando la bolsa en el aire.

—¿Cómo habéis entrado aquí?

Briar se saca una horquilla del bolsillo y la alza para que la vea.

—Estas cerraduras se abren en un segundo y… —Se mete la mano por dentro de la camisa de cuadros y saca también un porro —. Esto se lo mangué a Rook el otro día.

A pesar de que no estoy de humor para ello, se me escapa una pequeña sonrisa.

—Ahora entiendo de dónde viene lo de ladronzuela —comento.

Se encoge de hombros.

—Mis dotes para el hurto resultan bastante útiles en un sitio como este.

Me paso la mano por debajo de la nariz para limpiarme los mocos y las lágrimas. Ambas parecen haber entrado en mi cuarto con la esperanza de levantarme el ánimo o, al menos, concederme un instante de alivio en medio del dolor.

Saben qué día es hoy.

—Gracias, de verdad, pero no me apetece mucho el plan. Pensaba que estaríais con los chicos.

—Han ido a Portland a pasar el fin de semana en la cabaña de

los padres de Silas. Necesitaban estar un tiempo a solas con él, así que se nos ocurrió que… —responde Briar, alargando las últimas palabras mientras busca el apoyo de Lyra con la mirada.

—Se nos ocurrió que podríamos hacer lo mismo por ti —termina de decir ella.

—Es que… —comienzo a balbucear, intentando no llorar más y odiándome a mí misma por mostrarme tan vulnerable—. No sé si quiero compañía ahora mismo. No creo que haya nada que pueda hacerme sentir mejor hoy.

Supongo que por eso me gusta actuar. Sobre el escenario puedo volcar mis emociones en un personaje y nadie las cuestiona porque todo el mundo piensa que forman parte del guion. Puedo permitirme ser frágil, amable y sensible y dejar a un lado esta versión mía que siempre se muestra mordaz y amarga.

—El objetivo no es hacer que te sientas mejor —contesta Lyra, adentrándose en mi cuarto—, sino estar contigo para que no pases por esto sola y el dolor sea más llevadero. No sé lo que es perder a una gemela, pero sí perdí a mi madre.

Al fijarme en sus ojos, no percibo lástima ni compasión, sino el entendimiento de quien ha experimentado un dolor parecido.

—Por mucho que queramos, nadie nos las va a traer de vuelta, pero eso no significa que tengas que aislarte. Podemos hablar de ella o sentarnos aquí en silencio sin más. Lo que te apetezca. Yo no tuve a nadie a mi lado cuando murió mi madre y me niego a permitir que tú te enfrentes a esto sola. Para eso nos tienes a nosotras.

La amistad siempre había sido un concepto extraño para alguien como yo. De pequeña me enseñaron que las relaciones que debías mantener cerca eran solo aquellas que te aportaban algún beneficio, sin importar lo bien o mal que te cayeran, y, a cambio, la gente se acostumbró a tratarme como a un peón solo por lo que podía ofrecerles.

Nadie se ha acercado nunca a mí o ha buscado mi amistad simplemente por ser yo misma. Lo único que les interesaba era mi estatus, mi apellido y mi dinero. Ahora lo he perdido todo y, sin embargo, estas dos chicas han escogido ser amigas mías, pese a lo que la gente vaya a decir de ellas al verlas conmigo. Por una vez en

mi vida, han sabido apreciarme más allá de mi reputación, igual que hacía Rosemary, y han elegido permanecer a mi lado por quien soy.

—¿Decís que habéis traído *Dieciséis velas*? —pregunto en voz baja.

Briar sonríe.

—¡Y también *No puedes comprar mi amor*!

Al final, decidimos que la mejor opción es trasladar la sesión de cine a su cuarto, que está al final del pasillo, porque mi compañera puede entrar en cualquier momento y echarnos. Pero, en ese instante, me permito hacer algo insólito en mí: las dejo estar ahí y acompañarme a su manera.

Juntamos las camas de Briar y Lyra entre todas, colocamos la tele en mitad de la habitación y abrimos la ventana. Luego, nos lanzamos sobre los colchones, ponemos la primera peli y nos encendemos el porro que Briar le ha mangado a Rook. Llevo sin fumar desde la última vez que quedé con él, hace más de un año, así que la maría me da un subidón brutal. Me llevo a la boca más comida de la que he probado en meses y me río con ganas, como cuando era una niña.

Nos reímos de lo filosófica que se pone Lyra estando colocada. Empieza hablando de bichos, por supuesto, de cómo su existencia influye en la nuestra, y acaba hilando el tema con la creación del ser humano y la religión.

Estos momentos me sirven para descubrir un montón de cosas sobre ambas: la forma en la que ven el mundo, lo que opinan sobre ciertos aspectos de la vida y lo que les apasiona de verdad. Me resulta extraño que estemos logrando construir un oasis de luz en medio de toda la oscuridad y el caos que impregna este día.

A veces me asalta la culpa y trata de imponerse con ferocidad.

¿Cómo voy a disfrutar de un día como este, sabiendo todo lo que representa?

Pero, entonces, pienso en Rosemary. Ella no habría querido que me encerrara en mi habitación y la llorara; querría que fuera feliz, aunque ella ya no estuviera.

Si hubiera sido al revés, yo tampoco habría querido verla sufrir. Me habría gustado que se rodeara de gente que la hiciera reír, amar

y disfrutar de la vida, incluso en el aniversario de mi muerte.

—Oye —dice Briar mientras se tumba bocabajo y se mete un trozo de chocolate en la boca—. No tienes por qué contármelo, pero necesito saberlo. ¿Qué rollo os traéis Van Doren y tú?

Estoy colocada, y la última persona de la que me apetece hablar ahora mismo es él.

Me trago el puñado de Skittles con el que me había llenado los carrillos y le echo un vistazo con naturalidad, como si no pasara nada.

—¿A qué te refieres?

Levanta ambas cejas ante mi respuesta.

—Venga ya. No nací ayer, Sage.

—El discursito que te dio en el asiento trasero del coche después del Guantelete parecía bastante acalorado, por lo que yo pude ver —añade Lyra, haciendo girar el rabito de su cereza en el aire.

—Solo… —empiezo a titubear—. Solo intentaba apartarme de Silas. Le estaba diciendo unas cosas horribles. Si no me hubiera parado él los pies, seguro que habrían acabado interviniendo Alistair o Thatcher.

No quiero mentirles, pero tampoco sé cómo explicar lo que pasó entre Rook y yo. Nunca he hablado de lo nuestro en voz alta con nadie, así que no tendría ni idea de por dónde empezar.

Se quedan observándose la una a la otra durante un instante, hasta que Briar rompe el silencio.

—Te mira como si sufriera físicamente al hacerlo. No creo que sea consciente de ello, pero se nota que le duele el simple hecho de mirarte.

Por fuera puede parecer dolor. Uno arraigado en lo más profundo de su ser. Hubo un tiempo en que me miraba con anhelo y necesidad, con deseo y pasión; sin embargo, en este momento, solo queda rencor.

—No es dolor —les aseguro—. Es asco. Rook me odia, así que eso es lo único que siente por mí ahora.

—¿Ahora? O sea, que existió un antes.

Exhalo con fuerza, me paso las manos por el pelo y las

entrelazo en la nuca mientras fijo los ojos en la cama y me planteo la posibilidad de contárselo. Dudo que vayan a irse de la lengua. Además, la única persona a la que estoy protegiendo a estas alturas es a Rook.

Incluso después de todas las cosas que ha dicho, sigo cubriéndole las espaldas al mismísimo diablo, guardando nuestro secreto para que sus amigos no sientan que los ha traicionado. A pesar de lo mucho que me ha machacado por ocultarle la verdad, he dejado de ser yo la que está mintiendo.

—El año pasado, antes de que Rosie muriera, Rook y yo… —Me detengo por un instante, sin tener ni idea de cómo continuar la frase. ¿Follamos? ¿Nos obsesionamos el uno con el otro bajo los efectos de la hierba que fumábamos?—. Estuvimos liándonos un par de meses. Se suponía que iba a ser solo un rollo secreto de una noche, pero se nos fue de las manos. No esperaba que acabase convirtiéndose en…

—¿Amor? —me interrumpe Lyra, con las pupilas oscuras y dilatadas.

No sé si podría llamarlo así, aunque creo que, en realidad, es lo más parecido al amor que he sentido en mi vida. Cuando la oscuridad amenaza con apoderarse de mi cabeza, revivo los momentos que compartimos, pienso en todas las cosas que nunca llegamos a hacer y me imagino cómo habría sido mi futuro si hubiera permanecido a su lado.

—Ni siquiera estoy segura de que fuera eso —respondo, encogiéndome de hombros—. Lo único que tenía claro era que quería estar con él de todas las formas posibles, pero en aquel entonces era la novia de Easton o, mejor dicho, su prometida.

—Perdona, ¿en serio accediste a pasar toda una vida junto a Easton Sinclair? —pregunta Briar con cara de asco, lo que me arranca una risita.

—No de manera voluntaria. Fue idea de su padre, y mi familia se mostró de acuerdo para que Stephen Sinclair continuara haciéndose cargo de nuestras facturas y financiando a mi padre. Planeaba irme después de la graduación. No pensaba llegar a la boda. Iba a contárselo a Rook y fugarme con él, pero…

De pronto, se me viene a la mente su rostro, su voz y el aroma que desprendía. Lo recuerdo todo como si acabara de pasar.

—Pero Easton se enteró y amenazó con casarse con Rose en mi lugar. Me advirtió que si no le ponía fin a lo mío con Rook se encargaría de hundir a mi hermana. Tuve que tomar una decisión. No podía permitir que le pasara lo mismo a ella, y menos cuando su futuro era mucho más prometedor que el mío. No habría podido adaptarse nunca a una vida como esa. Así que decidí apartar a Rook para poder salvar a Rosie y, al final, acabé perdiéndolos a ambos.

Las dos se quedan sentadas en silencio, intentando procesar lo que acabo de confesarles. Siento que me he quitado un peso de encima al pronunciarlo todo en voz alta.

—¿Y sigue sin saber la verdad? —interviene Briar al cabo de unos segundos.

Niego con la cabeza.

—Tienes que contárselo, Sage. No puedes dejar que te odie por una mentira.

¿Acaso valdría la pena a estas alturas? Después de todas las cosas que le dije y lo que pasó, ¿de verdad serviría de algo?

Además, dudo que me crea. Pondría en tela de juicio cualquier palabra que saliera de mi boca, incluso aunque me limitara a describirle el color del cielo. Una relación sin confianza está condenada al fracaso. Lo que habíamos construido en aquellos meses quedó reducido a cenizas y no creo que podamos recuperarlo.

Nuestros caminos nunca deberían haberse cruzado. Somos igual de orgullosos y testarudos, como dos llamas compitiendo por ver cuál de las dos arde más alto. No estábamos destinados a durar.

Lo quise enseguida. Con demasiada intensidad. No habría sido sano; jamás podría haber funcionado, por más que mi corazón se empeñe en convencerme de lo contrario.

Quizá solo debíamos ser dos amantes desventurados que lograron escapar con vida antes de que Shakespeare pudiera concederles un final trágico.

Rozo con los dedos la cicatriz que llevo en la clavícula y que ahora se ha convertido en un recordatorio, un obsequio de un tiempo pasado.

—Es mejor que no lo sepa. El daño ya es irreparable. Sería una pérdida de tiempo.

—La verdad es que me cuesta creer que lo único que sienta hacia ti sea hostilidad. Rook es… —Lyra agita los brazos en el aire, tratando de dar con una forma de explicarlo—. Pasa de todo lo que no le despierta ningún interés. Sin embargo, cada vez que estáis cerca, solo tiene ojos para ti.

Aspiro una bocanada de aire y me abrazo las rodillas contra el pecho mientras recuerdo la conversación que tuve con Rosie justo antes de dejarme consumir por su fuego.

«Rook Van Doren no gasta energía en lo que no le interesa. Si le llamas la atención, te lo hace saber a toda costa. Y yo diría que tú le has llamado la atención».

Tal vez mi hermana sospechó desde el principio que acabaría pasando algo entre nosotros, pero nunca se atrevió a insinuarme nada por miedo a que se lo negara o me enfadara con ella.

—Eso es porque no confía en mí. Cree que voy a poneros en peligro a todos en cualquier momento, así que siente la necesidad de vigilarme. Para él no soy nada más que una carga.

De pronto, me vibra el móvil y la pantalla se ilumina para indicarme que me ha llegado un mensaje. Al abrirlo, me encuentro con lo último que me apetecía leer hoy.

> Pip, reúnete conmigo en la iglesia de San Gabriel mañana al mediodía. Y más te vale traerme noticias esta vez.

—Entonces, ¿ya está? ¿Ni siquiera vas a plantearte hablar con él?

Apago la pantalla del móvil mientras me muerdo el interior de la mejilla, con el estómago revuelto por los nervios. En ese instante, una brisa fría se cuela por la ventana y me recorre la piel hasta calarme los huesos.

—No. Lo nuestro murió aquel día y él no parece dispuesto a revivirlo —respondo, levantándome del borde de la cama—. ¿Me prestáis una sudadera?

Espero que con eso baste para cambiar de tema. El día de hoy me ha agotado emocionalmente, y seguir hablando de Rook solo contribuye a recordarme todo lo que he perdido y jamás recuperaré.

—Sí, coge una de las mías. Las de Briar son de Alistair, y nadie quiere ir oliendo por ahí a su colonia —dice Lyra—. Bueno, salvo tú, claro —añade, dirigiéndose a Briar con una sonrisa.

Me acerco entre risas a la diminuta puerta del armario de Lyra. Veo que se encuentra entornada y, al abrirla del todo, me doy de bruces con los montones de ropa que tiene apilados al fondo y que impiden que la puerta se cierre con normalidad. Todo está tan desordenado que, de pronto, me sorprendo a mí misma pensando que no me importaría llevar una sudadera de Alistair con tal de no rebuscar en este desastre.

No sé si se debe a que voy colocada o me parece gracioso sin más, pero no dejo de imaginarme que aquí es donde guarda los especímenes vivos que no quiere que descubramos. Se me escapa una risita tonta solo de pensarlo.

Me pongo de puntillas para alcanzar la sudadera morada que he localizado en lo alto del estante, pero, cuando tiro de la manga, arrastro también un par de objetos pesados que impactan en el suelo con un gran estruendo.

—Mierda, Lyra, lo siento —me disculpo mientras me agacho para asegurarme de no haber roto nada.

Intento recolocar rápidamente la ropa y la caja que se han caído para dejarlo todo donde estaba.

La caja de zapatos mediana se encuentra de lado frente a mí. Al principio, supongo que contendrá recuerdos de su madre o incluso de momentos felices que ha vivido hasta ahora en la universidad, pero, luego, mis ojos se posan en un caro jersey de punto color crema que da la impresión de ser demasiado grande para Lyra.

También hay un bote de gel de ducha para hombres de Armani medio gastado, varias notas escritas a mano que no coinciden con la caligrafía ilegible de mi amiga, fotografías espontáneas y la pieza más incriminatoria del rompecabezas: un gemelo diseñado con la forma de las letras «T. P.».

—No es… —dice, levantándose de golpe con la cara blanca

como la cal—. No es lo que parece.

Cojo un pañuelo de un blanco níveo con una mancha roja en el centro.

—Entonces, ¿no tienes cosas de Thatcher metidas en una caja dentro de tu armario?

Lyra siempre se ha mostrado como la chica tímida, la friki de los bichos a la que le encanta pasar desapercibida; sin embargo, ahora empiezo a pensar que esa es la imagen que busca venderle al resto.

—Espera… —responde con un hilo de voz—. Puedo explicarlo.

25
Perdóname, padre

ROOK

En el folklore occidental, se dice que un cruce de caminos puede servir para invocar a demonios o al mismísimo diablo, dependiendo del trato que quieras hacer.

Se les llama mediante algún objeto ritual que, según cuentan, ha de enterrarse en el centro de una intersección. Una vez aparece la entidad conjurada, esta te concederá cualquier deseo que tu corazón anhele; sin embargo, una vez pase el tiempo acordado, los sabuesos del infierno emergerán de las entrañas del inframundo para reclamar tu alma como pago.

A mí me habían invocado hacía un tiempo para obtener venganza. Cumplí mi parte del trato y permití que esa persona con la que había sellado el pacto se marchara impune, pero ya ha llegado la hora de cobrar lo que me pertenece.

Me apoyo contra un pino y aguardo pacientemente. El leve chisporroteo de mi cigarrillo al consumirse es el único sonido que rompe el silencio que reina alrededor.

Llevo un año entero flagelándome por haber confiado en alguien como ella, intentando extirparla de mi cuerpo como si se tratara de un parásito empeñado en devorarme por dentro, y todo ha sido en vano.

La única solución es curar el origen de la infección. Erradicar el virus desde la raíz.

Y por eso mismo estoy aquí, en el cruce de caminos frente a la iglesia de San Gabriel, con los ojos clavados en la luna trasera del coche de Sage, que se encuentra aparcado junto a un sedán negro.

Cuando eligió negociar con agentes del FBI y convertirse en mi peor enemiga, desató una bestia completamente desconocida para mí hasta entonces.

Tras dejar a Silas en el cementerio, traté de serenarme y concederle el beneficio de la duda. Tal vez eran de verdad amigos de su padre y ella ignoraba lo que tramaban.

Una vez más, mi corazón se enfrentó a mi instinto y me convencí a mí mismo de que todo aquello no había sido nada más que un malentendido. Logró volver a poner mi mundo patas arriba y hacer que depositara en ella una confianza que no se merecía.

No obstante, por mucho que intentes engañarte, cuando alguien te muestra su verdadera cara, no te queda más remedio que aceptar la realidad. Y hoy Sage está exhibiendo con orgullo la suya.

No la estaba espiando; de hecho, tenía pensado enfrentarme a ella cara a cara, pero, al verla salir sola de la residencia, decidí seguirla. Conduje tras ella a cierta distancia y me mantuve a la velocidad justa para no perder de vista sus luces traseras.

Cuando se detuvo al lado de los restos de la iglesia calcinada, había otro vehículo allí esperándola. En ese momento, comprendí por fin a qué había estado jugando todo este tiempo, por qué había vuelto y cuál había sido su plan desde el principio.

Tras media hora aquí fuera, empiezo a impacientarme, pero, de pronto, distingo al detective McKay tras las puertas quemadas de la iglesia donde han estado charlando. Donde ella le ha ventilado todos nuestros planes como la buena soplona que es.

Un hormigueo me recorre las manos y la boca se me hace agua ante la idea de vengarme. Me oculto entre los árboles mientras se sube al coche, gira la llave y sale marcha atrás del aparcamiento.

Permanezco en mi escondite hasta estar seguro de que no va a regresar; entonces, tiro al suelo la colilla de mi cigarrillo, la piso y me dirijo hacia la iglesia, satisfecho de ver que Sage sigue dentro del edificio que yo mismo incendié en su día.

Una sensación extraña se apodera de mí al darme cuenta de que, esta vez, no estoy temblando de la furia ni cediendo a un impulso. Contra todo pronóstico, me encuentro bastante sereno, como si mi cuerpo supiera exactamente a qué hemos venido y de

qué asuntos tenemos que encargarnos.

La puerta chirría al abrirse y deja pasar un rayo de sol que ilumina lo que queda del interior de la iglesia. Hay ceniza y hollín pegados al suelo, bancos carbonizados y decoraciones destrozadas. Todo está tal y como había querido verlo siempre.

El vivo retrato del infierno.

En cuanto piso suelo sagrado, noto cómo me chisporrotean las plantas de los pies a través de los zapatos. Me gusta la sensación de adentrarme en un lugar donde sé que no soy bienvenido solo porque me apetece. Quizá sea ese el motivo por el que siempre me siento más cómodo rodeado de caos.

Sage se encuentra en la parte delantera, con las manos apoyadas en uno de los pocos bancos que quedan y la cabeza metida entre los hombros. Desde esta distancia, casi da la impresión de estar rezando.

—Eres consciente de que Dios no atiende las plegarias de quienes hacen tratos con el diablo, ¿no? —grito.

Se estremece como si mis palabras la hubieran herido y se gira para mirarme de frente. Pierde todo el color del rostro al percatarse de que su peor pesadilla se ha hecho realidad: la he sorprendido en pleno acto. Ya no tiene escapatoria.

—¿Qué haces aquí? —pregunta con el ceño fruncido.

Camino despacio hacia el interior, contemplando los estragos que mis llamas le han causado a este recinto sagrado. El mismo en el que nació el rumor de mi linaje demoníaco. El primer lugar que me convirtió en un monstruo.

—Te advertí que te estaría vigilando, Sage. Y menos mal que no he faltado a mi promesa. —Me río con crueldad—. Si no, me habría perdido tu cita con el detective McKay. ¿Desde cuándo tiene papaíto amigos en el FBI?

El pánico la inunda por completo. La red de mentiras que había tejido se desmorona a su alrededor y trata de rescatar desesperadamente algún hilo al que aferrarse, urdir otra excusa que pueda librarla de esta situación.

—Rook, deja que te lo explique. No estaba…

—¿Que no estabas qué? —escupo, arqueando el labio superior

de la rabia que me provoca que tenga el puto descaro de mentirme a la cara después de haberla pillado con las manos en la masa—. ¿Me vas a decir que no acabas de largarle todos nuestros planes a un agente del FBI?

Mis pisadas van retumbando en el suelo a medida que avanzo, alimentando aún más la ira que me consume.

—No, no es eso. Ya sé que lo parece, pero no es así. Mi padre vino a verme al psiquiátrico con Cain, o sea, el detective McKay, e intentaron ofrecerme un trato.

—Así fue cómo conseguiste que te dejaran salir, ¿no? ¿Qué les prometiste? ¿Espiarnos, ganarte nuestra confianza y después apuñalarnos por la espalda para meternos a todos en la cárcel antes de que pudiéramos clavar la cabeza de tu padre en una pica?

Voy acortando la distancia que nos separa mientras ella sacude la cabeza de un lado a otro con rapidez y retrocede a cada paso que doy en su dirección. El miedo que reflejan sus ojos provoca que se me haga la boca agua.

Da igual. Puede apartarse de mí todo lo que quiera o incluso echar a correr si le da la gana. No le servirá de una mierda porque ya la tengo atrapada entre mis garras. Y ni de coña pienso permitir que se me escape.

—¡No! —responde con un grito—. O sea, sí, eso es lo que me pidieron, pero no iba a hacerlo. Solo quería que me soltasen para poder ayudaros a llegar hasta mi padre. Mi plan era jugársela a ellos, no a vosotros. Necesitaba que confiaran en mí lo justo para sacarme de allí. Eso es todo.

Me muerdo el labio inferior y sonrío con sorna.

—Es lo que mejor se te da, ¿no? Hacer que la gente confíe en ti.

Su espalda choca con la parte delantera del confesionario. La robusta madera de la que está construido logró resistir el calor del fuego, de modo que la mayor parte de la estructura ha permanecido intacta. Casi puedo percibir los latidos acelerados de su corazón martilleándole en el pecho.

—No te estoy mintiendo. Te juro que esa es la verdad. Cain trabaja con un grupo llamado Aureola. Sus componentes son las personas a las que mi padre debía dinero. Se dedican a secuestrar a

chicas de Ponderosa Springs para venderlas. —Alza las manos en señal de rendición, como si así pudiera aplacarme—. Solo quiero detener a mi padre. Una vez lo consiga, prometo marcharme. Te estoy diciendo la verdad, igual que aquella primera noche en la casa del lago. Siempre te he entregado todas y cada una de mis verdades.

Una avalancha de preguntas se arremolina en mi cabeza. No sé qué cojones es eso de Aureola ni si ambos agentes del FBI estarán metidos en el ajo. Ni siquiera tengo claro que pueda creerme algo de lo que me ha contado. Intento procesar toda la información que acaba de soltarme, comprender la implicación de sus palabras, pero me es imposible.

La sangre me hierve a tal temperatura que siento que se me va a fundir la piel en cualquier momento. La rabia está empezando a nublarme la vista. Llevo un año esperando para devolverle todo el dolor que me ha infligido y hacerle pagar por su traición, pero no dejan de asaltarme destellos de la chica destrozada por su pasado que conocí en aquel muelle. Mi corazón trata de aferrarse a cada recuerdo suyo que cruza mi mente a toda velocidad y vuelvo a transportarme a esos instantes en los que me permití ser lo suficientemente estúpido como para confiar en ella.

Pero me niego a caer de nuevo en su trampa.

La acorralo contra el confesionario y estampo la palma de la mano en la madera con tanta fuerza que me arde del impacto.

—Solo. Sabes. Mentir —gruño, mostrando los dientes como un lobo rabioso y hambriento.

Me empuja el pecho con las manos mientras sacude la cabeza frenéticamente.

—¡Por eso no quería contártelo, imbécil! Da igual lo que te diga, no vas a creerme nunca.

El azul de sus ojos me está llevando al borde del colapso. Brilla como el fuego más abrasador, igual que lo hacía cuando estábamos juntos. Cuando pensaba que lo nuestro era algo especial y confiaba ciegamente en todas las palabras que salían de su boca.

El resplandor que emite es tan bello que mirarlo me resulta más doloroso que los cortes de Thatcher, los golpes de Alistair o los

comentarios de mi padre. Duele tanto que me impide respirar. Con cada bocanada de aire que aspiro siento mil agujas atravesándome la garganta.

Y, por primera vez en mi vida, quiero que pare el dolor. Necesito que pare, joder.

«No, no, no», me repito a mí mismo sin cesar.

—Porque no eres más que un maldito veneno traicionero. Mira dónde he acabado por confiar en ti.

«No permitas que vuelva a jugar contigo, Rook. No te dejes engañar por sus trucos. Es solo el efecto de la dulce ponzoña con la que te infectó y que aún te corre por las venas».

La agarro del cuello con una mano y tiro de ella para acercarla a mí bruscamente. Su aroma me inunda las fosas nasales y me provoca un cosquilleo en la nariz. Al presionar mi cintura contra la suya, siento su frágil cuerpo cediendo ante mí y la polla me presiona los vaqueros.

Hubo un tiempo en que me parecía un ser celestial entre mis brazos. Un ángel que se había alejado demasiado de su hogar y había caído en las fauces de algo siniestro.

Sin embargo, ahora solo me sabe a pecado. Uno primitivo, ardiente y mortal del que llevo privándome un año entero. He estado resistiendo la tentación y castigándome precisamente por lo que la vida me ha puesto delante de las narices en este instante. No sé cómo voy a ser capaz de contenerme.

—Nunca te he mentido, Rook. Al menos, no de la forma en la que tú te crees —dice entre jadeos, luchando por respirar pese a mi agarre—. Quería que me tuvieras…

—Al lugar más bajo, sombrío y alejado de la luz del cielo —la interrumpo, apretándole el cuello con los dedos para que se calle—. Ahí es donde van los putos traidores. ¿Lo sabías? Ahí es donde pienso mandarte yo.

No quiero escuchar más excusas ni mentiras. Ahora le toca sufrir a ella. Ha llegado mi turno de hacerle pagar por todo.

—Las zorras traidoras como tú merecen ser castigadas —gruño mientras alzo la otra mano hasta su rostro y le estrujo las mejillas, obligándola a fruncir los labios.

—Para ser un hombre al que llaman Lucifer, hablas como un puto santurrón. ¿No deberías premiar el pecado? —bromea, con una voz espesa y pegajosa que me recuerda al jarabe para la tos y me deja un regusto amargo en la garganta.

Se resiste y lucha contra mí tal y como quiero que haga. Así, cuando consiga destrozarla, será aún más satisfactorio verla hecha pedazos.

Mi cinturón se hunde en la tierna piel de su vientre cuando le deslizo la mano que me queda libre hasta el culo y se lo agarro con fuerza, provocando que la minifalda vaquera se le suba. Entonces, le cuelo los dedos entre los muslos y los dejo suspendidos a milímetros de su coño por encima de las bragas.

El calor que desprende me debilita las rodillas.

—No, Sage, este es mi infierno, mi reino, y soy yo quien pone las reglas, así que solo premio a las putitas que se portan bien.

Jadea y abre la boca, justo como esperaba que hiciera. Le escupo directamente sobre la lengua y me sirvo de la mano con la que le estoy sosteniendo la cara para cerrarle la mandíbula y obligarla a tragarse mi saliva.

Nuestros labios se encuentran con violencia y el deseo me retuerce las entrañas mientras nos devoramos con dientes y lengua. Su puto veneno me sabe tan dulce que resulta embriagador. Se aferra a mí y mueve su boca contra la mía para responder a mi hambre voraz.

Vuelco toda mi ira en ese beso, ofreciéndole redención y condena al mismo tiempo. Le muerdo el labio inferior con ansia y tiro de él ligeramente a la vez que saco la mano de entre sus muslos y me limpio en ella la humedad que me impregna los dedos.

—Das pena. Mira lo mojada que estás. ¿Cuánto tiempo llevas fantaseando con tenerme así ante ti?

Las mejillas se le enrojecen por una mezcla de placer y vergüenza.

Mi mano desciende desde su rostro hasta el escote de su camiseta, se aferra a la tela y tira de ella hacia abajo. El sonido de la prenda al desgarrarse inunda el aire y me quedo contemplando los pechos carnosos que se le desbordan por encima del sujetador

negro.

Dejo caer la cabeza hacia delante y tomo una bocanada profunda de aire para impregnarme los pulmones de su aroma. Le recorro lentamente el canalillo con la lengua y, al llegar a la cicatriz que le atraviesa la clavícula, la que yo tengo a juego comienza a palpitar.

Tras un año privándome de los placeres de la carne, solo puedo pensar en darme un festín con el fruto prohibido que está deshaciéndose en mis manos en este momento. A estas alturas, mi autocontrol ha desaparecido por completo.

Le doy la vuelta y la aprisiono contra el confesionario, de modo que no le queda más remedio que aferrarse a la madera que separan ambas cabinas; entonces, aprovecho para levantarle la falda con las dos manos hasta dejarle todo el culo al aire.

—Rook… —susurra con un hilo de voz.

—Estamos en un confesionario, Sage. Eso no es lo que se dice —respondo entre dientes, mientras le subo la mano por la espalda, le agarro unos cuantos mechones de pelo corto y tiro de ellos hacia mí para que se arquee contra mi polla—. ¿O es que has caído tan bajo que ya ni siquiera te acuerdas?

Le aprieto firmemente el culo con la otra mano y le concedo tan solo unos instantes antes de retirarla para darle un azote. La palma me escuece del impacto y, al bajar la vista, me encuentro con su pálida piel enrojecida.

El gritito de sorpresa que se le escapa me reverbera en la ingle y me impulsa a frotarme contra ella con más intensidad.

—Respóndeme.

—Vete al infierno. Da igual lo que diga, tienes tantas ganas de follarme que estás quedando como un tonto —gruñe, y esbozo una sonrisita de suficiencia, aunque no pueda verme.

Me desea tanto que ni siquiera es capaz de pensar con claridad, pero nunca se da por vencida sin oponer un poco de resistencia, lo cual hace que todo sea aún más divertido.

Conozco su cuerpo y cada recoveco de su coño a la perfección. Sé lo que la enciende y lo que la lleva al límite. Puede fingir todo lo que quiera, así solo conseguirá que su rendición resulte mucho más

placentera.

—Ya vivo en el infierno, FT. ¿No te acuerdas? —murmuro—. Tú te encargaste de que acabara allí.

Vuelvo a azotarla con ímpetu y ella se estremece ante el golpe. Intenta huir del castigo, pero la sujeto del pelo para impedir que se aleje de mí. Seguiré sometiéndola a este dolor hasta que lo considere oportuno.

Me he pasado un año entero flagelándome por su culpa. Ahora le toca a ella sufrir lo mismo en sus carnes.

—Ni se te ocurra moverte a menos que yo te lo diga.

Le propino un azote.

Y luego otro.

Y otro más.

Su cuerpo se queda temblando entre mis brazos y se me hace la boca agua al ver su culo respingón hinchado y enrojecido por los azotes. Alzo la mano con la intención de estamparle la palma de nuevo contra las nalgas, pero me detengo al oírla hablar.

—P-pe… —tartamudea con voz empalagosa y errática—. Perdóname porque he pecado.

Le acaricio la zona dolorida trazando círculos lentos y suaves.

—Mmm, así me gusta. Como una putita obediente.

Cuando le deslizo los dedos entre los muslos, descubro que tiene las bragas completamente empapadas por mi culpa, como si estuviera pidiéndome a gritos que se las arrancase. Le aparto la tela a un lado y le masajeo el clítoris con la yema de los dedos.

Gime con fuerza y restriega las caderas contra mi mano. Sigo avanzando y me abro paso lentamente con dos dedos entre sus estrechas paredes. Los saco y los meto repetidas veces, curvándolos en su interior para rozar ese punto sensible que nadie sabe tocar como yo.

Al contemplar su figura inclinada sobre un confesionario entre los restos de una iglesia carbonizada, me doy cuenta de que nunca ha sido Eva. Ella no se ha limitado a dejarse tentar por el fruto prohibido del jardín del Edén. Siempre ha sido mi Lilith. La razón por la que caí en desgracia y descendí desde los cielos hasta los abismos del infierno, condenado a vivir una eternidad en las llamas.

—Confiesa —le exijo entre dientes mientras me afano en desabrocharme el cinturón y la cremallera con la mano que me queda libre—. Dime lo que ya sé. Que te encanta ser mi puta.

—Rook, por favor. Necesito…

—Ya sé lo que necesitas, pero primero vas a tener que obedecerme.

Disminuyo el ritmo con el que muevo los dedos con la intención de seguir dándole placer, pero no el suficiente para que pueda desinhibirse por completo. Me saco la polla de los pantalones y empiezo a tocarme detrás de ella para torturarla. El líquido preseminal que me rebosa de la punta le aterriza en el culo.

—Me encanta ser tu puta —gimotea—. Quiero que me folles, que me destroces, que me uses.

Ya no puedo contenerme más.

Sustituyo los dedos por mi miembro y la penetro sin previo aviso. Los dos gemimos al unísono mientras me deslizo por la suavidad de sus paredes hasta el fondo y noto cómo se contrae a mi alrededor, envolviéndome en su interior cálido y estrecho.

—Parece que tu coño está hecho a mi medida.

Cuando arquea la espalda para recibirme mejor, aumento la velocidad y el aire se llena del sonido de mis acometidas. Extiendo las manos y le agarro ambos brazos, manteniendo los míos rectos para penetrarla con más fuerza.

Sus quejidos y gimoteos avivan mi deseo. Contemplo cómo se le sacude el culo con la intensidad de mis embestidas. Cada vez que me impulso dentro de ella, su esencia se propaga por todo mi cuerpo y me despierta todos los sentidos.

Es tan adictiva como un chute de adrenalina.

—Rook, me… —Intenta articular una frase coherente entre gemidos, pero sé de sobra lo que quiere decirme.

Desde este ángulo, las bolas frías de mis *piercings* no dejan de rozarle el punto G.

—Lo sé. Compórtate como una puta obediente y córrete en mi polla.

Entonces, estalla y se desmorona sobre mí. Su coño se contrae a mi alrededor y se niega a soltarme mientras me empapa todo el

miembro con sus fluidos.

Me introduzco aún más en ella, pese a que está temblando entre mis brazos y sollozando por la sobrecarga de placer. El sudor me perla la frente a medida que continúo persiguiendo el clímax.

De pronto, el orgasmo me sacude hasta los huesos con la violencia de un maremoto. Gimo con fuerza al mismo tiempo que me corro dentro de ella y la lleno por completo hasta que mi semen termina rebosando.

Siento cómo Sage se relaja entre mis brazos a la vez que continúa retorciéndose de placer. Respiro con dificultad e intento recuperar el aliento. Una vez me he recompuesto, me deslizo fuera y le vuelvo a colocar las bragas en su sitio, usando la tela para limpiar la corrida que ha empezado a gotearle del coño.

La polla se me endurece de nuevo solo de imaginármela andando por ahí con mi semen manchándole la ropa interior.

Estoy abrochándome el cinturón cuando me doy cuenta de que se ha dado la vuelta para mirarme. Tiene el cuerpo apoyado contra el confesionario y sus ardientes ojos azules clavados en mí. Está esperando que diga algo, que le explique qué acaba de pasar entre nosotros.

—¿Qué? —le espeto.

Un destello de dolor cruza su rostro, pero lo disimula enseguida. Asiente con la cabeza y se muerde el labio inferior; acto seguido, se recoloca la camiseta como puede y se baja la falda a su sitio.

—O sea, que puedes follar conmigo, pero no confiar en mí, ¿no?

—Bueno, tu coño no me miente. Es tu boca la que no para de soltar mentiras.

El silencio se apodera del espacio. La adrenalina y la tensión se van disipando poco a poco. Me llevo la mano al bolsillo, saco uno de mis cigarrillos, me lo meto entre los labios y lo enciendo.

—Tienes razón. Te mentí —responde, recogiéndose el pelo detrás de las orejas y dejando al descubierto sus mejillas encendidas.

—Ahórratelo…

—No, ahora me toca a mí hablar —me interrumpe—. Te mentí aquel día en el teatro. Cuando te dije que Easton y yo estábamos

hechos el uno para el otro y que solo te estaba usando. Todo eso era mentira.

Esas palabras eran las que más ansiaba escuchar cuando me enteré de su compromiso; sin embargo, ahora no pueden importarme menos. El daño ya está hecho. No van a cambiar una mierda.

Sage da un paso hacia mí.

—El compromiso fue para favorecer a mi padre. Stephen Sinclair le estaba dando dinero y, para seguir financiando todos sus gastos, le puso como condición que me casara con Easton. Supongo que se pensaría que así lograría tenerlo todo controlado. Cuando comencé a sentir algo por ti, te juro por mi hermana que decidí dejar toda esa mierda atrás después de la graduación y estar contigo.

Los ojos se le empiezan a humedecer mientras se aferra a los últimos resquicios de su orgullo.

—Quería estar contigo más que nada en el mundo, Rook —dice con la voz quebrada, derramando las primeras lágrimas—, pero Easton se enteró de lo nuestro y me advirtió que, si yo no seguía adelante con el matrimonio, obligaría a Rosie a ocupar mi lugar, y no podía permitir que le hicieran eso a mi hermana.

Trata de secarse las mejillas, pero las lágrimas le caen con tal rapidez que todo esfuerzo es en vano.

—A mí ya me habían destrozado. Cain me había obligado a perder la inocencia. Me había hecho acostumbrarme a lo que conlleva ese tipo de vida, pero Rosemary era libre y feliz. No podía arrebatarle su futuro de esa forma solo porque quisiera pensar en mí misma. Me había cansado de ser egoísta. Solo estaba intentando protegerla a ella. Y a ti.

Mi instinto, mi corazón y mi mente dudan de todo. Los límites entre la sinceridad y el engaño se desdibujan y el bien y el mal vuelven a entremezclarse de nuevo con la podredumbre que brota de las entrañas de Ponderosa Springs. De repente, me pregunto si en realidad me mintió alguna vez o si me pasé un año entero odiando a la única mujer que había logrado despertar mi interés y mantenerlo vivo.

«Me da igual la respuesta».

«Me da igual».

«Me…».

—¿Que Cain hizo qué? —suelto de golpe con el ceño fruncido, acortando la distancia que nos separa.

Dejo que la rabia se apodere de mí y enmascare la punzada de dolor que me atenaza el pecho. No estoy listo para enfrentarme a esa supuesta verdad. Al menos, no en este instante. Tengo que asimilar demasiadas cosas, y ni siquiera sé si puedo creerme algo de lo que me ha dicho. Sus palabras siempre me hacen dudar de todo.

—¿Eso es lo que…?

—Sage —la corto con brusquedad—. Si en algún momento te he importado aunque fuera un poco, respóndeme de una puta vez. ¿Qué te hizo Cain?

Entonces, un velo de inexpresividad le cubre el rostro, como si estuviera apartando las emociones que el recuerdo evoca en su mente para poder pronunciarlo en voz alta.

—El hombre del que te hablé en la casa del lago, el que me tocaba de niña. —Asiente con la cabeza—. Era Cain.

La piel me arde tanto que la oigo crepitar, como si me estuvieran vertiendo aceite hirviendo sobre ella. La sangre me corre a tal velocidad que empieza a faltarme el aire. El dolor disminuye a medida que crece mi ira, y necesito hacerlo desaparecer por completo.

Llevaba todo este tiempo convencido de que solo estaba intentando borrar sus huellas de mi cuerpo cuando, en realidad, trataba de cortar el lazo que había forjado con ella. Cada vez que Thatcher me hundía la hoja en la carne, buscaba evadirme del dolor que había compartido conmigo.

Sentía sus heridas, su tristeza y su ira como si fueran mías y, en cierto modo, lo eran. La odiaba por haberse atrevido a destruir algo tan poderoso. Un vínculo que mi corazón se negaba a creer que hubiera sido falso. Por eso, aunque Sage permanezca impasible ante su propio tormento, yo no puedo actuar como si nada.

—Lo hacía todas las noches desde que tenía diez años hasta que cumplí los trece, que fue cuando se marchó a la academia. —Se detiene durante un breve instante—. Pero él no es lo importante. Ya

me da igual.

Se ha vuelto tan insensible a su dolor que no le interesa lo que le ocurra al hombre que la hirió a ella; se ha centrado únicamente en el que le quitó la vida a su hermana, pese a tener que resignarse a ver la cara de quien la despojó de su inocencia antes de que pudiera comprender siquiera lo que era.

De quien le robó las alas.

Ya no sé qué creer. Lo único que tengo claro en este momento es que quiero usar los intestinos de Cain a modo de collar.

—Vas a venir conmigo.

—¿Por qué? ¿A dónde vamos? —pregunta.

Al fijarme en sus ojos, me encuentro con una mujer que se ha reconstruido a partir de la última chispa de unas brasas que ya estaban a punto de consumirse.

Un fénix. Uno que no se excusa por ser quien es ni se disculpa por calcinarte con su fulgor.

A pesar de que le arrancaron las alas, se ha valido de sus cenizas para fabricarse unas nuevas con la llama azul más candente. Y pienso romper las cadenas que la mantienen anclada a la tierra con tal de verla alzar el vuelo. Pero antes…

—Quiero comprobar una teoría.

26
Todos nuestros secretos

ROOK

—Tenemos que hablar.

La puerta que acabo de abrir de un empujón rebota contra la pared.

Mis ojos se posan en Thatcher, que está sentado sobre la colcha de su cama, con las piernas cruzadas y en silencio, mientras alza una ceja por encima del libro que sostiene entre las manos.

—No hay necesidad de que entres dando golpes —dice Alistair, reclinándose en la silla para girarse hacia nosotros y apartarse del escritorio sobre el que había estado encorvado antes de que irrumpiéramos en el cuarto—. ¿Qué hace ella aquí?

Miro a mi lado y veo a Sage de pie, con los brazos cruzados y una mezcla de frustración y desconcierto en la cara.

—Eso quisiera saber yo —murmura.

Tras amenazarla con pincharle las cuatro ruedas del coche y arrastrarla aquí en contra de su voluntad, accedió a acompañarme. Era consciente de que no me estaba tirando ningún farol y de que no iba a aceptar un no por respuesta.

Necesitaba traerla ante ellos para averiguar si estoy bajo algún tipo de embrujo que me incita a creerme todas sus mentiras o si esta vez dice la verdad. No puedo volver a arriesgarme a caer en sus redes. No sobreviviría a otra traición suya, y tampoco dejaría que se fuera de rositas de nuevo.

—¿Estás bien? —susurra Silas, escudriñándole el rostro antes de recorrerle el cuerpo de arriba abajo con la mirada.

Sé que no se esconde ningún interés sexual tras ese gesto; solo

está comprobando que no se encuentra herida, pero me enerva de todos modos. Cuando empieza a avanzar con decisión hacia ella, me interpongo en su camino como por instinto.

Se detiene en seco y la punta de sus zapatos choca con la de los míos. Nuestros ojos se cruzan y entre ambos surge un desafío tácito. No voy a enfrentarme a él por un impulso que no ha nacido del deseo, sino de la añoranza. Pero, aun así, tampoco pienso permitir que envuelva a Sage entre sus brazos solo porque le recuerda a Rose.

—Está perfectamente —le espeto—. ¿Te has tomado la medicación?

No me sentí capaz de preguntárselo en el cementerio porque teníamos las emociones a flor de piel; sin embargo, ahora que he constatado que no se está comportando como él mismo, me es imposible contenerme.

—No necesito una niñera, Rook —responde firme en su sitio, sin dejar de sostenerme la mirada.

—No voy a preguntártelo dos veces. ¿Te has tomado…?

—Sí —me interrumpe.

Esto no ha hecho más que empezar.

Vuelvo la cabeza por encima del hombro hacia donde se encuentra Sage.

—Quiero que les cuentes exactamente lo que me has contado a mí sobre Cain. Hasta el último detalle.

—¿Por qué voy a…?

—Sage —pronuncio su nombre en un susurro, como si se tratara de un conjuro hermoso y letal; una maldición tenebrosa y desolada—. Por una vez en tu vida, limítate a hacer lo que te pido.

Sé que ansía desafiarme; al fin y al cabo, esa es su especialidad. Pero también siente la necesidad de demostrarme que no me está mintiendo, así que, aunque tarda un instante, acaba obedeciéndome.

Me aparto a un lado y observo detenidamente el movimiento de su boca. Contemplo cómo se le eleva la lengua y le roza ligeramente el paladar cada vez que articula una palabra que lleva la letra ele. Intento captar algún cambio en el color de sus ojos, cualquier cosa

que haya podido pasar por alto antes.

Nunca me había invadido una calma tan calculada. No me parece prudente tomar una decisión impulsiva en este caso, por más que desee creerla para así poder arrancarle a Cain McKay el corazón de cuajo y devorarlo en sus narices mientras aún sigue latiendo.

Esta era la teoría que quería comprobar.

Necesito ver si Alistair es capaz de percibir la traición en su voz o si Thatcher puede atravesar los muros que ella ha erigido a su alrededor y revelar sus verdaderas intenciones. Tal vez incluso Silas reconozca en Sage algún gesto parecido al que se le escapaba a Rose cuando soltaba alguna mentirijilla.

Necesito saber si soy el único que está ignorando todas las señales. Si las pecas color canela que tiene espolvoreadas sobre las mejillas, el arco de sus labios y la conexión que sentía con ella me han cegado tanto que ni siquiera puedo oler sus mentiras.

Ellos poseen una mirada imparcial. No comparten ningún tipo de vínculo con ella, de modo que quizá ese detalle les permita distinguir si dice la verdad o solo nos la está jugando a todos. En especial, a mí.

Les cuenta todo lo de Cain y su padre, tal y como le he pedido, y, al llegar a los recuerdos de su infancia, el dolor vuelve a azotarme como si nunca hubiera desaparecido del todo.

—Una historia triste, sin duda. —Thatcher es el primero en hablar mientras se ajusta las gafas, sentado al borde de su cama blanca como la nieve—. Pero eso no significa que vaya a creerte. Nada me asegura que no se trate de una gran farsa lacrimógena que has montado para ganarte nuestra confianza y, aunque pueda conmover a mis amigos, que, por más que afirmen lo contrario, tienen corazón… —Hace una pausa—. Yo no lo tengo, así que conmigo no va a servirte de nada.

A pesar de que está cuestionando sus motivos, Sage permanece firme e inquebrantable.

—No os lo he contado para daros pena. No necesito que ninguno de vosotros se apiade de mí —contesta, asegurándose de fijar la vista en mí al decir lo último—. Os lo he contado para ayudaros y para que todos podamos obtener lo que buscamos:

justicia para mi hermana.

—¿Por qué ibas a ayudarnos? ¿Por qué no te has limitado a aceptar el trato, entregarnos y huir con el rabo entre las piernas?

Esa es la pregunta que nos ronda a todos. La misma a la que no he podido parar de darle vueltas desde que optó por abrir la boca y contarme toda esa historia. No nos llevábamos precisamente bien en el instituto y, además, ella siempre nos ha dejado claro lo mucho que le desagradamos.

—Por Rosie —responde con un hilo de voz—. Vio algo especial en todos vosotros, aunque tratarais de ocultarlo en lo más profundo de vuestro ser y yo no lograra entenderlo. Se le daba bien ver más allá de las apariencias. Lo hizo conmigo y no me extraña que lo hiciera también con vosotros. Intentó explicármelo en varias ocasiones y no la escuché. No estoy aquí para estrechar lazos, sino porque es lo que ella habría querido y se lo debo. Se merece descansar en paz sabiendo que sus seres queridos están a salvo. Y eso os incluye a todos vosotros.

Su recuerdo nos provoca una punzada aguda de dolor.

La memoria de Rosemary sigue presente en cada uno de nosotros e inunda la habitación con su energía. Ella es la razón por la que estamos haciendo todo esto. El mundo nos arrebató de golpe a una de las pocas personas buenas que habitaban la faz de esta enfermiza tierra y nos privó de su luz para siempre.

Observo a su hermana, que se mantiene de pie, con los ojos vidriosos y la espalda erguida, pese a que resulta evidente lo cerca que está de derrumbarse. Las manos me tiemblan de las ganas que tengo de estrecharla. Por más que trato de negarlo, me es imposible seguir engañándome.

Ansío con todas mis fuerzas volver a encontrarme de nuevo con la chica que se esconde tras la máscara. Derribar todos sus muros y empaparme de ella.

Pero no puedo. Al menos, no de momento.

—Cain tiene que desaparecer —sentencio—. Lo quiero muerto.

—Y tú vas a necesitar que te protejan hasta entonces —añade Silas, perforando a Sage con la mirada.

La mandíbula se me tensa de inmediato al escucharlo. No le

corresponde a él cuidarla. Ella no es nada suyo.

—No me hace falta un guardaespaldas. Puedo encargarme de Cain yo sola. Es una pérdida de tiempo que gastéis energía en él.

Thatcher se pone de pie.

—Si va a derramarse sangre, me apunto.

El pulso se me acelera y la calma que me había invadido va disipándose poco a poco a medida que la rabia comienza a bullir de nuevo en mi interior, provocando que se me vengan a la mente mil formas de hacerlo pedazos.

—No nos precipitemos —interviene Alistair para controlar la situación, como siempre—. No digo que no debamos tomar cartas en el asunto, pero tenemos que asegurarnos de planearlo con frialdad y no dejarnos llevar por nuestras emociones.

Sus ojos oscuros se desvían un instante hacia mí.

En ese momento, me doy cuenta de que estoy de mierda hasta el cuello. Aunque las palabras de Alistair son sensatas, mi mente no atiende a razones y se niega a escucharlas. A pesar de que sé que no es buena idea y los necesito a mi lado, sería capaz de ir por mi cuenta tras ese despojo humano y torturarlo hasta que acabe llamando a su madre a gritos y suplicándome que lo mate rápido como el medio hombre que es.

No me importaría cargar con las consecuencias. Porque nadie, ni siquiera yo, se merece el dolor que alberga Sage en su alma por lo que le hizo.

—Vamos a encargarnos de él —insiste Silas—, y quiero que te quedes en la casa de mis padres hasta que todo haya acabado.

El cuarto se sumerge en un silencio sepulcral y la sangre me empieza a correr a toda prisa por las venas.

—Ni de coña —gruño—. No va a irse contigo.

Gira la cabeza en mi dirección a tal velocidad que casi puedo oír cómo le cruje el cuello.

—Te recuerdo, Rook, que es mi novia la que murió y es a ella a quien estamos vengando.

Camino hacia él, repitiéndome a mí mismo que está atravesando un duelo que lo atormenta a unos niveles inimaginables, pero no sirve de nada.

—Te recuerdo, Silas —siseo entre dientes—, que tu novia no es Sage y no necesita que la protejas.

—Ah, ¿no? ¿Por qué? ¿Vas a ofrecerte tú?

Doy un paso atrás, sin entender muy bien qué coño pretende decir ahora. Sé que perdió a Rose y trata de aferrarse desesperadamente a lo que queda de ella, pero esto me está cabreando más de lo que esperaba. Percibo en su mirada una ferocidad ardiente que no había visto nunca y que hace que lo considere más una amenaza que un hermano.

Tal vez Sage no sea mi amiga, puede que incluso nos odiemos el uno al otro, pero tenemos algo que es solo nuestro. Y ella es mía.

—Hijo de pu…

—Ya basta —nos ordena Sage, alzando el tono de voz y mirándonos a ambos—. A ver si os queda claro a todos: no soy una damisela en apuros y no voy a dejar que os pongáis en peligro por un asunto que puedo solucionar yo sola. Sé de sobra cómo enfrentarme a mis demonios y no necesito que nadie me preste ningún arma.

Ahí está de nuevo. El ave fénix. Brillante, resplandeciente, imparable. Intentaron reducirla a cenizas y resurgió de ellas con una fuerza arrolladora.

—Calmaos todos de una puta vez. Hablaremos de este tema cuando hayamos tenido tiempo de procesarlo —resuelve Alistair—, pero creo que es buena idea que te quedes en casa de Silas. Así nos será más fácil vigilarte.

—No necesito…

—A mí me importa una mierda tu seguridad —la corta bruscamente, clavando sus ojos oscuros en los suyos; sé que su hostilidad se debe sobre todo a que aún no ha superado lo que le pasó a Briar—. Ni siquiera estoy seguro de que podamos confiar en ti todavía, así que tómatelo como una medida de precaución. Estaremos vigilando cada uno de tus movimientos y, si se te ocurre colaborar con ese agente, seremos los primeros en enterarnos.

La lluvia caía con fuerza de un cielo oscuro como el carbón. La

contemplaba desde mi sitio en el patio cubierto de Thatcher. Un relámpago iluminó durante un breve segundo el jardín de esculturas que se encontraba más allá de la piscina antes de que las sombras volvieran a engullirlo todo.

Cerré los ojos justo cuando el trueno sacudió la tierra y dejé que el intenso chapoteo del agua me envolviera por completo.

—Venga, cariño. Vamos a bailar.

Eché un vistazo hacia el manto de lluvia que cubría todo el paisaje exterior y luego alcé la cabeza para mirar a mi madre. Tenía esas arrugas que se le formaban en las comisuras de los ojos cada vez que sonreía y los mechones ondulados de pelo castaño oscuro le rozaban la parte baja de la espalda.

No me apetecía bailar aquel día. Estaba triste y lo único que quería era refugiarme en casa, apartado del resto del mundo.

—Pero, mami, está lloviendo —murmuré.

Se acuclilló hasta quedarse a mi altura. Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y me acarició la mejilla con la palma de la mano. Ese gesto siempre me daba sueño, porque era lo que hacía cuando llegaba la hora de irse a la cama.

—Has tenido un mal día hoy, ¿no?

Asentí con la cabeza.

Los niños de la iglesia habían sido especialmente crueles. Habían hecho un corrillo a mi alrededor y me habían gritado comentarios muy desagradables sobre mi marca de nacimiento. La tenían tomada conmigo por ser diferente. Si hubiera sabido lo despiadados que podían llegar a ser, no habría dicho nada en la escuela dominical. Me habría callado sin más.

—El agua te ayudará a olvidarte de todo eso. Se llevará consigo la tristeza y el dolor y te dejará limpio por dentro y por fuera. No hay mejor momento para bailar que bajo la lluvia.

—Papá dice tengo que hacerme fuerte.

Ella se echó a reír.

—A papá se le debe haber olvidado lo que es que se metan con uno mismo. Te contaré un secreto, cariño: tu padre no siempre ha sido fuerte. También fue pequeño, igual que tú, y llevaba unas gafas de las que los demás niños solían reírse por ser diferente; sin

embargo, eso fue precisamente lo que me gustó de él y es lo que me encanta de ti. A veces te sentirás solo en la vida por ser distinto al resto, pero, cuando encuentres a las personas que te acepten tal y como eres, las tendrás a tu lado para siempre.

Y, entonces, bailamos bajo la lluvia. Dejamos que el agua nos resbalara por la piel y recuerdo que me pareció estar nadando. No volví a meterme en casa hasta que estuve completamente empapado.

Cuando mi madre murió, experimenté un montón de emociones. Pero nunca me sentí solo. Los tenía a ellos y, desde el mismo instante en que los conocí, supe que me comprendían. No tuve que explicarme para encajar; me aceptaron con mis cicatrices, mi dolor y todo lo que cargaba a mis espaldas. Y, como me dijo mi madre, tuve la certeza de que permanecerían a mi lado para toda la vida.

—¿Cuánto tiempo? —pregunta Alistair al salir al patio, seguido de cerca por Thatcher y Silas.

—¿… Duro en la cama? —continúo por él mientras me saco el cigarrillo de la boca—. Unas dos horas en un día bueno. Veintidós centímetros de polla dan para mucho, ¿hace falta que entre en detalles o…?

Pone los ojos en blanco, me arrebata el cigarrillo de entre los dedos y le da una larga calada antes de retomar la palabra.

—¿Cuánto tiempo llevas follándote a Sage?

Dejo caer la cabeza contra la pared. Era consciente de que tarde o temprano íbamos a tener que abordar el tema, pero no sé por dónde empezar. No la mantuve en secreto por malicia ni porque no confiara en ellos. Creo que simplemente me daba miedo decirlo en voz alta. Si hubiera hablado de lo nuestro o de ella, entonces todo se habría convertido en una verdad tangible.

Y eso habría hecho que perderla me hubiera resultado aún más insoportable.

—Queríamos darte tiempo para que nos lo contaras tú mismo, pero necesitamos saber qué significa para ti antes de cargarnos a alguien por ella. No pienso mancharme las manos de sangre por un polvo de una noche.

No me sorprende que se hayan dado cuenta. Cuando compartes con alguien un lazo tan estrecho como el nuestro, es imposible que algo como esto pase inadvertido. Sabemos leer los gestos, las señales y las emociones de los otros como si las sintiéramos en nuestras propias carnes. Ha sido así desde que me alcanza la memoria.

—No vamos a matarlo solo por ella. Como ha dicho Silas, esto también es por Rose.

—Para ti no lo es —interviene Thatcher—. Lo haces por Sage y, por favor, no te molestes en negarlo. Estoy harto de fingir que no es evidente.

Al fijarme en Silas, veo que tiene los hombros más relajados. La mirada trastornada de antes ha desaparecido, pero el nudo que siento en el estómago sigue intacto.

Me aseguré de que se tomara las pastillas en el aniversario de la muerte de Rosie y lo había estado vigilando cada mañana antes de ese día. Sin embargo, a pesar de que no parece haberse saltado ninguna toma, me da la impresión de que algo va mal, y convencerlo de ir al médico para que le cambie la medicación no va a ser tarea fácil.

Aunque, tratándose de él, nada lo es.

—Cuánto tiempo —repite Alistair, pero esta vez no lo pronuncia como una pregunta, sino más bien como una orden.

Respiro hondo y me rasco la nuca. Aunque sé lo que tengo que decir, no encuentro las palabras para expresarlo.

—Empezó a principios del último año de instituto. Se suponía que no iba a ser nada serio, solo buscaba divertirme un poco corrompiendo esa fachada de princesita para demostrarle que no estaba por encima de ninguno de nosotros. Pero descubrí que no era como me la había imaginado, sino mejor, y no pude evitar que empezara a convertirse en algo más.

Es complicado ponerle nombre a lo nuestro; a alguien que lo era todo para mí y, al mismo tiempo, no podía ser nada. Era la única persona, aparte de los chicos y Rose, a la que quería permitirle conocer cada detalle de mí. Ansiaba mostrarle mi verdadero ser porque creía que me aceptaría. Creía que…

—¿No estaba prometida con Easton por esa fecha?

Aprieto los dientes.

—Sí, pero yo me enteré más tarde. Sabía que seguían saliendo, y lo dejé pasar porque me aseguró que tenía que esperar hasta la graduación para dejarlo o a sus padres se les iría la olla. En su momento no lo entendí, aunque me imaginé que se debía a mí. Al fin y al cabo, tampoco es que mi reputación sea la de Easton.

—Eso explica por qué no ha parado de darnos tanto por culo últimamente —comenta Alistair en un tono burlón—. ¿Y qué pasó después?

Todo.

Nada.

—Descubrí lo del compromiso y ella… —«Me destrozó por completo»—. Cortó conmigo. Me contó un rollo sobre que solo era una fase y que nunca se había planteado dejar a Easton de verdad.

—¿Por eso te presentaste en mi puerta? ¿He estado lacerándote la espalda todo este tiempo por ella? —pregunta Thatcher, con un deje de algo que se asemeja a la ira en la voz, aunque con él es difícil saberlo.

—Sí. —Me paso las manos por la cara con frustración—. Intentaba sacármela de la mente con cada corte. Quería castigarme por haber sido tan tonto como para confiar en ella, pero es como un puto virus que no deja de propagarse por cada célula de mi cuerpo. —Suelto un suspiro profundo—. Ahora no sé qué creer ni qué pensar. Me confesó lo de Cain y me dijo que la habían obligado a comprometerse. Al parecer, Stephen estaba dándole dinero a su padre y, a cambio, le pidió una esposa para su hijo. Luego, Easton se enteró de lo nuestro y la amenazó con casarse con Rose en su lugar, así que se vio forzada a tomar una decisión y nos hemos odiado desde entonces.

Esa es mi verdad. Una que estaba destinada a quemarse y ascender al cielo entre volutas de humo. El dulce veneno que me corroe por dentro ha quedado expuesto al mundo.

Decirlo en voz alta no me ha liberado como esperaba, solo me ha hecho sentir aún más ingenuo por haberme enamorado de una chica a la que no le importaba una mierda, pese a ser consciente de

ello. Sabía que Sage era una criatura peligrosa y que su belleza había sido concebida para llevarte a la ruina, como las ranas con patrones de colores vibrantes, las medusas que te hipnotizan con su bioluminiscencia o las orugas exóticas. Todas ellas diseñadas para atraerte y ahuyentarte a la vez.

Sabía perfectamente a qué me estaba enfrentando y, aun así, decidí perseguirla, subestimando el daño que podía causarme.

—¿Por qué te lo callaste? —inquiere Alistair.

Le quito el cigarrillo de las manos y aspiro hasta llenarme los pulmones de alquitrán.

—¿Por qué mientes tú sobre Dorian? —pregunto, porque ellos no son los únicos capaces de ver a través de las mentiras—. ¿Qué vas a hacer cuando salga de rehabilitación por una adicción que nunca tuvo? Tus padres no van a poder mantenerlo allí encerrado para siempre. ¿Qué vas a decirle a Briar cuando descubra la verdad? Todos tenemos secretos que terminan saliendo a la luz tarde o temprano, así que no finjas que tú no guardas ninguno.

—No seas capullo —responde—. No estoy cabreado por lo tuyo con Sage. Lo que me jode es que hayas sentido la necesidad de ocultárnoslo.

—Supongo que pensé que no lo entenderíais.

—No nos hace falta, Rook. Nunca nos ha hecho falta.

La lluvia arrecia y comienza a caer a cántaros. La tormenta que llevaba gestándose todo el día se desata por fin y atraviesa el cielo con rayos y truenos.

—Irías a por Cain incluso si te dijera que no lo hicieras, ¿verdad?

Deslizo la mirada por cada uno de ellos. Todos forman una parte esencial e indispensable de mi vida. Aunque nuestra relación sea disfuncional y nos pasemos la mayor parte del tiempo discutiendo, son mi hogar. Uno oscuro, sangriento y condenado, pero mío, al fin y al cabo.

Me detengo en Alistair y lo miro fijamente. Es el hermano mayor que nunca tuve.

—¿Qué harías tú si se tratase de Briar?

—Ya estaría muerto.

Asiento con la cabeza. Sabía que esa sería su respuesta.

—Entonces es problema mío. Asumiré la culpa si todo se va al garete. Así no tendréis que preocuparos de las posibles repercusiones.

—Compartir es de buenos hermanos —dice Thatcher—. No vas a matar a nadie solo, pero que quede claro: no me gusta Sage y no confío en ella.

—¿Cuándo te ha gustado a ti alguien? —Alzo una ceja, divertido por la situación.

—Nunca. La especie humana me repugna en todo su conjunto.

Me río brevemente y luego dirijo la vista hacia Silas, que no ha dejado de observarme desde que salimos al patio.

—Oye, Silas…

—¿La quieres? —pregunta sin rodeos.

Sé lo que es querer a alguien. Quise a mi madre y, en algún momento de mi vida, quise a mi padre; de hecho, a veces aún lo quiero. Además, aunque nunca lo haya dicho en voz alta, también quiero a los chicos.

Sin embargo, con Sage todo es diferente. Nunca he experimentado nada parecido a lo que me hace sentir ella, así que me resulta imposible contestar con precisión.

—No sé qué siento por Sage. —Un relámpago cae con fuerza y sacude la tierra—. Pero sea lo que sea, es algo que me pertenece.

27
Un accidente lo tiene cualquiera, ¿no?

SAGE

—¿Qué estás haciendo aquí?

Dejo mi maleta abierta a un lado y, cuando me doy la vuelta, me encuentro a dos versiones más bajitas de Silas, ambos con la piel marrón clara y el pelo oscuro, aunque lo llevan peinado de distinta forma. Uno sostiene una pelota de baloncesto bajo el brazo mientras el otro me observa con los brazos cruzados.

—Pues, por lo visto, me estoy colando en vuestro cuarto de invitados —bromeo, con la esperanza de que mi tono sirva para romper el hielo con estos dos adolescentes que no parecen estar muy dispuestos a quitarme el ojo de encima.

Al ver que no les ha hecho ni una pizca de gracia, me coloco un mechón de pelo tras la oreja.

—Soy… Eh… —comienzo a decir, dubitativa—. Soy una amiga de Silas. Solo voy a quedarme hasta que arreglen mi habitación. El moho es una mierda.

Opto por soltarles la misma mentirijilla que les contamos a los padres de Silas. Al fin y al cabo, tampoco me entenderían si les dijera que estoy aquí para que puedan vigilarme mejor porque me consideran un peligro y necesitan asegurarse de que no les he mentido con respecto a mis intenciones.

—Silas no tiene amigos —contesta el de la pelota de baloncesto —. Bueno, sí, pero no son como tú.

—*Touché* —admito—. Nos hemos hecho amigos hace poco. Nos ha costado llevarnos bien.

—Eres la gemela de Rosie, ¿verdad? —interviene el que se

encuentra junto a él—. Me recuerdas a ella.

Creo que este es Caleb y el que ha hablado antes se llama Levi, pero no estoy segura porque son prácticamente iguales, solo que uno es un pelín más alto que el otro.

Hacía mucho tiempo que nadie me preguntaba eso.

Asiento con la cabeza.

—Sí, lo soy.

Relajan los hombros ante mi respuesta, como si hubieran comprendido de pronto que no supongo ninguna amenaza, y todo gracias a mi hermana.

—Rosie nos llevaba al desguace cuando iba a buscar materiales para sus esculturas.

—Y luego nos tomábamos un yogur helado, que es muchísimo mejor que el helado —añade Levi, esbozando una sonrisa deslumbrante al evocar ese momento.

—¿Os enseñó alguna vez nuestra combinación ultrasecreta de yogur helado?

Se les ilumina la mirada ligeramente.

—¡No! —dicen al unísono.

—Supongo que tendremos que ir en algún momento para seguir con la tradición.

En realidad, la mezcla no era nada del otro mundo, pero, cuando se nos ocurrió de niñas, nos pareció una auténtica genialidad. Básicamente, la idea consistía en echarle ositos de gominola a un yogur helado con sabor a tarta. Nos gustaba tanto que éramos capaces de meternos tarrinas de más de un litro entre pecho y espalda.

Esta casa me recuerda a aquellos días felices con Rosemary en los que pensábamos que el mundo era un lugar lleno de infinitas posibilidades.

Lo cierto es que me sorprendí bastante al entrar aquí. Silas es un hombre callado, sombrío y lleno de ira; sin embargo, su casa no tiene nada que ver con la imagen que él proyecta. Cuando llegué, su madre se encontraba en la cocina preparando la cena y su padre acababa de quitarse el traje y estaba bajando las escaleras. Ambos me recibieron con los brazos abiertos.

Zoe y Scott se habían mostrado amables conmigo cada vez que coincidíamos de pasada en algún evento del instituto o en los partidos de fútbol. Creía que solo estaban interpretando un papel, como todos los demás, pero ahora me doy cuenta de que entre estas paredes se respira un cariño genuino.

Me sentí mal por que Silas se hubiera visto obligado a mentirles. Les dijo que mi compañera de cuarto se había puesto mala y mi padre volvía tarde del trabajo, así que no quería quedarme sola en casa. Probablemente hayan pensado que me pone triste estar allí sin Rose y mi madre. Ni siquiera se les habrá pasado por la mente que estoy tramando la muerte de mi padre.

—¿La echas de menos? —pregunta Levi.

—Sí. —Asiento suavemente, con una sonrisa en la cara—. Muchísimo.

Levi frunce los labios.

—Nosotros también.

Los chicos de la familia Hawthorne parecen tener dos cosas en común: son hombres de pocas palabras y, al igual que todo el mundo, adoraban a Rosemary, lo cual no es de extrañar. Rose siempre había sido de ese tipo de personas con las que uno no puede evitar encariñarse. Su empatía y su serenidad atraía a todo aquel que se cruzara en su camino. Cualquiera que la conociera de verdad sabía lo especial que era.

—Caleb, Levi, dejadla en paz.

Silas sube las escaleras y se coloca detrás de ellos. Les saca unas cuantas cabezas, pero la forma en la que alzan la mirada hacia él no se debe solo a su altura; se nota que admiran a su hermano de verdad.

—Hasta luego —dicen los dos al mismo tiempo antes de desaparecer por el pasillo.

Silas los sigue con los ojos durante unos instantes y luego centra toda su atención en mí. Se adentra un poco en la habitación y se apoya en el marco de la puerta con los brazos descubiertos cruzados frente al pecho. No me había fijado en que tenía tatuajes porque siempre lleva manga larga, como yo últimamente.

Solo que, en mi caso, son para esconder las cicatrices y, en el

suyo, supongo que para ocultarse a sí mismo.

El silencio que se instala entre nosotros me resulta un tanto incómodo, así que trato de buscar cualquier tema de conversación sencillo que nos permita sobrellevar esta situación lo mejor posible. En unas semanas, les habrá quedado claro que no soy ninguna soplona, habremos borrado del mapa a mi padre y cada uno podrá seguir por su lado.

—¿Son gemelos? —pregunto, refiriéndome a sus hermanos, mientras saco algo de ropa de mi maleta y me dirijo con ella a la cómoda que hay contra la pared.

—No, se llevan un año y pico. Caleb es el mayor, pero nunca se comporta como tal.

—¿Levi es el que juega a baloncesto?

Deslizo la ropa dentro del cajón y, al echar un vistazo por encima de hombro, me lo encuentro mirándome fijamente.

—Sí, y se le da bastante bien, aunque se le dará aún mejor cuando comprenda que aprovecharse de la nula coordinación de su hermano para ganar no lo convierte en un jugador excepcional.

Empiezo a reírme y abro la boca para contestarle sin pararme a pensar en mis palabras.

—¿Sabías que Rosemary intentó ser animadora de pequeña? Nos quedábamos despiertas toda la noche ensayando la coreografía y, aun así, al día siguiente se le olvidaban todos los pasos.

No sé por qué he pensado que se reiría o esbozaría una sonrisa siquiera. A mí me reconforta recordarla con alegría, por la persona que fue y no por lo que le pasó, pero comprendo que es un tema delicado, una herida abierta, y que quizá a él hablar de ella lo haga sentirse peor.

—Lo siento, no tendría que haberla mencionado.

—No pasa nada. No me importa. Me gusta que la gente me cuente anécdotas suyas.

Resulta sencillo decirlo, pero la realidad nunca es tan simple.

—Sé que debe de ser muy difícil para ti tenerme aquí y verme —digo—. Soy consciente de lo mucho que nos parecemos. Podría haberme quedado en un hotel o en la residencia. No hacía falta que me abrieras las puertas de tu casa.

No me responde de inmediato, por lo que empiezo a preguntarme con desesperación qué diantres se le estará cruzando por la mente ahora mismo. Soy el vivo recordatorio de lo que ha perdido y, teniendo en cuenta su duelo, probablemente también sea la última persona que necesita ver todos los días.

—Todo me resulta difícil. Despertarme. Respirar. —Suelta un suspiro—. Pero tenerte delante es lo único que me brinda paz. Porque, al mirarte, sé que la mitad de su alma ha logrado salvarse. Que una parte de ella aún pervive en ti.

Me noto la garganta seca, como papel de lija. Me invade una mezcla de preocupación y desconcierto. Esa forma de pensar solo va a causarle más daño, pero no tengo el valor de decírselo.

—No…

Me detengo en seco al darme la vuelta y encontrarme a Silas a escasos pasos de mí. Su sigilo me toma por sorpresa y no puedo evitar sobresaltarme. Me pone nerviosa que haya tan poca distancia entre nosotros. Mi espalda choca contra los tiradores de la cómoda y noto cómo la madera se me clava en la piel mientras intento ganar desesperadamente un poco de espacio.

Está cerca. Demasiado cerca.

—Y haré lo que sea para proteger esa parte de ella. —Su aliento me roza la cara.

Trato de pensar en la mejor forma de salir de este apuro.

—Silas, ¿qué estás haciendo? —pregunto con suavidad, preocupada por él.

La dureza de su mirada se desvanece, los rasgos se le suavizan y, por un momento, creo que va a romper a llorar por mi hermana. Sin embargo, en cuanto vuelve a hablar, me doy cuenta de lo que está pasando.

—Cariño —murmura, con la voz quebrada y llena de dolor, como si la simple palabra le hubiera desgarrado el pecho, pero yo no soy la persona a la que se dirige—. Te he echado mucho de menos.

Se inclina aún más sobre mí, entregándose a una fantasía que nunca será real. Presa del pánico, le apoyo las manos en el pecho y lo empujo con toda la fuerza que logro reunir para apartarlo.

—¡Silas! ¡No soy Rose! —grito.

Me siento fatal por ponerle los pies en la tierra e incluso por existir en su presencia ahora mismo. No voy a fingir que comprendo la batalla interna que tiene que librar día tras día consigo mismo, pero soy consciente de que su mente le está jugando una mala pasada y sometiéndolo a la peor de las torturas.

Parpadea un par de veces, se lleva las manos a la cabeza y se aprieta las sienes con tanta intensidad que duele solo con mirarlo.

—Para, para, para —murmura—. ¡No! Esto no está bien. No está bien. No puedes seguir así…

Sé que no me está hablando a mí, sino a algo mucho más oscuro.

El psiquiátrico de Monarch no había sido más que una pesadilla que me habría gustado borrar de mi memoria; sin embargo, aunque me cueste creerlo, en este instante agradezco haber estado allí.

Me acuerdo de Eddison, el anciano que se sentaba junto a la ventana. Cuando sufría alucinaciones graves, las enfermeras lo ayudaban a concentrarse en lo que era real y dejar de lado lo que no lo era para evitar que tuviera un episodio psicótico, así que me propongo hacer lo mismo.

—Silas, soy yo, Sage —digo con delicadeza, guardando las distancias para que no se sienta acorralado—. Estamos en tu casa. Estás a salvo. Lo demás no es real.

Su respiración se vuelve errática. Aprieta los dientes y comienza a pasearse de un lado a otro de la habitación.

Sé lo devastador que sería para él sufrir un episodio completo. Podría quedarse atrapado en su propia mente durante meses o incluso años. No quiero que llegue tan lejos, pero lo único que puedo hacer es intentar traerlo de vuelta a la realidad recordándole que lo que está experimentando es solo producto de su enfermedad.

—Estamos en tu casa, Silas. Con tu madre, tu padre, Caleb y Levi. Somos reales y estamos aquí para apoyarte, ¿me oyes?

Silas Hawthorne es el perfecto ejemplo de que el amor por sí solo no es suficiente. Si lo fuera, no buscaría problemas ni se lanzaría de cabeza a la oscuridad. El cariño de sus padres lo habría metido en vereda y le habría hecho apreciar lo que le rodea.

Si el amor bastara, Rosie seguiría viva, porque, aunque

desapareciera todo lo que Rook, Thatcher, Alistair o yo sentimos por ella, Silas tendría acumulado en su interior el amor suficiente para mantenerla con vida durante una eternidad.

Pero no basta con querer a alguien para salvarlo.

Me duele en lo más profundo de mi ser ver cómo lucha contra sí mismo, pero no me queda más opción que limitarme a esperar que no se deje arrastrar por su delirio y consiga volver en sí.

De pronto, comienza a caminar más despacio al mismo tiempo que inhala por la nariz y exhala por la boca, una y otra vez, hasta que logra respirar con normalidad de nuevo. En la cara se le nota lo cansado que está, tanto física como mentalmente.

—Silas —lo llamo en voz baja, con el ceño fruncido.

—Estoy bien —susurra—. No pasa nada. Solo necesito… —Deja la frase suspendida en el aire y para de frotarse las sienes.

—¿El qué? ¿Cómo puedo ayudarte?

—Solo necesito dormir un poco —termina de decir—. ¿Qué hora es? —Se saca el móvil del bolsillo delantero de los pantalones y enciende la pantalla—. Tengo que tomarme las pastillas.

Vuelvo a respirar más tranquila, aliviada de saber que sigue con la medicación. Soy consciente de que las alucinaciones forman parte de su rutina y que algunos días son peores que otros, pero, aun así, no puedo evitar preocuparme.

—Quizá sería buena idea que hablaras con tu médico para que te recetara otras pastillas o te cambiara la dosis. Deberías contárselo a tus padres, por lo menos. O a Rook.

Levanta la cabeza de golpe hacia mí y me mira fijamente.

—No es por la medicación.

—Entonces…

—Solo estoy cansado. Llevo un tiempo sin dormir y las alucinaciones suelen empeorar cuando no descanso lo suficiente. No es por las pastillas, Sage, de verdad. Estoy bien —me asegura—. Lo siento. No era… —Se detiene por un instante—. Sé que no eres Rose. Lo sé.

Las profundas ojeras que le enmarcan los ojos respaldan sus palabras y, aunque desconozco los detalles de su diagnóstico, no me parece tan descabellado que todo el estrés al que se está

enfrentando últimamente haya podido agravarle los síntomas.

Quiero creer que se encuentra bien de verdad, pero temo que una alucinación más fuerte de la cuenta acabe destrozándolo por completo.

—Vale, no pasa nada. Lo entiendo —respondo con el corazón martilleándome en el pecho—. Ve a dormir un poco.

Asiente con la cabeza, se mete las manos en los bolsillos y camina hacia la puerta, pero, antes de irse, se aferra al marco y vuelve a dirigirse a mí.

—Sage —murmura—. Me gustaría que esto quedara entre nosotros. Los demás ya tienen demasiados problemas como para preocuparse por una simple alucinación, sobre todo Rook, es el que más se altera.

No me siento bien ante la idea de seguir ocultándole cosas a Rook. Aún no me cree del todo; lo último que necesito es darle más razones para desconfiar de mí. Además, si le ocurriera algo a Silas, nunca me perdonaría a mí misma habérmelo callado. Y sé que Rosie tampoco me lo perdonaría jamás.

—Yo no voy a contárselo —le informo—. Vas a hacerlo tú. Te doy unos días, Silas, pero ten por seguro que, si no se lo dices tú, lo haré yo.

—¡Vamos, Sage!

Su voz resuena en mis oídos con un cosquilleo agradable y su risa rebota contra los árboles. Me doy la vuelta y contemplo el denso manto de nieve que cubre la tierra.

—¿Rosie? —susurro, entrecerrando los ojos para acostumbrarme al resplandor que se refleja en la blancura del suelo.

Me abrazo a mí misma para protegerme del frío, pero no llevo nada más que una camiseta de manga corta y unos pantalones que ni siquiera me llegan a las rodillas.

Más allá de la línea de árboles, a través de las nubes de vaho que forma mi aliento en el aire, distingo a Rosie de pie en medio del río Tambridge. Solo he venido a este sitio un par de veces cuando estaba en el instituto para celebrar algún que otro evento en verano.

Avanzo a duras penas hasta la orilla del río y descubro una gruesa capa de hielo sobre su cauce. Frunzo el ceño, confundida, y alzo la vista.

—¡Ro! Vuelve conmigo. ¡Ahí no estás a salvo!

No me responde. Permanece inmóvil, con los brazos colgando a los lados. El color oscuro de su pelo contrasta con el vestido claro que lleva puesto. Al cabo de un instante, comienza a girar sobre sí misma, como si estuviera bailando: primero lentamente, y luego cada vez más rápido.

—¡Rosemary! —la llamo a voces de nuevo, pero sigue sin oírme.

Inhalo con fuerza cuando veo que el suelo cede bajo sus pies y cae al agua. Siento el impacto de su cuerpo contra la corriente de agua y un torrente de adrenalina me recorre todo el cuerpo.

Sin importarme mi propia seguridad, cruzo a toda prisa el río helado, y me doy cuenta de que voy descalza. El aire frío me quema los pulmones a medida que balanceo los brazos a toda velocidad para impulsarme hacia delante, pero me da la sensación de estar corriendo constantemente en el mismo sitio. Por más que me esfuerce, es imposible alcanzarla.

«Va a ahogarse».

«Va a morir».

—¡Rosie! —vuelvo a gritar.

Cuando al fin logro llegar al agujero que se ha abierto en el hielo, me doy de bruces con un pozo de agua negra como la tinta. El corazón me retumba con fuerza en los oídos y el sudor me empapa la frente. Me desplomo de rodillas y comienzo a gatear con desesperación, tratando de localizar el punto exacto donde ha podido arrastrarla la corriente.

El pánico se apodera de mí y, de pronto, me siento como si hubiera mil agujas punzándome la piel. Ignorando el ardor del frío, deslizo las manos sobre el hielo para retirar la escarcha en busca de cualquier rastro bajo la superficie.

«No permitas que se ahogue».

«No la dejes morir».

Una chispa de esperanza se prende en mi interior al captar un destello de su pelo. Entonces, alza una mano y la presiona contra el

hielo, como si estuviera atrapada al otro lado de un muro de cristal. Golpeo la superficie una y otra vez con los puños para liberarla. La sangre me brota de los nudillos, creando un fuerte contraste con el blanco etéreo, y fluye sin cesar.

«Puedes hacerlo. Puedes salvarla».

Levanto ambos puños por encima de la cabeza y los estrello con fuerza contra la capa de hielo una vez más. Estoy empezando a notar los brazos cansados y temblorosos por el esfuerzo. Me cuesta respirar y el dolor punzante de las manos me recorre todo el cuerpo, pero, aun así, no me detengo hasta romper la superficie.

El agua burbujea y me apresuro a meter los brazos en la corriente gélida. Los agito con ímpetu para hacerle saber que estoy aquí y que voy a salvarla.

Pero no llego a tocar su cuerpo.

Entonces, unas uñas afiladas como dagas se me clavan en los brazos y la veo emerger del agua de repente, con el pelo pegado a la cabeza y unos ojos negros que no parecen humanos. De las cuencas le gotea un fluido oscuro, como si se le hubieran podrido, pero lo único que puedo hacer es gritar.

—Deberías haber sido tú —sisea mientras le rezuma de la boca algo parecido al alquitrán.

—¡Rose! —jadeo, incorporándome de un salto en la cama con la mano aferrada a la camiseta, justo por encima del corazón.

Me noto la respiración agitada y siento cómo el sudor me resbala por la parte baja de la espalda. Me quito de encima la manta con una patada enérgica y me froto los ojos con las palmas de las manos para espabilarme. Los dígitos verdes que parpadean en el reloj me indican que son las tres de la madrugada.

Es la primera vez que tengo una pesadilla desde que salí del psiquiátrico. Creía que mi subconsciente me había dado por fin un respiro y había decidido dejar de atormentarme con las mismas pesadillas de siempre, pero, al parecer, me equivocaba.

Salgo de la cama y apoyo los pies descalzos sobre el frío suelo de madera. Necesito beber agua con urgencia para quitarme la sensación pastosa que me inunda la boca. Espero no haber despertado a ningún Hawthorne.

Cojo el cárdigan que llevaba puesto antes y me lo echo por encima por si hay alguien más levantado a esta hora. El padre de Silas podría estar preparándose ya para ir a trabajar y lo último que me apetece con este cansancio es tener que dar explicaciones por las cicatrices que me adornan las muñecas.

La puerta emite un chirrido al abrirse, provocando que me estremezca. Camino lentamente por el pasillo, bajo las escaleras y cruzo el salón para llegar a la cocina abierta, integrada en la misma estancia. Reviso con cuidado un armario tras otro en busca de un vaso, tratando de hacer el menor ruido posible, hasta que, al cabo de un rato, tras haberlos examinado absolutamente todos, por fin doy con uno.

—Cómo no —susurro—. La vida me lo tiene que poner todo tan difícil que no puedo encontrar ni un puto vaso a la primera.

Abro el grifo y, una vez me he asegurado de que el agua sale fría, lleno el vaso hasta arriba. Me lo llevo a los labios y me bebo la mitad de un solo trago mientras clavo la mirada en la ventana que se encuentra frente a mí. La lluvia repiquetea suavemente contra el cristal y espero que siga cayendo así cuando vuelva a la cama, porque ese sonido siempre me ayuda a conciliar el sueño.

Vuelvo a llenarme el vaso y giro sobre la punta del pie para dar un paso, pero entonces vislumbro a Rook ahí, apoyado contra la puerta del frigorífico, observándome desde la oscuridad. El vaso se me resbala de las manos, se estampa contra el suelo y se rompe en un montón de fragmentos grandes y pequeños que quedan esparcidos sobre las baldosas. Entre el estruendo que acompaña la escena y su figura envuelta en las sombras, no puedo evitar pegar un respingo.

Un pinchazo como el de una aguja me obliga a levantar el pie del suelo mientras maldigo entre dientes. Con la escasa luz que se filtra en la cocina, alcanzo a ver que un trozo de cristal reluciente me ha hecho un corte en la planta del pie.

Reconozco el sonido de sus pasos acercándose a mí. Al elevar la vista, capto su rostro iluminado por la tenue luz de la luna y todo mi ser se estremece de dolor. Tiene el pelo alborotado por el sueño y los ojos encapotados, pero su mirada sigue siendo aguda y

penetrante. Las sombras de la noche resaltan su torso desnudo, delineando cada surco y cada relieve como si lo hubieran esculpido en piedra.

Los músculos del abdomen se le tensan al respirar y me asombra lo muchísimo que me enciende esa imagen. Me paso la lengua por los labios agrietados y extiendo la mano para detenerlo antes de que pise los cristales que hay desperdigados entre ambos.

—Quieto —digo en voz baja, pero Rook se limita a hacer lo que mejor se le da: ignorarme.

Da un paso más, sin inmutarse ante los pedacitos de cristal, me enrosca un brazo alrededor de la cintura, me alza en brazos y me estrecha contra la calidez de su cuerpo. Recorro con la mirada el tatuaje de serpiente que le decora un lado del cuello y desciende hacia la espalda.

Me muerdo el labio inferior con fuerza, conteniéndome para no hundirle la nariz en la piel e impregnarme de su aroma. Los restos del perfume que se ha echado esta mañana y el olor terroso de la maría se adhieren a él como si formaran parte de su esencia. Me encantaba dormir con sus sudaderas precisamente por la calidez y la paz que me transmitía su fragancia.

Con una delicadeza sorprendente, me coloca encima de la isla de la cocina y me quedo sentada con los pies colgando por el borde.

—No te muevas de aquí —me ordena.

Su voz suena áspera, quizá se deba a que acaba de despertarse o a que ha estado fumando. En cualquier caso, me deja con ganas de escucharla de nuevo.

Cuando se da la vuelta, el resplandor de la luna le ilumina la espalda y, esta vez, aparte de apreciar sus músculos tonificados, me fijo en el tatuaje que se extiende de un omóplato a otro.

Unas alas de ángel le rozan el extremo de los hombros y se unen al cuerpo de un hombre encadenado en mitad de la columna; sin embargo, no es la perfección con la que el diseño encaja en su piel lo que me toma por sorpresa, sino las cicatrices que lo acompañan.

Algunas están curadas del todo, hundidas y ligeramente descoloridas. Otras, en cambio, son de un tono rosado que indica

que han comenzado a cerrarse hace poco. Pero hay unas cuantas heridas que siguen en carne viva, cubiertas por una fina costra que parece amenazar con desgarrarse ante el más mínimo roce. Empiezan justo debajo del tatuaje y bajan a lo largo de la hendidura de la columna, ocupando casi toda la superficie de su espalda. Algunas dan la impresión de haberse reabierto tantas veces que dudo que puedan llegar a curarse por completo.

Regresa a la cocina con un botiquín de primeros auxilios abierto y lo coloca junto a mí para sacar lo que necesita.

—No es nada. No hace falta que te molestes.

—Me da igual. Se te ha caído el vaso por mi culpa, así que deja que te lo mire.

Acto seguido, se agacha, me agarra el tobillo y me levanta el pie para examinar de cerca la herida. El silencio que se hace entre nosotros no es incómodo ni tenso, sino todo lo contrario.

Se sirve de los dientes para abrir el envoltorio de unas toallitas con alcohol. El olor penetrante y desagradable que desprenden me quema las fosas nasales al instante y provoca que me estremezca.

—¿Estás bien?

Asiento con la cabeza.

—Sí. Es solo que odio ese olor. Me recuerda al Monarch. Parecía que empapaban los pasillos con esa porquería todas las noches. —Me pasa la toallita por la zona del corte y un escozor punzante me recorre todo el pie al bajar la vista hacia él—. ¿Qué haces aquí?

—Quería asegurarme de que estabas a salvo.

El corazón me da un pequeño vuelco.

—No sabía que te importaba lo que me pasase.

—Ojalá pudiera evitarlo.

«Vaya. Supongo que me lo merezco».

—Se te da bien esto. ¿Estás acostumbrado a limpiar heridas?

Esboza una sonrisa de suficiencia.

—Alistair se ha abierto los nudillos varias veces en todos los años que llevamos siendo amigos. Si no hubiera aprendido a hacerlo, seguro que se habría desangrado.

—¿Y las heridas de la espalda? ¿También te las limpias tú? —inquiero con curiosidad, pese a que soy consciente de que no tengo

derecho a saber la verdad que se esconde tras ellas.

Me presiona el corte recién hecho un poco más y doy un bote en el sitio.

—No hagas ese tipo de preguntas si no estás preparada para conocer la respuesta, friki del teatro.

El pulso se me acelera al escucharlo llamarme así. Hubo un tiempo en que me molestaba; sin embargo, cuando estuve encerrada entre aquellas cuatro paredes, no había día que no anhelase volver a oír ese mote saliendo de sus labios.

—¿Quién te dice que no lo esté? En su día te rogué que me contestaras y apenas obtuve nada. Siempre he estado dispuesta a conocer tus verdades, Rook.

Cuanto más intimábamos el año pasado, más parecía ocultarse de mí. A pesar de que me abrí en canal ante él, solo recibí a cambio los pedacitos de sí mismo que le mostraba al resto.

Lo único que quería era entenderlo mejor. Saber quién era de verdad y no solo su nombre. Quería que me confesara sus pasiones, sus sueños —si es que aún le quedaban algunos—, sus miedos. Quería conocerlo a él, sin más, pero creo que nunca llegó a confiar realmente en mí.

—¿Qué te pasó? —insisto, con la esperanza de que esta vez sí comparta algo conmigo, lo que sea.

—Nada. Me los hice yo —gruñe, cogiendo la gasa que tengo al lado—. Bueno, fue Thatcher el que empuñó la hoja, pero a petición mía.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunto con el ceño fruncido, desconcertada.

Cuando le he visto los cortes, he supuesto que su padre había decidido ir más allá de partirle el labio o dejarle el ojo morado; lo último que me imaginaba era que hubiese sido uno de sus mejores amigos.

La relación que mantienen es un enigma. Por más que intente descifrarlo, nunca lograré comprender los extremos a los que serían de capaces de llegar los unos por los otros. Y Rook es el más complejo de los cuatro. Es un rompecabezas que se vuelve más confuso a medida que vas juntando las piezas, pero, aun así, quiero

desentrañar cada una de las partes que lo conforman y pasarme cada día resolviendo los misterios que lo envuelven, porque eso es lo que se merece: alguien que nunca se dé por vencido con él.

Con delicadeza, me envuelve la gasa alrededor del pie y ata los extremos en la parte superior.

—Fue un castigo —dice por fin.

Sale de la cocina para devolver el botiquín a su sitio y, cuando regresa, se apoya en la encimera frente a mí y cruza los brazos sobre el pecho.

—¿Por qué iba Thatch a castigarte? ¿Qué le habías hecho?

—¿Aparte de tocarle los huevos? Nada. —Inclina la cabeza hacia la izquierda y se cruje el cuello con fuerza—. Quise que me cortara para castigarme a mí mismo. Podría haberlo hecho yo solo, pero habría sido demasiado egoísta no compartir la experiencia, así que se lo pedí a él.

Un escalofrío me cala los huesos y me eriza todo el vello del cuerpo.

—¿Por qué?

Clava sus ojos en los míos y, aun en la penumbra, percibo cómo le arden con una luz fulgurante.

—Por ti.

El vacío de mi pecho se vuelve de pronto más latente y, aunque creía que era imposible quebrarme aún más, algo en mi interior se hace trizas al escuchar esas dos palabras.

—Le pedí que me cortara porque necesitaba castigarme a mí mismo por haber confiado en ti. Por haberme permitido ser débil.

—Rook, no lo entiendo —murmuro.

—Mi padre se aseguró de enseñarme que todos debemos responder ante nuestros pecados y asumir las consecuencias de nuestros actos. Prefiero ser yo quien determine el castigo que me corresponde por todo lo que he hecho.

«Hay cosas que no merecen ser perdonadas, Sage», recuerdo que me dijo una vez. ¿Qué lo ha impulsado a flagelarse durante todo este tiempo? ¿Haber confiado en mí? ¿Esos actos deshonrosos que se supone que ha cometido?

—¿Por eso dejas que te pegue?

—Me gusta el dolor. Vivo por y para él —afirma, encogiéndose de hombros, y esa confesión me parte el alma en dos.

Lleva toda la vida haciéndose daño para expiar unos errores que ni siquiera son suyos. Lo han destrozado tanto que el dolor se ha convertido en su única vía de escape.

—No me lo creo. Ese no puede ser el motivo que…

—Porque maté a mi madre —me interrumpe, con las fosas nasales dilatadas—. ¿Eso es lo que quieres oír? ¿La cruda y amarga realidad? Pues ahí la tienes, Sage: maté a mi madre.

Suelta un suspiro hondo y se pasa los dedos por el pelo.

—Acababa de salir del colegio e íbamos en el coche de camino a casa. Ella estaba hablando por teléfono con mi padre sobre pedir comida tailandesa para la cena. Parecía un día como otro cualquiera. Nunca me habría imaginado que acabaría de aquella forma. —Sacude la cabeza—. Una persona tan buena como ella no debería haber tenido un final tan trágico.

Permanezco allí sentada, inmóvil, sintiendo el peso de cada palabra en lo más profundo de mi ser.

—Estaba portándome mal sin ningún motivo, dándole patadas al respaldo de su asiento, y ella se giró para regañarme. —Se le quiebra ligeramente la voz—. No se dio cuenta de que el coche que iba delante había frenado. No pudo reducir la velocidad a tiempo. La cabeza me dolía tanto que lo veía todo borroso, pero recuerdo que alguien me sacó de allí y me puso a salvo justo antes de que el coche saliera ardiendo y se consumiera entre el humo y las llamas. No pude distinguir nada dentro del coche. Pensaba que había logrado escapar del fuego. Que la habían salvado igual que a mí.

Ese es el pecado que cree haber cometido. La raíz de todo su dolor. Lleva la mayor parte de su existencia culpándose por la muerte de su madre.

—Fui yo. —Se señala el pecho con el dedo—. Yo le quité la vida. Así que sí, le dejo que me pegue. Es lo mínimo que me merezco después de haberle arrebatado a su alma gemela.

Me bajo de la isla y, aunque soy consciente de que no quiere ni verme ahora mismo, camino hacia él, sin importarme nada de lo ocurrido entre nosotros antes de este instante. Avanzo a través de

los trozos de cristal roto, permitiendo que me corten de nuevo las plantas de los pies solo para poder sentir un ápice de su dolor.

Cuando estaba en el psiquiátrico de Monarch, había una chica joven con depresión en uno de mis grupos de apoyo que se hacía cortes en los muslos y las muñecas para lidiar con su mente. Es una batalla muy dura de librar, sobre todo en soledad, y Rook lleva bastante tiempo inmerso en esa guerra sin ni siquiera saber quién es su enemigo.

Al dejar que su padre le pegue, provocar a Alistair para que lo golpee o pedirle a Thatcher que le corte la espalda, busca lo mismo que aquella chica que se sentaba en su habitación y se presionaba una cuchilla contra la piel: ver reflejado en el exterior el dolor que lo consume por dentro. Se ha vuelto adicto a infligirse daño para afrontar la muerte de su madre y todas las pérdidas que ha sufrido a lo largo de su vida. Incluida la mía.

—Rook —digo casi en un susurro, extendiendo los dedos para tocarlo—, tú no mataste a tu madre. Fue un accidente terrible, sí, pero no fue nada más que eso: un accidente.

Con un movimiento rápido, me agarra la muñeca y la aprieta firmemente.

—No intentes excusarme. Sé lo que hice. —La mandíbula le tiembla al apretar los dientes y capto el destello de una lágrima solitaria que le escapa por la comisura de un ojo—. Sé lo que soy.

Alzo la otra mano y le enjugo la gota salada que le surca el rostro con la yema de los dedos. Aunque se muestre como un demonio lleno de rabia y odio, en el fondo no es más que un ángel caído que lo perdió todo al ser expulsado del cielo y apartado del amor de su padre. El mundo que conocía se consumió entre las llamas de aquel coche y, a partir de ese día, se vio forzado a sobrevivir con lo poco que le quedaba.

Se forjó en el caos y el dolor, convencido de que era mejor reinar en la oscuridad que ser condenado en la luz.

—Eres humano y, por lo tanto, sientes dolor y tristeza. No te mereces lo que has estado consintiendo que te hagan otros. No eres el diablo, Rook.

Su coraza se resquebraja y, por primera vez, me encuentro de

frente con su vulnerabilidad. Su mirada es tan pura y sincera que me roba el aliento. Lo veo a él en todo su esplendor, tal y como es, y su belleza me resulta asombrosa.

Me suelta la muñeca, me agarra la nuca por encima del pelo y me atrae hacia su pecho con suavidad, envolviéndome en su aroma.

—Nunca he querido serlo —susurra.

Y, después de tanto ruido, por fin reina el silencio entre nosotros.

No nos hace falta decir nada más ni tenemos ninguna discusión que ganar. Soy consciente de la cruda realidad que nos aguarda fuera de este refugio que hemos creado, pero puede esperar a mañana. Por ahora, me entrego a sus brazos por completo y me permito enamorarme de él sin reservas, pese a que no pueda decirlo en voz alta.

Sé que lo que tenemos no es idílico. Está hecho pedazos y lleno de imperfecciones. Es más, nada me asegura que no vuelva a odiarme en cuanto el sol se abra paso de nuevo entre las nubes.

Pero es nuestro y, en este momento de desesperanza, es más que suficiente.

28
Cuando Abel mató a Caín

Rook

El Cementerio.

Durante los fines de semana, está lleno de vida y apesta a actividades ilícitas. Es el lugar al que acuden los niños ricos para saciar sus ansias de emociones y vivir al límite sin enfrentarse a las consecuencias. El caos de la multitud suele rugir casi con la misma fuerza que los motores de la pista.

Es la encarnación de una bestia que se alimenta de pura adrenalina.

Peleas. Drogas. Sexo.

El sitio perfecto para meterte en problemas si eso es lo que buscas.

—Yo no he venido hasta aquí para ser la mula de carga —jadea Thatcher mientras ayuda a Alistair a arrastrar el cuerpo inconsciente de Cain hacia la pista desierta.

—Deja de quejarte —le espeta Alistair con los dientes apretados.

Al soltarlo sobre el asfalto, la cabeza se le estampa contra el suelo con tal brutalidad que empieza a mover los párpados y va recobrando la conciencia poco a poco. El puñetazo que Alistair le había asestado en la sien bastó para noquearlo, lo que nos ha dado el tiempo suficiente para traerlo aquí sin ningún obstáculo…, bueno, exceptuando el lastre que supone transportar un peso muerto.

A pesar de que no hay ni un alma en el Cementerio esta noche, en el aire aún flota ese olor a goma quemada y a gasolina que tanto me gusta. Es un miércoles como otro cualquiera, así que todo el

mundo está inmerso en sus obligaciones cotidianas, aguardando con impaciencia a que llegue el momento de huir de la rutina y entregarse de nuevo a la anarquía que reina en este lugar. Sin embargo, para nosotros, el caos forma parte del día a día.

Esta noche, el Cementerio se convertirá en el cadalso donde un monstruo responderá ante sus crímenes, incluso aunque se niegue a confesarlos. Pagará con su vida por haberla tocado.

Cuando vuelve en sí, se percata de inmediato de que está atado. Las cuerdas que le envuelven los pies y las manos le impiden levantarse del suelo y dudo que pueda reptar para escapar de su destino. Ya va siendo hora de que reciba su merecido.

Alistair se acerca a mí y me da una palmada en el hombro.

—Todo tuyo.

Muerdo la cerilla que llevo en la boca y me tamborileo los muslos con los dedos. No necesito su aprobación, pero agradezco el apoyo.

Thatcher toma una profunda bocanada de aire, lanza un escupitajo que aterriza sobre el pecho de Cain y luego me mira.

—Más te vale hacerlo sangrar, ha intentado dispararme.

Me río por la nariz y sacudo la cabeza con una ligera sonrisa en los labios. Vale, igual lo de sacar a Cain de su piso no había sido tan fácil. Antes de caerse al suelo inconsciente, le había dado tiempo a desenfundar una pistola y apuntar a Thatch con ella. Conociendo a mi amigo, no va a dejar pasar ese detalle tan fácilmente.

Cain intenta gritar a través de la cinta adhesiva que le cubre la boca, pero lo único que logra es recordarme que sigue respirando el mismo aire que ella. No sé si matarlo rápido o alargar la tortura hasta que su cuerpo no aguante más.

Al girar la cabeza, me encuentro con Silas. Permanece inmóvil durante un buen rato, observándome, y después levanta del asfalto un manojo de cadenas para ofrecérmelas.

—Haz que suplique —dice de forma escueta, depositando los eslabones pesados en mis manos.

Asiento con la cabeza. Entiendo perfectamente a qué se refiere sin necesidad de más explicaciones. Respiro hondo, me crujo el cuello y centro toda mi atención en Cain.

No es tonto. En su rostro puedo ver cómo giran los engranajes de su cabeza mientras trata de dar con un modo de salir de esta, lo que hace que la experiencia me resulte aún más satisfactoria, porque da igual la idea que se le ocurra; no va a ser capaz de huir de mí. Ha llegado el momento de que se enfrente a su juicio final.

Cada vez que lo miro, la locura que habita en mi interior se desata con violencia y me aumenta la presión de la cabeza. En mi mente no dejan de sucederse imágenes del diminuto cuerpo de Sage hecho un ovillo entre las sábanas mientras llora en silencio, sintiéndose vacía y mancillada.

Le habían arrebatado todos sus sueños de futuro y esa alegría que nace de no saber qué clase de oscuridad alberga este mundo. Necesitaba que alguien la salvara y, cuando nadie acudió a su rescate, se vio forzada a convertirse en su propia salvadora, forjándose un escudo a partir de toda la maldad que había sufrido a manos de otros solo para sobrevivir.

Los chicos y yo sabemos mejor que nadie lo que es tener que resurgir de entre las llamas.

Sage es capaz de librar sus propias batallas, pero su niña interior aún ansía esa ayuda que nunca le fue concedida, y, aunque probablemente rezara por que un ángel atendiera sus plegarias, es un hombre enfadado y con cuernos el que por fin va a hacer lo que nadie más pudo.

Protegerla.

Mis pasos retumban sobre la pista a medida que avanzo hacia su cuerpo. Cuando me encuentro lo suficientemente cerca, me tomo mi tiempo para recorrerlo de arriba abajo con la mirada.

—Antes de quitarte la cinta de la boca, voy a ahorrarte algunas preguntas. —Me agacho a su izquierda, junto a su cabeza—. ¿Por qué estoy aquí? —digo, imitando su voz—. Pues porque eres un puto pedófilo de mierda, Cain McKay.

Los ojos se le abren de par en par y sacude la cabeza con brusquedad en un intento desesperado de negar las acusaciones que acabo de lanzar contra él.

—No, no. —Chasqueo la lengua—. Mentir no va a servirte de nada, así que, cuando te despegue esta cosa de la boca, no

malgastes tus últimas palabras tratando de convencerme de lo contrario.

Me meto la mano en el bolsillo trasero y saco dos de los objetos que he traído expresamente para este momento: mi Zippo y unos alicates que he tomado prestados de la caja de herramientas de Thatcher, a quien, por cierto, no va a hacerle ninguna gracia lo mucho que van a ensuciarse.

—Veamos… ¿Qué más? No lo hagas, blablablá. Podemos hablarlo, blablablá. ¡Ah, sí! ¿Qué vas a hacerme? —pregunto en un tono de congoja, remedando de nuevo su voz—. Buena pregunta, Cain. Esa es mi favorita.

Enciendo el Zippo y dejo que el silbido del fuego inunde el aire. Un cosquilleo de expectación se apodera de mis dedos al contemplar la llama imperturbable que aguarda paciente ante mí.

—Voy a matarte —sentencio mirándolo fijamente a los ojos, porque, aunque no se merezca morir con honor, quiero que vea la oscuridad de mi alma; quiero que sepa que va a sufrir—. Ahora que nos hemos quitado de en medio todas esas preguntas… —Le arranco de un tirón la cinta de los labios—. Pongámonos manos a la obra.

Tal y como suponía, empieza a gritar con un tono tan estridente y nasal que me perfora los oídos.

—Conque esas tenemos, ¿eh? —respondo.

Abro la boca, me lleno los pulmones de aire, y le contesto con otro grito atronador, pero, mientras el suyo rezuma miedo, el mío está cargado de ira y voracidad. La mezcla de ambos me saca una sonrisa.

—Tú también te has criado aquí, Cain. No mueras como un gilipollas. Sabes de sobra que en el Cementerio nadie va a venir a salvarte por más que grites.

Tarda unos instantes en parar, pero esta noche no tengo prisa. Bajo la vista hacia la placa que reposa sobre su pecho, la alzo y tiro de ella hasta que la cadena plateada a la que está unida se le desprende del cuello.

—A un hombre no se le quita la placa, niñato de los cojones —sisea con la voz rasgada de tanto usarla.

—Tú no eres un hombre. Eres un cerdo asqueroso que se aprovecha de niñas —escupo—. Así que te quitaré lo que me dé la puta gana.

Me la guardo en el bolsillo de la sudadera para algo que se me ha ocurrido hacer con ella cuando todo esto termine.

—¿Eso es lo que te ha contado ella? —Suelta una risita temblorosa—. Sería capaz de cualquier cosa con tal de recibir más atención que Rose. Incluso de mentir. Es lo único que sabe hacer. Siempre montando un espectáculo para que el mundo entero le rinda pleitesía. Tú no eres más que otro peón en su tablero.

Rechino los dientes. Hasta ahora he estado siendo simpático, pero no pienso permitir que hable mal de una chica de la que ha abusado, y menos de ella. Me aseguraré de que no sea capaz ni de pronunciar su nombre nunca más.

—¿Qué te he dicho de mentir, Cain? —le advierto, y, acto seguido, le doy un guantazo en la frente de tal modo que la cabeza le rebota contra el asfalto.

—Irán a por ella. Da igual que me mates o no. Saben que está metida en esto. Os matarán a todos.

Le agarro la lengua con los alicates y tiro de ella con fuerza hasta sacársela de la boca.

—Que lo intenten. Acabarán igual que tú —replico entre dientes —. Aunque nos manden a todo tu grupito.

Enciendo de nuevo el Zippo y le acerco la llama a la lengua. Como era de esperar, empieza a forcejear para alejarse del fuego, pero le hundo la rodilla en el pecho con tanta fuerza que se le corta la respiración y deja de resistirse.

El calor provoca que se le evapore la saliva al instante y que se le seque el tejido antes de que se queme de verdad. Entonces, el músculo rosado comienza a burbujear y a tornarse de un color rojo vibrante ante la llama directa, lo que le arranca un aullido desgarrador.

—Te estoy chamuscando miles de terminaciones nerviosas en este instante y, aun así, el dolor que estás experimentando no representa ni una mínima parte de todo el que tú le causaste a ella —añado, manteniéndome firme mientras le achicharro la carne.

Me deleito en el olor rancio que desprende. Las lágrimas le brotan de los ojos sin cesar y trata de liberarse pataleando. Pero no tiene escapatoria. Soy el fuego que nunca se apaga y no pienso detenerme hasta verlo reducido a cenizas.

Cuando el músculo empieza a ennegrecerse, retiro el mechero y noto cómo el metal me abrasa la palma de la mano, pero aprovecho ese breve fogonazo de dolor para alimentar mi sed de venganza.

Me pongo de pie, arrojo los alicates al suelo y me guardo el mechero en los vaqueros. Dejo a esa escoria ahí sufriendo, voy caminando tranquilamente hacia las cadenas y el candado que hay tirados sobre el asfalto y, a continuación, lo recojo todo mientras silbo en voz baja. Los eslabones chocan y tintinean entre sí al arrastrarlos por la pista.

Cain lloriquea e intenta rodar hacia un lado para luchar contra su destino, como si se negara a asimilarlo. Supongo que es la reacción más lógica; cuando te encuentras cara a cara con la muerte, el instinto te impulsa a apartarle la mirada.

A veces, me cuesta creer que este pueblo tenga el valor de alabar la inmoralidad y condenar la inocencia. Le otorgan puestos de poder a corruptos, encubren a violadores y glorifican a aquellos que trafican con personas al mismo tiempo que desprecian al niño que presenció cómo su madre ardía viva en un coche.

Para ellos me he convertido en un villano por el simple hecho de haberlo perdido todo. Soy el mismísimo Lucifer.

Pero esta noche, por primera vez, la maldad no saldrá impune.

—D-Dios, po-por favor… —balbucea como puede, implorando auxilio a un espíritu sagrado pese a haber estado cometiendo actos tan infernales.

Su hipocresía me cabrea todavía más.

—No te está escuchando —gruño en respuesta, agarrando un extremo de la cadena para enrollársela alrededor de las piernas—. Te ha dejado en mis manos y se ha olvidado de ti.

Tras darle unas cuantas vueltas, aseguro el candado entre los eslabones, lo cierro y me quedo contemplando mi obra como un *boy scout* orgulloso que acaba de ganarse una medalla por haber conseguido hacer su primer nudo.

Vuelvo a colocarme sobre él y pongo un pie a cada lado de su cuerpo. Lo observo temblar entre lágrimas mientras sacude la cabeza en una súplica muda. Alzo una ceja y se me escapa una risa burlona al fijarme en la enorme mancha de humedad que se le extiende por los vaqueros desde la entrepierna.

—¿Preparado? —pregunto, ladeando la cabeza con sorna—. El infierno lleva tiempo esperándote.

Me aparto de su cuerpo, me doy la vuelta con el otro extremo de la cadena en la mano izquierda y voy sintiendo la maldad que impregna el aire a medida que avanzo hacia mi moto.

Cuando la alcanzo, fijo el gancho situado en la punta de la cadena al chasis y echo un vistazo atrás para ver por última vez el cuerpo intacto de Cain antes de subirme a la moto y arrancarla.

El cráneo me palpita por la adrenalina. Las piernas me vibran ante la potencia del motor que se agita debajo de mí.

Mis amigos se encuentran apoyados en la alambrada, mirándome fijamente.

Centro toda mi atención en las cuatro curvas del circuito que tengo delante. Aunque es muy probable que Cain ni siquiera sobreviva a una vuelta, guardo la esperanza de que aguante solo para poder prolongar su agonía.

Acelero la moto con un giro de muñeca y salgo disparado hacia delante. En apenas unos segundos, la cadena se estira y siento el peso del cuerpo de Cain arrastrándose detrás de mí.

Sus gritos duran más de lo que pensaba, pero los ahogo pensando en Sage.

La otra noche, en el silencio de aquel momento que compartimos, me permití bajar la guardia por completo frente a ella, y una parte de mí habría querido quedarse un poco más allí, en ese remanso de paz que había hallado en medio de tanto caos.

Aún puedo sentir la calidez de su piel contra la mía. No fue nada sexual ni físico, sino algo mucho más profundo. El reconfortante aroma de su cabello recién lavado despertó en mí un sentimiento muy parecido al perdón y, aunque una sola noche en la cocina no bastaría para sanar mis heridas, enfrentarme a mi pasado y reconciliarme conmigo mismo, en ese instante me pareció más que

suficiente.

Sin embargo, no podía quedarme allí. Al menos, no para siempre. En mi mundo no existe tal redención. No importa lo que fuimos ni los muros que logramos derribar aquella noche, porque, ahora mismo, pienso convertirme en esa alma grotesca, vil y sedienta de venganza por la que el resto me toma con tal de asegurarme de que nadie vuelva a cortarle las alas jamás.

Llego a la línea de meta con la respiración agitada y me detengo justo en el mismo sitio donde había comenzado el circuito. El pulso me late con fuerza en el cuello mientras bajo la pata de cabra y dejo que el motor siga rugiendo.

El cuerpo de Cain ha ido rodando, rebotando y estrellándose contra la pista por la fuerza del arrastre. Me sorprende que aún conserve todas las extremidades unidas al torso. Al acercarme, compruebo el destrozo que le ha causado el asfalto.

Un rastro espeso de sangre y piel se extiende tras él y serpentea a lo largo de todo el recorrido. Cuando me agacho para examinar su figura temblorosa y deformada, veo que una parte del cuero cabelludo se le ha desprendido del hueso y le cuelga de la cabeza.

La fricción le ha hecho jirones la ropa y le ha quemado la carne expuesta. Un fragmento de tibia le ha atravesado la piel y el color blanco marfil del hueso contrasta con las zonas de tejido y músculo desgarrado que tiene repartidas por todos lados. Sin embargo, el pecho aún le sube y baja con dificultad.

Ojalá pudiera curarlo para continuar torturándolo de mil formas distintas sin cesar, pero, por desgracia, el cuerpo humano tiene sus límites.

—P-por-por favor… —balbucea entre gorgoteos, atragantándose con el líquido carmesí que le encharca los pulmones.

Una sensación de victoria se apodera de mí.

Silas solo me pidió una cosa: que lo hiciera suplicar. Y he cumplido su deseo.

Lo he sometido a tal tormento que ha acabado implorándome que ponga fin a su vida, pero, como a Thatcher le gusta decir, la muerte hay que ganársela.

—Una vuelta más.

29
Hora de elegir bando

SAGE

«Venga, tú puedes. Es solo un día».

Me repito una y otra vez esas palabras, consciente de que he pasado por cosas peores a lo largo de mi vida. He estado meses encerrada en un psiquiátrico en el que me maltrataron física y psicológicamente, asesinaron a mi hermana de forma atroz, de niña atravesé la experiencia más horrible que una pueda imaginarse y, aun así, he sobrevivido a todo ello. Pero este almuerzo primaveral en honor a mi padre parece ser la gota que colma el vaso.

Cuando oigo que me llaman por mi nombre, me preparo para entablar otra de esas conversaciones insulsas con alguien a quien ni siquiera le interesa mi respuesta.

El guion siempre es el mismo. Todo el mundo me pregunta cómo estoy y qué carrera he escogido. Algunos incluso se creen muy originales y sueltan entre risitas el típico comentario sobre que los años de universidad son los mejores de tu vida. Mi padre interviene de vez en cuando para alabar mis notas y hablar del futuro tan brillante que me aguarda.

Sin embargo, sus expresiones son como un libro abierto. En sus ojos puedo leer que lo que les gustaría saber en realidad es si estoy mentalmente estable, cómo llevo lo de Rosie y cómo me ha afectado la ausencia de mi madre. Pero en lugar de atreverse a formular las preguntas pertinentes, se limitan a quedarse callados y sacar sus propias conclusiones en cuanto me alejo de ellos.

Parpadeo y, al girar la cabeza, veo a Conner Godfrey, el orientador de la universidad, de pie junto a mí con una sonrisa en la

cara y una copa de champán en la mano.

—Parecías un poco decaída y he pensado que esto podría venirte bien —me explica, ofreciéndome la bebida.

—Gracias —me limito a responder mientras me llevo a los labios el borde de la copa.

Asistir a este ridículo evento no había sido idea mía. Cuando hablé con Cain en la iglesia y le dije que no había descubierto nada nuevo, me puso como condición que me presentara aquí con un vestido bonito y desempeñara el rol de hija servicial para conservar su favor.

—No sabía que fueras amigo de mi padre —comento con la intención de darle algo de charla.

No quiero presuponer nada, pero me intriga por qué ha venido.

—Hemos hablado de pasada. En realidad, me ha invitado Stephen. A él lo conozco desde la universidad —responde, sonriendo con simpatía—. De hecho, si no fuera por su ayuda, me habría sido imposible conseguir un puesto en la Hollow Heights. No vengo de una familia tan rica como las de aquí.

—Nunca lo habría dicho con un apellido como Godfrey.

—Suelen hacerme ese comentario más a menudo de lo que te piensas.

—¿Stephen ya era así de arrogante e imbécil de joven? —suelto, incapaz de contenerme, y a él se le escapa una risita por lo bajo.

—Siempre ha sido… —Se detiene un instante para buscar la palabra adecuada—. Ambicioso. Pero, lo creas o no, a veces llegaba borracho como una cuba al apartamento que compartíamos. Su padre lo presionaba mucho para que se hiciera cargo del negocio familiar y creo que, con los años, simplemente ha hecho lo que se esperaba de él para ganarse el orgullo de sus padres, igual que hemos hecho todos en algún punto de nuestras vidas.

Tiene razón. Soy incapaz de imaginarme a Stephen desmelenándose de esa forma, y menos habiendo convertido a su hijo en el mismo hombre que le obligaron a ser a él: uno alimentado por la masculinidad tóxica y el sentido de privilegio.

—No todos intentamos lo mismo —contesto sin pelos en la lengua—. A veces preferimos todo lo contrario.

No se me ocurre ningún motivo por el que deba mentir ni mantener las apariencias. Si guardo silencio es únicamente para proteger a Rook, pero que no vaya a ir gritando por ahí que mi padre forma parte de una red de tráfico sexual y que es el responsable de la muerte de mi hermana no significa que tenga también que fingir que me agrada. Ya no.

Pese a que mi respuesta hace que se quede pensativo durante un segundo, luego asiente con la cabeza, aceptando mi afirmación con mucha más madurez de la que habría mostrado el resto de los presentes en esta fiesta.

—Todos tenemos algo que nos mueve. Da igual lo que sea, siempre y cuando nos impulse a convertirnos en mejores personas.

—Sabias palabras. ¿Te has planteado alguna vez ser orientador? —Arqueo una ceja y le dedico una sonrisa burlona a la que él me corresponde con otra de oreja a oreja.

Puede que todavía no sepa quién soy ni lo que quiero para mí misma (aunque, a decir verdad, no creo que eso sea lo importante, porque, al fin y al cabo, se supone que debemos ir creciendo, cambiando y sanando heridas a lo largo de toda nuestra vida), pero sí sé que lo que me mueve es no convertirme en las personas de las que me he estado rodeando siempre. Me niego a volver a darles el gusto de moldearme según lo que esperan de mí.

Y eso me parece mucho más relevante que tener claro quién soy.

—Ahí estás —oigo decir a mi padre—. Mi preciosa hija. Ese es el vestido que te compré en París cuando cumpliste los dieciséis, ¿verdad?

Bajo la mirada hacia el vestido negro estilo Audrey Hepburn que llevo. Lo mandaron a hacer a medida, así que se ciñe a cada una de mis curvas como un guante, pero el calor provoca que se me pegue aún más al cuerpo. Era consciente de que iba a sudar por culpa de las mangas largas, pero cuando tu prioridad es cubrir las cicatrices que te adornan los brazos, la moda pasa a un segundo plano.

Además, he elegido este vestido por una razón.

—No intentes llevarte el mérito. Fue Rosemary la que me lo compró.

Alzo de nuevo la vista hacia él y le dirijo una mirada tan cortante que podría rajarle el cuello con ella.

—Bueno, me voy —interviene Conner, aclarándose la garganta —. Ha sido un placer hablar contigo, Sage.

Observo cómo desaparece entre el gentío, dejándome a solas con mi padre por primera vez en casi un año. Me fijo en la chaqueta de color rosa empolvado y los pantalones crema de Frank. Me avergüenza estar de pie a su lado, como si lo apoyara, y más aún compartir sangre con un hombre como él.

Un asesino. Un farsante. Un cerdo podrido por la codicia.

Mi familia murió el mismo día que Rosie, y cuando todo esto acabe, pienso cortar cualquier vínculo con el apellido Donahue.

—No hay necesidad de complicar las cosas, Sage —murmura, abriendo la puerta que da al patio trasero—. Sigo siendo tu padre.

—¿Mi padre? —me río con desdén, sin poder ocultar el desprecio que siento hacia él—. Un padre haría lo que fuera con tal de proteger a la familia que él mismo ha construido. Tú no eres más que un ser miserable y el cobarde que le arrebató la vida a mi hermana.

Busco en sus ojos cualquier rastro de arrepentimiento o tristeza, pero no encuentro nada. Solo veo al hombre que me pasó la mitad de sus genes y me arruinó la vida.

Y, pronto, no será más que un cadáver.

—¡Anda! Has logrado dar con ella —nos interrumpe Stephen Sinclair, acercándose a mí para darme un beso en la mejilla como si tuviera todo el derecho del mundo—. ¡Cuánto tiempo! Me alegro de verte. Perdona que no me haya parado a saludarte en el campus. Con todo el caos que se desató el semestre pasado, he estado de aquí para allá apagando un fuego tras otro.

Levanto la comisura izquierda en una media sonrisa, sin pasar por alto la frase hecha que ha utilizado en referencia al fuego. Desconozco el grado de implicación de Stephen en todo este asunto, pero sus palabras me han dejado claro que, como mínimo, sabe lo que están tramando Rook y sus amigos.

—Un gran poder conlleva una gran responsabilidad —replico con sarcasmo.

—Y, encima, citando a Voltaire. Siempre le dije a Easton que eras todo un portento. Qué pena que lo vuestro no haya funcionado. Hacíais una pareja maravillosa.

A pesar de que soy la primera que se alegra de haber cortado con Easton, no deja de parecerme un tanto hipócrita que esa sea la versión que haya querido venderles a los demás, como si él no me hubiera hecho la cruz de por vida en cuanto me encerraron en un psiquiátrico. Mi estancia allí habría ensuciado el buen nombre de su familia, algo que, por supuesto, no podía permitir que sucediera.

—Es de *Spider-Man*, en realidad —lo corrijo, ladeando la cabeza mientras tomo un sorbo de mi copa—. Pero no te preocupes, Mary es mucho más lista y dócil que yo. Creo que encaja mejor con ella que conmigo.

Me da igual el origen de la cita, solo tengo ganas de callarle la boca. Él y su familia no se merecen ni un ápice de mi respeto. Stephen no es el único aquí que sabe jugar sucio. Si tiene ganas de lanzarme cuchillos, más le vale que se compre una espada, porque mis cortes serán más profundos que los suyos. Me han arrebatado muchas cosas este año, pero aún no he perdido mi lengua afilada.

Él suelta una risa sincera, como si le hubiera contado la broma más hilarante que ha escuchado en años al atreverme a enfrentarlo.

—Quizá lleves razón —responde una vez se ha calmado—. Aun así, tengo algunos negocios que atender en la costa este las próximas semanas y le he pedido a tu padre que nos acompañe a Easton y a mí. A lo mejor deberías considerar venir tú también. Podrías tomarte el viaje como unas pequeñas vacaciones y aprovechar la oportunidad para arreglar las cosas con Easton.

Mi instinto se pone en alerta máxima. Ya no se trata de ver quién es más listo. ¿Qué está tramando con mi padre?

Cruzo los brazos y los miro a ambos con recelo.

—¿Negocios? —pregunto, tratando de mantener un tono neutral —. ¿Qué clase de negocios? Eres el decano de una universidad. Creía que tus labores consistían en presupuestar matrículas y planificar almuerzos.

Me observa atentamente.

—No sabía que estuvieras tan interesada en los entresijos de mi

trabajo, Sage. ¿Piensas ocupar mi puesto algún día?

—Bueno, prefiero no cerrarme ninguna puerta —respondo.

En realidad, me muero por contestarle que sé que se trae algo entre manos, aunque, a juzgar por el sutil cambio que percibo en su postura, diría que es consciente de ello.

Si descubro que está implicado de alguna forma en lo que le ocurrió a Rosie, no esperaré prudencialmente a que llegue el momento de cargármelo como estamos haciendo con mi padre. Lo mataré enfrente de la mismísima comisaría y luego me entregaré a las autoridades.

—Si tanto te interesa —empieza a decir con un suspiro—, se trata de una oportunidad para obtener financiación. Queremos ampliar la oferta de becas para que los jóvenes con talento que provienen de familias con pocos recursos puedan asistir a nuestra universidad sin preocuparse por el dinero. Como tu amiga Briar.

Entrecierro los ojos cuando menciona su nombre. Me está mintiendo descaradamente. Se ve que la imbecilidad ha ido transmitiéndose entre los hombres Sinclair de generación en generación.

—Qué gesto tan humanitario de tu parte, Stephen —comento—. Ha sido un placer hablar contigo, pero tengo que ir al baño.

Alzo la copa de champán hacia ambos y, acto seguido, doy media vuelta para alejarme de ellos.

Me dirijo hacia las puertas francesas por donde está pasando todo el personal de servicio. Todos van enfundados en sus chalecos blancos y caminan de un lado a otro con bandejas de plata y un aspecto derrotado. Entre ellos, reconozco a uno de los chicos que nos atrapó a Briar, Lyra y a mí en el Guantelete.

La gente de West Trinity Falls suele trabajar para los habitantes de Ponderosa Springs. Por eso en este sitio los tratan siempre como si solo fueran unos sirvientes que están ahí para limpiar nuestros estropicios. Me sorprende no haberme dado cuenta hasta ahora de cuántos de ellos se someten a los ricos solo para tener la oportunidad de labrarse un futuro por sí mismos.

No puedo ni imaginarme lo que pensarán de nosotros. Probablemente cuchicheen sobre lo afortunados que somos y lo fácil

que lo tenemos todo, y lo cierto es que no se equivocan. Pero la tragedia no distingue entre pobres y ricos. Acabas experimentándola tarde o temprano, vivas en una mansión o en un cuchitril plagado de cucarachas. Nos devora a todos por igual.

Deambulo por los pasillos, sin prisa por volver a la fiesta. Por desgracia, he pasado aquí gran parte de mi adolescencia, así que conozco la casa de los Sinclair como si fuera la mía. Entro al estudio y recorro los libros polvorientos con los dedos antes de salir a la terraza. Permanezco inmóvil, observando desde la segunda planta a todos los invitados relacionándose entre sí en el jardín trasero. La viva imagen de lo que más despreciaba en mi infancia.

Puedo oler en la brisa el aroma de los arreglos florales: ramos de hortensias, violetas y orquídeas. Todos ellos dispuestos con elegancia alrededor del vasto césped verde mientras el sol tiñe de calidez sus pétalos. Han colocado estratégicamente unas grandes carpas blancas para ofrecerles algo de sombra a los comensales. Las mesas circulares están vestidas con una decoración impecable, fruto del talento de algún diseñador que jamás recibirá el reconocimiento que merece. Las mujeres con sus enormes sombreros y los hombres trajeados contribuyen a completar el cuadro como si fuesen un ornamento más.

No hay nada fuera de lugar. No se ve a ningún niño correteando alegremente bajo el sol ni se oyen carcajadas que rompan la armonía del ambiente. Cada detalle está orquestado al milímetro para aparentar riqueza.

A pesar de que todos sus rostros me resultan familiares, nunca llegué a entablar una conversación de verdad con ninguna de las personas que se encuentran allí abajo. Distingo a Lizzy de pie junto a sus padres y no puedo evitar preguntarme si sigue ocultando su auténtico ser bajo ese vestido blanco hecho a medida.

Toda la gente influyente de Ponderosa Springs se ha reunido hoy aquí para celebrar la reelección de mi padre. Una victoria que se había asegurado gracias a la compasión de los demás y a unos cuantos fajos de dinero manchados de sangre.

Al contemplarlos con sus joyas y su ropa de alta costura, me doy cuenta de que es la primera vez que los veo tal y como son: un

gran espejismo de éxito y felicidad. Desde lejos, da la impresión de que llevan una vida perfecta con la que cualquiera soñaría, pero basta acercarse para percatarse de que, en realidad, todo es una farsa.

Una fachada tras la que se esconden para desviar la atención de sus interiores ruinosos y destartalados, infestados de secretos que lo corroen todo a su alrededor como alimañas. No creo en maldiciones ni en fantasmas, pero si tuviera que existir un lugar plagado de entes malignos sería sin duda Ponderosa Springs.

—Aquí fue donde me besaste por primera vez.

Una oleada de náuseas me recorre el cuerpo.

—Me amenazaste con cortarme el pelo con unas tijeras si no lo hacía —respondo, girándome para mirar a Easton.

Lleva una camisa almidonada, unos pantalones azul marino y el pelo rubio peinado hacia atrás con esmero, haciendo gala de un atractivo natural que sería capaz de admirar si no supiera lo despreciable que es como persona.

—Vaya, parece que recordamos las cosas de manera diferente —bromea, hundiendo las manos en los bolsillos.

—Tú y yo no recordamos nada igual.

Lo nuestro se remonta a un pasado muy remoto. Nos emparejaron incluso antes de que fuésemos capaces de comprender lo que significaba. Cuando éramos niños, nos llevábamos bien como amigos. Él era divertido e inteligente. Siempre se le ocurría algún plan para entretenernos, ya fuese trepar árboles, montar en bici o comer helado. Crecimos el uno al lado del otro, pero no sé en qué momento se convirtió en quien es ahora y pasamos de ser amigos de la infancia a enemigos declarados.

Tal vez todo habría sido distinto si hubiera podido amarlo. Así, no me habría enfrentado tanto a la vida que pretendían imponerme. Tal vez me habría rendido y me habría transformado en la novia que él necesitaba, pero, aun siendo una adolescente, sabía que ese futuro no era el que quería.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —pregunto tras darle un sorbo a mi copa de champán.

Una venda ostentosa le cubre el lado izquierdo de la cara,

resguardando alguna herida de posibles infecciones.

Aprieta los dientes y se lleva la mano hacia la gasa.

—Pensaba que ya habías dejado atrás todo ese teatrillo de niña buena, Sage.

Frunzo el ceño, completamente perdida.

—¿No lo sabes? —responde con una risita burlona—. El psicópata de tu follamigo, Rook, me quemó la mitad de la cara. Han tenido que hacerme dos injertos de piel y, aun así, voy a ir por ahí pareciendo un rarito.

—¿Por qué me da la sensación de que te lo merecías?

Me dispongo a salir de allí cuando, de pronto, Easton me agarra del antebrazo y me atrae hacia él de tal modo que pierdo el equilibrio y termino apoyada contra su pecho.

Ese gesto desencadena una serie de recuerdos de los momentos que compartimos juntos y me dan ganas de romperle los dedos por haberme tocado.

No tiene derecho a hacerlo. Nunca lo ha tenido, y me avergüenza haber creído lo contrario en el pasado.

Se me revuelve el estómago al notar cómo me roza la oreja con la boca.

—Hacíamos buena pareja. Éramos felices. Todavía puedes recuperar ese estilo de vida que siempre has deseado, la atención, la fama. Aún estás a tiempo, Sage. Solo tienes que volver conmigo.

Nunca fui esa persona que quiere de vuelta a su lado. Lo único que él conoció fue la máscara que tuve que ponerme para soportar la presión de vivir en este pueblo. Y nuestra relación solo formaba parte de esa estrategia de defensa.

—Suéltame, Easton —escupo con rabia.

Por un instante, capto un atisbo del chico que solía ser. Ese que alguna vez fue mi amigo y no el hombre que me consideraba un objeto y solo se preocupaba por cómo lo veían los demás.

—Hubo un tiempo en el que me rogabas que te tocara, Sage Donahue. Antes de Rook y de todo esto. Sabes quién soy, te has criado conmigo. Podríamos estar muy bien juntos. Déjame demostrártelo.

El pánico se apodera de mí ante sus palabras e intento zafarme

de él, pero me agarra del brazo con más fuerza.

—Será mejor que le quites las manos de encima, Sinclair. —Reconozco esa voz—. A menos que quieras que se te derrita también el otro lado de la cara.

Rook.

Su presencia es una nube oscura en este día soleado, y me toma por sorpresa lo mucho que he añorado esa sombra. Está apoyado de brazos cruzados contra el marco de la puerta, demostrándome lo lejos que puede llegar para sembrar el caos.

A diferencia de su padre, que asiste a la mayoría de las reuniones de este tipo, él nunca se ha mezclado con esta gente. No encaja en los ambientes en los que ellos se mueven. Los mismos en los que yo me había movido en su día.

Me suelto de un tirón del agarre de Easton y me alejo de su alcance.

—He oído lo de tu accidente, tostadito. A ver si aprendemos a tener más cuidado con las motos. Tienden a quemar mucho —comenta Rook con una sonrisa de suficiencia, echándole más leña a un fuego que ya de por sí ardía con fiereza.

El corazón me da un pequeño vuelco al fijarme en él.

La luz del sol se le refleja en la cadena de plata del cuello, guiando mi atención hacia los botones desabrochados de su camisa. La tinta que le adorna la piel del pecho asoma lo justo para hacer que me humedezca los labios y dejarme con ganas de más.

Alza una de sus oscuras cejas, como si se hubiera dado cuenta de que me lo estoy follando con los ojos.

La camisa morada que lleva se ciñe a la anchura de sus hombros y los pantalones negros de vestir le marcan los músculos de los muslos. No estoy acostumbrada a verlo con estas pintas, pero tampoco me importaría que se convirtiera en su uniforme habitual.

—Ay, pobrecito —responde Easton, poniendo un puchero—. ¿Sigues celoso porque yo me la tiré antes que tú, o lo que te jode es que esté aquí, en el sitio al que pertenece, y no fingiendo orgasmos contigo?

Rook se separa del marco de la puerta y entra en la estancia, adueñándose de ella por completo con su mera presencia. No me

pasa inadvertida la forma en la que Easton retrocede en cuanto se percata de que ha dado un paso hacia él.

—Ahí es donde te equivocas, Sinclair —dice—. Conmigo nunca ha tenido que fingir.

Su rebeldía me cala hasta los huesos. Ha estado escuchando toda su vida que es el diablo y ha acabado aceptando ese rol como escudo para protegerse de su propio dolor y del resto del mundo. Lo ha interiorizado de tal modo que no creo que pueda llegar a desprenderse del todo de él, así que he aprendido a convivir con sus heridas.

Aunque eso no significa que no lo considere capaz de aspirar a algo más.

—¿Eso es lo que quieres? —pregunta Easton, dirigiéndose a mí —. ¿Vivir en la miseria? ¿Ser una paria? Tú no eres así, y lo sabes. Vuelve conmigo, yo me encargaré de que todos tus problemas desaparezcan. Si te vas con él, solo te complicarás más la vida.

Desde que volví, no han dejado de decirme que he caído en desgracia. Que me he transformado en alguien completamente diferente, pero creo que, en realidad, solo estoy convirtiéndome en quien estaba destinada a ser. Y quiero seguir haciéndolo junto a la persona con la que siempre debí estar.

Este instante marca el inicio de mi condena eterna. En lugar de esconderme, admito por primera vez en público lo que deseo. Le muestro exactamente el futuro que ansío tener. Paso de largo junto a Easton, consciente de que mis acciones le darán la respuesta que busca, y siento cómo me fulmina con la mirada mientras me expulsa de su paraíso moral. Pero no puede desterrarme de un sitio que yo misma he decidido dejar atrás.

Me coloco al lado de Rook, sin tener muy claro el lugar que ocupo en su vida, pero con la certeza de que quiero estar presente de todos modos.

Me pierdo en el fuego infernal de sus ojos, consciente de que, si cayera de nuevo del cielo e impactara contra la tierra como un rayo, yo sería el trueno que lo acompaña. Me quedaría allí con él, ardiendo entre las llamas eternas, siempre y cuando su fuego acariciara cada rincón de mi cuerpo.

Él es mi Lucifer, y ha llegado la hora de demostrarle que se encuentra ante su Lilith.

30
Castigo

ROOK

Nunca le he temido a nada.

Solía decirme a mí mismo que, si alguna vez tenía miedo, no apartaría la cara; me enfrentaría a él con una sonrisa y una cerilla en la mano, al igual que pensaba enfrentarme a Easton hace apenas unos instantes. Si ha logrado irse de rositas es porque se ha limitado a lanzarle a Sage una mirada de desprecio y luego ha regresado a la fiesta dando un portazo. Supongo que no le apetecían más retoques estéticos en la cara.

Aun así, por muy clara que tuviera mi postura, en cuanto sentí el más mínimo atisbo de miedo, como aquel día en que Sage me mintió en el auditorio, hice exactamente lo contrario. Me di la vuelta y eché a correr.

Nunca le he temido a nada.

Hasta que apareció ella.

—¿Qué puñetas estás haciendo aquí? —inquiere.

La puerta de la sala de billar se cierra tras ella, sumiéndonos en el olor a madera de teca que impera en la estancia. A juzgar por la forma en la que crepita el fuego de la chimenea, sé que necesita más leña, pero decido ignorarlo.

—¿Qué clase de hombre sería si dejara que te presentases en la fiesta de tu padre sin un acompañante? —respondo con tono burlón.

—Rook —me reprende, con los brazos cruzados a la defensiva.

No tenía pensado venir, pero entonces me invadió una especie de miedo. No suele pasarme, de modo que la reconocí de inmediato. Caí en la cuenta de que iba a estar rodeada de su padre, de Easton

y de todas las personas tras las que una vez se escudó y que no dudaron en darle la espalda cuando más las necesitaba.

No temía que pudieran hacerle algo; al fin y al cabo, no son más que gente débil y cobarde. Lo que temía, en realidad, es lo que ella pudiera hacerles a ellos. Sentía la rabia que la consumía y la desesperación que le infundía este lugar. Sabía que perdería la poca paciencia que le quedaba si su padre la presionaba demasiado o si Easton intentaba algo como lo de antes. Bastaba con que saltara una chispa para que se convirtiera en un incendio imparable que arrasara con todo y todos a su paso.

Así que se me ocurrió que sería una buena idea calmar ese fuego interior concediéndole su mayor anhelo.

—Tengo que decirte algo. Un par de cosas, en realidad.

Camino hacia ella sin prisa, dejando que se pregunte qué estoy tramando. Me observa con ojos escépticos, lo cual tampoco me sorprende, ya que todo el mundo me conoce por mi impulsividad.

—¿Y no podías esperar a más tarde?

Esbozo una media sonrisa y me detengo justo cuando la punta de mis zapatos roza la de sus tacones. Su perfume me inunda las fosas nasales, provocando que me palpite la entrepierna.

—Eso es lo que llevamos haciendo todo este tiempo, FT —susurro, y me saco la cerilla de la boca—. Esperar a entrar en acción, a que se vayan los federales, a matar a tu padre.

Le acerco la cabeza de la cerilla a la piel y se la deslizo por encima de la clavícula, justo donde se encuentra la cicatriz que tiene a juego con la mía. La misma que me hice para asegurarme de que el destino supiera que somos almas gemelas.

Noto los nervios que le atraviesan todo el cuerpo en oleadas. Probablemente esté preguntándose qué me traigo entre manos. Si voy a hacerle daño, si planeo ponerle fin a todo este asunto de una vez por todas o si simplemente quiero tocarla.

—Me he cansado de esperar.

—¿Y qué hay de la poli? ¿Qué pasa con Cain? —responde con el ceño fruncido, aunque los ojos se le han iluminado de la emoción.

—Ya está todo solucionado —murmuro, trazando con el dedo una línea desde su cicatriz hasta el centro de su pecho—. Nada nos

impide actuar.

—¿Por eso has venido?

—Es una de las razones.

—¿Y cuáles son las otras?

Disfruto de estos momentos en los que la pillo desprevenida, con las mejillas sonrojadas y sin saber muy bien qué hacer. Solo yo consigo desestabilizarla de esta forma. Ante el resto del mundo, es una puta fuerza de la naturaleza imposible de domar.

Me la pone dura ver cómo la gente se encoge de miedo a su alrededor. Pese a todo el poder que cree haber perdido, los demás aún la temen, y me fascina esa parte de ella. Me encanta ser el único que puede quebrar sus defensas y penetrar en sus muros.

Desciendo las manos por su cuerpo, las coloco bajo la curva de sus glúteos y la levanto con delicadeza.

Se le entreabre la boca y un jadeo escapa de sus labios.

—¿Q-qué estás haciendo?

La llevo en brazos hasta la mesa de billar y la apoyo en el borde.

—Disculparme —contesto en voz baja.

Me separo apenas unos centímetros de ella y la miro fijamente a los ojos.

—Rook, no tienes nada de lo que disculparte.

Con calma, dejo caer una rodilla al suelo y luego la otra, preparándome para lo que pienso hacer a continuación. Le recorro las piernas con las manos, me detengo en las pantorrillas y se las masajeo suavemente con el pulgar.

—Sí que lo tengo —replico, alzando la vista desde el suelo para contemplarla.

Mi altar.

Mi salvación.

—Por haber desconfiado de ti, por no haber creído en nosotros. Por no haber sabido ver a través de la mentira y luchar por mantenerte a mi lado, como debería haber hecho. —Me desabrocho los botones de la camisa, me descubro los hombros y dejo que la tela se me deslice por los brazos hasta aterrizar sobre el suelo—. Haz que duela. Hazme pagar por ello.

Había estado tan cegado por el miedo a que me traicionara, a que me hiciera daño o acabase perdiéndola, que me permití odiarla e ignoré lo que mi corazón había tratado de advertirme desde el principio: que ella era diferente.

Que era mía.

Me empeñé en odiarla y permití que pasara por un infierno sola.

Este es el único modo que conozco de compensárselo.

Aguardo un instante y entonces noto la punta de sus zapatos de tacón levantándome la barbilla. Clavo mis ojos en los suyos con una ceja arqueada y ella me observa desde arriba con los hombros erguidos, destilando autoridad y control.

Mi fénix.

—No necesito infligirte dolor, Rook Van Doren. Solo quiero que me prometas una cosa.

Nunca he deseado nada con tanta intensidad como la deseo a ella en este instante. Le entregaría el mundo entero con tal de que me dejara devorarla por completo.

—Pídeme lo que quieras y te lo concederé, cariño. Lo que sea.

Sube las piernas a la mesa con una actitud seductora y las separa de tal modo que el vestido se le sube hasta las caderas y se queda totalmente expuesta ante mí.

—Prométeme que no vas a volver a hacerte daño.

El aire se torna denso y me quema en los pulmones. El dulzor de su aroma me embriaga los sentidos. Recorro con la mirada el sendero que dibujan sus dedos hasta alcanzar su sexo. Una vez allí, los desliza de arriba abajo de forma provocativa por encima de la tela.

—¿Quieres resarcirte? ¿Quieres tocarme, pirómano?

Sería capaz incluso de rezarle a Dios para sentirla ahora mismo.

—Entonces prométeme que no habrá más cortes ni dolor. —Presiona los dedos con más fuerza contra su coño y suelta un gemido—. Prométeme que acudirás a mí. Podemos ayudarnos el uno al otro.

La boca se me hace agua ante la mancha de humedad que se le empieza a formar en las finas bragas que lleva. Los pechos le suben y le bajan al ritmo de su respiración agitada. La lujuria y la desazón

se arremolinan en mi mente.

¿Podrá lograr que me perdone a mí mismo? ¿Que supere todo lo que me atormenta?

No soy un necio. No creo en los cuentos de hadas. He estado mucho tiempo negándome a dejarme llevar por la retorcida ilusión de que ella me correspondiera.

Sin embargo, el dolor que suelo buscar no es nada comparado con el que siento al pensar en no volver a tocarla ni tenerla para mí. Podría aprender a perdonarme a mí mismo, pero no estar sin ella.

No soportaría perderla de nuevo.

—No será agradable —digo con la voz ronca—. Mi dolor es una bestia horrible y voraz, Sage. ¿Podrás lidiar con ella?

—No eres el único que se hace daño al verse sobrepasado por la realidad, Rook.

Observo cómo se lleva las manos a la espalda y se baja lentamente la cremallera del vestido tras el que oculta el resto de su cuerpo. Se toma su tiempo para desvestirse. Primero saca los brazos de las mangas y luego empuja la tela negra hacia abajo, hasta que se queda amontonada alrededor de sus caderas.

Me paso la lengua por el labio inferior al ver cómo se lo saca por las piernas y lo arroja al suelo con un pie.

No sé dónde posar la mirada primero: en el azul ardiente de sus ojos, en las delicadas curvas de sus caderas o en el tono perfecto de rosa pálido de esos pechos firmes que parecen implorar el roce de mi boca.

Ella fue la que me rompió el corazón y me dejó un vacío tan profundo que pensé que jamás podría llenarlo de nuevo, de modo que me acostumbré al cráter insondable que su pérdida me había originado en el alma.

Pero también es mi única salvación.

La única diosa ante la que me atrevería a postrarme.

Estira los brazos frente a su cuerpo y, entonces, me fijo en las cicatrices blanquecinas que le nacen en las muñecas y desembocan justo antes de llegar al interior de los codos.

—Mi padre tomó una decisión, y yo actué en consecuencia —murmura con la voz entrecortada—. Eligió quedarse conmigo y yo

quise asegurarme de que nos perdiera a las dos. No tenemos por qué sufrir solos, Rook.

Me pongo de pie. Jamás podremos ir juntos al jardín del Edén ni atravesar las puertas del cielo. Ya es demasiado tarde. Pero aún estamos a tiempo de forjar nuestra propia paz. Nuestra propia salvación. Nuestra propia ciudad celestial en medio del infierno.

Le agarro las muñecas y examino la piel hundida, imaginándome todos los puntos de sutura que tuvo que recibir y la cantidad de sangre que seguramente perdió. Llegó a sentirse tan sola que prefirió acabar con todo. Si lo hubiera conseguido, no habría vuelto a verla jamás. La habría perdido para siempre. La simple idea hace que me sienta como si me hubieran dado una patada en el estómago y una puñalada en el corazón.

—Ya no eres un pajarillo indefenso, Sage. Te has convertido en un fénix. Trataron de extinguir tus llamas, pero no lo lograron. Resurgiste de tus cenizas por ti misma. Nadie te ayudó a hacerlo.

Me meto la mano en el bolsillo delantero de los pantalones y saco la fina cadena de oro que llevo guardada. La luz se refleja en el pájaro que cuelga de ella.

—La muerte es demasiado fácil. ¿Estarías dispuesta a arder por mí? —pregunto en un tono de súplica, ofreciéndoselo como obsequio.

Alarga el brazo para sostener el colgante y acaricia con el dedo la criatura alada de metal.

—¿Dónde lo has conseguido? —susurra, con una lágrima cayéndole por la mejilla.

Al contemplarla, me invade el impulso primitivo de limpiársela con la lengua y tragarme su tristeza para hacerla desaparecer por completo.

—Fundí la placa de Cain y lo moldeé a partir de ella —le explico —. Como recordatorio de que ni él ni nadie podrá tocarte nunca más. A menos que tú se lo permitas.

En sus ojos leo las preguntas que no se atreve a pronunciar en voz alta. Quiere saber qué pasó y qué le hice, pero es consciente de que este no es el momento para hablar del tema.

Cojo el colgante, se lo coloco alrededor del cuello y se lo

abrocho por detrás de modo que repose justo en el centro del pecho. Baja la vista hacia el adorno y se queda observándolo en silencio. Por un momento, pienso que no le ha gustado. Al fin y al cabo, es un regalo un tanto macabro. Sin embargo, mis dudas se disipan cuando vuelve a mirarme, decidida a darme su respuesta.

—Rook, quiero que me toques.

Eso es todo cuanto necesito oír.

Acerco mi cuerpo al suyo, trepo por la mesa y me subo encima de ella. Encajo mi cintura entre sus muslos pálidos y la beso apasionadamente hasta que los labios se le enrojecen.

Tendría que bajar el mismísimo Dios de los cielos y fulminarme con su ira para que me apartara de ella. Ni siquiera me importaría que nos pillaran aquí Easton, su padre y todos los asistentes de esta puta fiesta.

Es más, que entren. Así podrán admirar lo preciosa que es cuando está entre mis brazos.

Noto cómo sus gemidos resuenan en mi interior mientras entrelazamos las lenguas, devorándonos mutuamente, volcando hasta la última pizca de nuestras emociones en la boca del otro. Todo el tormento, el dolor que hemos soportado solos, el amor.

Una nueva clase de dolor me atenaza el pecho. El corazón me late con fuerza, como si despertara por fin del letargo en el que llevaba sumido más de un año. Sienta bien recompensarse por una vez y liberarse de las cadenas incandescentes que me mantenían preso.

Percibo su anhelo, sus ansias de entregarse a mí sin reservas.

Desciendo con mi boca hasta la delicada piel de su cuello. Soy incapaz de distinguir si sabe más a fresas o a miel, pero desearía que se me quedara grabado a fuego el regusto que me deja en la lengua.

Voy cubriéndola de marcas púrpuras y rojas a medida que bajo por su cuerpo. Quiero llenar cada centímetro con mis huellas para gritarle al puto mundo entero que es mía.

—Tienes una boca perfecta —gimotea mientras palpo la suavidad de sus pechos y jugueteo de una forma tortuosamente lenta con sus pezones.

Llevaba demasiado tiempo negándome a mí mismo la realidad: ella siempre había sido mía. Y ahora estoy volviéndome loco ante la mera idea de poseerla en su totalidad y reclamar cada ápice de su ser.

—Pues está a punto de parecerte aún más perfecta —susurro, depositándole un beso en la piel justo encima de las bragas—. Joder, te echaba de menos.

—¿A mí o a…?

—A ti. A tu sabor —respondo con un hilo de voz conforme recorro con la lengua su cuerpo desnudo—. Echaba de menos follarte. No he pensado en otra cosa desde que te fuiste. No he tocado a nadie más. Solo a ti.

Le bajo las bragas y se las quito de un tirón. Estoy hambriento de ella. Se me hace la boca agua al ver su coño rosado y húmedo esperándome. Me he estado privando del placer de saborearla durante tanto tiempo que me es imposible contenerme. Necesito mi dosis.

Le separo las piernas, acomodo los hombros entre sus muslos y le paso la lengua desde el monte de Venus hasta la entrada de su sexo. Ella se aprieta contra mí en respuesta, intentando frotarse con mi cara para darse placer.

Sus deseos son órdenes para mí, de modo que poso la boca sobre su clítoris y succiono con la presión justa para que lo sienta. Empiezo a trazar círculos perezosos con la lengua para encendernos a ambos, pero me resulta imposible resistirme al impulso de comer de la fruta prohibida que se esconde entre sus muslos.

Me enreda los dedos en el pelo y me empuja desesperadamente hacia ella en busca de más. Exploro sus húmedos pliegues con la calidez de mi lengua y devoro cada recoveco como si fuese mi última cena en la Tierra.

Me sirvo de sus fluidos para lubricarme dos dedos y los deslizo en su apretado interior, sintiendo cómo se contrae alrededor de ellos a medida que los meto y los saco.

—¿Todos estos ruiditos húmedos son para mí? —gimo contra su sexo, provocando que las vibraciones de mi voz le retumben en el punto más sensible de su sexo—. Qué detalle tan dulce por tu parte,

cariño.

Le apoyo la lengua sobre el clítoris y dejo que se frote contra ella al ritmo y la intensidad que necesita, permitiendo que me use a su antojo para alcanzar el éxtasis.

Frunce ligeramente el ceño a medida que sus gemidos se intensifican y arquea la espalda contra la mesa. La polla me palpita, ansiosa por enterrarse en la estrechez de sus paredes.

Sé que le falta poco.

Conozco a mi chica.

Siento sus jugos resbalándose por mi barbilla y empapándome la piel como si fueran un elixir capaz de purgar al mundo de cualquier pecado. Con la mano que me queda libre, le extiendo sus fluidos y utilizo la yema de un dedo para masajearle el ano.

—¿Vas a ser una buena putita y dejar que te folle también este agujero?

Una parte solo busca tentarla, pero la otra se muere por poseer cada orificio de su cuerpo sin ningún tipo de contención.

Ella gimotea y asiente con la cabeza mientras introduzco la punta del dedo y gruño al comprobar lo apretado que está.

—Dilo. Pídemelo.

Se incorpora sobre los codos, con el rostro enrojecido del placer, y me mira a través de la abertura de sus muslos.

—Quiero que me folles el culo. —El azul de sus ojos rebosa tanto deseo que no puedo negarme—. Por favor.

—Joder —murmuro con voz ronca al mismo tiempo que me levanto y me acerco a ella para meterle la lengua en la boca y que pruebe su propio sabor—. Me tienes a tus pies, Sage.

Me bajo los pantalones hasta las rodillas, me agarro el miembro y muevo la mano de arriba abajo, observando cómo brotan de la punta un par de gotas de líquido preseminal.

—Rook, por favor. Te necesito, cielo —suplica entre gemidos, restregándose contra mí.

Con cuidado, le separo aún más los muslos y la atraigo hacia mí. Entonces, le coloco las manos bajo las nalgas para alzarla y ella me apoya las piernas sobre los hombros, con los tacones aún puestos.

Aprovecho su humedad para lubricarme el miembro antes de dirigirme a su culo.

—¿Has dejado alguna vez que otro te folle por aquí, zorra? —pregunto, apretando los dientes mientras voy penetrándola poco a poco.

Su estrechez se resiste a mi tamaño, pero sigo insistiendo.

—N-no, no, solo a ti —responde, sacudiendo la cabeza y cerrando los ojos con fuerza a la vez que trata de adaptarse a mí—. Hostia, cómo duele.

Le estimulo el clítoris con el pulgar para facilitarme la entrada.

—Tienes que relajarte, cariño. No te resistas —susurro, introduciéndome cada vez más en ella—. Eso es, buena chica. Joder, eres increíble. ¿Sientes cómo tus paredes se amoldan a mi polla?

—M-me siento… —Un gemido le recorre todo el cuerpo—. Llena. De maravilla.

Una vez he logrado impulsarme por completo en su interior, se ciñe a mi alrededor de tal forma que no sé si voy a poder volver a sacársela. Empiezo a mecer las caderas mientras le restriego el clítoris un poco más rápido y se me escapa una sonrisita de satisfacción al notar cómo se va dilatando, permitiéndome acelerar el ritmo.

—Qué buena putita eres, Sage. Mira qué bien te entra.

Pronto comienzo a embestirla con más ímpetu y percibo la tensión que se le refleja en el rostro. Mis muslos chocan con su piel con cada acometida.

Estoy a punto de llegar al clímax, pero necesito contenerme. Antes quiero ver cómo se corre ella. Presenciar cómo la euforia le atraviesa el cuerpo de la cabeza a los pies. No me importaría no correrme nunca más con tal de admirar esa cara durante el resto de mi vida. Su placer es suficiente para darme por satisfecho.

—Joder, mierda —maldice, clavándome las uñas en las caderas —. ¡Rook!

—Me encanta lo apretadito que lo tienes —gruño.

Mis embestidas se vuelven más erráticas a medida que siento su cuerpo temblar bajo el mío. Necesito más. Lo quiero todo de ella. Quiero follármela hasta que acabe rendida y tenga que llevármela en

brazos de esta puta fiesta plagada de gente que no la comprende y solo busca encerrarla en una jaula por miedo a lo que sería capaz de hacer si la dejaran volar.

—Córrete otra vez —le ordeno, y la agarro de los tobillos para colocarle las piernas de nuevo sobre la mesa de modo que se abra aún más ante mí.

Le hundo el dedo corazón y el anular en el coño mientras sigo metiéndosela hasta el fondo por el otro agujero.

—No puedo más —se queja a duras penas—. Joder, es demasiado.

Voy aumentando el ritmo al mismo tiempo que le introduzco y le saco los dedos, asegurándome de rozar ese punto que la hace estremecer.

—He dicho que te corras —repito.

El orgasmo se apodera de mí al notar que Sage suelta un grito silencioso y sucumbe por completo al placer. Arquea la espalda, intentando alejarse de mí, pero sigo vertiéndole mi semen bien adentro y moviéndole los dedos sobre el clítoris. Entonces, se corre de nuevo y su coño me empapa la parte baja del abdomen con un líquido transparente. Su cuerpo se retuerce entre mis brazos y gruño con fuerza.

La habitación se llena de respiraciones entrecortadas mientras ambos nos sumimos en un estado de éxtasis y ella sigue experimentando los últimos coletazos de su orgasmo.

Aún enterrado en ella, me inclino y le cubro de besos el cuello. Recorro con la lengua las marcas que le he dejado antes, rebosante de euforia y deseo, y saboreo el sudor salado que le impregna la piel.

—Ahora eres solo mía —sentencio de forma tajante, con una voz seca que me pide a gritos un poco de agua.

Me hunde los dedos en el pelo, tirándome ligeramente de las raíces, y siento cómo los labios se le curvan en una sonrisa.

—Siempre he sido tuya, Rook. Siempre.

31
El fénix

SAGE

Solo un día más.

Tenemos un plan y, después de tanto tiempo esperando, por fin se acerca la hora de llevarlo a cabo. Esa certeza impregna el aire con la misma persistencia que el hedor de la carne podrida y me sigue a todas partes, carcomiéndome por dentro poco a poco.

Me habría gustado hacerlo hoy, pero hemos tenido que esperar porque Alistair está con Briar, celebrando el cumpleaños de su tío. Así es como se asegura de mantener el equilibrio entre el deseo de venganza y el amor.

Tras todas estas semanas que he pasado rodeada de ellos, he comprendido que Alistair siente la necesidad de estar presente siempre que ocurre algo serio, y no solo por su manía de controlarlo todo o de querer estar al mando, sino porque, si las cosas se tuercen, prefiere ser él quien cargue con toda la culpa para proteger a sus amigos de cualquier peligro.

Es su guardián.

Su sombra.

Y lo respeto por ello, aunque todavía no haya terminado de aceptarme.

En realidad, todos se muestran bastante fríos conmigo, sobre todo Thatcher, que se ha encargado de dejarme muy claro que no soy de su agrado.

Pero no pasa nada. Con el calor de Rook me basta.

Y pienso seguir siendo el oxígeno que nuestra llama necesita para mantenerse viva.

Desde el almuerzo en casa de los Sinclair, hace ya unos días, no ha habido ni un solo momento en que no haya estado metido entre mis piernas, y me parece más que perfecto.

Incluso en medio de todo el tumulto y el caos que nos rodea, hemos sabido encontrar nuestro pequeño refugio en el que disfrutarnos a solas con tranquilidad.

No me había dado cuenta de lo mucho que me estaba perdiendo antes por verme obligada a ocultar lo nuestro. Ahora puedo quedarme embobada mirándolo cada vez que nos cruzamos o sentarme a su lado en clase cuando me dé la gana y, pese a estar atravesando una época de tanto dolor, nunca me había sentido tan viva.

Sé que ya no tengo que volver a enfrentarme a la oscuridad sola, porque él es la luz que nunca se apaga. Y es toda mía.

Me maravilla que todos sigamos llevando una vida tan normal mientras urdimos planes tan sombríos. Que seamos capaces de extraer algo de belleza entre toda la maldad que nos rodea.

—No tardo nada, te lo prometo. Me cambio y salgo —le digo a Lyra, que va caminando detrás de mí por la acera que conduce a la casa de Silas.

Rook insiste en que me quede aquí hasta que acabemos con Frank.

—¿Qué le pasa a lo que llevas puesto? Si solo vamos a la cafetería de Tilly.

Al mencionar la ropa, no puedo evitar acordarme de lo que descubrí en el armario de Lyra. Sé que, en un sitio como este, es inevitable que todos los trapos sucios terminen saliendo a la luz, pero, hasta que eso pase, mantendré la boca cerrada tal y como le juré que haría. Es su secreto y solo le corresponde a ella contarlo.

—Me he tirado todo el día con esta falda y necesito con urgencia ponerme unas mallas. Tardo dos segundos como mucho, de verdad.

Al abrir la puerta de casa, el mundo se me viene abajo de repente. Todo estaba yendo tan bien que debería haber esperado que se torciera en algún momento; sin embargo, nada podría haberme preparado para esto.

Por una parte, veo a Zoe, la madre de Silas, sentada en el sofá, con el rostro surcado de lágrimas y a Caleb y a Levi a ambos lados consolándola. Por otra, Scott Hawthorne, que suele ser un padre sofisticado y apacible, está dando vueltas por el salón sin parar mientras mantiene una discusión acalorada con alguien al teléfono. Y, por último, cuando me fijo en el suelo, distingo un rastro de sangre que lleva hacia la puerta. No hay suficiente como para temer por la vida de nadie, pero sí bastante como para preocuparse.

—¡Sage! —exclama Zoe, poniéndose de pie—. ¿Sabes algo de Silas?

—No, ¿por qué? ¿Está bien? —contesto, con un tono de creciente pánico en la voz.

Ay, no.

No, no, no.

Al decirlo, me percato del vendaje blanco que envuelve la mano de Scott y que está empezando a empaparse de la sangre que hay debajo.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, aunque me da miedo la respuesta.

—A Silas le ha dado un brote psicótico. Llevaba sin sufrir uno de esos episodios desde que era un niño. Ha sucumbido por completo a su delirio y ha empezado a convencerse de que las alucinaciones son reales.

—¿Y las pastillas? Creía que le estaban yendo bien.

—Sí, lo ayudaban a controlarlo —afirma Zoe entre sollozos—, pero ha dejado de tomárselas. No nos hemos enterado hasta hoy. Su padre se ha enfrentado a él porque no comprendía por qué sus síntomas estaban empeorando y entonces ha admitido que ha cambiado las pastillas por un suplemento vitamínico. ¿Cómo íbamos a darnos cuenta?

Me giro hacia Lyra. Mi primer impulso es llamar a Rook. Al fin y al cabo, él lo conoce mejor que nadie. Seguro que sabe qué hacer.

Pero la culpa me corroe por dentro al pensar que todo esto es en parte culpa mía. Le concedí demasiado tiempo para que hablara con Rook sobre lo ocurrido aquel día y, como estos últimos días parecía encontrarse mejor, lo dejé pasar.

No debería habérmelo callado.

—Intenté impedir que se fuera, pero estaba tan metido en su propia realidad que no sirvió de nada. Me enfrenté a él y traté de retenerlo en casa el tiempo suficiente para llamar a una ambulancia, pero… —Scott alza la mano vendada, permitiendo que la imagen sustituya las palabras que le cuesta pronunciar—. No dejaba de repetir que las voces le estaban indicando lo que tenía que hacer para… —Se le quiebra la voz por la tristeza y la preocupación—. Para recuperar a Rose.

Eso podría significar muchas cosas y, a la vez, ninguna. Por más que queramos ponernos en la piel de Silas, solo él es capaz de entender la batalla que se está librando en su cabeza. La esquizofrenia es una enfermedad mental imprevisible que no muestra piedad alguna con sus víctimas, y Silas no es la excepción.

Me saco el móvil del bolsillo con las manos temblorosas.

—No sabemos dónde está, a dónde va, ni lo que podría hacerse a sí mismo —añade su padre, pasándose la mano por la cara, frustrado.

—Mi niñito precioso —se lamenta Zoe hecha un mar de lágrimas mientras se dirige hacia su esposo en busca de un consuelo que no va a lograr sentir hasta que Silas se encuentre a salvo en casa—. Scott, nuestro niño.

La atrae hacia su pecho y la estrecha con fuerza contra su cuerpo como si sus brazos pudieran protegerla de cualquier tormento.

—Voy a llamar a Rook —ofrezco con nerviosismo—. Tal vez él sepa a dónde ha ido.

Pulso sobre su contacto, aún guardado como «Lucero del alba».

—Ya lo hemos llamado. Ha sido la primera persona a la que hemos avisado —responde Scott justo cuando se interrumpe el tono de llamada.

Oigo la respiración de Rook al otro lado de la línea.

Puedo sentir su pánico. Su angustia. Su dolor.

—Lo traeremos de vuelta —les aseguro, sin tener muy claro qué decir para brindarles un poco de calma.

—No prometas cosas que no sabes si vas a poder cumplir, FT —

me contesta Rook al oído, provocando que se me forme un nudo en el pecho.

Lyra y yo salimos de la casa y nos encaminamos hacia el coche.

—Rook, tengo que contarte algo —murmuro—. Debería habértelo dicho antes. Es culpa mía… Yo…

No me atrevo a terminar la frase. Soy consciente de que, en cuanto lo haga, va a odiarme, y no soporto la idea de perderlo de nuevo.

En una de las últimas conversaciones que tuve con Rosie, me dijo que tenía miedo de que Silas llegara a odiarla, y me pareció ridículo que temiera algo tan insignificante. Sin embargo, ahora la comprendo a la perfección.

—Lo siento muchísimo, pero Silas…

—Me lo contó.

De repente, me invade una mezcla de alivio y confusión.

—¿Todo? —pregunto con la voz entrecortada.

—Todo. Incluso la parte en la que lo amenazaste con acudir a mí si él no lo hacía. —Exhala con fuerza—. No es culpa tuya.

Me deslizo en el asiento del copiloto del coche de Lyra, ansiando con todas mis fuerzas estar hablando de esto con él cara a cara.

—Tampoco es culpa tuya, Rook. Creías que se estaba tomando las pastillas. Ni tú ni nadie podría haberse dado cuenta de que las había cambiado.

Sé lo que está pensando. Sé que se está castigando a sí mismo por no haberlo intuido y que quiere hacerse daño por no haber reconocido las señales que nos han conducido hasta este instante.

—No es culpa tuya —susurro, con la esperanza de que consiga entenderlo.

—Es mi mejor amigo, Sage. Sabía que algo iba mal, pero no quise verlo. Y ahora…

Percibo un estruendo de fondo, como si un puño hubiera impactado contra algo duro, seguido de la voz de Thatcher murmurando algo sobre mantener la calma.

—Ya no podemos hacer nada al respecto, Rook, pero tienes razón. Es tu mejor amigo. Lo conoces mejor que nadie. ¿A dónde crees que iría en un momento como este?

Es una apuesta arriesgada, porque, al fin y al cabo, no conocemos a Silas en ese estado. Pero Rook es el único que podría dar con su paradero. Estoy dispuesta a cargar con el dolor que necesita experimentar, pero ahora mismo es vital que se centre en encontrar a Silas.

Aunque sea su mejor amigo, también es la única persona a la que mi hermana le entregó su corazón. Si le pasara algo, no sería capaz de perdonármelo. Y sé que ella tampoco.

—Rook —insisto, alzando un poco la voz—. ¿A dónde iría Silas?

Se produce un breve silencio.

—A por Frank. Va a por Frank.

Rook

Sabía que no estaba bien.

Lo sabía desde hacía tiempo.

Incluso antes de que me confesara que había intentado besar a Sage en mitad de una alucinación. Y, aun así, no hice nada porque confiaba en que las pastillas que se estaba tomando le hicieran efecto y lo protegieran de las voces a las que yo no podía enfrentarme en su lugar.

No contaba con que las hubiera sustituido por unas putas vitaminas. Por más que lo intento, no consigo comprender por qué ha cometido una imprudencia como esa. Por qué se arriesgaría a sucumbir por completo a una enfermedad que ya lo devoraba por dentro, además de soportar el duelo por la pérdida de Rose.

Creía que, a lo largo de todos estos años, me había informado lo suficiente sobre la esquizofrenia y que estaba preparado para cualquier cosa que pudiera ocurrir.

Pero me equivocaba.

—Silas…

—¡Cállate la puta boca! ¡Cállate! —oigo gritar a mi amigo—. Sé lo que hiciste. Y ellos también. Lo sabemos todos. Tengo que hacerlo. Es la única manera de recuperarla, ¿me entiendes? Puedo recuperarla.

Se encuentra de espaldas a mí, pero veo a Frank tumbado en el suelo del salón, con la frente ensangrentada y las manos alzadas, como si estuviera implorándole clemencia a algún dios.

—No va a volver —responde con la voz temblorosa—. Lamento lo que hice, pero no va a volver. Matarme no te servirá de nada.

Todo lo contrario.

Matarlo alimentaría a los sabuesos del infierno que llevamos dentro. La muerte se ha aferrado a él como el aroma nauseabundo de una colonia cara y no va a soltarlo hasta que consiga segar su alma. Ya ha corrompido y embaucado a suficiente gente en vida; ha llegado la hora de que rinda cuentas en el más allá.

Sin embargo, esta guerra no acabará con su muerte.

No podemos ceñirnos a nuestro plan de entregarle al FBI o a la policía la información que hemos encontrado, y menos sabiendo que Cain estaba implicado. No tenemos ni idea de cuántos de ellos formarán parte de Aureola, así que sería un error acudir a las autoridades, pero tampoco podemos ignorar el hecho de que han desaparecido un montón de chicas por su culpa.

Aunque habíamos decidido cargar con el peso de la muerte en nuestra conciencia y seguir viviendo con las manos manchadas de sangre, ¿seríamos capaces de mirar hacia otro lado, pese a todas las chicas que estaban secuestrando y vendiendo como esclavas sexuales?

No puedo hablar por los demás, pero yo tengo clara mi respuesta.

—No, no —murmura Silas, con una pistola temblándole entre las manos—. Ya lo sé. Lo sé. Sé lo que he hecho. Sí, sé lo que tengo que hacer, pero… —Se aprieta las sienes con las manos—. Silencio. Silencio.

Es como si estuviera hablando con varias personas al mismo tiempo y le fuera imposible decidir a quién responder primero. Las palabras le salen atropelladas y nada de lo que dice tiene sentido. Está librando una batalla contra su propia mente y no dispongo de ningún arma o escudo para ayudarlo.

No puedo hacer nada.

—Silas —digo con calma mientras me adentro poco a poco en la

habitación, con Thatcher siguiéndome de cerca—. Tranqui, tío, soy yo.

Detesto tener que tratarlo como si fuera un animal salvaje, porque no lo es. Solo está atrapado en su propia cabeza y necesita ayuda para vislumbrar la salida.

De pronto, se da la vuelta y me mira fijamente, aunque me da la impresión de que, en realidad, no me está viendo a mí.

—Rook —contesta—. No me han dejado esperar. No podía esperar más. Nos estábamos quedando sin tiempo.

Asiento con la cabeza.

—No pasa nada. No tenemos por qué esperar. No tienes por qué esperar.

Avanzo hacia él, consciente de que tengo que arrebatarle esa pistola de las manos cuanto antes. Estaba acostumbrado a colocarme delante de varios blancos mientras Silas disparaba a los objetos que había a mi alrededor. Jamás cuestionaría su puntería ni le impediría matar a Frank; lo que temo es lo que pueda hacer una vez que haya descargado el arma contra él.

—Déjanos ayudarte, ¿vale? Por eso hemos venido. Estamos aquí para ayudarte —añado, tratando de mantener la voz serena pese a los nervios.

Sigo avanzando hasta situarme justo delante de él y centro toda mi atención en su persona.

Nunca había entrado en la casa de los Donahue. Solo la había visto por fuera cuando traíamos a Rose o cuando sacaba a Sage a escondidas por la noche. Aunque, a estas alturas, no me sorprende que un lugar aparentemente normal pueda albergar tal grado de maldad.

—No dejéis que me mate, por favor. Se le ha ido la cabeza. No podéis dejar que me mate. ¡Ayudadme! —grita Frank desde el suelo.

Silas sacude la cabeza con fuerza y fija la vista a mi derecha, donde no hay nada más que un sillón de dos plazas vacío.

—Es mi amigo. Él no haría eso —responde—. No lo haría.

—Ey, Silas. Mírame —le pido, intentando anclarlo a la realidad, sin atreverme a tocarlo por si mi contacto le causa algún daño—. ¿Qué te dicen las voces? Háblame.

—Me… —Aprieta los párpados con fuerza, encogiéndose como si padeciera un gran dolor—. Me dicen que vas a detenerme. Que no quieres que recupere a Rose. Quieren que… —Abre los ojos de nuevo y, cuando los clava en mí, lo único que veo es un grito desesperado de ayuda reflejado en ellos—. Quieren que te mate.

Siento cómo Thatcher se mueve a mi espalda al escucharlo.

—Si pudiera devolverle la vida a Rosie, te juro por Dios que lo haría, Silas. Daría lo que fuera con tal de traerla de vuelta —digo de corazón—. Pero no puedo. Las voces que oyes son solo producto de tu imaginación. No son reales, ¿de acuerdo? Tu mente te está jugando una mala pasada.

Me enfurece no ser capaz de evitar que las voces de su cabeza lo alejen de mí y, pese a que no soy yo el que tiene que luchar contra ellas, me siento inútil. Prometí que cuidaría de él, que no permitiría que le pasara nada, y he faltado a mi palabra.

—No podéis hacerlo. No os lo permitirán.

Las manos empiezan a temblarme de la furia y me vuelvo hacia Frank.

—Si vuelves a abrir la boca, te abrasaré los putos ojos, ¿te queda claro? —le advierto entre dientes.

—Por favor, Rook. Me conoces desde que eras un crío. No hagas esto. Si dejas que viva, te diré todo lo que sé. Hay mucha más gente de la que te imaginas implicada en Ponderosa Springs. Yo solo fui una víctima de su organización. Hay personas más poderosas al mando. Puedes meterlos a todos en la cárcel, incluido a mí, pero, por favor, no me mates.

—Frank —gruño, mirándolo fijamente—. ¿Qué es lo que no te entra en la cabeza? No necesitamos que nos ayudes. No nos sirves de nada vivo, ¿me entiendes? El mayor favor que puedes hacerme ahora mismo es morir.

Sacude la cabeza mientras las lágrimas le empapan la cara hinchada.

—Por favor, yo no quería que Rose muriera. Era mi niña…

—¡Te ha dicho que te calles! —vocifera Silas, y le estampa la culata de la pistola en la cabeza.

Frank se cae redondo al suelo, con los ojos cerrados y el cuerpo

flácido, pero el pecho todavía se le mueve, señal de que sigue vivo.

Por un instante, me asalta la duda y me pregunto si de verdad seremos capaces de descubrir quién más está involucrado en la red de trata sin un informante. Aunque, pensándolo bien, hemos conseguido llegar bastante lejos sin ayuda. No creo que nos haga falta indagar mucho.

Serán ellos mismos los que vengan a por nosotros. Y no tardarán mucho.

Silas continúa deambulando de un lado a otro, murmurando incoherencias para sí mismo y para quienes sea que esté viendo en este momento. Me acerco un poco más y extiendo la mano con cautela.

—Se ha acabado, Silas. Todo ha acabado. Frank está muerto, ¿lo ves? —Señalo el suelo donde yace completamente inmóvil el recién reelegido alcalde de Ponderosa Springs; solo está inconsciente, pero Silas no tiene por qué saberlo—. Lo hemos conseguido. Ahora podemos buscarte ayuda —añado con tiento—. Dame el arma y te prometo que todo irá bien. Confía en mí.

El cuerpo le tiembla y la cabeza se le sacude como si estuviera sufriendo físicamente, pero no puedo hacer nada para aliviar la angustia que lo consume.

—No, no, algo va mal. Se suponía que iba a recuperarla. —Se pasa la mano por la cara y dirige de nuevo la vista hacia la derecha en lugar de mirarme a mí—. ¿Qué quieres decir? —pregunta con el ceño fruncido—. ¿Me lo prometes? Vale, si me lo prometes, lo haré.

Todo mi mundo parece detenerse en seco cuando Silas me devuelve la mirada. No veo más que un abismo insondable en ella mientras se lleva el cañón de la pistola a la cabeza.

La boca se me seca de repente y el estómago se me retuerce al percatarme de las lágrimas que comienzan a brotarle por las comisuras de los ojos.

—No me hagas esto, Silas —le pido, acortando la distancia que nos separa—. Déjame ayudarte.

Se muerde el labio inferior y niega con la cabeza, provocando que las lágrimas que se le resbalan por la mejilla aterricen en el suelo.

—No puedes ayudarme. La única salida es la muerte. Tienes que entenderme. No me queda otra opción.

—No —digo con dificultad a la vez que lo agarro del hombro—. No vas a abandonarme. No pienso permitirlo. Este no eres tú. Las voces no son reales, Silas. Vuelve con nosotros.

Algo se rompe en su interior ante mis palabras; en cuanto percibo que afloja el agarre sobre la pistola, le arranco el arma de las manos y la sujeto con firmeza. Entonces, deja caer la cabeza sobre mi hombro y su cuerpo se desploma entre mis brazos.

—Estoy cansado, Rook —susurra.

—Lo sé —contesto, frotándole la espalda.

Soy consciente de que está cansado de las voces.

De su enfermedad.

De todo lo que conlleva.

A veces me pregunto si fuimos nosotros mismos los que causamos que empeorara al ofrecernos a investigar lo que le ocurrió a Rose. Sabíamos que la venganza no nos la devolvería ni haría que notáramos menos su ausencia. Al parecer, lo único que hemos logrado es que Silas se hunda aún más en el abismo de su mente.

—Hijo, voy a tener que pedirte que bajes esa arma. Todo el mundo con las manos en alto.

Tiene que ser una puta broma.

Al girarme con la pistola en alto, me encuentro al detective Finn Breck sosteniendo su propia arma contra la cabeza de Thatcher mientras le rodea el cuello con un brazo y tira de él hacia su pecho para inmovilizarlo. Mantengo la pistola apuntando hacia Breck con las manos temblorosas.

Thatcher le gana ligeramente en altura a su captor, lo que hace que formen una estampa un tanto ridícula. Si su vida no corriese peligro, la escena me resultaría hasta cómica.

—¿Por qué le ha dado a la gente ahora por apuntarme con armas de fuego? —resopla Thatcher, poniendo los ojos en blanco como si fuera más una molestia que una cuestión de vida o muerte.

Ambos están de pie frente a la cocina, por lo que supongo que Breck ha entrado por la puerta trasera. Lo más probable es que Frank lo hubiera llamado antes de que Silas lo inmovilizara.

—O bajas el arma y vienes conmigo por las buenas o disparo a tu amigo aquí mismo como venganza por lo de mi compañero —me advierte, con los ojos llenos de malicia.

No me molesto en negarlo, porque solo uno de nosotros va a salir vivo de esta, y yo no pienso morir de rodillas como un puto cobarde.

—Y yo que creía que tú eras uno de los buenos… ¿Le echan algo al agua de aquí para que os volváis todos unos traidores de mierda? ¿O es que lleváis en la sangre lo del gusto por la esclavitud sexual y la pedofilia? —pregunto, ladeando la cabeza.

Debería haberme sorprendido mínimamente que también estuviera metido en el ajo con el fiambre de su compañero, ese mismo que había comprobado en sus propias carnes el efecto milagroso del ácido sulfúrico a la hora de deshacer un cadáver. Pero lo cierto es que me lo esperaba. Al fin y al cabo, este pueblo se rige por la inmoralidad. Todos sus habitantes beben de ella.

—No te creas superior a mí por cosas que no entiendes, niñato.

Por el rabillo del ojo, veo que la puerta trasera se abre poco a poco en silencio y, aunque nunca me he considerado una damisela en apuros que necesita ser rescatada, en este instante no me vendría nada mal un poco de ayuda.

—Tienes razón. No entiendo cómo un padre de familia puede tirarlo todo por la borda a cambio de un poco de dinero fácil y sucio. Eso sí que es de ser un niñato.

—Lo que habéis descubierto es solo la punta del iceberg. No os hacéis ni una idea del poder que tiene Aureola ni de la cantidad de gente a la que controlan. Por más que creáis que habéis encontrado la forma de libraros de ellos, no se detendrán hasta mataros a todos. Os conocen. Se saben vuestros nombres y el de vuestras familias. Os estoy haciendo un favor al acabar con vosotros aquí y ahora. —Se ríe—. Antes de que otras personas mucho más temibles que yo vengan a daros caza.

—Me da a mí que no vamos a ser nosotros los que acabemos muertos —contesto, rodeando a Silas con el brazo para impedir que se mueva.

—Ah, ¿no? ¿Y quién crees que está al mando en esta situación?

—se burla, agarrando con más fuerza a Thatcher, que entrecierra los ojos de forma amenazante, harto de que un desconocido lo manosee—. ¿Un grupo de universitarios desatados o un agente condecorado?

La gente enfadada tiende a cometer locuras cuando se la deja a solas con su dolor, pero la gente buena es capaz de llegar aún más lejos cuando se ve obligada a proteger a quienes quiere.

—Yo diría que la chica del cuchillo.

Lyra hunde la hoja plateada en el cuello del detective y le atraviesa la vena como si estuviera hecho de mantequilla. La sangre mana a borbotones en cuanto retira el arma.

El líquido carmesí cae en cascada sobre el hombro de Thatcher y se le desliza por la parte delantera de la camisa como si fuera un río impetuoso, impregnándole la ropa de un fétido olor a metal. Los ojos de mi amigo arden con un brillo salvaje que no había visto nunca mientras contempla las gotas que se le resbalan del cuello de la camisa.

Lyra deja caer el cuchillo al suelo con el pulso firme. En su rostro no hay miedo ni pánico; conserva la misma expresión serena e indiferente de siempre, como si nada en el mundo pudiera alterarla, pese a tener su diminuta y pálida mano empapada de sangre. En vez de fijarse en el hombre al que acaba de matar, se limita a dar un paso atrás para que el cuerpo se desplome contra el suelo, sin apartar la vista de Thatcher ni por un segundo.

—Esta camisa era nueva —resopla mi amigo, y se gira con el pecho agitado para mirarla; lo único que se interpone entre ellos es un cadáver.

—Era fea. La sangre la ha mejorado —responde Lyra, alzando sus ojos hundidos hacia él.

Con la mano ensangrentada y las ojeras violáceas por la falta de sueño, parece sacada de una peli de Tim Burton. Es el típico personaje con el pelo encrespado, la piel pálida y unos ojos demasiado grandes para su cara.

—¿Está muerto? —oigo desde la cocina, y esa voz es suficiente para hacer que me olvide de todo lo demás.

Nunca he creído en el cielo ni en el infierno. Tampoco en el

destino o en los deseos que conceden las estrellas fugaces. Pero sí creo en ella.

—¿Mi padre está muerto? —repite entre jadeos, con la mirada cargada de una malicia inocente que me incita a perderme en la belleza de su caos.

De niño, incluso antes de que muriera mi madre, solía sentarme delante de la chimenea durante horas y me quedaba embelesado con el humo que danzaba en espirales y las brasas que me quemaban la piel. Esas mismas llamas que me cautivaban son las que ondean en los bordes del azul ardiente de sus ojos.

Quizá, pese a todo, fuese el destino mostrándome su mirada en el fuego. O tal vez simplemente me sintiese atraído hacia su calor.

—Todavía no —dice Thatcher—. Tenemos que limpiar esto, Rook.

—Coge a Silas y vete con Lyra. No te quiero aquí cubierto de sangre cuando llegue la poli —le ordeno mientras me acerco a Sage.

—¿Y tú qué vas a hacer? —replica.

—Lo que sea necesario, pero tenéis que iros de aquí.

Dicho eso, acuno el rostro de Sage con las manos, la atraigo hacia mí para besarla y me refugio en sus labios por un instante en medio del desastre que nos rodea, como si hubiera logrado alcanzar un pedacito de cielo dentro de mi propio infierno.

—¿Confías en mí? —murmuro contra su boca.

Ella asiente con la cabeza y me agarra las muñecas.

—Siempre.

La conduzco hacia el interior de la cocina, recorriendo el espacio en busca de los utensilios que necesito. Lanzo una sartén de cobre sobre los fogones, abro la nevera, saco un trozo de carne congelada al azar y cojo el aceite vegetal.

No tenemos tiempo para deshacernos de dos cadáveres y limpiar nuestras huellas como es debido. Hay demasiadas variables en juego, de modo que es vital que lo solucionemos todo de una sola vez.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta, observándome mientras enciendo todos los fogones al máximo y coloco la sartén con la carne en uno de ellos.

A continuación, vierto toda la botella de aceite sobre los fogones, la sartén y la encimera. La mejor manera de salir de esta es provocar un incendio y procurar que parezca un accidente. Así, pensarán que las personas que han muerto dentro se quedaron atrapadas entre las llamas y no sospecharán de asesinato.

Este es el momento que tanto ansiábamos.

Cada vez que me impacientaba, Alistair no paraba de decirme que Roma no se había construido en un día. Sin embargo, ese fue el tiempo que tardó en quemarse hasta los cimientos.

—Prenderle fuego. Reducirlo a cenizas. Pero no voy a hacerlo yo —respondo, con la certeza de que, si algo saliera mal, sería capaz de cualquier cosa con tal de protegerla.

Nunca ha sido la inocente Eva del jardín.

Siempre ha sido mi Lilith. Mi igual. Mi reina. Mi fénix.

Me meto la mano en el bolsillo delantero y saco mis cerillas.

—Esta es tu venganza. Tu oportunidad para resurgir de entre las llamas y alzar el vuelo. Solo necesitabas una chispa.

32
Dolor y placer

SAGE

Estoy sentada contra la pared de uno de los tantos cuartos de invitados que tienen los Pierson. Al igual que Alistair, Thatcher vive en una finca.

Creía que el interior de este sitio se parecería más a una morgue que a una casa. De hecho, estaba casi convencida de que, en algún momento, iba a encontrarme a Thatcher durmiendo en un ataúd en su habitación, como aquella criatura con la que a la gente le encanta compararlo.

Pero me equivocaba.

La primera vez que vine, hace unas semanas, estaba demasiado distraída como para reparar en la magnitud de la riqueza de los Pierson; sin embargo, ahora me doy cuenta de que la extravagante casa a la que llaman hogar es un fiel reflejo de su fortuna.

Aunque la mayoría de nosotros proviene de familias pudientes, lo de Thatcher es harina de otro costal. El arduo trabajo de su abuelo, que fue el primero en fundar una empresa inmobiliaria, le ha resuelto el futuro a él y a su familia entera. Incluso si Thatcher, sus hijos y sus nietos no dieran un palo al agua en la vida, seguiría sin faltarles de nada.

La altura desmesurada de los techos y la arquitectura al estilo Gatsby hacen que mi casa se parezca más a las dependencias del servicio.

Nosotros nos encontramos en el ala oeste, donde nos han dicho que suelen hospedarse los invitados, pero no puedo evitar sentirme rara al estar en una casa tan lujosa después del crimen que

acabamos de cometer.

Cierro los ojos, apoyo la cabeza contra la pared y vuelvo a perderme en el recuerdo del humo y el remolino de llamas anaranjadas. Me quedé de pie inmóvil en el césped delantero de mi casa, dándole la mano a Rook, que estaba justo a mi lado, mientras las luces intermitentes de los vehículos de emergencia nos bañaban el rostro y los vecinos salían de sus casas para curiosear a nuestro alrededor. El incendio daría de qué hablar en el pueblo durante bastantes meses.

Las lágrimas no dejaban de correrme por la cara, no por lo que había perdido allí dentro, sino porque, al contemplar cómo el fuego lo devoraba todo a su paso, tuve la certeza de que por fin había acabado todo. Por primera vez desde la muerte de Rosie, me sentí en paz, aunque a ojos de los demás pareciera justo lo contrario.

Me consolaba pensar que mi padre, el detective Breck y todos los recuerdos dolorosos que había vivido en aquella casa iban a convertirse en el hollín que los bomberos se limpiarían de las botas al día siguiente. Y, ahora que ya han pasado unas cuantas horas, sigo sin arrepentirme de nada de lo que he hecho.

Se supone que, al matar a alguien, la culpa debería corroerte el alma y devorarte por dentro hasta quebrarte de tal modo que termines confesando ante el resto del mundo tu pecado. Tal vez me retrate como una psicópata, pero, en mi caso, lo único que siento es alivio. El hombre que me había causado el mayor dolor que he experimentado en mi vida ha quedado reducido a un montón de huesos carbonizados y piel chamuscada. Solo espero que su alma sufra el mismo tormento y se pase toda la eternidad pagando por haber vendido a su propia familia.

Rook mencionó el Infierno de Dante cuando le pregunté si creía que mi padre recibiría algún tipo de castigo en el más allá. Me dijo que quienes caen en el pecado de la avaricia por acumular demasiado dinero o anteponer la riqueza a todo lo demás son enviados al cuarto círculo del Infierno, pero que a él le aguardaría un destino mucho peor.

Me aseguró que le correspondería el último círculo, el noveno, reservado a quienes traicionan a su propia sangre, y que se pasaría

la eternidad con la cabeza sumergida en un lago de hielo, porque, a diferencia de lo que enseñan la mayoría de las doctrinas religiosas, para Dante el infierno era un lugar frío y desolador.

Me contó todo esto mientras esperábamos a que llegaran la policía y los bomberos, y recuerdo haber sonreído al pensar en lo irónico que me resultaba ese desenlace, teniendo en cuenta que mi padre siempre subía el termostato cuando estaba en casa porque no soportaba el frío.

—¿Qué haces en el suelo?

Al abrir los ojos, veo a Rook cubierto únicamente por una toalla blanca que lleva envuelta alrededor de la cintura. El pelo mojado le cae sobre la frente y unas cuantas gotas de agua se le resbalan por el pecho.

A pesar de que mi cuerpo está agotado física y mentalmente por todo lo que hemos vivido en las últimas horas, consigo reunir la fuerza necesaria para ponerme de pie y acercarme a él.

Tiene la piel al rojo vivo. Estoy segura de que se ha quedado bajo el chorro de agua caliente hasta que ha salido fría. Extiendo los dedos para recorrerle el hombro, sin poder evitar que la tristeza se me refleje en los ojos.

—Rook —susurro.

—No, Sage —me interrumpe, con la mandíbula apretada—. La promesa que te hice está pendiendo de un hilo ahora mismo.

—Lo que le ha pasado a Silas esta noche no ha sido culpa tuya —respondo, aunque soy consciente de que no es lo que quiere escuchar en este instante.

Se aparta de mí, ofendido por mis palabras, y se deja caer en el borde de nuestra cama. Tras soltar un suspiro, agacha la cabeza y fija la vista en el suelo.

Sé que, en realidad, solo está enfadado consigo mismo por no haber sido capaz de impedir el desastre en el que ha desembocado todo.

—Entonces, ¿de quién es la culpa, eh? —gruñe, con la voz quebrada por la emoción contenida.

Aguantó el tipo durante todo el rato que estuvimos en el hospital, incluso cuando la madre de Silas se desmoronó llorando

entre sus brazos. Se limitó a abrazarla con fuerza en la sala de espera, pese a que se le notaba claramente la espalda rígida y la mandíbula tensa. Por primera vez desde que lo conozco, dejó a un lado todo lo que sentía y suprimió los impulsos que solían apoderarse de él.

En ese momento, pensé que tarde o temprano iba a tener que derrumbarse. Era imposible mantener esa fortaleza para siempre. Y, efectivamente, cuando presenció cómo se llevaban a su amigo en silla de ruedas hasta una ambulancia para internarlo en un psiquiátrico, percibí el dolor abriéndose paso en su mirada. Aquello lo destrozó por completo.

—Sabía que no estaba bien. —Se presiona los dedos contra el pecho—. Lo sabía, joder, y no hice nada. Es mi mejor amigo, Sage, y casi dejo que se mate.

Cierra los dedos en un puño y empieza a golpearse el pecho repetidamente, buscando el alivio que siente siempre que se hiere a sí mismo. Me arrodillo entre sus piernas y le sujeto las muñecas, con el corazón en un puño al verlo así.

Mi dios del fuego, ese que arde con un brillo cegador y feroz, se va apagando a cada segundo que pasa.

—Rook, mírame —susurro—. Mírame —repito hasta que alza sus ojos vidriosos hacia los míos.

No hay ni rastro del fuego infernal que suelen albergar, solo un vibrante tono avellana. En este instante, no pertenecen al diablo con el que lo asocian ni al mismísimo Lucifer, sino a un hombre con el alma destrozada que no encuentra la forma de repararla.

—La culpa es de la esquizofrenia —digo—. No es ni tuya, ni mía, ni de nadie. Silas tiene una enfermedad y necesita ayuda. No podrías haber evitado que dejara de tomarse las pastillas.

Intento razonar con él y hacerle comprender que Silas se ha cansado de librar una batalla constante contra su mente, pero la herida está tan reciente que no sirve de nada. La única opción que me queda es aplicar presión y confiar en que no se desangre antes de que pueda empezar a cicatrizar.

—Necesito el dolor, FT —responde con la voz entrecortada—. Necesito sufrir. Joder. Que alguien me castigue por esto. Ve a por

Thatcher. Llama a Alistair. Lo que sea. Por favor, cariño. Necesito que me hagan daño.

Me siento como si estuviera envuelta en un alambre de púas que va ciñéndose a mi alrededor más y más con cada palabra suya y no tuviera forma de escapar de su agarre sin desgarrarme la carne. No puedo permitir que salga de esta habitación y vaya al sótano a que Thatcher le corte la espalda.

Debo elegir entre que otra persona le inflija daño, que él se lesione o hacerlo yo misma, pero la simple idea de causarle algún dolor físico o mental me revuelve el estómago.

Le apoyo las manos en los muslos, me humedezco los labios y acerco mi frente a la suya de tal modo que nuestras narices se rozan. El aroma a menta y humo que despide su loción para después del afeitado me inunda los sentidos. Dejo que mi mirada deambule por su rostro, siguiendo el surco de las gotas de agua que la toalla no ha alcanzado a secar.

Nos separan apenas unos centímetros. El aire entre nosotros está tan caldeado que parece abrasarnos por dentro con cada respiración.

Le deslizo las manos debajo de la toalla hasta llegar a su entrepierna y lo escucho inhalar entre los dientes.

—¿Qué estás haciendo? —gime, y ese sonido provoca que una descarga eléctrica me recorra las entrañas.

—Lo único que puedo hacer por ti ahora mismo —murmuro—. Confía en mí —me atrevo a decir, aunque, después de todo por lo que hemos pasado, me pone nerviosa pedirle algo así.

El calor que su cuerpo emite tras la ducha me calienta la mano. Mis dedos se ciernen alrededor de su miembro semierecto y el corazón se me sube a la garganta al notar cómo se endurece bajo mi agarre.

—Esto es lo último que necesito ahora mismo —replica, y toma una profunda bocanada de aire en cuanto nota cómo le acaricio la punta con el pulgar—. Mierda —se queja entre gruñidos de placer.

No puedo hacerle daño. Al menos, no como a él le gustaría. Pero sé que necesita algo que lo ayude a relajarse y a recuperar el control, y quiero ser yo quien se lo ofrezca. Tal vez sea mi forma de

compensarlo por todas las veces en las que no he estado ahí para apoyarlo.

Le levanto la toalla con un movimiento rápido y me recoloco sobre las rodillas para estar más cómoda entre sus piernas. Acto seguido, guío su miembro palpitante hacia mis labios y rodeo con la lengua las bolas de plata que le atraviesan la punta. Trazo su recorrido una y otra vez hasta asegurarme de que no puede soportar más la tensión.

Se me eriza todo el vello del cuerpo al sentir cómo me coloca ambas manos en la nuca y las hunde en mi pelo, agarrando unos cuantos mechones. La pasión que desprende ese gesto me cala de la cabeza a los pies.

—Sage… —dice en un tono de advertencia.

Intenta empujarme la cabeza hacia abajo con ansia. Sé que quiere llenarme hasta la garganta y que me atragante con su longitud. Pero esta noche no pienso permitírselo, aunque yo también me muera de ganas.

Retiro la lengua, me aparto un poco y le aprieto el pene con más fuerza para comprobar cuánto puede aguantar sin gemir por la mezcla de placer e incomodidad.

—Solo vas a recibir lo que yo te dé, ¿entendido? —le aviso, alzando la vista para que pueda mirarme a los ojos.

Tras los suyos se esconde un torbellino tan agitado y ardiente que podría engullirme entera si me descuidara; sin embargo, esta vez me toca a mí llevar las riendas. Por más que disfrute arrodillándome ante él y dejando que me domine, me siento poderosa al ser yo la que está al mando.

—¿Qué…?

Giro la muñeca, apretando con ímpetu.

—Si quieres sufrir, será bajo mis reglas.

No le doy la oportunidad de responder; me meto la punta de su pene en la boca y empiezo a juguetear con las bolas del *piercing*. Después de unos segundos torturándolo, me lo introduzco un poco más.

Noto sus venas abultadas rozándome la garganta mientras muevo las manos y la lengua al unísono. La habitación parece dar

vueltas a nuestro alrededor a medida que acelero el ritmo. Los gemidos que se le escapan despiertan en mí un deseo voraz.

Abro bien la boca, hasta acoger su miembro entero en mi garganta, y pego tanto la nariz a su pubis que me cuesta respirar. Aunque tengo que resistir el impulso de toser, me excita la sensación de emplearme al máximo para darle lo que necesita.

Me invade un hambre insaciable. Una necesidad imperiosa de hacerle comprender lo que quiero demostrarle. Continúo subiendo y bajando la cabeza, cada vez más deprisa, mientras le acuno los testículos con la mano que me queda libre y los masajeo antes de apretarlos con firmeza.

—Joder —maldice entre dientes—. Sage, me voy a…

Sabía que esta sería la parte más difícil. Al levantar la mirada, lo veo con la cabeza echada hacia atrás, las venas del cuello marcadas y la mandíbula tensa. Su belleza cuando está a punto de correrse hace que todo mi ser vibre de la excitación. Siempre me quedo embelesada ante Rook Van Doren.

Me duele físicamente tener que dejarlo así, pero reúno toda mi fuerza de voluntad y le succiono la punta un poco más fuerte de lo debido antes de retirarme por completo con un sonido húmedo.

Un fino hilo de saliva se extiende desde su polla hasta mi boca. Cuando me paso la lengua por el labio inferior, noto lo hinchado que lo tengo.

—¿Qué co…? —Baja la vista para mirarme, con el ceño fruncido, frustrado por no haber podido alcanzar el ansiado orgasmo.

Le tiro a propósito de los *piercings* con la punta del dedo, esperando que le resulte incómodo como mínimo, aunque, con su tolerancia al dolor, es probable que ni siquiera se inmute.

—Nada de lo que ha pasado ha sido culpa tuya. No podías haber hecho nada más, Rook —le digo—. ¿Me oyes?

—Me cago en todo, Sage, no quiero hablar de eso mientras me agarras la polla —responde, empujando las caderas hacia mí con desesperación.

—Dime que lo entiendes. Dime que sabes que no ha sido culpa tuya y dejaré que te corras —le ordeno, tirándole de los *piercings* con un poco más de fuerza.

Una oleada de poder me recorre los huesos. Pienso hacer que vea la realidad de una vez por todas: lleva toda la vida castigándose por cosas que escapan a su control como forma de lidiar con el dolor que le provocan. En lugar de señalar con el dedo al mundo como el resto de nosotros, Rook siempre se culpa a sí mismo.

—Joder —responde.

Tiene el pecho agitado. En sus ojos percibo la fragilidad que tanto se empeña en reprimir y sofocar. Ahora mismo, es como un cristal delicado. Si aplico más presión de la cuenta, podría romperse entre mis manos y cortarme con sus bordes afilados.

Pero lo cierto es que no me importaría sangrar con tal de recoger sus pedazos rotos y ayudarlo a juntarlos todos de nuevo. Haría cualquier cosa para salvarlo, incluso aunque tuviera que herirme a mí misma.

Él es mi dios del fuego. Y yo solo existo para arder por él.

—¿Quieres correrte, Rook? —pregunto, alzando una ceja mientras me acerco peligrosamente a la punta de su polla.

Siento cómo se estremece ante la idea.

—Sí, cariño, por favor. Lo necesito… —Se le escapa un gemido que le sacude todo el cuerpo—. Por favor, deja que me corra.

—Lo haré, cielo —murmuro—. Yo también quiero que te corras, pero antes tienes que decirme la verdad. Dime que lo comprendes.

Aun estando rodeada de gente, me había pasado toda la vida cargando con el aplastante peso de la soledad. Llevaba tanto tiempo enfrentándome sola a las adversidades que me había acostumbrado a ahogarme en el anhelo de encontrar a otra alma que me sostuviera. Sin embargo, él me ha devuelto el aire. Por primera vez en mi vida, sé lo que es sentirse deseada. Me ha enseñado a respirar de nuevo, y lo único que quiero hacer ahora es impregnarme los pulmones con su aroma.

—No… —Aprieta los dientes—. Sé que no es mi culpa. Sé que nada de lo que ha ocurrido ha sido culpa mía.

—Muy bien. Buen chico —ronroneo, esbozando una ligera sonrisa por las palabras que he usado, y vuelvo a meterme la polla en la boca.

Muevo la mano arriba y abajo al mismo tiempo que me centro

en succionarle la punta y rodeársela con la lengua. En respuesta, me agarra con fuerza la parte trasera de la cabeza y levanta las caderas para introducirse en mí hasta el fondo.

Aceleramos el ritmo y no tarda en gemir mi nombre en voz alta mientras me trago todo lo que me ofrece. Noto su sabor ligeramente salado bajándome por la garganta, avivando aún más mis ganas de devorarlo.

Me aparto de él entre jadeos, me limpio la saliva de la boca con el dorso de la mano y me apoyo sobre los talones para contemplar cómo se recupera poco a poco del orgasmo.

Una punzada de calor me atraviesa el vientre cuando me mira a los ojos con una media sonrisa de picardía en los labios.

—Me toca. Pero, como tú has dicho, vas a tener que confiar en mí.

Rook se pone de pie, permitiendo que la toalla se le caiga al suelo, y alzo la cabeza para admirar cada curva y contorno de su cuerpo. Entonces, se inclina hacia mí para levantarme del suelo, me gira y me coloca bocabajo sobre la cama, con el culo colgando del borde.

Siento sus dedos deslizándose por mi columna a través de la tela de la camiseta. Busco con el rostro el frescor reconfortante del edredón, en un intento de aliviar el calor que me corre por las venas.

—Ve quitándote los pantalones. Tengo que coger algo, pero déjate las bragas. Quiero arrancártelas yo —susurra, y me deposita un beso en la parte trasera de la cabeza antes de dirigirse al baño.

—¿Te estás montando una colección con mi ropa interior, Van Doren? —pregunto tras acordarme de las bragas que me desaparecieron en el teatro, pero obedezco sus órdenes y lanzo los pantalones al otro lado de la habitación.

—Puede.

Me encanta la idea de que esté tan obsesionado conmigo como yo con él. Nada me gustaría más que comer, dormir y respirar a su lado. Quiero que acabemos convirtiéndonos en la típica pareja insoportable que no se despega nunca. Estar perdidamente enamorada de él durante el resto de mi vida.

Cuando vuelve, me encuentra en la misma posición en la que me había dejado: colgando del borde de la cama con el culo en pompa hacia él. Me agarra de la cadera, tira de mí para acercarme más a su cuerpo y me pasa los dedos por encima de las bragas de forma juguetona antes de quitármelas.

—¿Confías en mí, Sage? —pregunta, y el tono grave de su voz resuena en lo más profundo de mi ser.

—Siempre —respondo en un susurro, desesperada por sentirlo de todas las formas en las que se puede sentir a alguien.

—Bien. —Me roza la parte interna de los muslos con la mano, obligándome a abrir más las piernas—. Porque lo que estoy a punto de hacer no va a ser nada agradable, pero, cuando acabe, todo el mundo sabrá que eres mía. Ni el destino ni Ponderosa Springs volverán a dudar de a quién perteneces, FT.

La cabeza me va a mil por hora mientras intento descifrar a qué se refiere, pero, de pronto, me quedo en blanco. Una oleada de placer se lleva por delante todos los pensamientos que me rondan la mente en cuanto noto cómo me desliza los dedos entre las piernas.

Me separa los labios con los dedos y traza un círculo alrededor del clítoris con firmeza y ternura a la vez. Se me escapa un gemido y comienzo a restregar las caderas contra su tacto, rogándole más. Lo deseo dentro de mí con todas mis fuerzas. Necesito que me llene hasta perder la noción de dónde termina mi cuerpo y empieza el suyo.

Dejo que se divierta conmigo y que siga encendiéndome, esparciendo mis fluidos hasta empaparme por completo en ellos. Estoy a punto de estallar, solo me hace falta un empujoncito para sumergirme de cabeza en ese mar de euforia que me aguarda.

—Rook, por favor —le suplico con la voz quebrada.

—Lo sé, cariño. Lo sé.

Entonces, me introduce dos dedos y mis paredes se ciñen a su alrededor de inmediato. Sin poder evitarlo, muevo las caderas contra él de forma impetuosa y desesperada. Clavo las uñas en la sábana que tengo debajo, con la respiración entrecortada. No existe ninguna sensación igual a esta. Nada puede compararse a lo que siento estando con él. El cuerpo me tiembla al notar cómo mete y saca los

dedos, rozando ese punto tan sensible que solo él conoce. Sus movimientos me inundan los sentidos.

—Ojalá me apretaras así la polla, cielo —gruñe—. Vas a correrte, ¿verdad? A juzgar por lo mojada que estás y lo rápido que mueves las caderas, diría que te falta muy poco.

Suelto un gemido largo y grave.

—Sí, Rook. Sí, joder.

A este ritmo, me va a explotar el corazón.

Siento que voy a alcanzar el clímax cuando, de repente, retira los dedos. Al principio creo que es su modo de devolverme lo que le he hecho antes, pero entonces me acerca los labios a la oreja para decirme algo.

—Recuerda, unos segundos de dolor y luego serás mía para siempre.

Y, en ese momento, un intenso y repentino destello de calor me quema la piel en la parte trasera de la cadera. Se me escapa un grito gutural y entierro la cara en el colchón mientras él sostiene la fuente de calor pegada a mi cuerpo unos instantes más antes de retirarla.

El aire frío provoca que el ardor de la quemadura se intensifique y note su marca hasta en lo más profundo de mi alma.

Justo cuando el dolor comienza a volverse insoportable, me penetra de nuevo con los dedos al mismo ritmo que antes y me estimula el punto G hasta que estoy otra vez a punto de correrme.

Al final, como por arte de magia, consigue llevarme al éxtasis.

—Córrete en mis dedos, cariño. Sé una buena chica. Hazlo por mí —susurra, aumentando la velocidad hasta que me tiemblan las piernas.

Me pierdo en la intensidad del momento. El dolor se funde con las olas de placer que me sacuden el cuerpo y no soy capaz de discernir una sensación de la otra. Esa es la mejor representación de lo que Rook y yo siempre hemos sido: una mezcla constante de dolor y placer. Porque, si no experimentáramos nunca el dolor, no podríamos disfrutar del placer.

—Eso es, preciosa. Déjate llevar —dice, acariciándome con su aliento mientras me entierra la cara en el cuello y me cubre de

tiernos besos.

Los últimos coletazos del orgasmo hacen que me retuerza y note una punzada de dolor en la zona que me ha quemado antes, pero estoy tan exhausta que ni siquiera me importa.

Se aparta de mí durante un instante, pero vuelve enseguida y me coloca un paño frío sobre la piel dañada. El contraste de temperatura me arranca un siseo de los labios.

—Joder, cómo duele —murmuro a la vez que me giro para mirarlo con los ojos entrecerrados—. ¿Qué me has hecho?

Él baja la vista y se queda contemplando su obra con un brillo de algo parecido al orgullo en los ojos. Luego, coge la tapa de latón de un Zippo roto en la que se aprecian sus iniciales grabadas.

—La mayoría de la gente diría que es una marca —responde en voz baja—, pero para mí simboliza algo mucho más profundo.

Un nudo me atenaza el pecho y el corazón me quema como si se hubiera desatado un incendio en mi interior. El amor que siento por él me consume por completo.

—Somos nosotros —susurro.

Nuestras miradas se cruzan y, aunque estoy a punto de desmayarme por el agotamiento, alcanzo a captar la llama que se reaviva en sus ojos.

Lista para arder durante toda la eternidad.

—Sí, cariño —contesta con dulzura—. Somos nosotros.

33
Un odio sagrado

ROOK

Rook:
Si estás leyendo esto, significa que Frank ha muerto y yo he seguido su mismo destino.
Llevo una sola frase y ya me está quedando cursi. No iba a dejar ninguna nota. Supuse que mi suicidio sería lo bastante esclarecedor.
No soy nadie sin ella. El hecho de que su asesino se encuentre bajo tierra me ha proporcionado cierto alivio, pero, aun así, sigue sin parecerme suficiente.
He decidido escribirte solo a ti. Para empezar, porque eres el único que le cae bien a mis padres. Aunque son demasiado respetuosos como para admitirlo en voz alta, sé que mi padre aún no ha perdonado a Alistair por abrirle un boquete a la pared de un puñetazo y que Thatcher le da «yuyu» a mi madre (sus palabras, no las mías).
En cambio, a ti te aprecian de verdad y estoy seguro de que, cuando yo no esté, les brindarás todo tu apoyo. Me gustaría que les recordases que se portaron muy bien conmigo. Me dieron amor, un hogar y una vida. Hicieron todo lo que estuvo en su mano para ayudarme con mi esquizofrenia y siempre les estaré agradecido por ello. Diles que los quiero y que no he tomado esta decisión por egoísmo.

Creo de verdad que estarán mejor sin mí. Cuando pasen el duelo y acepten mi pérdida, se darán cuenta de que se han quitado un peso de encima. No tendrán que ver a más médicos ni estar constantemente preocupados por mis pastillas. Serán libres.
Igual que yo.
No tienes por qué hacerlo, pero sé que les echarás un ojo a Levi y a Caleb. Asegúrate de que no se metan en demasiados embrollos y, si al final acaban liándola igualmente, enséñales a evitar que los pillen la próxima vez.
Thatcher y Alistair no van a recibir ninguna carta porque sabían que esto pasaría y creo que se mentalizaron hace tiempo. Sin embargo, tú te negaste a verlo y trataste de evitarlo por todos los medios.
Sé que ellos me llorarán, pero no se culparán a sí mismos por lo sucedido. Al menos, no como tú.
Por eso te escribo a ti. Quiero que sepas que nada de esto ha sido culpa tuya. Ni mi enfermedad ni el asesinato de Rosie. Por más que intentaras evitarlo, no podías hacer nada para impedir que pasase.
Tu apoyo fue más que suficiente, pero no era lo que necesitaba.
No te castigues por mi muerte. Fuiste una de las pocas personas que hicieron que valiera la pena vivir. Y si te atreves a ensuciar mi recuerdo con tus remordimientos, pienso levantarme de la tumba solo para darte una buena paliza.
Confórmate con saber que he encontrado la paz. Que soy feliz porque por fin estoy con ella. Y, algún día, cuando tengas noventa y tantos, tú y yo también volveremos a encontrarnos.
No te consumas buscando respuestas, y menos después de haberte escrito toda esta cursilada.
No pierdas nunca tu fuego.
Nos vemos en el Estigia.

Silas

Releo la carta una vez más, agradecido por no tener que hacer nada de lo que dice. Enciendo el Zippo, acerco la llama anaranjada al papel y contemplo cómo empiezan a quemarse los bordes. La hoja arde con rapidez, y el fuego la devora aún más deprisa cuando la tiro en la papelera que hay junto a mi cama.

Una semana.

Ese es el tiempo que Silas lleva fuera. Sigue vivo, pero nos ha dejado.

Después de lo que Sage me había contado del psiquiátrico de Monarch, me negué a permitir que su familia lo mandara allí, y ellos accedieron de buena gana a internarlo en un centro cerca de Portland. No para alejarlo de la humillación de Ponderosa Springs, sino para asegurarse de que recibe la atención que merece.

No sabemos cuánto tardará Silas en recuperarse de ese episodio psicótico ni cuánto tiempo tendrá que estar hospitalizado. Podrían ser semanas, meses o incluso un año. Lo único que sabemos es que estamos preparados para permanecer a su lado hasta que le proporcionen la ayuda que necesita.

Los médicos confían en que, con terapia cognitiva y un nuevo tratamiento, no tardará en volver a ser el de antes, pero siempre cabe la posibilidad de que termine entregándose a las alucinaciones que le asolan la mente.

Intento no pensar mucho en ello.

Una vez que las llamas se han consumido y la carta se ha reducido a cenizas, cojo mi chaqueta de la cama y bajo las escaleras.

Mi padre está sentado a la mesa, con unos cuantos papeles desparramados delante y un vaso de *whisky* a su izquierda.

Al oír mis pasos, alza la vista hacia mí.

—¿A dónde vas? —pregunta, y el tono áspero de su voz me da a entender que busca desquitarse con alguien.

—Fuera —gruño.

—Si te pregunto algo, espero una respuesta de verdad, Rook,

no que te hagas el listillo.

Arrastra la silla hacia atrás para levantarse y me corta el paso antes de que llegue a la puerta.

—Voy al funeral de Frank, a presentar mis respetos, velar por el difunto y cumplir con mi deber de cristiano.

—No le faltes el respeto a Dios bajo este techo, hijo, y menos sabiendo todos los pecados que has cometido y sigues cometiendo.

—No pienso quedarme aquí aguantando tus sermones moralistas —mascullo, y me hago a un lado para poder largarme sin discutir, pero se ve que hoy tiene ganas de bronca.

—Vas a quedarte aquí hasta que yo te lo diga.

Me coge de la parte delantera de la camisa y me acerca tanto a él que me llega el olor a alcohol que desprende su aliento.

Podría dejar que me pegara. Que me hiciera daño por no haber podido evitar lo de Silas. Que descargara su dolor sobre mi cuerpo y me volviera a usar como el chivo expiatorio por la muerte de mi madre. Por un instante, me planteo permitírselo. El ansia de dolor sigue latente bajo mi piel, aguardando a ser liberada.

Pero Sage me está esperando y le di mi palabra, así que reprimo ese impulso de inmediato. Quiero ser la persona a la que acuda cuando el mundo la lastima, no su tormento.

—Me he hartado de dejar que me castigues por un accidente. —Le agarro las muñecas con fuerza y le aparto las manos de mi camisa—. No tienes derecho a jugar a ser Dios solo porque eches de menos a mamá.

Su semblante refleja perplejidad y miedo a partes iguales. Es consciente de que podría matarlo en una pelea justa. Sabe que he estado permitiendo que se saliera con la suya todos estos años.

—¿Un accidente? Si te hubieras portado bien, solo por esa vez, ella seguiría con vida —sisea con desprecio—. Ya de niño te costaba obedecer una simple orden, pero te aseguro que vas a aprender a comportarte como es debido, así sea lo último que hagas.

Entonces, levanta la mano con la clara intención de pegarme.

—Más te vale prepararte para las consecuencias que vas a desencadenar con ese golpe. Yo sé encajar un puñetazo tuyo, pero ¿aguantarías tú uno mío? —le advierto—. O también puedo darles a

mis amigos la luz verde que tanto han estado esperando.

—No serías capaz —escupe.

—Te aseguro que sí. —Esbozo una sonrisita de suficiencia—. Y no muestran piedad con los padres que tratan a sus hijos como a un saco de mierda. Así que, antes de asestarme otro golpe, pregúntate si estás preparado para responder por tus pecados, papá.

Esta vez, cuando paso junto a él, no se molesta en detenerme. Se queda petrificado por el miedo a tener que enfrentarse a las consecuencias de sus actos.

Pienso a menudo en lo que haría si algún día se arrepintiera de todos los años de abuso a los que me ha sometido. Creo que, al final, acabaría perdonándolo, aunque me llevara algo de tiempo. Al fin y al cabo, podría decirse que yo mismo lo había provocado para que descargara su dolor sobre mí. Pero las personas no cambian de la noche a la mañana, así que ya lo decidiré si alguna vez llega el momento.

Cuando la puerta se cierra a mi espalda, dejo todas esas preocupaciones atrás. Hay algo mucho más importante que requiere mi atención ahora mismo.

Sage está apoyada contra el capó de su coche, con los brazos cruzados y unas gafas de sol negras. La falda que lleva ceñida a la cintura resalta esas preciosas piernas que tanto me gusta sentir a mi alrededor cuando me introduzco en ella.

Se me hace la boca agua al ver sus labios pintados de un rojo intenso. Como el de una manzana envenenada.

Un impulso irrefrenable me incita a devorarlos, a esparcirle el color por toda la barbilla con mis besos y con las cosas impuras que me encantaría hacerle a esa boca impregnada de veneno.

Si ya de por sí tengo poco autocontrol, junto a ella parece ser inexistente, de modo que cedo a mis deseos.

Presiono mis labios contra los suyos, sin preocuparme por la mancha que van a dejarme, y me sumerjo en ella, sintiendo cómo cobra vida bajo mi tacto. Es mi fuego infernal y mi agua bendita. A veces se muestra dulce y otras, podría incendiar el mundo entero. Pero me encanta despertarme cada día sin saber qué versión de ella voy a encontrarme.

Le deslizo las manos por debajo de la falda y voy ascendiendo lentamente mientras la acaricio. Cuando toco la piel levantada justo encima de su glúteo izquierdo, me invade una sensación de orgullo.

—¿Cómo va esa herida? —murmuro, apartándola de mí lo justo para que pueda responderme.

Se me eriza todo el vello del cuerpo al pensar que la he marcado en más de un sentido, no solo en el físico. Lleva mis iniciales grabadas a fuego justo en la parte superior de su culo, tal y como le prometí que haría, y la tipografía gótica resplandece sobre su piel igual que una joya. Cada vez que la veo, el estómago se me llena de mariposas.

—Bien. Todavía me duele un poco, pero me gusta —contesta, mordiéndome el labio inferior y tirando de él de forma juguetona.

—Ah, ¿sí? Te gusta sentir un poquito de dolor, ¿verdad, FT? —Sonrío con arrogancia y le subo las gafas hasta la coronilla para poder mirarla a los ojos.

—Solo cuando sé que vas a contrarrestarlo con tu lengua.

Antes creía que enamorarme de Sage había sido el peor error de mi vida. Que me volvería débil y apagaría la llama que siempre había ardido con tanta fiereza dentro de mí. Sin embargo, ahora comprendo que, en realidad, es el oxígeno que la alimenta, para bien o para mal. Hizo que prendiera en mi interior con más intensidad y se aseguró de que no se consumiera.

Pese a que ambos hemos pasado por un infierno, me siento agradecido por ello; si mi vida hubiese sido un camino de rosas, nunca habría sido capaz de reconocer su virtud ni el pecado. Nunca sabes lo quebrada que se encuentra tu alma hasta que tratas de amar a alguien.

Ladeo la cabeza al captar un brillo penetrante en el azul de sus ojos.

—¿En qué piensas?

Casi puedo ver cómo giran los engranajes de su cabeza.

—En tus ojos —susurra—. Son lo primero en lo que me fijé al volver aquí. Tenías la mirada vacía, pero ahora parece distinta. Menos apagada.

—Tienes razón, cariño —digo mientras le coloco un mechón de

pelo detrás de la oreja—. Cuando lo nuestro se acabó, me di cuenta de lo vacío que había estado siempre. Lo único que me hacía sentir vivo eras tú. Y creo que se nota.

No hay ni un ápice de mentira en mis palabras.

—¿Cómo te ha ido ahí dentro? —pregunta, rodeándome la cintura con los brazos.

—Bueno, no estoy sangrando. Algo es algo —contesto entre risas—. Aunque no soy yo el que me preocupa. ¿Estás lista para lo de hoy?

Me enreda los dedos en el pelo y juguetea con los mechones.

—Me cabrea que vayan a enterrarlo junto a mi hermana, pero, contigo de la mano, creo que estoy preparada para cualquier cosa. —Se inclina hacia mí con una sonrisa en la cara y me roza los labios con los suyos—. Mi dios del fuego.

—Conque dios del fuego, ¿eh?

—Sip —responde, batiendo sus largas pestañas—. Siempre dispuesto a arder y a iluminarme con tu fulgor. Si algo sale mal, sé que estarás ahí para otorgarme tu chispa.

El colgante dorado que le adorna el cuello refulge bajo la luz del sol.

—Siempre estaré ahí, pase lo que pase. Siempre podrás contar conmigo.

—¿Eso quiere decir que has decidido mantenerme a tu lado para siempre? —murmura.

Aún nos aguardan obstáculos a los que tendremos que enfrentarnos. Por más que nos hayamos esforzado en cubrir nuestras huellas, hay enemigos que saben de nuestra existencia y son conscientes de que vamos tras ellos. No tardarán mucho en interponerse en nuestro camino y tratar de separarnos; hemos dejado de ser los cazadores y pronto nos convertiremos en la presa, pero estamos preparados para lo que sea que se avecina.

Aunque no nos den caza, nos aseguraremos igualmente de que las familias de las chicas desaparecidas obtengan las respuestas que necesitan y de que las personas adecuadas se enteren de lo que está sucediendo, incluso si tenemos que jugarnos la vida en el proceso.

Acabar con la vida del que había arrastrado a Rose a aquellas redes ha sido una pequeña victoria; sin embargo, seguimos estando muy lejos del final, y más sabiendo todas las vidas que hay en riesgo ahora mismo. Nunca me he considerado un héroe, pero, a pesar de lo que la gente opina de mí, soy un ser humano decente.

No podrán con nosotros ni aun desatando el mismísimo infierno en la tierra. Nos hemos forjado en él y vivimos entre sus llamas. Haría lo que fuera por proteger a mi familia. Por muy disfuncional y desastrosa que sea, es mía, y no permitiré que nada ni nadie le haga daño.

Y sí, Sage y yo nos encontramos el uno al otro en un huracán de decisiones impulsivas y lujuria desenfrenada, pero lo que construimos a partir de todo el dolor, las mentiras y las verdades fue algo auténtico.

A ojos de los demás, el nuestro es un amor fruto del pecado. Las malas lenguas dirán que el hijo del demonio corrompió al ángel más querido de Ponderosa Springs. Pensarán que me colé en su cuarto una noche y la condené a morar en la oscuridad conmigo durante toda la eternidad.

Nuestra historia será infame mientras permanezcamos en este pueblo. Pero ellos no saben lo que hicimos. Y tampoco saben que ella es mucho más que un frágil ángel.

Es una fuerza capaz de arrasar con todo a su paso. Un fénix renacido de las cenizas.

Mi Lilith.

La única por la que estaría dispuesto a hacer arder el mundo entero.

En las tinieblas, hallamos un amor imposible de contener.

Algunos lo considerarán un acto impío, una ofensa contra el mismísimo Dios, pero es nuestro. Y con eso es suficiente.

Sage tenía razón. Mañana los pájaros cantarán, y seguirán haciéndolo cada día mientras estemos juntos.

—Quiere decir que eres la única persona que deseo mantener a mi lado para siempre.

34
Una llama eterna

SAGE

Mis ojos se posan en el hoyo cavado en la tierra húmeda, donde descansa un ataúd de madera de castaño cubierto con una fina capa de flores.

Me parece un gasto inútil de dinero enterrar a una persona que ya ha sido incinerada de forma gratuita, pero dejó por escrito en su testamento que quería que sus restos reposaran en la parcela que había comprado años atrás.

Se supone que los funerales deben despertarte alguna emoción. En el de Rosemary me sentí vacía y destrozada. Me invadió una tristeza tan inmensa que apenas podía respirar. Sin embargo, hoy no siento nada. Es otro viernes cualquiera en Ponderosa Springs.

Quizá porque mi padre ya estaba muerto para mí mucho antes de que dejara de respirar. Había cortado todo vínculo que me unía a él hacía tiempo, probablemente incluso antes de enterarme del trato que había hecho.

Hoy, la gente llora la pérdida de un hombre al que consideran un noble servidor y que tuvo la desgracia de morir por quedarse dormido mientras cocinaba.

En realidad, habíamos conseguido librarnos de dos villanos, pero para el resto del pueblo tan solo había sido un trágico accidente. Uno en el que también había perecido heroicamente el detective Finn Breck cuando intentaba salvar a mi padre de las llamas. Al menos, eso es lo que le conté a la policía cuando apareció en mi casa.

Les dije exactamente lo que Rook me había indicado: que mi

padre había invitado a Finn Breck y a Cain a cenar, aunque este último al final no pudo asistir, que me había llegado al móvil una notificación del sistema de seguridad avisando de que se había detectado un incendio y, al leerla, condujimos hasta allí todo lo rápido que pudimos. Pero, cuando llegamos, la casa estaba envuelta en llamas y no pudimos hacer nada.

Me preocupaba lo que pudiera salir en la autopsia, pero, al parecer, el doctor Howard Discil, el forense del pueblo, les debía un favor a los chicos y no quedó constancia de traumatismos ni heridas de arma blanca en el informe.

Tras prestarle mi declaración a la policía, me forcé a soltar cuatro lágrimas de cocodrilo mal contadas y me puse a sollozar como si me estuviera jugando el Óscar a la mejor actriz.

Sin embargo, hoy no he actuado. Me he limitado a mantener el rostro inexpresivo durante toda la misa mientras Rook permanecía a mi lado, cogiéndome de la mano. A ojos de los demás, tan solo estaba comportándose como un novio atento, apoyando a una chica desolada. Al fin y al cabo, lo había perdido todo.

A mi madre, a mi padre y a mi hermana.

No me quedaba nadie en el mundo, así que no era de extrañar esa anestesia emocional que me asolaba. Pero se equivocaban.

Rook no me estaba sosteniendo la mano para insuflarme ánimo. Era yo la que sostenía la suya. Porque me reconfortaba la idea de plantarme delante de toda esa gente que lo había condenado y proclamarlo como mío. Cada pieza rota y retorcida de sí mismo me pertenecía solo a mí. Y sí, puede que lo hubiese perdido todo, pero había ganado mucho más.

—¿Estás bien?

En el momento en el que Rook se apartó de mi lado para ir a hablar con los chicos, supe que ellas vendrían a ofrecerme su hombro para asegurarse de que no me desmoronara.

Cuando miro a Briar y a Lyra, veo la amistad que llevaba tanto tiempo ansiando tener. Ambas se han quedado conmigo y me han apoyado siempre que lo he necesitado. Una de ellas incluso ha apuñalado a un hombre en el cuello. Si eso no es prueba suficiente de su lealtad, que baje el propio Dios y lo vea.

Asiento con la cabeza.

—¿Y tú estás bien? —pregunto, dirigiéndome a Lyra.

Ella no había pedido que la metiéramos en todo este lío y, aun así, ha acabado con las manos manchadas de sangre y condenada a cargar para siempre con el peso de saber que ha quitado una vida para proteger a las personas que quiere.

—Apenas parpadeé —murmura, mordiéndose el interior de la mejilla—. Ni siquiera lo pensé antes de hacerlo. Solo…

—Hiciste lo que debías —respondo con el ceño fruncido—. No tienes que disculparte por salvar a los tuyos, Lyra.

—No me arrepiento. Es solo que me pilló por sorpresa. —Se detiene y toma una bocanada de aire antes de seguir—. No me esperaba que me resultase tan fácil.

Lyra siempre se ha definido a sí misma como la friki de los bichos introvertida que disfruta de su invisibilidad. De hecho, para el resto del mundo, no es más que un espíritu que deambula por ahí, mimetizándose con el entorno. Pero cada vez estoy más segura de que eso es solo lo que quiere que la gente piense de ella.

—No me puedo creer que Thatcher Pierson no se haya dignado a darte las gracias —resopla Briar, cruzándose de brazos—. Ya sé que está tocado de la cabeza, pero no cuesta nada decir: «Ey, gracias por salvarme la vida».

—Es Thatcher. No tiene sentimientos. Habría sido raro que se lo hubiera agradecido —comento entre risas, sintiendo una extraña ráfaga de felicidad, pese a encontrarme frente a la tumba de mi padre.

—Sí los tiene —responde Lyra, balanceándose ligeramente sobre los talones—. Si hasta la muerte ha demostrado que posee corazón al llevarse a los que sufren o a los malvados, entonces él también alberga uno en su pecho.

Nos quedamos en silencio por un momento.

—Bueno, sigue siendo un gilipollas —masculla Briar por lo bajo, y las tres estallamos en carcajadas.

Me he reído muy pocas veces de verdad en mi vida. Me resulta un tanto irónico que una de ellas sea justo delante de la tumba de mi padre, pero así es nuestra amistad. Sabemos encontrar la alegría

incluso en los momentos de mayor oscuridad.

Hago girar entre los dedos la flor que debería dejar caer sobre su tumba. En vez de soltarla, camino unos pasos hacia la derecha y me detengo frente a la de Rose. Deslizo los dedos por encima de la lápida y suspiro.

No ha habido un solo día en el que no deseara que estuviera aquí conmigo. Me callé demasiadas cosas que me habría gustado contarle. Puede que Lyra tenga razón y la muerte sea piadosa, pero también es cruel. Se lleva a quienes más necesitamos sin mostrar compasión alguna.

Con delicadeza, coloco la rosa blanca sobre su lápida; la otra tumba no la merece.

Unos dedos se entrelazan con los míos, y no me molesto en apartarme porque reconozco su tacto. Me limito a dejarme sostener por él mientras nuestra piel se funde como la arcilla y se transforma en una obra de arte indivisible.

—Rose sabía que yo te gustaba —comento, girándome para apreciar el bello rostro de Rook.

—¿Le contaste lo nuestro? —pregunta con el ceño fruncido, y una punzada de dolor me atraviesa el estómago.

—No, nunca… —Me muerdo el labio inferior—. Nunca tuve la oportunidad de decírselo. Pensaba que tendría más tiempo.

Me duele no haberle podido confesar lo que él significaba para mí. El hombre que resucitó a la antigua Sage y le dio una razón de ser.

—Pero sabía que yo te gustaba. Después de aquel día en la cafetería de Tilly, me dijo que no gastabas energía en lo que no te interesaba. Creo que lo supo mucho antes que nosotros. —Miro su lápida—. Se le daba bien adivinar lo que los demás necesitaban antes de que fueran conscientes de ello.

—Sí, no fallaba una —responde, dándome un apretón en la mano.

Permanecemos allí de pie, permitiendo que su recuerdo nos envuelva y que su luz nos brinde un instante de felicidad. Sé que no se enfadaría conmigo por lo que ocurrió con Silas, pero querría que estuviera a su lado para ayudarlo a levantarse. Y eso es

exactamente lo que pienso hacer, cueste lo que cueste.

No dejaré que Silas se hunda en la tristeza. A mi hermana no le habría gustado que le guardara luto toda la vida y, aunque hacían una pareja perfecta, estoy segura de que existe alguien capaz de amarlo como ella, así que me aseguraré de que la encuentre y sea feliz.

—¿Qué va a pasar con todas esas chicas desaparecidas, Rook? No podemos quedarnos de brazos cruzados sabiendo lo que sabemos. Seguirán llevándose a más y les truncarán la vida tal y como hicieron con Rose —digo apesadumbrada, pensando en la cantidad de familias que estarán buscando a sus hijas sin descanso.

—Tomaremos cartas en el asunto, pero primero tenemos que averiguar en quién podemos confiar, FT. Cuando lo hagamos, contaremos todo lo que sabemos.

—Pero ¿qué hay de…?

—Aunque descubran lo que hicimos. No vamos a dejar que se salgan con la suya, te lo prometo —me tranquiliza, y su mirada me transmite toda la fe que necesito en este instante.

Confío ciegamente en él.

—Quiero que nos entierren juntos cuando muramos.

Una expresión de sorpresa se le dibuja en el rostro.

—¿Tienes pensado morirte pronto?

Se me escapa una carcajada.

—No, pero cuando llegue la hora me encantaría que nos enterraran así, con las manos entrelazadas —contesto, alzando nuestras palmas unidas al aire.

—Por mucho que me guste la idea de meterte mano en un ataúd, yo quiero que me incineren, friki del teatro.

Cómo no, piensa despedirse de este mundo entre las llamas. No esperaba menos de él.

—Bueno, entonces que mezclen nuestras cenizas. No me importa lo que hagan con mi cuerpo, lo único que quiero es no estar sola. —Al mirarlo, las brasas que arden en sus ojos me calientan el corazón—. Mi mayor pesar es no haber estado junto a Rose cuando murió. Vinimos a este mundo juntas y nos han condenado a marcharnos por separado. No quiero pasar la eternidad sola.

Se lleva nuestras manos a los labios y me deposita un beso ardiente en los nudillos.

—Nunca volverás a estar sola. Nunca. Mezclarán nuestras cenizas. —Me atrae hacia él hasta que estamos tan pegados que percibo su aroma ahumado en el paladar—. Y si hemos de resurgir de ellas, lo haremos juntos. Puede que el destino no me haya marcado como tu alma gemela, pero me encargaré de que sepa que siempre seré tuyo, en esta vida y en todas las que vengan. Siempre lo he sido.

En algún lugar oigo a Shakespeare llorando al ver que hemos desafiado sus designios. Éramos dos amantes desventurados, condenados a la tragedia desde el principio, y aquí estamos.

Cogidos de la mano.

Todos los poetas que alguna vez escribieron sobre un amor dulce y gentil gritan horrorizados ante nuestra versión retorcida del mismo sentimiento.

Pero así somos nosotros.

Una llama eterna.

Y seguiremos siéndolo hasta el fin de nuestros días.

35
En la mente de un asesino

THATCHER

Mi padre me escribe cartas.

En ellas, me cuenta de manera clara y estructurada cómo transcurren sus días, lo largos que se le hacen y las actividades en las que emplea su tiempo libre. A veces, al leerlas, me da la sensación de que se encuentra de vacaciones en una isla desierta. Así de cotidianas parecen.

Si otra persona las cogiera y leyera su letra cursiva desde la primera hasta la última línea, jamás se imaginaría que está recluido entre cuatro paredes de hormigón, aguardando su hora en el corredor de la muerte.

Siempre ha aparentado ser un tipo normal y corriente.

¿Cuántos documentales de crímenes reales hacen falta para que la gente se dé cuenta de una vez de que los verdaderos monstruos no son los que tienen dientes amarillos y garras afiladas?

Lideramos las sociedades democráticas. Somos los típicos vecinos que montan barbacoas en verano, los padres de familia que pasean con sus hijos, los políticos a los que votas, los médicos a quienes les confías la vida. No nos escondemos bajo la cama de nuestras víctimas ni dentro de los armarios porque eso no nos supone ningún reto.

Salimos a plena luz del día. Analizamos la rutina de los que nos rodean y aprendemos cómo hacernos pasar por lo que consideran una buena persona. Esa a la que le abres las puertas de tu casa e invitas a tomar un café. La que nunca esperarías que te asesinara sin piedad en tu dormitorio.

Cuanto más tarde la humanidad en comprenderlo, mayor ventaja tendremos sobre ella.

La tierra cede bajo mis pasos y el barro va adhiriéndose a los laterales de los zapatos Derby de Dior que pienso tirar a la basura en cuanto tenga ocasión. Detesto mancharme. El desorden y la suciedad me producen un rechazo físico. La limpieza y la organización son los únicos principios por los que me rijo.

Duermo envuelto en sábanas de satén blancas y una manta igual de nívea que blanqueo todos los domingos a las diez en punto de la mañana. Entreno rigurosamente antes del amanecer. Desayuno lo mismo cada día y sigo una rutina de la que nunca me salgo.

Mi vida se basa en una serie de momentos calculados al detalle. Todo lo que hago o digo cumple una finalidad. ¿Por qué tendría que malgastar tiempo, aliento o dinero en algo que carece de propósito?

Aun así, muy a mi pesar, me adentro entre los árboles porque hay un misterio que necesito… desentrañar.

La brisa veraniega me acaricia el rostro, arrastrando consigo un ligero aroma floral que queda sepultado bajo el olor almizclado de los pinos. Soy capaz de percibir todos esos detalles, pero no de sentirlos. Al menos, no como la mayoría de la gente.

Cuando el bosque comienza a despejarse, atisbo el antiguo mausoleo iluminado por los rayos del sol. Allí dentro yacen un montón de cuerpos pudriéndose en el olvido. Es una pena que nunca se hayan molestado en trasladarlos a otro sitio.

Justo a las puertas de la siniestra edificación, encuentro a quien he venido a buscar.

Está arrodillada sobre el suelo húmedo. Lleva unas botas de agua amarillas y un horrendo sombrero de pescador que apenas logra contener los rizos rebeldes que, a todas luces, no se molesta en cuidar.

Lyra Abbott me provoca arcadas.

Siempre va con la ropa llena de barro y los dedos pringosos por esas cerezas que engulle sin parar. Además, la incomprensible obsesión que tiene con los insectos me revuelve el estómago.

Todo lo que hace y representa es contrario a mí.

Ella es sodio, y yo, potasio. Ella es hidróxido de amonio, y yo,

ácido acético.

Cada vez que la veo paseándose a sus anchas con la ropa y las manos sucias me dan ganas de bañarme en lejía y frotarme los ojos hasta borrarme su imagen de las retinas. Su forma de mirarme hace que me sienta contaminado.

Habría disfrutado de estar empapado de ese preciado líquido espeso y carmesí que brotaba de la yugular del detective Breck si no hubiera sido por la expresión tan inquietante que se le reflejaba a ella en los ojos.

Nadie debería reaccionar de ese modo después de haber matado a alguien. Lo lógico habría sido que se quedara paralizada, que llorara o que se desmayara. Sin embargo, parecía aliviada. Un brillo de satisfacción le cruzó el rostro y la calma se apoderó de todo su ser en cuanto le clavó el cuchillo. Se notaba que había disfrutado matándolo, y creo que, si volviera a surgir la oportunidad, lo haría de nuevo. Por eso necesito respuestas.

Hasta el momento, había logrado ignorar su presencia, incluso cuando la notaba cerca y sentía su mirada sobre mi piel, pero ha despertado en mí una curiosidad que me es imposible no satisfacer.

Me pregunto si mi padre contribuyó a dar vida a otra versión de mí a partir del crimen atroz que cometió. Si pasarse un día entero junto al cadáver ensangrentado de su madre la impulsó a desarrollar algún tipo de psicopatía.

Sé que la mía es innata. Hice las paces con mi naturaleza hace mucho tiempo.

Pero ¿podría ella haberla adquirido? ¿Nos habría unido mi padre sin quererlo a través de su macabro pasatiempo?

El crujido de una rama bajo mis pies provoca que se gire en busca del origen del ruido.

Cuando me localiza, se queda paralizada y esbozo una sonrisa fría.

Todos nos encontramos a un suspiro de la muerte.

Cada aliento nos acerca un poco más a ella.

Y yo soy la mano que acelera ese destino.

—Creo que ya va siendo hora de que tengamos una charla, mi querido fantasma.

AGRADECIMIENTOS

Esta serie de libros estuvo a punto de no nacer jamás.

Alerta de *spoiler*: al final sí que lo hizo.

Cuando terminé mi serie de libros de *hockey*, estuve bastante tiempo dándole vueltas a lo que escribiría después. Había un montón de cosas que quería probar y varios caminos que podía tomar. Pero decidí quedarme con la única opción que, por más que lo intentara, no era capaz de sacarme de la cabeza.

Decantarme por el *dark romance* supuso un cambio radical con respecto a mis primeros trabajos, y fue todo un riesgo cambiar de género en una etapa tan temprana de mi carrera, justo cuando los lectores estaban empezando a confiar en mi escritura y en las historias que contaba.

Sin embargo, siempre supe que era en ese lado oscuro donde conseguiría brillar y donde realmente me apetecía moverme.

Lo supe desde que leí un cuento corto de Stephen King titulado *La trituradora*. Tenía trece años, me había quedado despierte de madrugada y me encontraba escondide bajo las mantas. La historia consiguió engancharme, sorprenderme y enamorarme al mismo tiempo. Cuando lo terminé, me di cuenta de que me había pasado media hora embelesade por una máquina industrial. También me tiré dos años enteros evitando las lavanderías a toda costa, pero eso no es lo importante.

Lo importante es que me dieron ganas de escribir tramas que impresionaran a los demás del mismo modo. Que lograran provocarles pesadillas y los llevaran a cuestionarse sus valores y creencias. Quería convertirme en esa persona que es la primera en adentrarse en la casa del terror y arrastra a sus amistades con ella, aunque también pase miedo.

Así que, si estás pensando en escribir, hazlo.

Sea lo que sea, lánzate a por ello.

La vida es demasiado corta para desperdiciar pasión y creatividad. El mundo siempre va a saber sacarle algún partido a lo que tengas que ofrecerle.

Y, ahora, ha llegado el momento de darles las gracias a todas las personas que me han apoyado a lo largo de este proceso (podéis saltároslo, pero en mi opinión es la mejor parte).

A Fletcher, mi chico de oro, por ser mi luz en la oscuridad. Siempre.

A Trilina, que está hecha una puta reina, por todas las llamadas de dos horas que has soportado, por ser sincera conmigo y por creer en estos libros. Sé que siempre estarás de mi lado, y yo del tuyo.

A Saffron, por mostrarles tanto cariño a Rook y a Sage incluso antes de que su libro fuese una realidad y por estar ahí en todos los altibajos (que no fueron pocos, por desgracia). Te quiero.

A todos los profesionales que contribuyeron con su granito de arena a hacer posible este libro: informáticos, editores, diseñadores… Os estaré eternamente agradecide.

Y, por último, pero no por ello menos importante, a todas las personas que me leéis. Antiguos, nuevos o futuros lectores. Sois la razón por la que publico estas historias. Probablemente las escribiría de todos modos, aunque nunca llegaran a ver la luz, pero vosotros escogéis leerlas y seguirme en cada aventura en la que me embarco. Tengo una suerte inmensa de poder contar con vuestro apoyo.

Con todo el cariño que alberga este oscuro y tierno corazón,

MJ